

Selección RNR



CAPRICHIOS
DEL DESTINO

JULIA ORTEGA



Narrativa



Julia Ortega

Caprichos del destino

ePUB v1.0

SMAQX01.12.15

más libros en epubgratis.org

1.ª edición: noviembre, 2015

© 2015 by Julia Ortega

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-240-0

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A los amantes pasados, presentes y futuros.
Y a mis lectores en todo el mundo.

Prólogo

Escribir sobre un libro es complicado. Escribir sobre su autora, también lo es. Sin embargo, para mí es un placer, tras haber reseñado la obra de Julia Ortega, que la autora me eligiera para realizarle este prólogo. Pienso que estos son el preámbulo a lo que el lector se va a encontrar entre las páginas y, por tanto, el prologuista recibe un honor que pocas veces se puede igualar, ya que en la obra se halla el alma y la esencia del escritor. Y, por supuesto, en *Caprichos del destino* Julia Ortega ha puesto toda ella y ha llenado de luz y magia las palabras.

Hace ya más de un año que este libro que tienes en las manos, cayó en las mías. Julia me lo envió para que lo leyese y, si quería, hacerle una reseña. No sabía lo que iba a encontrarme, a pesar de que había encontrado por ahí y por allá críticas y opiniones. En la contraportada se especificaba que es «una novela de mujeres para mujeres». Hoy en día, a mi parecer, el feminismo se ha llevado a un campo que no es el correcto. No obstante, Julia nos lleva al adecuado con esta novela, nos demuestra lo que verdaderamente es el poder de la mujer, sin menospreciar a nadie, simplemente eligiendo su propio camino y marcando el rumbo de sus pisadas.

Cuatro mujeres son las que caminan por las páginas que, en breve, vas a tener ante tus ojos. Todas ellas relacionadas dentro de un mundo que Julia ha construido con una credibilidad sublime. Lo que suelo buscar en mis lecturas es que la historia sea coherente, pero la autora, además, ha conseguido que las vidas de estas cuatro mujeres se hallen tan cercanas a la tuya que puedas imaginarlas paseando por la calle a tu lado, mirándolas a los ojos o tomando un café con ellas.

El libro que sostienes entre tus manos es y no es una historia romántica. Lo es porque es evidente que se narra una intensa historia de amor, pero también de desamor, de ese que auténticamente se puede encontrar en la vida real, ese que no siempre es perfecto, ese que te hace sentir el dolor en las entrañas. Y no lo es precisamente porque para los personajes de Julia Ortega no todo es perfecto, sino que hay barreras, hay decisiones que pueden trastocar la vida y el futuro. No soy partidaria de las etiquetas así que no seré yo la que adscriba esta novela en un género en concreto. Es muchos a la vez y no es lo realmente importante: lo que de verdad cuenta en este libro es lo que se nos cuenta y la forma en que su autora lo hace.

Así que, querido lector, en *Caprichos del destino* Julia nos ofrece una historia valiente. Tengo que decir que, ella misma, lo ha sido. El tema de la bisexualidad y homosexualidad femeninas es complicado tratarlo: se debe tener una sensibilidad especial que, en mi opinión, Julia posee. Se despoja de la hipocresía y de lo políticamente correcto para llevarnos de la mano en una historia que, aconsejo, se debe leer dos veces. Y tres. Y cuatro. Y todas las que se puedan. Porque en cada una de ellas los ojos y la mente encuentran algo nuevo, una palabra que dejamos atrás en la anterior lectura o un personaje que nos descubre un rincón oculto que no supimos ver la otra vez.

Como es evidente, no quiero descifrar nada de lo que tú vas a encontrar en estas páginas. Lo que sí te puedo decir es que Julia transmite conocimientos y sentimientos a través de la palabra de manera impresionante. Esta obra hay que leerla paladeando cada letra, pronunciando cada frase en voz alta, recibiendo a los personajes con los brazos abiertos y ofreciéndoles un asiento en nuestro lugar de lectura.

En ocasiones, entre tantas estrellas en el firmamento, hay algunas que saben brillar por sí solas y que iluminan de manera sorprendente otorgándonos esperanza. Julia es una de esas estrellas. Su estilo se nos muestra elegante, cuidado, hermoso. Verdaderamente es de agradecer hallar una novela que, además de poseer una buena historia, lo haga de una forma tan especial que se pueda recordar durante mucho tiempo.

Un magnífico escritor dijo que «el escritor original no es aquel que no imita a nadie, sino al que nadie puede imitar». Estas palabras las puedo aplicar, sin duda alguna, a la autora que vais a conocer en este libro. Y es que *Caprichos del destino* de por sí es una novela original que no hallé antes en otras y que no creo encontrar en el futuro. No por el tema, puesto que es cierto que últimamente se acercan a él de manera recurrente, sino por el hecho de que Julia lo ha dotado de ese estilo personal que todos los buenos escritores deberían alcanzar alguna vez.

Los mundos que Julia Ortega crea no tienen límites. En *Caprichos del destino* encontrarás uno, pero hay muchos más por descubrir. Autora sin complejos, con una mente prodigiosa para trazar personajes con una prosa enorme.

Solo me queda desearte que disfrutes de esta grandiosa historia.

Yo lo hice.

Continúo haciéndolo.

Elena Montagud

Regent's Park, Londres

Hayas y robles lucen las tonalidades rojizas características de las primeras semanas de otoño; el tenue haz de luz que deja caer un sol que se despide perezosamente entre rosados jirones de nubes calmas solo la ilumina a ella. No hay nadie más. Ha dejado a los guardaespaldas en casa con dos palmos de narices. Tanta seguridad y protección las 24 horas del día los 365 días del año la agobian. Apenas puede dar un paso sin sentir a ese par respirándole en el cogote. Ni tan siquiera la dejan bañarse o hacer sus necesidades a solas. Sabe que es «por su bien»; les pagan para protegerla porque en el último año las amenazas de muerte han sido constantes, y cada una suena peor que la anterior.

Josh se pondrá hecho un basilisco cuando sepa que se halla a merced de cualquier psicópata, o en el punto de mira de los terroristas. Y lo peor: no lleva nada a mano, ni una mala navaja de gamberro con que defenderse si se ve en peligro.

Ocurre que le resulta ridículo ir armada cada vez que sale a la calle; nunca ha sido paranoica, ni siquiera de jovencita, cuando le sobaban motivos para sufrir eso que llaman esquizofrenia. Sabe que si alguien quiere matarla, y al parecer en esos meses se ha formado una bonita cola para disputarse tal honor, ella no podrá evitarlo. Y sus mercenarios, por muy preparados que estén, tampoco. Los que la amenazan no son principiantes ni chapuceros de tres al cuarto; es gente profesional con una misión sagrada, o eso cree a pies juntillas. No tiene pruebas —las amenazas anónimas no las firma nadie—, pero sí un ligero indicio de quién está detrás de todo eso.

Qué curioso haber resultado ilesa en el atentado de 2005, la primera vez que visitó la ciudad, rebosante de amor, expectativas... y despreocupación; cuando vivir o morir no le importaba demasiado, cuando pensaba que mejor morir allí que en cualquier otro rincón del planeta. Y hoy, bajo el crepúsculo que la baña en áurea luz, sufre el ansia de quien todavía tiene mucho que hacer y de qué cuidar, mucho que celebrar y otro tanto por lo que sentir un orgullo casi narcisista...

No hay mayor derrota que la cobardía

Lunes, 11 de octubre. 9:00h.

¿Adónde van las lágrimas que derramamos a lo largo del camino, dónde quedaron aquellas que nunca dejamos ir?

Yo tenía una amiga, mucho más que una buena amiga; la clase de persona que quieres retener a tu lado toda la vida: una luminaria en un mundo oscuro.

Cuando somos jóvenes y nos sentimos a gusto en nuestra piel apenas hacemos caso a quienes, con la mejor intención, nos advierten que el tiempo lo cambia todo: las situaciones, las perspectivas, las expectativas, los sueños y, ¿por qué no?, cambia incluso a las personas.

La naturaleza humana es reacia al cambio; los nacidos bajo el signo de Capricornio lo somos más si cabe. El cambio es siempre incertidumbre, inquietud, ansiedad y angustia. No lo reconocemos en nosotros mismos, y siempre son los otros los culpables. Algunos lo llamarían egolatría. Recuerden solo el revuelo que se armó en torno a Galileo en el siglo XVII porque ¡pobre infeliz! tuvo la temeridad de afirmar que no era la Tierra el centro alrededor del cual giraban todos los demás planetas; fue su teoría heliocéntrica la que le ganó la animadversión del Santo Oficio, mucho más conservador en sus planteamientos astronómicos. Antes de él la gente era más feliz. El Sol se movía en torno a la Tierra: los humanos permanecíamos estables porque la estabilidad es seguridad, certeza, tranquilidad. El cambio tiene mucho de desconocido; y lo desconocido tiene, a menudo, mucho de peligroso. Yo cambiaba, pero en mi inconsciencia la acusaba a ella de haberlo hecho; caía por una vertiginosa pendiente pero no lo sentía, eran «los otros» los que se movían y caían irremisiblemente al vacío... Ella hubiera podido ser la roca en la cual apoyarme, la que hubiera frenado mi precipitación hacia la Nada, pero la desdeñé sin remordimientos; la Nada se me antojaba más apasionante. Disfrazada de pseudoamor, era como el canto de sirenas de la inmortal *Odisea* homérica: me atrapaba, me envolvía, me aniquilaba por dentro... Anulaba mi voluntad, mi capacidad de decisión, mis opiniones, mis pensamientos, mis inquietudes, las que fueran; y por anular, anuló incluso mi (escaso) talento.

Hoy la criatura que se estrelló contra la Nada recoge los pedazos, los recompone y se ocupa en sobrevivir el tiempo que le queda en la Tierra. Ya no le quedan ilusiones ni expectativas; ha abierto los ojos y cerrado los oídos al mortal canto, pero no lo siente como un gran logro. En su cuadrículado mundo en blanco y negro anhela que le devuelvan el ser que un día fue. Por desgracia, el quehacer doméstico es *full time*, y ella no osa pensar siquiera qué haría con esa repentina identidad rescatada.

Tampoco sirve de mucho lamentar lo perdido, ni quedan apenas fuerzas para reconquistarlo. Aun suponiendo que me diera por recuperar pretéritas amistades y amores sepultados, y el de Judith muy en particular, mi vida es una sucesión de tediosas tareas, de mañanas de lluvia y de espesa niebla, la de Lérica de toda la vida, que conforman mi particular paisaje cotidiano.

Paisaje que estalla en mil pedazos cuando mis ojos descubren el periódico, abandonado entre tazas y platos sucios del desayuno que no me apetece fregar, y leo los titulares de hoy: lunes, 11 de octubre de 2032. No ocupa el centro de primera plana, una violenta refriega estudiantil en París (los intelectuales franceses siempre están revolviéndose contra algo o contra alguien desde mil setecientos ochenta y nueve) con cincuenta muertos y cientos de heridos acapara en *El País* casi toda la atención; pero sí hay más abajo un huequito donde insertar, como quien no quiere la cosa, la escalofriante noticia:

víctima de un atentado islamista

Un sudor frío me recorre el espinazo, aunque lo cierto es que la nueva en sí no debería sorprender a nadie en estos tiempos que corren. Judith había escrito mucho, y más que escrito: criticado y vapuleado el islamismo más radical. Bien parapetada en su temprano feminismo a ultranza, se sentía con el deber moral de aborrecer su ideología de la «superioridad del hombre» y la consecuente sumisión de la mujer; y a diferencia del resto de la sociedad británica, esclavizada, como la nuestra, por la implacable dictadura de lo «políticamente correcto», no se sentía obligada a disimularlo ni un poquito.

Dado que sus opiniones creaban debate, y morbosos por añadidura, era invitada un día sí y otro también a foros y tertulias (literarios o no, tanto daba) en radio y televisión. Una vez en el plató, acicalada hasta lo irreconocible, frente a los micrófonos y las cámaras, y respaldada por su legendaria y merecida fama de «hacedora» de *best-sellers*, dejaba fluir su verborrea con comentarios y argumentos tan ácidos y (demasiado a menudo) acertados, que no dejaban opción a réplica. Y se expresaba con tal acento *cockney* que servidora aquí presente olvidaba que alguna vez la oyó hablar la lengua de Cervantes y Lope de Vega.

Habida cuenta de esto, ¿por qué debería extrañarle a nadie que, después de todas sus despiadadas críticas y sus furibundos ataques verbales y escritos a sus reliquias, lugares, modos y costumbres sagrados, los «buenos musulmanes» hubieran decidido darle una lección a esa perra infiel?

Yo veía y escuchaba los programas en privado para que no me pillara Michelle, mi mujer. Y la admiraba mucho más de lo que me atrevía a reconocer en público. Judith era, aun en el otoño de su vida, la escritora que yo hubiera podido ser, quizá, de no haberme dejado arrastrar años atrás por el canto de las sirenas de Ulises. Digo «en privado» porque la imagen, e incluso el nombre de Judith, era tabú; Michelle no quería ni oírlo, ni acordarse de que, mucho tiempo atrás, Judith había formado parte de nuestras vidas, y más de la suya que de la mía. Había actuado por primera vez de Celestina, aunque de haber sabido adónde iba a llevarla su alcahuetería, se lo hubiera pensado dos, y hasta tres veces, antes de dar aquel paso. Yo tuve siempre la decencia de reconocer sin tapujos que Judith me puso un buen día en el camino de Michelle, y agradeceré cuando tocaba; sin embargo, me duele admitir que nunca he oído de labios de mi pareja ningún agradecimiento. Al principio de la convivencia, y después de la traumática ruptura que nos dolió a las tres por igual, pensé que la envidia o el resentimiento provocaban tamaño silencio al respecto; en cambio, de unos años acá ando sospechando que no está dispuesta a agradecerle nada porque no hay nada que agradecer. O al menos nada tan importante que justifique humillarse ante ella.

Desde hace más de treinta años vivo en *su* casa (detalle que me echa en cara a la menor oportunidad) y sé mejor que nadie que lo recogido entre *sus* cuatro paredes es *su* sanctasanctórum, y nada, mucho menos el aborrecible y aborrecido nombre de Judith, debe mancillarlo. Y yo, que desde muy temprano en nuestro connubio, cometí el aberrante error de besar el suelo que pisaban sus zapatos de Ferragamo de altísimo tacón, no me atrevía a contradecirla. Ni siquiera puntualizaba que, desde el momento en que yo pagaba de mi bolsillo las facturas del agua, la luz, el gas, la Telefónica (ADSL incluida), más los gastos de la comunidad de vecinos, más toda la comida y bebida que consumíamos en casa, solas o en compañía de amigos... de Michelle, se entiende, yo podía considerar *su* sacrosanta casa un poquito mía también.

Para Michelle, abogada laboralista y filóloga especialista en literatura gala del siglo XIX, el de Judith era un tema zanjado, y zanjado por una cuestión de dignidad, y esto era importante; como importantes eran los fines, que no los medios. Su fin último era no

quedarse sola; desde su más tierna y algodonzosa infancia de hija única, su mamá le había repetido *ad nauseam* que «solo las niñas feas se quedan para vestir santos». Grabada a fuego la sabia lección maternal, y mucho, mucho después de alguna que otra relación juvenil fracasada que ni siquiera llegó a la intimidad más íntima, se agarró a mí y a mi amor igual que a un clavo ardiendo. Yo lo intuía, por no decir que lo sabía a ciencia cierta, pero siguiendo a rajatabla el antediluviano tópico del amor ciego, lo pasé por alto; no quise darle la importancia que merecía, ni tampoco quise valorar la dimensión de su desesperación por «atrapar» a alguien, el que fuera o la que fuera.

Y hablando de relaciones juveniles, la más prometedor y al cabo dolorosa por lo decepcionante fue en la primavera de 1997 con un francesito —Michelle era tan francófila como Judith anglófila— muy atractivo a decir de ella, porque yo no llegué siquiera a ver su foto. El gabachito resultó ser un auténtico impresentable, ¿a qué negarlo? Pero quitarle parte del mérito de esa ruptura a la madre de Michelle sería subestimar las malas artes de la digna señora, especialista como ninguna otra en malograr las relaciones de todos en general, y de su hija muy en particular. La vida siempre sabe cómo cobrarse las deudas; si a mamá no le parecía el gabachito un buen partido para su pluscuamperfecta hijita, ¿qué tal yo? Mucho peor, sin duda. ¡La de años que disfruté «viendo» a la buena mujer dándose golpes de pecho en penitencia por sus errores de juicio...! Uno no debe nunca entrometerse en los idilios de los hijos.

La vida siempre sabe cómo cobrarse las deudas.

A diferencia de mí o Judith, que desde muy temprano en nuestra amistad y en nuestra vida no tuvimos empacho alguno en proclamar nuestra bisexualidad y hacer de ella una flamígera bandera que nos hacía sentir europeas mundanas y liberadas, Michelle se definía ante todos como «hetero» aunque se mostraba tolerante y respetuosa con gays y lesbianas porque ya por aquel entonces era de buen tono. Iba de *fashion* y de *cool*, pero más que convencer a los amiguetes, que pululaban a su alrededor como moscas en torno a la más dulce miel, intentaba (con poco o nulo éxito) convencerse a sí misma. Y lo que sí es imprescindible dejar claro aquí y ahora, para que nadie se lleve a engaño, es que NUNCA pudo convencer a mamá.

Yo había tenido mis más y mis menos con los chicos en esa época en que, por muy definida que esté tu sexualidad, sigues queriendo experimentar por puro placer; desde mi experiencia, podía y *quería* entender a Michelle cuando de la noche a la mañana dejó de ser «hetero» y pasó a ser «homo». ¡Cómo si uno pudiera pasar de una sexualidad a otra como quien pasa de carril en la autopista!

En realidad, si todo se reducía a darme una oportunidad e introducirme en *su* casa y en *su* vida por la puerta grande después de todas sus dudas existenciales, miedos, neuras y, sobre todo, la amenaza que representó Judith aquel último verano de paz y amor, a mí me venía de perlas; estaba tan Entusiasmada, Enamorada y Encoñada que no veía lo que era evidente para cualquier par de ojos: que Michelle, aunque no me quisiera, estaba como un perro con un sabroso hueso y no iba a dejarme escapar. No para que Judith corriera a mis brazos, y yo la recibiera encantada, y le diera un puesto de honor en mi casa y en mi vida.

Eso Nunca Jamás.

A fin de cuentas, yo era una máquina muy productiva: tenía dos brazos, dos manos, dos piernas, todo en perfecto estado; un buen cerebro organizador; no le tenía miedo al trabajo duro, y aunque las tareas domésticas no han sido nunca mi debilidad, sacrificarme por amor me pareció en aquellos días de lo más romántico, y si había que remangarse, lo hacía y punto. Que era un poquito más de lo que era capaz de hacer ella, que ni siquiera sabía freír un huevo, ni programar la lavadora, ni ninguna otra cosa parecida.

Michelle se emancipó un año antes de que yo me mudara a *su* casa; y probablemente la pregunta del millón sea: ¿cómo leches sobrevivió durante ese año sin *su* asistenta particular? Pues comiendo y cenando fuera de casa; llevando la ropita sucia *a casa de mamá* —la buena señora rezaba a diario para que muy pronto su díscola hija se desengañara de la vida como mujer liberada (igual a puta Egoísta, Egocéntrica y Ególatra) y volviera a sus faldas contenta como unas pascuas y la mar de agradecida y arrepentida de haber abandonado el sin igual nido familiar—, y engatusando a alguna ingenua vecina para que viniera aquí y lo dejara todo como los chorros del oro, no fuera que yo me espantara al ver tanta mugre junta y saliera por patas. No sé quién fue la vecinita de marras, pero no vayan a creer que se partió el espinazo trabajando. Tampoco tenía por qué hacerlo, porque mi *queridísima* nunca se había planteado pagarle una peseta. Sí, señores, todavía andábamos con la peseta, ¡y nos iba mucho mejor! Todo era más barato y el dinerito duraba más en el bolsillo de los españoles asalariados.

De los otros no sé nada.

Cuando llegué en coche, de noche, cargada con un par de maletas (y un par de ovarios, que eso lo llevaba yo allá donde fuera) porque no quise llevármelo todo en un único viaje, me vi de repente en un piso grande, antiguo, recargado; de niña pija en definitiva, aunque no todo lo limpio que debería estar si se tiene en cuenta que había visita, y más aún: la visita venía para instalarse de un modo definitivo. O al menos ésa era su intención.

Llegué a Lérída el 1 de diciembre de 2001.

Hacía un frío de mil demonios, fue uno de esos otoños en que nevó antes de hora. Había tratado de mentalizarme en cuanto a la niebla porque ya iba sobre aviso, pero hay que vivirla, y no es nada agradable si la combinas con la nieve, el frío, una pertinaz llovizna y la falta de algún sistema de calefacción en condiciones humanas. Con amor todo se sobrelleva mejor, me decía una y otra vez; el frío es menos frío, y la lluvia no molesta ni la mitad bajo un paraguas compartido. Tampoco molestaba la cocina sucia, con churretones en las paredes y en el deslucido suelo, los platos de toda una semana con grasa incrustada en el fregadero, la ropa (muy sucia y muy arrugada) desparramada sin orden ni concierto por toda la casa, ni el polvo de un mes (o un trimestre) acumulado perezosamente encima del televisor de veintiocho pulgadas. Al día siguiente me remangué y, mientras Michelle estaba trabajando de funcionaria en la Diputación (¿qué otra cosa si no...?), puse la casa como una patena: los suelos y las ventanas relucían; todo estaba en su lugar y todo olía divino, empezando por la comida: su plato preferido. Yo esperaba a mi mujercita, convencida de que no había mejor pago a mis desvelos que una sonrisa suya.

Mi mitad llegó tarde, cabreada, apenas si se fijó en lo que había a su alrededor y con un gruñido me hizo saber que no tenía ni hambre ni tiempo para comer; se duchó, se cambió de ropa y se fue. Apenas me rozó la mejilla con los labios. Estuve en un tris de echarme a llorar de la desilusión... Pero, y ahí empezó una infinita sucesión de justificaciones y disculpas, me dije que todo el mundo puede tener un mal día, no debía tomármelo a la tremenda, esa noche llegaría más relajada, de mejor humor, y me pediría perdón... ¡Ja! No me llamen ilusa porque tenga una ilusión. Michelle volvió a la noche: ni más relajada ni menos, pero a día de hoy aún espero una disculpa.

No era un buen comienzo.

Yo me negaba a tirar la toalla por una cuestión de orgullo (léase Soberbia) en primerísimo lugar; y también, no menos importante, porque le había escrito a Judith una carta de cinco hojas a doble cara vanagloriándome de lo bien que estábamos juntas, lo felices que éramos y todo ese rollo ñoño. Me resistía a hincar la rodilla y reconocer que las cosas no eran como las había imaginado en mis fantasías —tenía un

superávit desde pequeña—, que Michelle había cambiado de faz y actuaba como si fuéramos un viejo matrimonio que ya ha celebrado con más pena que gloria sus bodas de oro. Apenas llevábamos dos semanas viviendo juntas y Michelle se comportaba como un perdonavidas, dejándome un huequito en *su* casa y en *su* cama. Había esperado algo mejor: no fuegos artificiales, pero sí una chispa de alegría brillando en sus ojos por el simple y maravilloso hecho de que teníamos una vida en común por delante.

Cualquiera podría pensar que la cuestión se reducía a que como me había conseguido, y con muy poquito esfuerzo, todo hay que decirlo, había perdido por completo el interés.

Llegó Navidad.

Por aquel entonces, la relación entre Judith y yo amenazaba con transformarse en estatua de hielo de puro frío; fue a partir del quince de septiembre que las cosas empezaron a torcerse y ya no se enderezarían. Fue ese preciso día cuando le comuniqué en un éxtasis post-orgasmo que Michelle había ido a verme para (¡Dios, qué cursi va a sonar esto!) declararme su amor; y recuerdo muy bien el día porque mi felicidad se vio empañada por la tragedia terrorista del 11-S en Nueva York. Me escribió a vuelta de correo; nunca ha sabido disimular su malestar o su tristeza, o su ira, o cualesquiera que fueran sus sentimientos del momento: la carta era antipática e intencionadamente cruel, arte en el cual era una auténtica maestra cuando se lo proponía. En su diatriba me acusó de haber malvendido mi amor y haberme comportado como una solterona desesperada olvidando, al parecer, mi desilusión del verano. Entre risas sin rastro de simpatía me hizo ver cuán barato le había salido a Michelle el perdón de algo imperdonable: dejarme tirada cuando más la necesitaba. Para Judith no había amor capaz de justificar tal actitud.

Que la noticia de nuestro recién estrenado noviazgo le cayó como un jarro de agua fría era algo que no debería haberme sorprendido, pero lo hizo porque en aquellos días andaba yo muy en las nubes y no sabía leer entre líneas. O no quería, o me daba miedo, ¡o qué sé yo! No le faltaban motivos para lapidarme; mi error más garrafal fue tratarla como me trataba Michelle a mí: de idiota, sin tener en cuenta que Judith *era todo menos eso*, y no tenía por qué aguantar mis desplantes, ni pretender pasar por verdades incontestables todas mis mentiras y excusas de mal pagador.

Había muchas señales de alarma que avisaban que la convivencia no empezaba con buen pie, y que la relación, lejos de estar construida con cimientos sólidos y perdurables, se tambaleaba sobre barro seco y quebradizo en extremo. Quizá la más curiosa de todas fuera la irrevocable decisión de Michelle de mantener oculto como un pecado lo nuestro el mayor tiempo posible, tanto que se opuso a que pusiera mi nombre en *su* buzón. Esto tenía una explicación lógica, aunque no del todo justificable: su madre no debía descubrir que vivíamos juntas. Ummm, volvamos a la recurrencia: *yo vivía en el piso de su única hija*. Importaba muy poco (o nada) que la mayoría de mis viejos amigos vivieran en Madrid o en cualquier otro rincón de España y que, al igual que con Judith, mantuviera una entusiasta relación epistolar con todos ellos.

Mi niña ya vio algo feo en tanto «secretismo» y me lo advirtió a tiempo, pero su consejo cayó en saco roto y no fue tomado en cuenta en ningún momento. Haberlo hecho me hubiera forzado a replantearme cosas que habrían podido dar al traste con mis románticas ilusiones. Había esperado demasiado a que Michelle me revelara lo que tanto anhelaba escuchar, tanto como sus labios y su primer beso... No me permitía poner en tela de juicio su sinceridad. Ella me decía en todo momento lo que yo quería oír, y aunque sus actos no casaban con sus dulces palabras, preferí quedarme con la dulzura y aparqué a un lado el resto.

Nuestra primera Nochevieja de noviazgo tuvo su puntito agrisado porque, en vez de pasarla con ella como había soñado, la pasé sirviendo copas en un garito de ambiente donde me había colocado en cuanto puse los pies en su preciosa ciudad. Y sola, a pesar de la multitud de acarameladas parejitas de tortilleras que colapsaban el aforo del local. Para colmo de males, unas horas antes la ruptura con Judith me había dejado tocada y hundida; yo no quería llegar a ese extremo, pero me obligó a elegir, y debería haber sabido que yo no aceptaba ultimátums de nadie. Por otro lado estaba la rotunda negativa de Michelle a llevarme a casa de sus padres y presentarme como su pareja, hecho que Judith me hizo notar como prueba de que Michelle no se tomaba en serio lo nuestro y se limitaba a jugar conmigo hasta que se aburriera o encontrara algo mejor.

Muy en el fondo, ambas tenían su parte de razón al defender con tal fiereza y tozudez sus posturas respectivas; Michelle insistía en que era muy pronto —¡después de cinco años de amistad!— para anunciar nuestro compromiso, que su madre no podía verme ni en pintura, que el tiempo lo colocaba todo en su lugar, que acabaría cediendo y aceptándolo. ¡Ja! La señora murió con una maldición en los labios dirigida a mí.

La madre de Michelle me odiaba: la clase de odio que se gesta en ese miedo supersticioso a lo desconocido. Aparte su retrógrada idea de los homosexuales —para ella éramos enfermos que necesitábamos mucha terapia emocional, muchos rezos a la Virgen María, y a Dios Todopoderoso como guía de nuestras descarriadas vidas—, yo, al igual que Judith un día, representaba una amenaza mayúscula en sus delirios de dominación y control absolutos. Cuanto más cerca estaba Michelle de nosotras, más y más se alejaba de ella y su filosofía de vida.

Judith nunca fue muy paciente con la estupidez, ni con las actitudes de patio de colegio (dejando aparte su declarada alergia a caraduras y gente ordinaria), y de la noche a la mañana le sirvió en bandeja la solución a *la buena mujer*.

El problema había quedado reducido a la mitad: yo.

Conmigo no pudo la mala pécora, aunque solo Dios sabe cómo y cuánto se esforzó en separarnos, en cortar toda comunicación, interceptando nuestras cartas hasta tal punto que tuvimos que echar mano de una amiga común para continuar con nuestro apasionante y apasionado intercambio epistolar.

En cualquier relación, la que sea, siempre hay un miembro de la pareja que ofrece, entrega y sacrifica más que el otro. No entraré ahora a debatir si es justo o no; basta con saber que es una verdad universalmente reconocida. Yo podría haberlo dejado ahí y tirar la toalla; a nadie le gusta nadar contra corriente, es muy fatigoso; dejarse llevar por la marea es siempre más cómodo. Me repateaba los ovarios que tuviéramos que estar en ese plan para poder seguir juntas (la distancia física era esa Navidad de 1998 el menor y más llevadero de nuestros problemas); hacía más de un año que yo vivía en Madrid, independiente, muy lejos de la férula de mi madre; ni me acordaba de lo que era sentirse presionada, interrogada, acorralada, maltratada psicológicamente. Porque lo de la madre de Michelle era puro maltrato. Cualquier médico me daría la razón. Y las heridas del alma no curan... No con la misma facilidad, por descontado.

El amor significa empatía y comprensión, y yo la amaba; por nada del mundo hubiera roto el lazo que nos unía. Esa era la diferencia fundamental entre Judith y yo: Yo amaba a Michelle; su madre me importaba una mierda o menos que eso, y no iba a entrar al trapo y darle la satisfacción de salirse con la suya. Antes muerta.

Aunque habían sido íntimas amigas en el pasado, una sucesión de lamentables malentendidos y una notable (y quizá intencionada) falta de comunicación, o sinceridad, o ambas a la vez por parte de Michelle, provocó la ruptura brusca y al cabo definitiva a finales de septiembre de aquel año. Primero fueron ellas y luego nosotras. O lo que es lo mismo: un difícil triángulo de intereses que más pronto que tarde iban a entrar en un irresoluble conflicto. Porque lo único cierto e irrefutable en esta tragicómica

historia es que ella nunca sintió por Michelle lo mismo que yo. Su amor y su cariño estaban reservados para mí en exclusiva; ella sí me amó, aunque fuera un mes. O dos. ¿Qué importa ahora?

Judith y yo nos declarábamos bisexuales con mucho orgullo; ella tenía sus historias con los hombres, ¡cómo no!, aunque admitía de buen grado la posibilidad, e incluso la probabilidad de compartir su vida con otra mujer a corto, medio o largo plazo; de hecho, yo no era la primera y, según las malas lenguas, no iba a ser la última tampoco. La primera había sido una de sus profesoras (la de literatura, si mal no recuerdo) en el colegio de monjas donde estudiaba a los dieciséis años su tercer y último curso de secretariado antes de inclinarse por la moda; a Judith le gustaban en aquellos tiempos las mujeres con mucho carácter y un par de ovarios bien puestos: el tipo de persona que se impone sin esfuerzo. Un líder: alguien que crea escuela, se lleva a la gente de calle y se la mete en el bolsillo en un abrir y cerrar de ojos. Imagino que por eso, amén de otras razones que solo ella sabía, me prefirió a Michelle.

Cuando en la primavera de 1996 empezó nuestra triangular correspondencia, yo no era la que soy ahora a mis cincuenta y ocho años, ¡ni muchísimo menos! Tampoco era la muchacha (demasiado) impulsiva y honesta que recién había llegado a Madrid, con veintipocas primaveras, ni tenía mucho en común con la que se fue a vivir con su pareja hasta el día de hoy. No, nada que ver.

Yo nací en Madrid el último día de 1973, pero mis primeros —y no muy agradables— recuerdos se remontan a mi infancia en Segovia: convivir con mi madre y mis dos hermanos, sentirme como un cero a la izquierda, un estorbo, algo inoportuno, y tan molesto como un grano en el culo o una almorranas. Las continuas broncas de mi madre; la mediocridad de mi hermana mayor, solo pendiente de su noviete y de su ajuar (¿?); el brutal pasotismo de mi hermano pequeño, provocado por su adicción a la Play y a las motos de gran cilindrada; las idas y venidas de hombres a casa con la única pretensión de ocupar la cama de mi madre, que no el corazón, porque ella ni sabía qué leches era eso.

No hablaré de mi padre porque poco puedo decir de él; fue uno de tantos hombres con el dudoso honor de haberme decepcionado en algún momento de mi vida. De niña no lo vi en casa, ni de día ni de noche (mi madre nos decía *a todas horas* que estaba en la cárcel... aunque *nunca* nos explicó por qué había ido a parar entre rejas). Y con ese fantasma, al que llegué a querer a fuerza de idealizarlo, pasé los difíciles años de mi infancia y adolescencia. Luego, la juventud y mi primer empleo: la oportunidad de sentirme útil y realizada; la camaradería con los compañeros de trabajo, el trato con los clientes del local de hamburguesas; todo aquello me hacía sentir bien... Bien lejos de casa. Allá me esperaban reproches un día sí y otro también por tonterías que ni merecen ser comentadas.

Judith y yo teníamos muchísimo en común, aparte el hecho de estar regidas por el taciturno y rígido Saturno, que intentaba sin éxito inhibir nuestros impulsos. Lo que nos unió fue nuestra enfermiza adicción a los libros, adicción que teníamos que ocultar en casa, pues el otro rasgo en común a destacar era la maltrecha, o acaso peor que maltrecha relación con nuestras madres. El desmedido amor a los libros de todo género y grosor nos salvó la infancia y la adolescencia; digo, nos salvó de la tentación de suicidarnos. Como buenas artistas hipersensibles, habíamos coqueteado en más de una ocasión con ideas suicidas. Ella fue más allá del simple coqueteo y lo intentó una vez a causa, cómo no, de uno de sus innumerables desengaños amorosos antes de que llegara él y le pusiera el corazón y la vida patas arriba; con pastillas, por supuesto, lo más ligero y menos aparatoso. Lo malo (o lo bueno, según se mire) es que tuvo que tirar de Paracetamol, y claro, con eso no se va nadie al otro barrio; apenas sí da para doblar la esquina... De la experiencia solo le quedó un tremendo dolor de cabeza y una leve sensación de adormilamiento.

Ocurrió cuatro años antes de que su madre tuviera a mano antidepresivos y ansiolíticos a cualquier hora del día. O de la noche, porque además de depresión, también sufría de insomnio. Aunque, en honor a la verdad, la buena mujer padecía cualquier achaque inscrito en un manual de medicina. O lo que viene a ser lo mismo: hipocondría crónica. Volviendo a la hija, la díscola, la rarita, la oveja negra: que yo sepa, no ha vuelto a intentarlo, y teniendo en cuenta la fama que lleva a sus espaldas de unos años acá, cualquier tentativa en ese sentido sería de dominio público y constituiría un escándalo de lo más jugoso.

La vida es así de caprichosa; justo cuando tenía a mano lo necesario para emprender un viaje a ninguna parte, había descubierto su verdadero talento, estaba volcada en lo que iba a ser su ópera prima, y en lo último que pensaba era en suicidarse.

¡Anda que no tenía que dar guerra todavía!

Y lo curioso del caso, ¡no se lo pierdan!, es que este íntimo episodio (que con toda probabilidad no aparecerá nunca en sus memorias... si acaso sobrevive para escribirlas) me lo contó Michelle; y sí, lo han adivinado: a manera de malicioso cotilleo cuando ya eran archienemigas. Y sí, sé lo que me van a decir: que tal afición a los chismes mal intencionados y a los golpes bajos no habla mucho a su favor; que yo sabía, sin que nadie me lo dijera, que Judith se lo había confesado confiando en que no saldría de su boca ni una sola palabra.

Yo me había limitado a flirtear con la tentadora idea, pero nunca me sentí tan atraída (o desesperada y hastiada) para intentar consumarla. Mi vida era una constante huida hacia delante, y al cabo acabé huyendo en el sentido más literal de la palabra. A Madrid, donde encontré «asilo político» en casa de la hermana de mi padre.

¿Que por qué me fui a Madrid?

De entrada, Segovia se me había quedado pequeña: los mismos bares, la misma gente: todo el mundo pendiente del prójimo, y no precisamente para ayudarlo o hacerle la vida más fácil... Y bien pensado, tampoco tenía elección; había tenido otra bronca con mi madre: la definitiva. Tanto como puede serlo una tentativa de homicidio en toda regla. Cuando pude soltarme de sus férreas garras, cogí el portante y me fui. Necesitaba aire porque la mujer que me dio la vida había intentado quitármela estrangulándome.

Di vueltas, calle arriba, calle abajo; sabía que nada volvería a ser igual. Lo mejor era recoger mis cuatro cachivaches y marcharme con viento fresco. Esa era mi idea; sin embargo, cuando regresé horas más tarde para liar los bártulos y despedirme me encontré ante la imposibilidad de entrar en mi casa. Literalmente. En mi arrebató me había dejado las llaves, no llevaba nada encima, ni documentación, ni llaves del coche, ni un puto duro. Y por supuesto, nadie en casa respondió a mis insistentes timbrazos. Tuve que ir a comisaría y poner una denuncia por robo, y de paso otra por lesiones, porque no tenía ni un mal pañuelo con que cubrir las marcas rojizas que me habían dejado en el cuello las manos de mi madre.

Lo que más me dolió entonces, como ahora, no fue la agresión de mi progenitora, la cual se veía venir a la legua, sino que mis hermanos, los dos, que se encontraban en casa el día de autos, no hubieran movido un solo dedo por ayudarme, ni se hubieran planteado en ningún momento salir, no solo en defensa de mis derechos más elementales como ser humano, sino de mi misma vida.

El subinspector me acompañó a casa, y mi madre, al verse cara a cara con la policía, no tuvo más remedio que permitirme la entrada. Bajo su vigilante mirada (¿de veras temía que fuera a llevarme algo suyo?) recogí mis cuatro cosas, algo de ropa, mi documentación, las llaves del Clio, media docena de cedés, la libreta de ahorros y las cartas de mis amigos, que eran un tesoro tan irremplazable como comprometido para mí. De ninguna manera podía dejar que cayeran en sus manos.

En cuanto a mi tía Tamara, no puede decirse que pasara mucho tiempo en su casa tampoco; al principio, la familia estaba encantada de tenerme allí y hubo muy buen ambiente; pero al cabo de unos meses se notaba que estaba de más, y se me invitaba de un modo más o menos sutil a marcharme con la música a otra parte. A partir de ahí, y hasta el día de hoy, he tenido que buscarme la vida...

A lo que iba: hoy nada en la vida de Judith Ordóñez justifica siquiera una intentona de suicidio. Para cualquier adicto a la prensa rosa queda claro que su vida es de novela; no romántica, pero sí lo bastante excitante como para no aburrirse. Judith sostenía a piñón fijo que solamente la gente ociosa cae víctima del tedio y puede darse el lujo de deprimirse.

En una de las numerosas entrevistas que ofreció a la BBC el año pasado declaró que le faltaban horas en el día a día, ¿cómo dedicar pues, siquiera, un nanosegundo a algo tan inútil como una depresión?

Declaró otras muchas cosas, cómo no.

Verbigracia:

—Yo respeto y quiero muchísimo a mi marido, pero hay que reconocer que no está psicológicamente preparado para la fama y el reconocimiento que conlleva un talento como el nuestro. Por fortuna, yo lo estoy por los dos.

Había metido a empellones su otrora modestia en el armario, y había tirado la llave por el retrete para no acordarse de ella nunca más; en muy poco tiempo se había convertido en una escritora mediática. Por favor, NO confundir con ese espécimen que es el personaje mediático con ínfulas de escritor intelectual a lo Boris Izaguirre.

¿Que no lo recuerdan?

Natural; esa gente es flor de un día.

La inmortalidad es otra cosa.

Estar en el ojo del huracán no era algo que Judith persiguiera o anhelara especialmente, pero tampoco le hacía ascos si se daba el caso. No buscaba la polémica, la polémica la encontraba a ella. Se atraían de un modo irresistible. Todo lo que hacía y decía era tema de discusión en cualquier sobremesa en cualquier casa; no importaba cuándo ni dónde. No había nacido para mirar la vida y el mundo desde un rincón.

No le gustaba que hablaran mal de ella; a nadie le gusta, por supuesto; sin embargo aceptaba críticas y habladurías, bien y malintencionadas, con espíritu deportivo y sobredosis de buen humor porque eran síntoma y sinónimo de popularidad. Si había algo en este pequeño planeta que amara más que a su *muy* envidiable y *muy* envidiado marido, era la popularidad: saberse querida, admirada; que la gente la reconociera, la parara por la calle, le pidiera autógrafos o salir con ella en la foto. Reconocía sin tapujos que de sus lectores, de su criterio y su buen o mal juicio o gusto, comía todos los días; valoraba mucho el cariño que le dispensaba su legión de fans, visitaba los blogs y *sítes* con asiduidad para estar al día de todo lo que se comentaba de ella, y si bien no era proclive a la autocompasión, una crítica despiadada o injusta sí podía influir de modo notable en su ciclotímico estado de ánimo.

Ambas habíamos nacido bajo el tozudo signo de la Cabra; supervivientes de mil batallas, lucíamos nuestras heridas de guerra con orgullo ante todo el que quisiera verlas.

Yo amaba a Michelle como jamás, pensaba entonces, podría querer a Judith. No era cuestión de *cantidad*, de si era más o menos, sino de *modo*. No quería a una *más* que a la otra; eran dos clases de amor perfectamente compatibles en un principio.

Mirar a Judith era mirar mi reflejo en el espejo; las dos éramos fuertes, valientes, autosuficientes y muy independientes. Nos vanagloriábamos de no necesitar a nadie,

de bastarnos a nosotras mismas para salir adelante. Ni familia que nos protegiera ni hombre que nos mantuviera. Nada. Nosotras. Solas. Frente al mundo. Si algún día buscábamos a alguien con quien completarnos, porque la soledad de por vida es mortal de aburrimiento, sería por fuerza un ser débil y vulnerable.

Y más joven, por añadidura.

Yo lo vi claro desde muy jovencita: desde el día que supe que solo podía contar conmigo misma en la vida; Judith necesitó buscar y experimentar sin descanso hasta dar con la clave de la relación que más le convenía. Y es que ella no era, ni de lejos, tan consciente como yo de su fortaleza. Su variable ánimo, que tan pronto la ascendía al cielo como la descendía a los infiernos, la hacía sentirse con frecuencia muy desamparada. A menudo pensaba que necesitaba otro padre. ¿Y para qué? Tenía un padre a tiempo completo, no un fantasma como tenía yo; de hecho, era la típica «niña de papá» en muchos y muy importantes aspectos, aunque yo siempre sospeché que si buscaba sin tregua a alguien entrado en años era porque anhelaba encontrar una madurez que la alejara tanto como fuera posible de su traumática adolescencia y la pesadilla de los años del colegio (ríanse ustedes de la magna obra dantesca).

Pero el tiempo, que todo lo cura y lo recoloca en su lugar, que aporta perspectiva y siempre juega a favor de quien sabe esperar sin desesperarse, le había mostrado no solo su verdadero camino profesional, sino también un norte en el horizonte siempre espinoso de los sentimientos.

Me sorprendí cuando leí la noticia, no voy a negarlo; no me estremecí de horror y asco como hubiera hecho de verla unida en matrimonio a un trajeado abogado sin escrúpulos, un *broker* que soñara cotizaciones, un arquitecto de la *nueva vanguardia*, un banquero obsesionado con la subida del euríbor, o un *yuppie* agresivo adicto al sexo, la cocaína, la PSP, la BlackBerry, el móvil, el squash y el e-Mule, pero me sorprendí. ¿Cuántas veces, cuántas en nuestras innumerables y prolijas cartas, me había repetido hasta el hartazgo que su vida estaba unida a la de un inglés?

Lo tenía tan asumido que el irlandesito me descolocó un poco.

Solo un suave zarandeo.

A fin de cuentas era lo que ella siempre había andado buscando, y vivía en Londres cuando no trabajaba, que era lo verdaderamente crucial. No importaba si había nacido en Dublín y se había criado en Blarney, una pequeña y coqueta ciudad de Cork, tenía su residencia oficial en la capital del reino y eso bastaba. Y era actor; conviene no olvidarlo. Judith tenía una inquietante debilidad por los actores (NO confundir con súper-mega-estrella-de-cine-rollo-Brad-Pitt) que le venía de su frustrado sueño pre-púber de ser actriz. Yo lo sabía muchísimo mejor que cualquiera que anduviera presumiendo de conocerla y de su amistad; la había visto enamorada hasta la locura de uno. Inglés, para más señas, ¡cómo no! Mantendré su nombre en el anonimato porque desde la ruptura le perdí la pista, y aparte, hace varios años que murió el buen hombre.

No contaba con que alguien tan ególatra y a la vez patológicamente inseguro se liara con un compañero de profesión (articulista, novelista o ensayista...), ni siquiera con un poetastro con aires de héroe neogótico al más puro estilo Lord Byron. Y él ya dejó claro en una entrevista que en su vida solo había sitio para un actor: él.

Fuera prejuicios, no era mala combinación: cuerpo y cerebro; una fórmula magistral que rara vez falla... Siempre y cuando él ponga el cerebro y ella el cuerpo. Pero si esto fuera así, no habría polémica, ¿y qué gracia tendría entonces? Ninguna. No para nuestra Judith. Había que invertir los papeles para que el asunto resultara interesante. Y cuando se trataba de invertir cualquier cosa, darle la vuelta, ponerla del revés, no había nadie como ella. No eran solo los cinco años y medio que le llevaba de ventaja, que ya de por sí representaban un escándalo en una sociedad tan retrógrada como la

nuestra. Nos las dábamos de liberales, de modernos y de post-modernos, de estar a la última, de estar curados de espantos, de aceptarlo y tolerarlo todo porque eso quedaba bien de cara a la galería; pero, a solas con nuestra conciencia, todavía no nos cuadraba que una mujer —de la edad que fuera— saliera con un hombre más joven.

¡Cuánto adelanto en nuestro tercer milenio!

El machismo, omnipresente en esta España de la que decimos sentirnos tan orgullosos, todavía condena a quien osa transgredir las leyes naturales. Un septuagenario escritor o periodista (para el caso lo mismo nos da) se lía alegremente con cualquier *miss* recién coronada de apenas veinte primaveras y lo celebramos por todo lo alto, pero ¡ay de la escritora casi cuarentona que se atreve a dejarse ver en actitud más cariñosa con un hombre-anuncio!

Los hombres lo miran a él como si fuera alienígena: ¿a quién se le ocurre buscarse una mujer con ideas propias? ¡Vaya una aberración! Ellas son más despiadadas y elucubran historias tan retorcidas que llegan a lo ridículo.

A todos los dioses y diosas gracias, ellos, la pareja hombre guapo-mujer inteligente, arrollan mordaces críticas y maliciosos comentarios con el ímpetu de un tanque de combate y siguen adelante como si nada. A fin de cuentas, su vida es solo suya y harán con ella lo que les venga en gana. Después de un tórrido noviazgo de apenas seis meses (cuentan las lenguas viperinas que no podían quitarse las manos de encima) se casan. Una boda por todo lo alto. En Londres, ¿dónde si no? Se van de luna de miel a las islas Fidji; no sé yo para qué, la verdad... Un camarero de aspecto relamido aseguró a la prensa que la parejita no salió del hotel... Mmm, de la habitación del hotel... Mmm, *de la cama de la habitación del hotel*, para ser más precisos; hotel de cinco estrellas súper lujo, ¡faltaría más! El sexo, si es caro carísimo, se disfruta el doble.

A la vuelta de su paradisíaco viaje, se instalan en una casona en Belgravia, que es zona de pijos. ¿Pueden imaginarse a Judith viviendo en Chinatown o en el East End? Yo no, no me da para tanto la imaginación. O será que estoy perdiendo facultades, que la edad no perdona.

Según sus propias palabras:

«Ser artista no equivale a ser gilipollas; se puede escribir, y vivir como una reina. La buena vida no mata el talento, digan lo que digan los tertulianos y los entendidos en buena literatura.»

El rollo bohemio y la buhardilla en la orilla izquierda del Sena están bien para unos días de escapada romántica, pero lo de «contigo, pan y cebolla» nunca fue mucho con su estilo.

En cualquier caso, su vida en común parecía ir viento en popa.

Y si les digo la verdad, aquí entre nosotros, no tienen en apariencia mucho en común; ella pasaba por ser una niña bien de familia con pedigrí venida a menos, él vivió una infancia dickensiana; ella tenía una Licenciatura en Historia y un Máster en Culturas Medievales por la Universidad de Barcelona, amén de un doctorado obtenido con una brillante tesis en torno a la siempre controvertida figura de María Tudor, que años más tarde le sirvió de base para una biografía novelada; a él lo expulsaron del colegio a los dieciséis años por hacer novillos y desde entonces se declara a viva voz autodidacta. Le encanta la cerveza negra y el billar; ella no podía ver ni una cosa ni otra. Ella devoraba cualquier cosa impresa que se le pusiera por delante; él lee solo los guiones que le pasa su agente, y muy por encima porque no cree en el método, sino más bien en el instinto y la intuición a la hora de meterse en la piel del personaje. Para colmo, su español, al decir de algunos, deja mucho que desear, lo cual obliga a Judith a hablar inglés a todas horas, incluso en sueños.

He dicho «en apariencia»; no se engañen con lo aparente, es algo que aprendí hace

años y de la peor manera. Ni ella era tan lista, ni él tan guapo; ni él fue tan desgraciado en su niñez de barrio obrero, ni ella fue tan feliz en su burbujita de cristal blindado. Las relaciones, como la vida, tienen infinidad de matices entre el blanco más claro y el negro más oscuro. Los opuestos se atraen, sí, pero si uno quiere mantener la llama de la pasión primigenia hay que acortar distancias, encontrar similitudes, intereses afines, un proyecto común, una misma visión de las cosas que realmente importan.

Judith había luchado a brazo partido para llegar a lo más alto; no se cansaba de decir a diestro y siniestro: «A mí nadie me ha regalado nada.» Y con ferocidad lo subrayaba. Pueden creérselo porque es verdad de la buena. ¡La misma Michelle se ha visto obligada a reconocerlo! No diré que él no tenga talento, que lo tiene; y carisma, ¡vaya que sí, para parar un tren! Pero mucho de lo conseguido se lo debe a su «cara bonita», no nos llevemos a engaño tampoco. De algún modo, a pesar de sus diferencias y desigualdades, habían conseguido tener una relación por la que valía la pena luchar.

No se precipiten en imaginar un final Disney.

Todavía no.

Crisis hubo, en todas las parejas las hay; pero hubo una en especial que estuvo a punto de dar al traste con el matrimonio por siempre jamás. La prensa amarilla, que no descansa ni se pierde una, se frotó las manos con fruición ante lo que se avecinaba. No fue una crisis cualquiera, fue «la Crisis» con mayúscula. Si la pareja sobrevivía a ella —y sobrevivió, no les quepa la menor duda—, ni la muerte podría con ese sentimiento. Estuvieron separados dos años, ella en España y él en Los Ángeles. Es lo que tiene el cáncer. Primero notas un bultito en la axila izquierda, una punzada de dolor; apenas molesta, pero persiste y vas al médico a ver qué caray está pasando; pruebas, más pruebas, diagnósticos, segundas y terceras opiniones porque el tema es serio y no te vas a fiar del primero que te examina y te sale con algo así...

Si hay suerte y lo cogen a tiempo, lo extirpan y ¿ya está, colorín, colorado, este cuento se ha acabado?

Más bien no, eso lo sé yo por experiencia.

Cuando era jovencita, como unos veinte años tendría, me extirparon la glándula Tiroides para acabar con el tumor maligno que amenazaba con devorarla. Aún conservo la cicatriz, apenas distinguible después de tantos años. Aunque te operen y todo salga a pedir de boca, viene la última parte: la quimioterapia, y con ella los daños colaterales (efectos secundarios) que son, con diferencia, lo peor de toda esta odisea. Y entre el principio y el fin de este desgarrador episodio pasan unos meses, a veces un año o incluso más.

Si es doloroso para el enfermo, no lo es menos para la familia; ella lo sabía, también por experiencia, y no quiso que él pasara por todo ese calvario. Y por último, pero no menos importante: la eterna vanidad femenina; a nadie le favorece la quimio, y Judith no era la excepción. Permitir que él la viera en sus horas más bajas y amargas era una opción que ni siquiera se planteó, me temo. Lo amaba horrores, sí, pero su amor propio iba muchísimo más allá. Lo había heredado de su madre, y lo compartía con su hermano; uno de esos (muy) escasos rasgos del carácter que compartían sin proponérselo, como por equivocación. Una jugarreta de la genética.

Con los años, además, debido en gran medida a su inmenso éxito profesional, había desarrollado una fuerte personalidad, incluso un pelín dominante y déspota. Quería a su familia, lo sé, y quería ahorrarles el mal trago. «Lo hacía por su bien», pero sin contar con ellos. Vale que Gillian solo tenía once años cuando operaron a su madre, apenas era una niña; en cambio él podría haber decidido por sí mismo si ella no lo hubiera hecho por los dos, sin miramientos, en un abrir y cerrar de ojos.

No hay mal que cien años dure; la enfermedad remitió poco a poco, y Judith regresó junto a su marido y su hija en enero de 2026. Para celebrar que todo en su vida era

divino de la muerte, volvió al mundillo editorial con *Estresados*, una hilarante *sit-com*, demostrando los mil y un beneficios de la risoterapia y animando a sus lectores a secundarla.

Yo, al igual que todos en este país nuestro de envidias y maledicciones, me enteré por los programas del corazón. No me malinterpreten, no era adicta a ellos ni mucho menos, pero si quería estar al tanto de los pormenores de su vida —y me sorprendió descubrir hasta qué punto deseaba no perder el hilo de su devenir—, el único camino viable, y el más discreto además, era a través de la prensa rosa, la telebasura y los foros, chats y blogs para cibernautas empedernidos. Mientras Michelle trabajaba (o lo hacía ver...), yo, en *su* casa, como cualquier maruja de pro, iba de la cocina al sofá, y vuelta a la cocina, sin perder ni una palabra de lo que se decía de Judith; por supuesto, mucha de la información que llegaba a mis oídos eran rumores y calumnias sin fundamento; había que separar el grano de la paja, y a partir de lo que yo sabía y recordaba, que no era tanto como hubiera querido, sacar mis propias conclusiones.

Si yo no soy la muchachita que era cuando las conocí, es evidente que ellas tampoco. El cambio de Michelle fue rápido, casi de un día para otro; la lenta fui yo, que tardé meses y años en asumirlo. Judith también cambió, no a peor ni a mejor; simplemente, la mujer que llegó ayer herida de muerte a un privadísimo y carísimo hospital londinense no tiene nada que ver con la que yo quise una vez.

Ni por asomo.

La joven de veinticuatro años que contestó a mi anuncio en enero de 1996 era dulce, ingenua e idealista; con unos principios sólidos e incorruptibles; bastante asustadiza, por no decir cobarde; tremendamente acomplejada, y sufría crisis de inseguridad aguda —vuelvan al punto de la peor que maltrecha relación materno-filial, por favor—; era exigente con todos y todo, pero muchísimo más consigo misma, hasta la exasperación, y su profesión no tenía un rumbo ni un norte concreto. Tenía, no obstante, un inmenso talento narrativo que ya despuntaba; yo lo capté desde la primera carta: larga y tan jugosa como una naranja madura, provista de un magnetismo irresistible que me empujó a querer saber más. A querer saberlo todo. Si Judith no hubiera tenido la genial (¿?) idea de hablar maravillas de Michelle cuando llevábamos apenas unas semanas carteándonos, quizás hoy estaría casada con ella y no con mi mujer, y sería un poco más feliz. Quizá también hubiera cumplido mi sueño adolescente de adornar el salón con un trofeo literario, que luce mucho y sube la moral que da gusto. Aunque a decir verdad, el clima inglés (curiosamente muy parecido al de Lérida) nunca ha sido de mi gusto.

Todos dan por sentado que Judith se instaló en Londres porque se casó con Josh, todo el que no la conoció antes. Lo cierto es que, con o sin ese hombre, se hubiera instalado allá tarde o temprano.

Yo conocía *la teoría de la cigüeña*; me la explicó en los mejores días de nuestra relación, cuando todo eran confidencias que iban y venían de Barcelona a Segovia. Y ¡jojo!, que no era tan tonta como para no saber de dónde venían los niños. Era una manera tan graciosa como cualquier otra de justificar su desarraigo de España.

He aquí lo que me contó:

«Creamos aunque solo sea por un momento que realmente las cigüeñas son las encargadas de llevar los bebés a un hogar o a otro. La mía debía de ser holandesa, ¡y ya sabes cómo son de liberales en Holanda con las drogas!... La muy subnormal se colocó, y en vez de tirar hacia el suroeste y cruzar el Paso de Calais como Dios manda, tiró pa' el sur: veloz y directa como una flecha, y cruzó los putos Pirineos. Y aquí me tienes, por un pequeño pero muy jodido error de cálculo, en este triste país de perdedores crónicos que siempre va a la cola en todo.»

Quedaba claro para cualquiera cuáles eran sus verdaderos sentimientos y su verdadera patria. Podía resignarse a vivir en Barcelona, como estación de paso, porque sabía que algún día se marcharía para no volver. Y aunque se hubiese mudado a Madrid para estar a mi lado, no era sino algo temporal; si apenas soportaba Barcelona, no resistiría Madrid, que por no tener, no tiene ni mar.

Sí, ella también era capaz de hacer sacrificios por amor.

Una de sus novelas más aclamadas por crítica y público fue años atrás ¿Y tú qué harías por amor?, donde la protagonista, una chica católica y apostólica (aunque no muy devota de santos y vírgenes, que todo hay que decirlo) se enamora de un chico protestante y cambia de religión para atraer su atención y ganarse su cariño. La historia estaba basada en una experiencia personal. Y no, no acabó bien; estas cosas nunca acaban bien y Judith se olvidó del chico al cabo de un par de años, pero haber vivido, comido y dormido siete años con esa gente le sirvió a la larga para escribir el formidable culebrón que desmitificó muchos tópicos que aún, en la década de los noventa, teníamos los españolitos de misal y rosario al cuello.

¿Por qué siete años y no más?

Fundamentalmente porque la fe no era su punto fuerte; a pesar de ser mujer de letras puras, tenía una mente científica y analítica que no procesaba sino cosas *reales* que podían verse con los dos ojos de la cara. Mejor si podías tocarlas con las manos después de haberlas visto. La Biblia, y más en concreto El Nuevo Testamento, que relataba en distintas «versiones» la vida de Jesús de Nazaret, le parecía una historia tan inverosímil y fantástica como la leyenda de Robin Hood, las hazañas del Rey Arturo y la búsqueda del Santo Grial, o la obra de J.R.R Tolkien al completo. No tenía muy buen concepto de las religiones en general, mucho menos de las sectas de oscuras motivaciones y turbios propósitos. Y para dejar clara su postura al respecto, introdujo la historia con la atrevida sentencia de un poeta árabe medieval, Abul-Ala al-Maari:

Los habitantes de la tierra se dividen en dos:

Los que tienen cerebro pero no religión,

Y los que tienen religión pero no cerebro.

No le gustaban los santurriones ni las beatas, ni la gente perfecta que a todo el mundo gusta y complace. Aun suponiendo que fuera verdad que hubiera existido el tal hijo de Dios, se alegraba de que hubiera vivido muchos siglos antes que nosotras.

—Jesucristo, cariño, no tiene futuro en nuestro mundo actual. Sería un auténtico muermazo, ¿te imaginas vivir con alguien así al lado, alguien que te dice sin palabras que no vales una mierda?

Antes de la llegada de los chinos y los musulmanes, los pocos evangélicos, medio escondidos y medio marginados, que se habían establecido en nuestro país nos parecían seres de otra galaxia. Pero para cuando Judith publicó la novela ya lo habíamos visto casi todo y la acogimos con gusto. Yo personalmente la acogí con muchísimo gusto, aunque me tocó ir a la biblioteca del barrio y leerla de una sentada. No fue la única, claro; de hecho, no compré casi ninguna de sus novelas porque no podía llevármelas a casa de Michelle. Sí, he dicho *casi*. Una sí la compré. Lo hice en la presentación que tuvo lugar en el hotel Ritz; pude asistir al multitudinario y elitista evento porque los planetas y las estrellas se alinearon de tal suerte en el firmamento que, en esos días, Michelle estaba en unas jornadas literarias en Lyon sobre la vida y obra de Honoré de Balzac, y yo tenía un poco de aire fresco que respirar.

No, por supuesto que una servidora no pintaba nada en Lyon.

¿Qué papel hubiera hecho allá? Yo, que solo conocía a Balzac de oídas de mis días en el instituto; que antes de emparejarme con ella solo era una «chica de alterne» de vida

alegre y disoluta: poco menos que una puta. La línea que separa los bares de alterne de los prostíbulos en *stricto sensu* es muy fina, tanto que la mayoría de la gente de uno y otro sexo no la distingue, tal y como comprobé en innumerables ocasiones a propósito de los comentarios de muchos clientes míos y de algunas esposas tuyas. Si por casualidad tenía un *lapsus* al respecto, ahí estaba mi mujercita para recordármelo, a la vez que rechinaban sus dientes y me miraba por encima del hombro con un aire de lo más reprobador. Michelle no hablaba con nadie de mi pasado, apenas hablaba de nuestro presente, y tampoco hacía planes de futuro en los que yo pudiera estar incluida.

Ni en Lyon, ni en Lérida, ni en ningún otro lugar.

Cogí el coche y me largué. Hacía más de un año que Judith se había marchado de España; vivía en Londres con él, y según algunos rumores, a los que para variar sí había que dar crédito, estaba embarazada de Gillian. Estaban casados y se querían con locura; lo sé porque aparte de pregonarlo a los cuatro vientos y salir juntitos haciéndose tiernos arrumacos en todas las revistas, yo conocía a Judith y sabía que no podía querer de otro modo; las medias tintas no se hicieron para ella. Jugaba a doble o nada. Blanco o negro. No se podía amar un poco ni odiar un poco; el amor y el odio eran sentimientos extremos, y ella los vivía con la máxima intensidad. Pero... que estuvieran casados y se amaran con frenesí no significaba:

- a) que ella renunciase a su apellido y tomara el de él, y
- b) que lo siguiera a todas partes como un perrito faldero.

En lo que respecta a sus vidas profesionales, tanto una como otro han sabido mantener siempre caminos paralelos; por supuesto que ella se ha dejado caer alguna que otra vez en el *set* de rodaje, y él ha acudido a la presentación de más de una de sus novelas, e incluso un año coincidieron juntos sobre la alfombra roja en la ceremonia de los Oscar —muy ensombrecida por la guerra que recién había estallado en Israel y en la que los americanos habían tomado parte ese mismo día—, cada uno por sus propios méritos, naturalmente, y en proyectos diferentes para que nadie, nunca, pudiera acusarles de nepotismo: la peor y más ridícula acusación que se le podía hacer a cualquiera de los dos.

Cuando yo la vi, aquella tarde de marzo, estaba sola. Quiero decir que, como a la más fulgurante estrella de rock'n'roll, solo la acompañaban su secretaria, su abogado, su agente, su editor, su gestor administrativo, su publicista, su maquilladora, su peluquera, su asesor de imagen... y la habitual corte de parásitos aduladores que siempre pululan por esos eventos, ávidos de pillar tajada y contagiarse de glamour; añádasele un centenar de lectores haciendo cola delante y detrás de mí.

No sé por dónde andaba él, debía de saber que ella era muy capaz de cuidarse solita, con o sin su omnipresente séquito. No lo necesitaba a todas horas. *Querer* es una cosa; y *necesitar*, otra muy distinta. Había sido, y sería hasta la muerte, ferozmente independiente; era muy celosa, sí, casi tanto como él, aunque no hasta la paranoia. Él la quería y ella lo sabía; confiaba en él todo lo que una esposa puede confiar en un esposo sexualmente deseado por miles de mujeres en todo el mundo. Quizás hubiera vivido más tranquila con alguien más «anónimo», más «del montón», *quesolo le gustara a ella*.

Quizá, sino fuera porque la vida debía ser cualquier cosa menos un encefalograma plano; la vida estaba hecha para vivirla, exprimiéndole el jugo hasta la última gota. Si tenía que correr el riesgo de acabar «cornuda», quería que los ratos pasados con él compensaran con creces la tortura continua que suponía imaginarlo (más que verlo) en brazos de otras mujeres cuando no estaba en los suyos. A decir verdad, no tenía motivos para perder el sueño; en todos estos años no se le ha conocido infidelidad

alguna, ni siquiera durante su larga separación. Podía presumir de tener el marido más fiel de la Tierra, o uno de los más fieles... Debe de venir de serie con el carácter irlandés. No alardeaba de ello en las entrevistas, y por descontado a mí no me lo dijo; ni esa tarde ni ninguna otra. Ni falta hacía, porque sabía lo suficiente de una y de otro, y ciertas cosas nunca cambian.

Pese a los nervios y la ansiedad que me habían provocado el reencuentro, me sentí en paz conmigo misma por haber estado ahí y haberla visto después de tantos años; era la primera incursión de Judith en el género de aventuras. *La isla de la vainilla* estaba ambientada en el siglo XVIII en Madagascar, cuando esas tierras eran todavía una colonia francesa; el protagonista era un joven hugonote que había huido a Inglaterra cuando la persecución a la que había sido sometida su gente por los católicos franceses, una vez derogado el Edicto de Nantes por Luis XIV en 1685, había hecho peligrar su vida y la de su numerosa familia. Una vez en suelo británico había medrado con inusitada rapidez gracias a la manufactura y el comercio de la seda en Spitalfields, al NE de Londres, y conseguido el suficiente capital para trasladarse a la isla del océano Índico y fundar su propia plantación de vainilla. Sufridos esclavos, temerarios y ambiciosos filibusteros sin escrúpulos, y hermosas cortesanas de empolvadas pelucas y rizadas pestañas acompañaban al entrañable protagonista en sus aventuras. El relato era largo, como casi todos, y peligrosamente adictivo, al igual que toda su narrativa.

Yo no quería salir en ninguna foto, ¡mucho menos ser captada por las cámaras de televisión! Pero tampoco quería irme sin verla y sin llevarme en las manos *mi* libro firmado; no sabía si me reconocería y me mandaría a la mierda, como ya hizo otro autor en una ocasión con uno de sus lectores —y Dios y yo sabemos que tenía motivos de mucho peso para hacerlo—, si se le mudaría el semblante, palidecería... O, lo más probable, se dirigiría a mí como a otro más de sus incontables fans.

Después de casi dos horas de (eterna) espera conseguí estar frente a ella. Tal y como me temía, no dio señal alguna de reconocermé; me saludó con el mismo talante cordial con el que saludaba a todos, me preguntó el nombre, se lo dije, y sin siquiera pestañear hizo en la segunda página una dedicatoria relámpago que bien podía servir para cualquier mortal, y un garabato ilegible que debía de representar su firma, pero que no tenía nada que ver con los autógrafos y personalísimas dedicatorias de sus primeros manuscritos que había tenido entre mis manos cuando aún era una desconocida para el gran público y mi opinión primaba por encima de cualquiera. Y el tercero era exclusivamente mío. Un regalo. Y los regalos no están a la venta. Juraría que él nunca ha llegado a verlo. Y Dios sabe que lo ha visto *todo* de ella.

Aquel manuscrito me pertenecía de la primera a la última página; *Siete días para recordar* era una historia de colegialas adolescentes y uniformadas con final feliz. Judith no creía en los finales felices, y escribir ese para mí le supuso un desafío. Muy a mi pesar no pude conservarlo, y sin embargo lo recuerdo como si fuera ayer que lo recibí en casa de mi abuela. Tuvo por motivo mi aniversario y, como de costumbre, Judith, tan previsora, se había adelantado un par de semanas en enviármelo, suponiendo con acierto que en Navidad el servicio de Correos andaría un pelín saturado.

Fue el año que recibimos el tercer milenio juntas en Madrid; no todos los días cambia una de milenio, y el recuerdo de aquella Nochevieja a su lado fue un momento hermoso que la ruptura nunca pudo borrar del todo. Aunque Michelle se esforzó en «lavarme el coco» para que olvidara todo el pasado; sobre todo, y de modo imprescindible, aquella parte que concernía a Judith. A propósito de esto, nuestro primer encuentro en Lérida, mal que le pese, tuvo mucho que ver con ella; fue Judith quien me animó a hacer algo que nunca hubiera pensado tener valor para llevar a cabo; ella, que lo arrollaba todo a su paso cuando se le metía una idea entre ceja y ceja, me fue insinuando sus planes; poco a poco, como quien no quiere la cosa; a veces, una propuesta veraniega más;

otras, una provocación que apelaba a mi todavía intacto amor propio, que en los últimos meses andaba con un subidón de aúpa; insistió tanto que al final acabé por aceptar.

¿Qué?

Nada del otro mundo, fíjense ustedes, tan solo presentar nuestras respectivas novelas al Premio Nadal del año dos mil uno. Oh, sí, no lo olviden: yo también tenía mis veleidades literarias, y la ingenua fantasía de ser el relevo literario de mi muy amantísima Lucía Etxebarria. Aquél era un propósito tan digno como absurdo e inútil para dos principiantes que aún tenían mucho que aprender: de literatura, de tejemanejes editoriales y de la vida en general.

Judith se animaba sola, propulsada como un misil teledirigido por su incorregible optimismo; yo necesité sus ánimos primero, y su inspiración después. Nunca he buscado lucro en la escritura, pero mentiría si dijera que era indiferente al vil metal; me gustaba como a todos los españoles y, al igual que ellos, tenía facturas que pagar, agujeros que tapar, tentaciones consumistas en las que caer de bruces cuando paseaba por las calles de camino al trabajo. La dotación económica del premio era un aliciente formidable; la inspiración, la motivación, o el impulso que me faltaba me lo contagió ella con cada palabra de su segunda novela: *Tabú*. Para mí, la mejor de todas las que he leído hasta hoy, con mucha diferencia; por el tema y porque había creado un personaje a mi imagen y semejanza, y no contenta con eso, incluso le había puesto mi nombre. Fue esa historia la que me dio la idea para escribir la mía, la cual —no podía ser de otro modo— estaba protagonizada por un chica que llevaba su nombre. Aquella mañana mi pequeña «obra de arte» titulada: ¿Qué hace una chica como tú...? me parecía lo más valioso de la Tierra. Hoy, si aún la conservara, me provocaría sonrojo por mi ingenuidad y sus innumerables fallos. Es algo común a todos los escritores. Una maldición de la que no podemos escapar.

La excusa del dichoso certamen me valió la posibilidad de hacer realidad el sueño de conocer personalmente a ambas: una mirada de reconocimiento, dos besos en la mejilla, y horas y horas de confidencias, ¡cómo si quedara algo más por compartir! Que quedaba, y mucho. Con una y con otra. Nuestra larga relación epistolar, basada más en lo intuido que en lo visto, era algo que pocas personas podían entender. Judith, que había desarrollado con los años cierta predilección por los amores platónicos que no conllevan riesgos ni insoportables sufrimientos, entendía mejor que nadie este tipo de relaciones.

Con Michelle la conexión fue instantánea, aunque hoy lo achaco más a sus ganas de agrandar y complacer que a una verdadera empatía; lo que hubo entre Judith y yo fue auténtico *feeling*, lo que hizo todo mucho más agradable y sencillo; entonces sí sabía hacerte sentir bien a su lado: relajada y segura como se sentía ella. Pero lo cierto es que yo tenía la cabeza y el corazón en Lérida, y no supe captar todo el encanto que Barcelona me ofrecía. Yo estaba rebosante de amor por Michelle, y eso que no hubo más que buen rollito de colegas, aunque a mí se me debía de salir el amor por los ojos que, dicen, son el espejo del alma. No se equivoquen, yo quería a Judith mucho, a mi manera, y estaba la mar de feliz por haber podido compartir esas escasas horas con ella; sin embargo no lo demostré en la medida que debí haberlo hecho, y a decir verdad, tampoco me preocupó mucho el tema. Ni en las semanas ni en los meses siguientes.

Lo acontecido en Madrid sí fue fruto de la casualidad, o más exactamente de la decepción. No ocurrió lo que yo quería: pasar la Navidad con Michelle; ya entonces ella tenía su propia idea de cómo pasar esas fiestas familiares, y yo no pintaba nada en sus planes. Me lo soltó a bocajarro el día veintitrés, de buena mañana; y yo, idiota de mí, me sentí igual que un trapo viejo. Después se me pasó la tontería, cogí el móvil, llamé

a Judith para felicitarle el cumpleaños y le dije que, si quería, estaría encantada de tenerla a mi lado para celebrar juntas el mío. Y de paso el nuevo milenio.

Podía sonar a revanchismo aquel cambio de planes, y despechado a más no poder. Y no fue que luego, cuando se me pasó el cabreo, que se me pasó como se pasan todas las cosas, me arrepintiera de haber telefoneado a Judith... Pero debo admitir que a la hora de recibirla en Chamartín una semana después, volvía a beber los vientos por Michelle y a disculpar cualquier actitud suya, por borde que fuera. Y como cualquier idiota enamorada, pretendía que todo el personal estuviera de acuerdo conmigo en que Michelle era la criatura más divina del mundo mundial. Y sucedió, aunque en menor grado, lo de Barcelona: estaba, pero no estaba; no como yo debiera y ella merecía. Procuré hacer que se sintiera a gusto, correspondiendo a sus desvelos de septiembre, pero mi mente y mi corazón volvían a estar junto a Michelle las veinticuatro horas del día. Era algo que no podía evitar a pesar de todos mis esfuerzos.

Nuestra convivencia esos días fue estupenda, aún con mi poco empeño. Judith florecía como una rosa de abril lejos de su familia, y yo tuve el privilegio de ser espectadora de primera fila en su transformación. Hablamos de todo un poco en esos días; y por hablar, incluso hablamos de Ernesto.

Ernesto era otro amigo común nuestro.

No puedo pasar por alto la generosidad que siempre ha caracterizado a Judith. Aunque a mí no me fueran bien las cosas con él desde un buen principio, y aunque Michelle acabara por desterrarlo también de su vida (no era lo que llamaríamos «un buen partido»), lo cierto fue que nos lo «presentó» con la mejor de las intenciones. 1996 fue un año que marcó nuestras vidas en muchos aspectos. Las de los cuatro. Por esos avatares de la vida, fui la primera que conoció en persona a Ernesto y salió con él. Ernesto era tan madrileño como yo, y esa era la única cosa en común que alguna vez tuvimos. No me había largado a Madrid para caer en las garras de alguien tan posesivo y empalagoso. Puede que en las cartas ese rasgo no se notara, o al menos no tanto, pero en persona me resultó insoportable. Un par de veces y no más. Y ese par de veces, curiosamente, acabé hablando más con Michelle que con él.

Lo comenté con ella y con Judith; no se trataba tanto de alertarlas «contra el enemigo» como de explicar una anécdota divertida, porque si lo pensaba con calma y la cabeza fría, la cosa tenía su gracia. Y conste que no tuve nada que ver en su ruptura. Ni cuando rompió Michelle con él, ni cuando año y medio después lo hizo Judith. Ellas tuvieron sus razones particulares, y yo me enteré muy a posteriori. Pero si ambas rompieron con él, digo yo que por algo sería... Confieso que me alegré de su ruptura con Michelle; como buena enamorada, tenía celos hasta del aire que respiraba.

Me olvidé de él de un día para otro; no me importaba siquiera lo que pudiera haberles dicho de mí; nunca me he destacado por mi susceptibilidad, ni por ser permeable a golpes y críticas; mi madre me había inmunizado desde la cuna. No tenía por qué preocuparme en cuanto a Michelle, la influencia de sus padres era infinitamente mayor. En cuanto a Judith, ella no hacía caso de nada ni nadie, salvo de su intuición.

Ernesto fue la excusa ideal para echarnos unas risas a propósito de los hombres en general y de él en particular. Los hombres... y nuestras madres, que tampoco salieron muy bien paradas en nuestra diatriba. Estuvo con nosotras esa Nochevieja un buen amigo mío, uno de mis clientes del *Sephora*. Antonio era un hombre que bien pudiera haber sido mi padre; de hecho, demasiado a menudo se adjudicaba el papel sin venir a cuento. Yo agradecía sus consejos y su perspectiva masculina en según qué temas, sobre todo si estaba metida en faena. De escritora, se entiende. Aquella noche participó de nuestro buen rollo. Antonio tampoco tenía muy buena opinión de Michelle, valga decirlo, aunque en su caso sí era más que achacable a los celos; Antonio quería meterse en mi cama, pero mi cama ya estaba «ocupada».

Sí es verdad que estuve muy lejos de ser una buena guía al uso esos días, que Judith se marchó de Madrid sin haber visto apenas más que el Paseo de la Castellana y mi modestísimo barrio de Vicálvaro, comparable a Lavapiés, y comparable también a su Raval barcelonés. Un barrio que, dicho sea de paso, Judith no visitaba ni por error, porque no era amiga de «mezclarse con según qué gente»; que ya les he dicho que le iban los barrios pijos donde todo el mundo era español, del PP, y vestía ropa de firma. Ella misma acabó pocos años después con una adicción enfermiza a la Visa Oro, los bolsos de Prada, los zapatos de Jimmy Choo, y la ropa interior y fragancias de Calvin Klein y Hugo Boss. Haciendo gala de su inmejorable educación, no se quejó en ningún momento, y si yo me disculpé el último día por no haberle enseñado Madrid como Dios (y la guía Campsa) manda, ella me aseguró que *había venido a verme a mí*, que Madrid no se iba a mover un palmo de sitio y que ya habría tiempo de hacer turismo.

Sobra decir que nunca lo hicimos.

Años después ella visitó la capital en un par de ocasiones con motivo de la promoción de sus novelas, pero por descontado yo no iba de su mano; y sé que no me echó de menos porque quien la acompañó en ambas visitas fue él, que bien agarraditos los pillaban los *paparazzi* cada vez que ponían un pie fuera del hotel de cinco estrellas súper lujo. Si les sentaba mal el acoso, lo disimulaban muy bien. Él mostraba una actitud tolerante e incluso filosófica con respecto a los periodistas en general y a los del corazón en particular:

—Esto es lo que hay, va incluido con el sueldo millonario. Si no quieres que te persigan hasta el WC, dedícate a otra cosa.

Y a ella le encantaba ser el alma de todos los saraos.

Daba gusto verlos juntos, su amor y deseo eran tan intensos que dolían. A mí me dolían. No sabía si eran celos o puro resentimiento al ver que el prójimo tenía una relación de pareja como debe ser.

Para cuando Judith se casó y acaparó la portada de *Vanity Fair* y todos los programas del corazón, mi matrimonio con Michelle hacía aguas por todas partes. No tenía solución, pero como lejos de ella yo tampoco tenía vida que vivir, me quedé a su lado y jugué a que éramos felices y comíamos perdices.

Jugábamos de cara a la galería; de puertas adentro, lo nuestro se había convertido en una guerra fría después del juicio.

¿El juicio?

Sí, el juicio. No uno cualquiera, sino el que amenazó de muerte mi matrimonio y todas las ilusiones que una vez puse en él. Ni en broma hubiera imaginado, recién estrenado 2002, que la próxima vez que viera a Judith iba a ser en la pantalla del televisor, sentada en el banquillo de los acusados de una sala del Juzgado Civil.

Cuando le escribimos (léase yo escribía al dictado de Michelle) la última carta en respuesta a la suya, concluimos seis años de amistad con todos sus altos y bajos, alegrías, penas; con todo lo bueno y lo malo, que 72 meses dan mucho de sí. Inocentes y soberbias, con la fortaleza de ánimo y espíritu que nos daba estar juntas en un mismo frente, creímos tener la última palabra de la discusión; al cabo de seis meses, y viendo que no recibíamos respuesta a nuestra «cariñosa» despedida, nos convencimos de que todo estaba finiquitado.

Cualquiera diría que nunca antes habíamos oído el dicho: «la venganza es un plato que se sirve frío».

Cualquiera diría que, después de tantas cartas y confidencias, no conocíamos a Judith: Tocada quizá. Hundida nunca.

Su silencio de ocho largos años lo habíamos interpretado en clave de derrota.

Cualquiera diría que nunca antes habíamos oído la máxima: «quien ríe el último ríe

mejor».

¿Cómo pudimos estar tan ciegas?

¿Hasta qué punto el orgullo puede obnubilar a un ser humano?

Tal y como declaró Judith en su extravagante novela, lo único que había de mí en aquella carta, calificada no muy cariñosamente de «diarrea mental», era mi letra. Quizá porque sabía que las palabras eran de Michelle, ¡que bastante conocía su estilo y el mío a esas alturas de la relación!, su venganza de doscientas sesenta páginas no me dejó tan malparada como cabría esperar. Tampoco pretendía disculpar tamaña falta de arrestos. Me dejó tal cual era y sigo siendo: la pobre víctima de un amor loco, absurdo y desesperado que me tiene prisionera de mi pasado, de los errores que cometí, de mi cobardía y mi inmensa e incorregible soberbia que me impidió ver la viga en el ojo propio. Yo, que lo criticaba todo hasta pulverizarlo, que me sentía juez y verdugo, que sentaba cátedra con cada palabra que decía, cada una que salía de mi boca, estúpida e irreflexivamente. Yo había perdido la batalla, y en el combate me había perdido a mí misma. Michelle se llevó la peor parte; Judith arremetió contra ella sin piedad. Y si les soy sincera, hizo bien porque no la merecía.

La novela no solo le reportó un premio millonario; después del mediático juicio, las ventas, que ya estaban por las nubes, se duplicaron; la repercusión de todo el asunto conllevó una apabullante y siempre bienvenida popularidad.

Lo había conseguido: jaque a la reina. Jaque Mate.

Y no solo eso: si uno vuelve a leer la historia ahora, resulta de lo más profética: el futuro que ella pintó con trazos fuertes y colores vivos es el pan de cada día, nuestra realidad cotidiana; cáncer de mama y atentado islamista incluidos. Cualquiera diría que había visitado a un astrólogo. Y a uno de los buenos, nada de esos charlatanes que se anuncian por docenas en las revistas.

No estaba al día de novedades literarias; no visitaba chats ni foros ni blogs antes del juicio; ni siquiera sabía que Judith tuviera uno propio. Cuando me dio por entrar en *Devoradora de libros* y curiosear aquí y allá, descubrí con estupor que en esos siete años había conseguido no solo matricularse en la universidad y cursar la carrera que quería, sino además cumplir unos cuantos sueños, entre los cuales se contaba publicar sus primeras novelas, amén de otros detalles de lo más interesantes. No se había quedado acobardada en un rincón, lamiéndose las heridas; es más probable que estuviera pensando cuándo y cómo ajustar cuentas con el pasado.

Michelle tenía internet en su escritorio de la Diputación, pero en *su casa su* ordenador portátil era tan *suyo* como todo lo demás, y yo no tenía acceso a él. Estaba protegido con nada menos que cinco contraseñas; si esto no servía al más idiota para sospechar que algo no demasiado bueno se cocía... Yo era más que muy idiota, y sospechar, no sospeché sino hasta mucho después del juicio.

Mi vida de mujer casada era muy restringida, no salía apenas del piso. Como en una película antigua, había dejado de trabajar después de casarme; alguien tenía que ocuparse de la casa. Y Michelle no quería ni oír hablar de limpiar, colas en el súper o cursos de cocina. Iba a la compra y de paso entraba en la biblioteca o en la librería del barrio; me gustaba mirar los libros. Aquel año habían salido multitud hablando de Barack Obama, el primer presidente afroamericano de la historia de EEUU, y Premio Nobel de la Paz. Todo un hito histórico a nivel mundial. Y una puerta abierta a la esperanza en Occidente: «Yes, *we can*». Como no hay una de cal sin otra de arena, unos meses después de darle la bienvenida a Obama, los americanos —y millones de personas en todo el ancho y vasto mundo— nos vestimos de duelo para darle el último adiós a Michael Jackson. Llegó un presidente... Pero se nos fue el Rey. Y ambos, el recién llegado y el mito inmortal, compartieron escaparate durante meses en todas las librerías a lo largo y ancho del país.

Mirar sí. Comprar no.

Estábamos metidos hasta el cuello en una crisis financiera mundial y con unas tasas de desempleo históricas en nuestro país (en el peor sentido de la palabra). Empezó en 2008 y nos duró casi un lustro; yo la noté más que el común de los mortales. No tenía nada: una mano atrás y otra delante. El coche había pasado a nombre de Michelle: una de tantas quijotadas sin sentido, otro de tantísimos sacrificios inútiles y en absoluto reconocidos. Nada me pertenecía salvo mi cuerpo, y ni siquiera estaba segura de si aún era mío y, de ser así, si valía para algo. No entré en el *Sephora* gracias a mi coeficiente intelectual; a los hombres tristemente casados en busca de buena compañía no les interesaba Platón ni Maquiavelo, ni Bush ni Osama Bin Laden, ni Blair ni Aznar. Ni el paro ni la caída de la Bolsa. Solo veían lo que querían ver, y escuchaban lo que les hacía sentirse mejor y más jóvenes. Pero ese tiempo quedó a años luz.

Miraba mucho y compraba poco; la mayoría los sacaba en préstamo de la biblioteca, y sacaba de uno en uno porque mi tiempo, como mi vida y mi libertad, era muy limitado. Aquella mañana, sin embargo, no pude resistirme. Había entrado en la librería como lo hacía una vez al mes: solo por echar una ojeada, nada más; la dueña me conocía y no se enfadaba si me iba sin comprar nada. Estábamos en plena campaña navideña y hacía muchísimo frío, como todos los años en Lérida; iba muy abrigada y calzada con mis botas de piel de serpiente: uno de los escasos caprichos que me había permitido ese día al cumplir los treinta y seis. La librería tenía un maravilloso sistema de calefacción que invitaba a la gente a perder horas mirando aquí y allá...

Yo sabía que habían salido publicadas las novelas de los ganadores del premio con más solera de nuestras letras; a decir verdad, empero, no tenía idea de quiénes eran, ni había leído una sola palabra en cuanto al argumento de las obras premiadas. Y justo en aquel momento las tenía delante de mis ojos, y no estaba tan ciega como para pasar de largo ante los títulos, no digamos los nombres de los autores. Judith no se tomó la molestia de firmar *Lealtades Enfrentadas* con un original pseudónimo que encubriera su verdadera identidad; no tenía por qué esconderse de nadie, mucho menos de mí o de mi mujer. La verdad y la razón estaban de su lado, no del nuestro. ¿Era consciente de que despertaría su ira? Con toda probabilidad, pero el riesgo bien merecía la pena. Si había llegado a mis manos era porque estaba junto a los «mandamases» del mercado; el éxito era tal que podía permitirse pagar las consecuencias de su temeraria apuesta. Lo había calculado al milímetro; pese a reconocerse una negada en matemáticas, cuando la ocasión lo requería podía pasarse horas devanándose los sesos haciendo números.

Lo hojeé: una rápida lectura en diagonal, pasando páginas a velocidad de vértigo; poco a poco las palabras, la forma en que se hilvanaban, las metáforas, el delicado juego del lenguaje que aprendimos en la niñez casi sin darnos cuenta, la sutil ironía y el suave sarcasmo que desprendía cada línea; los nombres de lugares y las fechas me resultaban más y más familiares. Demasiado. Tardé unos minutos escasos en entender su juego: una de las cuatro mujeres que hablaban desde aquellas páginas que olían a pan recién salido del horno era yo. La primera en contar su versión de la historia. Como si de un tributo a destiempo se tratara, me había colocado a la delantera, dándome prioridad sobre ella misma y por encima de Michelle. Era su forma de transmitir el inequívoco mensaje que encerraba todo aquello: no te he olvidado, todavía te quiero, todavía te echo de menos; mil años no podrán cambiar ni borrar lo que tuvimos. Tan claro como eso era que en su futuro no quedaba espacio para mí. Ya no. Eso era antes, cuando era mi Judith.

Un gemido ahogado escapó de mis labios a la vez que mis manos se aflojaban en torno al libro y lo dejaban caer en un acto reflejo mientras sentía la mirada recriminatoria de la dueña en mi espalda; el duro canto inferior del lomo rebotó contra

la punta de mis botas, justo encima del dedo gordo de mi pie derecho; las botas eran de recia piel y amortiguaron un tanto el golpe.

Sin embargo, ¿cómo amortiguar el otro, el del corazón?

No me sentí, pese al dolor inicial, traicionada por mi amiga de antaño, al contrario; en el más íntimo rinconcito de mi alma me alegré de que todo aquello saliera a la luz. Yo no estaba autorizada a abrir la caja de Pandora, pero en silencio me regocijaba la situación. No estaba muy de acuerdo en el método utilizado por Judith, no me parecía el más digno, aunque lo que yo pensara importaba muy poco a esas alturas. La dignidad no era algo que le quitara el sueño. Era un concepto relativo, como tantísimos otros, que la gente manejaba a su antojo según le convenía.

Recogí el libro del suelo y lo coloqué encima del montón expuesto con esmero en la mesa central; sé que a la buena mujer le decepcionó que finalmente no lo comprara, pero ¿qué leches iba a hacer con él si no podía llevármelo a casa?

El juicio me mostró, sin querer, una faceta desconocida de Judith; el primer indicio, y no el único, que mostraba a la nueva mujer: triunfadora, avasalladora, implacable. Nosotras habíamos «matado» a la antigua, y la que había renacido de entre las cenizas después de ocho años era una mujer de hierro dispuesta a pasar factura por todo el daño infligido. La vida siempre sabe cómo cobrarse las deudas, pero un empujoncito de vez en cuando nunca viene mal.

Yo estaba más que dispuesta a enterrar el hacha de guerra; consideraba en justicia que estábamos en paz. Borrón y cuenta nueva. Nosotras por un lado y ella por el otro. Nada de rencores, nada de rencillas. Paz y amor para todas. Habíamos llegado a un punto muerto. No creía que tuviéramos que ir más allá o pudiéramos hacerlo. Esa era mi sincera opinión, y sobra decir que Michelle no estaba de acuerdo conmigo.

Hubiera querido ahorrarle el mal trago, pero no me fue posible; sus compañeros la habían puesto al tanto de la publicación de la novela y con su mejor (¿?) intención le habían hecho notar, con el libro en la mano y cristalinos ejemplos, las muchas semejanzas entre ella y la tercera mujer. La humillación no se la quitaba nadie; verse expuesta de tal modo delante de toda la plantilla no debió de ser plato de buen gusto.

Llegó a casa echando fuego por la boca: puras blasfemias e imprecaciones. No ahorró insultos con Judith, ni yo esperaba que lo hiciera; verla «subiéndose por las paredes» me trastornó un tanto. Más me trastornó ver cuán poco dispuesta estaba a secundarla; si mi mujercita esperaba comprensión o una palmadita en el hombro, se quedó con las ganas. Yo no estaba de ánimos para querellas; no me sentía tan atacada en el libro, y los pocos ataques recibidos me parecían más que justificados. No, si de mí hubiera dependido, jamás habría habido ningún juicio. Pero Michelle ya había desempolvado los guantes de boxeo; nada de lo que le dije o traté de advertirle surgió un efecto sedante en ella.

—¡Maldita malnacida!

—Lo has visto.

—¿Y quién no? Está en todas partes; hay que ser ciego para no verlo.

—Debería decir que estoy tan anonadada e indignada como tú, pero no puedo.

—¿He de interpretar que estás de su bando?

—No estoy del bando de nadie. No sabía que había empezado una guerra.

—Di más bien que nunca acabó la antigua.

—Confiamos demasiado en nosotras mismas, nos sentíamos invulnerables; creímos haber asestado el golpe de gracia, pero muchos de estos golpes tienen un prodigioso efecto *boomerang*. Debimos haberlo sospechado en algún momento.

—¿Me estás diciendo que nos lo merecemos?

—Te digo que quien siembra vientos recoge tempestades. Hay que reconocer que nos ha ganado por la mano.

—Esto no se va a quedar así. Vamos a presentar una demanda por injurias.

—No creo que sea lo más conveniente. Y no hables en plural, no quiero involucrarme en esto.

—Que no quieres ¿qué?

—No voy a tomar partido por ti. Esta vez no. Bastante avergonzada me siento cuando recuerdo aquella última carta que *le escribimos*. Nunca debí permitir que me manipularas. Hay muchas maneras de romper una relación, pero nosotras elegimos la más rastrera. Rectifico: tú la elegiste.

—No vayas de víctima ahora, que en su día no tuviste muchos reparos que se diga.

—Estaba ciega. Me sentía en deuda contigo, no me preguntes por qué.

—Porque estabas enamorada. Se ve que ahora no sientes lo mismo.

—No es eso. Las cosas han cambiado. Tus guerras son tuyas y tienes derecho a pelearlas. Yo prefiero quedarme al margen.

—O estás conmigo o estás contra mí.

—¡Joder, no te me pongas apocalíptica!

—¿Es un insulto?

—Tú sabrás... Yo me limito a decirte lo que siento: no quiero juicios, tan solo olvidar todo aquel triste episodio. No estás en situación de reclamar nada. Sabes que Judith ha dicho más verdades que las que nos gustaría oír; quizás ha exagerado un pelín y ha adornado la «realidad» a su gusto; es una novela, puede permitírselo. La ficción no conoce límites, y eso es lo que la hace extraordinaria. No hay prueba fehaciente que demuestre que *ellas* somos *nosotras*. Es su palabra contra la nuestra; hoy la suya vale mucho y la nuestra no vale nada.

»Si la demandas, quedarás en evidencia y Judith ganará popularidad y venderá el doble. ¿Es lo que *realmente* quieres? Sabes cómo es la gente, sabes que el morbo vende más que cualquier cosa que sale al mercado; y sabes también que es una buena historia, porque de lo contrario no estaría en todas y cada una de las librerías de este puto país. Te guste o no, Judith se ha vengado, y lo ha hecho a las mil maravillas. No hay por dónde cogerla. Inténtalo si tan emperrada estás, pero te adelanto que es una pérdida de tiempo en el mejor de los casos.

—O sea que me dejas sola en esto.

—No dramatices, por favor.

—Hago lo que quiero, con o sin tu ayuda... ¡Desagradecida!

—¿Desagradecida, dices? No tienes nada que reprocharme.

—¿Nada? Dejé enterrados todos mis sueños adolescentes, que eran tan válidos como los tuyos, para corresponder a tu amor. Ese tan apasionado y eterno que a todas horas decías sentir por mí. Y cuando las cosas se ponen feas, cuando más unidas debemos estar para destruir a esa mala perra que ha ganado dinero a expensas nuestras, me sales con que prefieres quedarte al margen. ¿De veras esperas que te lo agradezca? ¡Gilipollas...! Te recuerdo que la llamaste loca y cosas mucho peores. Ya has visto que no es de las que olvidan. Oh, no te ha pintado como a la mismísima hija de Lucifer; en ese cuadro solo salgo yo, ¡ni que ella fuera un angelito! Pero no tienes nada que agradecerle.

No le agradecía nada, ni esperaba agradecimientos de su parte; en mi vida no había ni un resquicio para la esperanza o la fe.

—Si me quieres echar, hazlo; agarro mis cosas y me voy por donde vine. No es la primera vez que empiezo de cero, y aún me quedan años y fuerzas para embarcarme

en nuevas aventuras, pero no te aguanto que me chantajeéis ni me echéis nada en cara. Llegaste un día a mi casa diciendo que «lo habías pensado mejor y querías estar conmigo», como si los sentimientos hubiera que pensarlos en vez de sentirlos, y a mí me faltó tiempo para recibirte con los brazos abiertos, olvidándolo todo, que no era poco, de un plumazo. Por olvidar, olvidé incluso el apoyo que Judith me ofreció y tú me negaste con gesto altivo y aires de dignidad ofendida.

—Yo no me metí en la cama de nadie, ni me quedé embarazada a la primera de cambio.

—No sería por falta de ganas...

—Pues no de ti, desde luego. Cuando recuerdo lo que hacías con todos aquellos hombres se me revuelve el estómago. A ella no le importaba, pero a mí sí.

—¿Qué quieres decir?

—Bah, déjalo correr, no estoy de humor para discutir chorradas.

La agarré del brazo con más fuerza de la pretendida, me sublevó que justo entonces me saliera con aquello. Y no me pareció casual que sacara el tema una vez dejé claras mi neutralidad y mi repentina disposición a marcharme sin muchos miramientos. Por un breve instante encontré el valor para cerrar la puerta y no mirar atrás. Quizá fueran imaginaciones mías, pero aquel día y en aquel salón tuve la sensación de que Michelle se había hartado de nuestro idílico matrimonio.

—¿Qué quieres decir? —le repetí.

—Lo que has oído: a Judith no le importaba con quien hubieras estado, ella te quería sin condiciones; yo, en cambio, tuve que vencer el asco que me provocaba imaginar cómo te magreaban aquellos salidos con más canas que escrúpulos en aquel antro donde trabajabas... Si a eso se le puede llamar trabajo (!!).

—¿Ella te dijo eso? Nunca me has dicho nada de lo que hablasteis.

—Ni tú me lo preguntaste. Una vez te dije lo que anhelabas escuchar, te olvidaste de todo. Tú lo has dicho, no yo. Así que no te hagas «la santita» ahora. Ni la víctima, ya puestos. A ti te importó muy poco aquel día lo que sintiera Judith; estabas demasiado entusiasmada con mi romántica declaración para pensar en nadie más. No me hables de «lealtad» ni de «honestidad», que no eres la más indicada. Yo fui jodidamente egoísta, sí, pero tú no lo fuiste menos.

—Admites que jugaste sucio.

—Admito que cuidé mis intereses, ella los amenazaba y yo los protegí como haría cualquier ser humano: simple instinto de supervivencia. No sé de qué te extrañas.

—Tus intereses.

No la reconocía. Su cinismo me helaba la sangre.

—Sí. Me comentó su intención de irse a Madrid contigo; habló con entusiasmo de «un cambio de aires y un poco de libertad lejos de la parentela». Y también del inmenso cariño que os teníais; no habló de amor ni falta hacía, sabía que una vez estuvierais juntas de nuevo, yo dejaría de existir, me olvidarías. Y no me parecía justo el desplante, la verdad.

—¿Y mentirme era justo?

—No seas melodramática. No te mentí. Te dije lo que querías oír, que es muy distinto.

—No fuiste honesta, ni conmigo ni con ella.

—Ella tampoco fue muy leal que digamos; se aprovechó de nuestro distanciamiento para acercarse a ti y endulzarte los oídos.

—Judith estaba cerca de mí antes de que tú y yo nos conociéramos, detalle que siempre se te olvida; y nuestro distanciamiento lo provocaste tú, no ella. Con tus excusas, silencio y falta de agallas... Ella estuvo ahí cuando tú no estuviste.

—¿Eso lo has leído en esa «novelita» o lo has deducido tú solita? Porque hasta el día de hoy no has tenido la menor queja, que yo sepa.

—Quizás haya abierto los ojos.

Ocho años de una vida de mentirijillas. Ahí es nada.

—¡Ya era hora! Aunque de poco te va a servir. No sé cuál de las dos es más soberbia.

—No espero su perdón.

—Y haces muy bien, porque *no te va a perdonar*. No conocías esa faceta rencorosa suya, ¿eh?

—¿Tú sí? Por eso has llegado a casa con el rostro blanco como el papel y la respiración entrecortada.

La dejé sin palabras y sentí un placer nunca antes experimentado; un alivio que me dejó el corazón tan liviano como una pluma de gorrión.

—Quiero que sepas que nunca me he arrepentido de mi trabajo en el *Sephora* —continuó—; no era «un empleo convencional», pero yo disfrutaba. Hice amigos, más que amigos. Puede que tuvieran canas, que no ganaran la medalla al «esposo ejemplar» o que aún vivieran con la mamá, pero no eran más deshonestos que tú. Estaban solos; no es ningún pecado. Pero de soledad y desesperación sabes tú más que yo y que ellos. Por eso me invitaste a tu casa. Por eso y por nada más; no querías morir sola. Así que ahórrate las recriminaciones y los sarcasmos. Tú elegiste ser funcionaria y yo nunca lo cuestioné, ni puse en tela de juicio ninguna de tus decisiones, por peregrinas o absurdas que parecieran. Siempre te has creído mejor que yo; sabía que tarde o temprano me lo restregarías por la cara sin miramientos. Siento que llevo años conteniendo la respiración a la espera de este momento.

—Y yo quiero que entiendas de una vez por todas que si aquí alguien se ha sacrificado, esa he sido yo. Que te quieras ir, pues ahí tienes la puerta; ya estás tardando..., aunque no sé a dónde vas a ir... Yo te ofrecí el techo bajo el que duermes, el trabajo que tuviste hasta el día que nos casamos, la ropa que desde entonces llevas puesta, la comida que comes y el agua que bebes... Vete, desagradecida, si es lo que quieres. Como dijo alguien: «A enemigo que huye, puente de plata». No quiero alimentar a quien no va a estar conmigo en las horas más negras de mi vida.

En semejante patetismo había desembocado nuestro matrimonio; ¡tanto que habíamos esperado, tanto que habíamos luchado en pro de los derechos del colectivo homosexual, tanto como habíamos gritado para que se oyera nuestra voz en todas y cada una de las manifestaciones aquí, en Madrid, Barcelona, Sevilla, Bilbao...! Y cuando en julio de 2005, ¡por fin!, se aprobó la dichosa ley que nos permitía unirnos legítima y oficialmente, fuimos una de las diez primeras parejas en pasar por el juzgado. Con apenas dos testigos desconocidos. Es en estos momentos cuando ves a dónde han ido a parar tus «mejores» amigos. De la familia, mejor ni hablar. Ni el padre de Michelle se atrevió a asomar la nariz por allá. A la madre ni la vimos ni la echamos de menos.

Cualquiera hubiera dicho que aquello no auguraba nada bueno para nuestro futuro como mujer y mujer. Nunca jugamos a repartirnos los papeles: tú haces de hombre, yo de mujer, o viceversa, aunque los había que creían que había que justificar nuestra «desviación» disimulándola y haciéndola pasar por una relación heterosexual al uso, a la vez que se idealizaba ese amor con el propósito de demostrar que las parejas homosexuales eran más felices y se querían más que las otras, ¡cómo si en una pareja de lesbianas no hubiera jamás el mínimo roce ni discusión, ni se contemplara ni por asomo la tan manida y denostada violencia de género! Quien dijo que una mujer no podía comportarse con la misma brutalidad que un hombre no conocía a Michelle.

El colectivo gay y lésbico se esforzaba, no obstante, en una apariencia de felicidad y

amor absolutos para ganarse el derecho de ser reconocidos ciudadanos de primera, y gozar de las mismas prerrogativas que su prójimo heterosexual. Si una relación de pareja fallaba estrepitosamente como había fallado la nuestra, no faltaría quien dijera que era «ley divina», «castigo de Dios», «que no era de extrañar», «que ya se veía venir», «que qué quieres que pase cuando uno se empeña en ir contra natura», «que la mujer está hecha para el hombre y el hombre para la mujer», «que cualquier otra cosa es pecado, y mortal por añadidura», y blablabla... Y no les hablo de la Iglesia ni del Santo Pontífice, sino de laicos, incluso de ateos si quieren, pero con una larga y pesada herencia judeocristiana a sus espaldas de la que no pueden desembarazarse como si nada.

Por esto, y por la soberbia que me caracteriza desde mi juventud, lo que menos quería era que la gente de nuestro alrededor, empezando por los cotillas vecinos, cuyo espíritu y mentalidad iban de la mano de la arquitectura decimonónica de nuestro edificio, supieran del altercado que acababa de tener lugar entre Michelle y yo. Sin embargo, mi mujer no estaba por la labor de ponérmelo fácil. Después de sus últimas palabras, se encerró en el dormitorio y rompió todo lo rompible, y lo que no pudo destrozarse lo arrojó sin miramientos por la ventana en un ciego ataque de rabia.

A la noche salió calmada, dentro de sus escasas posibilidades, y cual emperador romano que perdonara la vida de un gladiador en la arena del Coliseo, me dijo:

—Puedes quedarte si quieres.

Ante tal arranque de generosidad, me sentí muy tentada de coger mis trastos, largarme y perderla de vista para siempre. Y luego lamenté bastante no haberlo hecho.

Ella siempre culpó a Judith de nuestra ruptura, que nos había ido minando por dentro con torturante lentitud. A partir de ese día, y aunque compartimos el lecho como la primera noche, ni me tocó ni me besó ni hizo ningún gesto de acercamiento carnal a mi cuerpo. Entre nosotras se abrió una brecha abismal que a fecha de hoy no se ha cerrado aún.

El juicio transcurrió tal cual quedaba reflejado en la novela; todo había sido orquestado por una inteligencia perversa que no pude dejar de admirar aunque me asustara. Al convertirse en un circo por donde desfilaban multitud de periodistas ávidos de morbo y sensacionalismo, Judith, que por fin disponía de sobrados recursos para gastar (y malgastar), cambiaba de modelito todos los días, y cada vez elegía uno más caro que el anterior: de Chanel a Gaultier, pasando por DKNY; más tarde lo consideraría todo en conjunto una inversión en publicidad: «Que hablen de ti, aunque sean pestes, es muy positivo para la carrera de cualquier personaje público.» Y las críticas le resbalaban; estaba acostumbrada a ellas desde chiquita, y a las amenazas de muerte desde sus días del colegio y el instituto. Se había vuelto inmune a todo. Bueno y malo. Ya nada podía quebrarla; se había revestido de la cabeza a los pies con una coraza de acero, bruñida cual brillante espejo. El sentimentalismo facilón y el amor de folletín los dejó para las novelas: las que la ayudaron a matar el rato cuando él no estaba a mano para echar un polvo... o más de uno.

Michelle contrató a un abogado con una minuta astronómica que apenas podía costear, pero el hombre no estuvo a la altura de las circunstancias en ningún momento: demasiado cortés y pusilánime; muy al contrario que el abogado presentado por la defensa para la ocasión: un tiburón cuya presencia y carisma iban en proporción inversa a sus escrúpulos y ética profesional; se ufanaba a todas horas de no haber perdido un solo caso en sus casi treinta años de ejercicio, y aquél no iba a ser el primer fracaso de su carrera, con toda la prensa en primera fila, ojo avizor a la mínima pifia. No faltó entre el comadreo quien dijera que Judith pasaba con él tiempo no facturable. ¡Pobres idiotas! Se veía a la legua que no la conocían. ¿Liarse con un español ella? Jamás. Tenía muy claros sus objetivos, y estaban más allá de nuestras fronteras.

Cristóbal Amorós estaba para lo que se le pagaba, ni más ni menos. Judith no mezclaba los negocios con el placer. Y, aparte, no era su tipo.

Las dos perdieron un tanto los papeles con el asunto. Y yo, aun en contra de mi voluntad, paralizada, en medio de sus disputas como el jueves, no era más que una pobre muñeca de trapo de cuyos brazos tironeaban una y otra con fuerza. Hoy me pregunto si mereció la pena la lucha; si yo era un objeto tan valioso que justificara aquella debacle. Intuyo ahora que, más que el motivo, era la excusa que una y otra esgrimían para justificar su propio ajuste de cuentas en el cual, curiosamente, yo pintaba muy poco.

Como es fácil suponer, Michelle perdió el juicio.

Y debe interpretarse en ambos sentidos.

Yo me quedé con ella para ver cómo día a día se le agriaba el carácter y perdía la sensatez que la caracterizaba cuando nos conocimos. El odio hacia Judith alcanzó el paroxismo; era callado, sin las blasfemias e improperios de los primeros días; quizá porque sabía que ya de nada le valía protestar. Pero permanecía ahí, enconado, envenenándola por dentro. Erigió en *su* dormitorio un monumental altar con velitas y estampitas de santos varios; no era beatería, Michelle no era muy creyente que digamos; lo único que le pedía a sus santitos al levantarse y al acostarse era que Judith muriera. Si hubiera sabido hacer vudú...

Tuvo, por el contrario, que morderse la lengua hasta hacerla sangrar, y lamentar todos y cada uno de los días de su vida el desafortunado momento en que, con una explosiva mezcla de soberbia de triunfadora y rabia de ex amiga gravemente ofendida, le espetó con toda crudeza y crueldad que «no quería volver a ver su cara nunca más».

¡Qué inoportuno comentario y qué mala suerte la suya!

Porque el éxito de Judith crecía por días, y uno la veía aquí y allá, en su gira de promoción, que se antojaba interminable: Barcelona, Madrid, Bilbao, Sevilla, Lérica, Segovia..., con la agenda a tope entre presentaciones, tertulias y conferencias; satisfecha de ocupar todas las portadas y salir en todos los programas de radio y televisión, sin rastro de remordimiento. La cuenta había sido saldada. Nos olvidó. Para siempre.

No permitió, empero, que nosotras la olvidáramos a ella; se preocupó especialmente de que la tuviéramos presente día y noche.

¿No quieres caldo? ¡Dos tazas!

A partir de ese día yo recurrí sin empacho a los medios de comunicación para estar al día de su vida profesional y personal, sin miedo a perder su huella. Sé lo que están pensando: ese impagable momento en la presentación de *La isla de la vainilla*, cuando las dos estuvimos cara a cara. Su acerada mirada no invitaba a preguntas indiscretas, ni siquiera a una sonrisa, ¡no digamos un apretón de manos! Hay que entenderla; lo que le había permitido la supervivencia física y emocional había sido su asombrosa adaptación al medio y a las circunstancias, no importando lo hostil de uno y lo impredecible de las otras. También su facilidad para avanzar mirando atrás sin ira pero sin nostalgia.

El pasado duele. Hay gente que lo entierra a golpe de talonario; cada capricho o lujo que Judith se permitía, ya fuera un perfume de firma, un viaje exótico o unos Manolos, era una paletada de tierra que arrojaba sin piedad para ocultar el ataúd donde el *pretérito imperfecto* languidecía en la oscuridad. Y si daba un triple salto mortal hacia atrás era con el único propósito de hacer mucho, mucho dinero. Se había vuelto más puta que las gallinas. Si después de todo lo ocurrido me quedaban dudas, lo que iba a venir a continuación me las disiparía de golpe y porrazo.

Hacía años que el *bullying* se había convertido en un triste fenómeno social que acaparaba páginas en los periódicos, y programas en radio y televisión; se abrieron

foros y blogs para debatir el tema en la red; en YouTube se colgaban vídeos grabados con teléfonos móviles en los que aparecían chiquillos atormentados y aterrorizados, víctimas de vejaciones, palizas y linchamientos. No era una novedad, por desgracia. Era un problema viejo como el mismo mundo que la tecnología del tercer milenio había popularizado y puesto en el punto de mira. Pero Judith, que ya lo sufrió con virulencia en el primer lustro de los ochenta, declaraba en su nuevo libro:

«En mi adolescencia no había móviles con cámara, ni había llegado aún a España la fiebre “YouTube”; mi humillación tenía por lo tanto un restringido pero selecto público, no la veían cuarenta millones de personas... Solo una pandilla de infelices sin más ocupación que disfrutar el escarnio ajeno.

¡Demos gracias al Señor por sus infinitas bendiciones!»

Judith jugaba con la ironía y el sarcasmo como otros niños jugaban con las canicas y los cromos de picar.

Nunca la consideré una persona oportunista pero la ocasión la pintan calva, y había que ser muy idiota para dejarla pasar. Si había sido capaz de publicar *Lealtades Enfrentadas* y sacar a la luz uno de los episodios más amargos de su vida, la publicación de *Acorralados* no era sino otra oportunidad de ganar dinero y popularidad. Fans, como buenos amigos, nunca hay demasiados. El testimonio estaba escrito en primera persona y resultaba conmovedor hasta para mí, que sabía de qué pie cojeaba y qué andaba buscando. No diré que no tuviera ni idea de ese capítulo personalísimo y doloroso; sabía algo, los pormenores tuve que leerlos en el libro.

Judith no daba consejos a menos que se lo suplicas de rodillas, e incluso entonces lo hacía de muy mala gana; opinaba que cada cual debe llevar su cruz y escarmentar por sí mismo de sus errores; lo único que pretendía el libro era ser una luz en la oscuridad: hacer saber a todos los que, por desgracia, se hallaban en tan penosa situación, casi siempre sin motivo, que no estaban solos, no eran bichos raros ni estaban forzosamente predestinados a la violencia o peor aún: a ser «psicópatas-asesinos-en-serie». Judith era la viva prueba de que «el tiempo todo lo cura»; el que más y el que menos podía verse en una situación comprometida en algún momento de la vida, pero tal eventualidad no tenía por qué hipotecársela.

Ella misma lo superó sin terapias ni psicoanalistas de a ciento cincuenta euros la consulta, aunque no digo que no le hubieran ido bien; si uno toma la debida perspectiva, incluso puede afirmarse que a la larga ha salido ganando. Lo que sucedió la hizo tal como es: jodidamente exigente, por ello nunca se ha conformado con algo menos que *la crème de la crème*. Tal vez ha desarrollado un excesivo culto al cuerpo y a la belleza, y una inquietante inclinación por la gente *fancy* y *cool*, pero en este siglo de locura el que esté libre de pecado que tire la primera piedra. No es peor que el común de los mortales.

Al contrario de lo que pueda parecer, o lo que haya podido dar a entender con mi perorata, el éxito y la popularidad no se le subieron a la cabeza; no hasta el punto de desequilibrarla y lanzarla al abismo del alcohol, la marihuana y las drogas «de diseño». Se mantenía muy cerca de sus lectores (para mi gusto quizá demasiado), contestaba puntualmente a todos sus correos —o de eso alardeaban ellos—, y si le daba por ahí, incluso salía de copas con alguno.

Cuando Judith era buena, era muy buena, que diría Mae West; pero cuando era mala, era muchísimo mejor. Si la enganchabas de buen humor, era una de las personas más graciosas con que podías encontrarte. Confieso que llevo años echando de menos sus bromas y sus agudos comentarios; fueron demasiadas las risas que me provocaron sus cartas; a ratos encuentro a faltar su optimismo y su visión positiva de todo. Siempre se las apañaba, contra viento y marea, para ver «la botella medio llena». Hubo un tiempo

en que yo también vi la botella no solo medio llena, sino llena a rebosar.

Un tiempo muy lejano, todo hay que decirlo; años en los que tuve grandes sueños que nunca llegaron a materializarse; habrá quien diga que no luché como debiera ni tuve suficiente fe en mí, quien piense que el victimismo no conduce a nada, que si ella tiene lo que yo no llegué ni a rozar con la punta de los dedos es porque se lo merece. Son los que se implican y se mojan los que viven vidas «de novela»; la gente que renuncia demasiado pronto en aras del amor (¿?) no tiene más que lo que le toca por derecho.

La prisa nunca ha sido buena consejera, pero la efervescente juventud tiene mucho de impaciente y muy poco de sensata; dos o tres años me parecían ya el colmo de la espera. Del santo Job tendría que haber aprendido. O de Judith, sin ir más lejos. Ella sí sabía esperar; su paciencia y tesón no conocían rival. Confiaba a ciegas en el futuro porque sabía que jamás podría ser peor que el pasado.

Por qué cambió al inglés por el irlandés nunca llegué a saberlo; fue una de las pocas cosas que no reveló en su novela-bomba. Supe que el inglés resultó finalmente no ser trigo limpio, pero no puedo poner la mano al fuego por nada de lo ocurrido durante esos años; en cualquier caso debieron de ser muy tranquilos porque los periodistas nunca pudieron sacar trapos sucios de ese período de su vida. Si tuvo líos amorosos o sexuales con los compañeros de la facultad, no se supo nunca. Si la conozco, me extrañaría mucho que fuera algo serio; ya les he dicho que ella veía el futuro a muchos kilómetros de España.

Nieta de un alcalde «facha» y un ex sacerdote «rojo», con una familia muy «de derechas» y la otra muy de izquierdas, parecía estar obligada, desde un punto de vista moral, a escribir largo y tendido sobre la Guerra Civil del 36, Franco y «los Rojos». Judith huía de todo aquello como de la Peste; procuraba esquivar el tema cuanto le era posible y no caer víctima de las presiones familiares en lo que a este concernía. No es que descartara de plano la cuestión; ella escribía lo que le pedía el cuerpo, y nada la mortificaba más como escritora que le dijeran lo que tenía que contar o dejar de contar, o cómo contarlo. Cuando estuviera motivada y preparada para escribir la Gran Novela de los caídos por España, lo haría. Ni un minuto antes.

Y lo hizo, de veras que sí. Cuando creyó que era el momento oportuno se puso delante del portátil y empezó *Tierra de olivos*, la memorable saga andaluza de los Sánchez y los Alvargonzález. Y ustedes, muy acertadamente, me preguntarán dónde quedan los Ordóñez en esta historia. Este es su apellido materno, el del abuelo «rojo»: el que nunca cayó en gracia, ni en el pueblo ni en las familias, al que Franco mandó fusilar, y del que nada más se supo; el apellido que ha usado desde el principio de su carrera para firmar sus manuscritos.

La elección no venía dada por motivos freudianos sino fonéticos. Le sonaba mejor y le gustaba más.

Las peripecias de las dos familias —que en realidad venían a ser una y la misma enfrentada más allá de razones políticas— durante la guerra y la postguerra, el hambre, la miseria, la emigración a Barcelona, los primeros años de la dictadura... daban para un novelón en la línea de *El Doctor Zhivago* o *Guerra y Paz*, y fue merecedora de otro galardón casi tan prestigioso como el anterior.

Aquí cambió la polémica, a la que nos tenía tan acostumbrados, por el Romanticismo en estado puro y el rol reivindicativo político y social.

¿Había perdido garra con la edad?

No. Había cambiado el registro y sanseacabó.

La escribió con cincuenta y tantos, y todavía se vende bastante bien... Y mejor se venderá cuando muera.

Ocurre con demasiados artistas: de Shakespeare a Larsson, pasando por el mítico diario testimonial de Ana Frank, y dejando aparte las multimillonarias ventas *post*

mortem de Michael Jackson y Madonna, y la tendencia promete desafiar el paso del tiempo. Injusto, sí, pero es lo que hay. Nada vende tanto como la tragedia humana, ¿y qué mayor tragedia que la muerte, sobre todo cuando es inesperada y violenta? Un final así crea el mito con el que se identificarán las generaciones futuras; inmola a la víctima y la convierte en un mártir de nuestro tiempo.

Y acaso sea esto lo que siempre anduvo persiguiendo. Recuerden su afán de popularidad, la tremenda necesidad que tenía del cariño de su público, ese que tanto la echará de menos... las primeras semanas. Luego todo se olvida; vendrán más Judiths con igual o mayor talento, con iguales o mayores ansias por brillar bajo la luz de los focos, convencidas de que la literatura puede —y debe— ser tan glamourosa como la música pop o el cine. A fin de cuentas, también es arte y espectáculo de masas.

Con la inminente muerte de Judith se cierra a cal y canto la puerta que comunica con mi pasado. Descubro, ¡y ojalá no sea demasiado tarde!, que no tiene sentido vivir esta mentira de relación que vivo.

¡Hubo tantos momentos en que estuve tentada de largarme y perderla de vista! No fui capaz; por increíble que parezca, aún la quería. No me daba motivos, no me quedaban razones para continuar a su lado, pero no podía arrancármela del corazón ni borrarla de mi pensamiento de un día para otro. Y me quedé con ella hasta hoy, sabiendo que no me quiere, sospechando que puede estar con otro. Sí, otro, con «o». Masculino singular. Porque Michelle sí es feliz, lo lleva escrito en la cara; si no es conmigo, alguien más debe de haber.

¿Cuándo va a decírmelo, a qué está esperando para echarme de *su* casa y meterlo a él?

No voy a darle esa satisfacción, no voy a aguardar de brazos cruzados a que venga y me ponga de patitas en la calle. ¡Ni hablar!

Todavía me quedan batallas por pelear, y fuerzas suficientes para hacerlo; no estoy tan vieja como cree.

Me marcho a Londres, asistiré al funeral de Judith. Puede que no llegue a tiempo de decir: «lo siento, estaba equivocada», y probablemente sea mejor así. Pedir disculpas no es uno de mis puntos fuertes.

Ni siquiera sé si podré mirarla a la cara después de todo este tiempo. Pero, ¡qué demonios!, me muero de ganas de conocer a su marido y a su hija. Y mejor aún va a ser cuando ellos me conozcan a mí.

El espíritu inquebrantable

Domingo, 10 de octubre. 19:30h

Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio. Vacío. Silencio... Y de repente algo inusual viene a quebrar la paz sobrehumana que me envuelve en este limbo gris donde me encuentro sin saber muy bien cómo ni por qué; es el resentimiento de mis cuatro diligentes (¿?) enfermeras respirándome en el cogote.

Sabiendo como sé la friolera que Josh ha pagado por las pocas horas que me quedan de vida en este hospital, es de suponer que las enfermeras estén más que satisfechas con su astronómico sueldo.

De eso nada, monada.

Aquí, como en todas partes, y en cualquier época desde la primera «revolución neolítica», el proletariado siempre se ha sacado de la manga alguna legítima protesta a propósito de sus honorarios. Estas que velan mi sueño llevan más de treinta y seis horas de guardia seguidas; están extenuadas, no las espera nadie en casa porque sus maridos o novios, o quienquiera que con ellas tuviera un buen día la (des)dicha de emparejarse no aguanta tanto sacrificio a cambio de tan magra recompensa; demasiadas mujeres hay en el mundo para conformarse con una enfermera que hace más horas que un reloj más días a la semana de los que le tocan por convenio.

Este tipo de abusos quema mucho al personal; si además te toca vigilar a una desgraciada que está más allá que acá, ¡ni les cuento! Se «mueren» porque llegue la hora de mi muerte. Y no se lo reprocho, yo también la espero impaciente. Quisiera poder decirles que estoy tan harta como ellas... Quizá más porque soy mucho mayor. No esperaba soplar ni cincuenta velas y ya soplé las sesenta la Navidad pasada. El ser humano se empeña demasiado en vivir, incluso de un modo inconsciente; algo muy dentro de nosotros se rebela con violencia ante la idea de desaparecer.

Estoy sola, lo sé. No oigo las voces airadas de hace media hora o medio minuto; desde mi particular dimensión, el tiempo ha perdido toda importancia. Josh se pone violento a veces si tiene —o cree tener— motivos, sobre todo cuando lleva encima alguna copa de más. Es muy sensible al alcohol; lo ha sido desde muy joven, y cuando se le sube a la cabeza no controla su temperamento irlandés, ya de por sí muy extrovertido.

Con los años me he acostumbrado a sus arrebatos de mal humor o indignación, y en el fondo me provocan más ternura de la nunca confesada. Fueron sus ojos de cielo estival y su sonrisa de *enfant terrible* los que me enamoraron a primera vista. Y deseo, deseo ardiente devorándome, abrasándome la piel cada vez que veía ese cuerpo desnudo, tan hermoso como el del mismísimo Apolo: dios de la belleza y la juventud. Desde el primer roce de nuestras manos, nuestra relación ha sido sexual, mucho más que intelectual o romántica. Yo tenía a mis colegas de profesión, a mis fieles seguidores, y a mis pocos buenos amigos con quienes hablar de cualquier tema. Y a él...

Siempre ha sabido que triunfaría y que lo haría a lo grande; lo sabe esa tarde, antes de entrar en el motel barato donde alquilan habitaciones por horas a jóvenes con mucha revolución hormonal en el cuerpo y poco dinero en los bolsillos; lo sabe cuando, en el último momento, decide que él no es el adecuado, el compañero con el cual envejecer y morir; y como no es lo que ella quiere, no puede entregársele libremente como hacen todas las chicas de su edad. Sabe que si los demás lo descubren la tacharán de mojugata, calientabraguetas o algo mucho peor... Sabe que no está bien dejar al pobre chico desnudo y con las ganas..., por no hablar de su inmenso miembro a punto de

estallar.

Pero ELLA NO PUEDE. No es como las demás chicas de veintipocos años; nunca lo ha sido. Sabe que debe «sentirse halagada» porque Víctor se ha fijado en ella hasta el punto de obsesionarse con su amor. Y no es que no esté agradecida, pero la gratitud no es amor ni nunca podrá serlo. Ella lo sabe por experiencia. Él lo aprenderá a su lado; no va a ser una lección fácil.

Ella no quiere volver a pasar por una situación así.

Cuando llegue su hombre lo reconocerá y se le entregará en cuerpo y alma. Hasta ese día, mejor mantener las distancias y no dar lugar a equívocos ni lastimosos malentendidos. Víctor merece más que una relación de gratitud; todos merecemos mucho más que eso.

Él tiene, por desgracia, un temperamento obsesivo; no quiere dejarla escapar, la persigue sistemáticamente durante meses; ella se asusta. No está acostumbrada a ese tipo de acoso; por regla general, la gente la persigue para zaherirla, no para entregársela en cuerpo y alma. Descubre que no le gusta ese papel de «virginal doncella» por la que un hombre da la vida sin pensárselo dos veces, a pesar de su romanticismo y su predilección por las relaciones apasionadas de rompe y rasga que describen los grandes literatos... En esas novelas la heroína siempre se muestra encantada de desempeñar su papel; en la vida real la cosa se complica y no le gustan las complicaciones. Su espíritu aventurero no va por ahí; lo tiene, pero no lo relaciona con el amor ni con el sexo. Y ya puestos, tampoco con las drogas.

Tiene veintiún años; lleva meses separada del grupo con el que acostumbra a moverse cuando Víctor llega a Barcelona desde Zafra, un pueblecito extremeño; tiene un acento que más tarde ella reconocerá sin titubear en la voz de Alejandro Sanz. No la atrae especialmente; ni el dichoso acento ni el físico de Víctor. La familia piensa que han roto porque él es esquizofrénico y porque «le ha prohibido» que siga frecuentando a los evangélicos (un error garrafal que le hubiera costado la relación si hubiera existido tal cosa); la realidad es bastante más simple:

—Le he dejado, o mejor dicho, he provocado la ruptura porque no es mi tipo. Y además, es feo.

Se lo comenta con desparpajo a una de sus amigas; a Víctor no le gustaba Laia, tampoco quería que saliera con otra gente, mención aparte del grupo de la iglesia. Exigía exclusividad. Y exigírsela a Judith no es buena idea. No es que no pueda entregarse en exclusiva a alguien... Pero solo ella elige quién merece el honor.

Él no lo merecía.

Es curioso este submundo acuoso e incoloro en el que floto tranquilamente: en medio de ninguna parte, donde nada es claro ni oscuro, ni frío ni caliente; o quizá, ¡quién sabe!, a las puertas de ese purgatorio medieval que nunca he deseado visitar. Lo que sí me gustaría es mirarme en un espejo y ver qué pinta hago. Seguro que no muy buena; lo último que vi estando ya al borde de la inconsciencia fue un finísimo reguero de sangre escurriéndose entre mis dedos. Es lo que una ve cuando le rebanan el pescuezo; la notaba caliente al tacto y pegajosa. La sangre es aparatosa y desagradable. Por eso yo siempre he apostado por los fármacos cuando de quitarse la vida se trata.

Pero, claro, a mí nadie me pidió la opinión; se acercaron por detrás, y con un cuchillo de carnicero, de esos que usan muy diestra y habitualmente, me degollaron como a un tierno corderito. Y hablo en plural porque, aun siendo una única mano maestra la que empuñó el arma homicida, estos asesinatos siempre se organizan «en grupo»; rollo Charles Manson, ya me entienden.

Yo de este «buen hombre» sé más de lo que quisiera; empezando porque de niña vi un telefilm *muy gráfico* de la matanza perpetrada en 1969 en la que murió la mujer de

Roman Polanski; y continuando porque casi cincuenta años después de esa noche macabra me encargaron escribir el guión de *Happy Family End*; Hollywood seguía conmocionado por el horripilante crimen y quería exprimirle el jugo al máximo. No le hice ascos al plan porque el tema siempre me ha apasionado de un modo que podría considerarse casi morboso; y debí de hacer muy bien mi trabajo porque me llevé de vuelta a Londres mi primer y único Oscar. La cosa tiene su gracia: la niña que quiso ser actriz acabó llevándose un premio al mejor guión original.

La vida te da sorpresas; sorpresas te da la vida...

Hay años que marcan un antes y un después.

1996 es uno de ellos. Año de ruptura en más de un sentido, y de nuevos horizontes en muchos otros. También es el año de la mudanza: dejar atrás la infancia, la adolescencia y sus primeros años de juventud. Y ya de paso, al grupo de la Iglesia. Pero sin duda alguna, es el año de Bárbara y Ernesto.

Y, no hay que olvidarlo, de sus inicios en la literatura; aunque ella no usará jamás ese calificativo rimbombante al referirse a su trabajo. Ella se considera una autora popular, y como tal quiere ser recordada. No ambiciona ser una escritora de culto con un selecto grupúsculo de eruditos lectores, o una pandilla underground a sus espaldas; tampoco se ha propuesto crear escuela. Su finalidad es entretener, no adoctrinar. Para eso están los colegios y otras instituciones reconocidas. Ella quiere que el lector disfrute, se emocione, ría, lllore; se indigne, se conmueva... Si de paso aprende algo, bienvenido sea, de más está decirlo.

Contempla y entiende la narrativa desde su vertiente interpretativa, como si literatura y cine fueran de la mano y tuvieran un mismo objetivo: entretener al público; no debe olvidarse que antes que escritora fue aspirante a actriz, y ve en el arte de novelar la posibilidad de meterse no sólo en la piel de un personaje, sino en multitud de ellos ¡en una sola historia! Multipliquen eso por una decena o veintena de relatos... o más, y verán lo apasionante que resulta. A ella debe de parecérselo al menos.

*Pasa de las cartas que lleva años escribiendo a unos y otros (como si fueran uno de esos diarios íntimos de juventud que tuvo por docenas y no llenó nunca) a una de esas historias bigger than life, una saga cainita plagada de odios, rencillas, amores perdidos y sentimientos encontrados, que años más tarde alguien comparará con *El ruido y la furia* de Faulkner. Una novela que la llena por completo y amenaza muy a menudo con sobrepasarla. Aún no lo sabe, pero le dará tantos disgustos como alegrías, y le enseñará más de sí misma que cualquier psiquiatra de medio pelo.*

No puede desestimarse la influencia de Bárbara en su decisión de embarcarse en tan bravos mares; el coraje que la caracteriza le viene de muy adentro, pero se acicatea frecuentemente ante el éxito del prójimo:

«Tú puedes hacerlo, pues yo no voy a ser menos.»

Cuando Bárbara le cuenta que escribe desde niña todo lo que se le pasa por la cabeza, ella reflexiona —y no por primera vez— por qué no dedicarse de una buena vez a la escritura creativa.

Más de uno le ha dicho que sus palabras tienen magnetismo y poder de convocatoria; plasmadas en un papel, ¡faltaría más! Pocas cosas le dan tanto pavor como hablar en público: le trae el recuerdo de los exámenes orales que hacía Cara de Cerdo sin previo aviso a los últimos cursos de E.G.B. Cara de Cerdo enseñaba (¿?) matemáticas y algo que entonces llamaban pomposamente Ciencias de la Naturaleza. Desde entonces odia las matemáticas. No hará falta preguntar por qué. Tampoco la oratoria es su punto fuerte. De hecho, cualquier reunión de más de cuatro personas le provoca ataques de ansiedad y agorafobia. No hay nada como la intimidad de las cuatro paredes de su dormitorio y un papel en blanco. Ahí no hay límites; ella no conoce ninguno.

Entre 1996 y el inicio de su imparable carrera va a vivir la escritura como una terapia de

liberación, un lazo de unión con el mundo y el cordón umbilical que la ata a Bárbara. No es materialista: el dinero solo es un medio para obtener un fin. Nunca se ha planteado escribir para ganarse la vida. Bárbara tampoco. De hecho, su amiga está más ocupada en sobrevivir a la convivencia familiar. He aquí otro motivo de empatía: ninguna se siente a gusto en «su» casa. Se consideran unas inadaptadas, como esa pieza de puzzle que parece no encajar en ninguna parte.

Una de las virtudes que más admira en Bárbara es su facilidad de palabra, y esa sinceridad que la distingue: tan brutal y descarnada que raya en la ordinariez. Tiene algo de Sagitario porque es un poco metepatas: Primero actúa y luego piensa.

«Prefiero pedir perdón a pedir permiso», le dice a menudo.

Judith es el contrapunto perfecto: pide permiso para hacer cualquier cosa, a fin de no verse obligada a decir nunca: lo siento, no debí haberlo hecho. Tienen temperamentos muy diferentes pero se complementan a la perfección porque valoran lo que cada una tiene que a la otra le falta.

Se llevan tan bien que decide compartir con ella una de las cosas que más aprecia: su amistad con Michelle. Decisión de la que se arrepentirá amargamente más tarde, aunque hoy ni siquiera se le pasa por la cabeza la más pequeña sospecha. Lo que ahora le apetece es poner en contacto a dos personas que van a compenetrarse a las mil maravillas. Lo sabe. Y no se equivoca; al cabo de unas semanas del intercambio de direcciones, Bárbara escribe entusiasmada que ha encontrado a «su alma gemela», se deshace en parabienes, y le envía tropecientos mil besos preñados de gratitud.

Por alguna irracional razón, Judith espera lo mismo o algo muy similar de Michelle al respecto. Ya puede quedarse con las ganas. Esta última se limita a comentarle que su amiga se ha puesto en contacto con ella y le cae bien. Poco más. Y la efusividad y dulzura que impregnaban la carta de la joven madrileña brillan por su ausencia.

Si se siente estafada o decepcionada, no lo da a entender; se guarda sus emociones y actúa como si semejante ingratitud fuera lo más natural, y ella estuviera ya más que acostumbrada. Una persona avispada comenzaría a partir de aquí a atar cabos; pero la rapidez de reflejos no es el punto fuerte de Judith. Michelle toma buena nota de ello y lo aprovechará llegado el momento.

Cuando en septiembre de 2007 empecé a escribir la que iba a ser mi cuarta novela: la más personal, ambiciosa, ególatra... y retorcida y perversa también, ¿a qué negarlo?, consulté decenas de libros y páginas web que describían y explicaban el estado de coma clínico: ¿a dónde iban a parar los enfermos?, ¿existía realmente el mito del túnel oscuro y la áurea luz al final?, ¿qué sentían?, ¿qué no?, ¿podían ver u oír?, ¿podían reconocer las voces, oler las flores que les llevaban, escuchar la música que ponían los familiares con la vana esperanza de estimularlos de algún modo? A pesar de que la historia era ficticia en gran medida, quería llegar a clase con los deberes bien hechos para no sufrir brutales lapidaciones —que de todos modos no pude evitar— por parte de los más despiadados críticos.

Se habían escrito ya unas cuantas novelas que versaban de un modo u otro sobre el tema; la última era de Maruja Torres, narrada en clave de comedia negra; había ganado un premio de gran prestigio a principios de 2009. Me hice con ella porque toda información es poca para el escritor (que se precie de serlo) a la hora de investigar y documentarse; quería saber qué era imitable y qué no, y qué podía aprovechar en mi beneficio. Hablan a menudo del ego de los escritores: que si ven a todos sus colegas como competidores, que si solo leen lo que ellos y «sus amiguetes» escriben, etc. Hay mucha leyenda negra dentro de la profesión. Yo, antes que escritora, mucho antes que eso, era una devoradora compulsiva de libros: una yonqui literaria. Así me definía ante mis amigos.

No deja de ser una curiosa definición viniendo de alguien que siempre y a todas horas

ha despotricado contra el uso y abuso de las drogas, fueran blandas o duras. Si he de ser franca, tampoco sé muy bien distinguir unas de otras. El tema me es completamente ajeno a día de hoy; nunca lo he utilizado en mis novelas, aun sabiendo que, desde un punto de vista comercial, mi renuencia al respecto era poco menos que suicida.

Mis únicos vicios reconocidos son las novelas, el *dry Martini* y el chocolate.

Luego quedan ahí escondidos los vicios inconfesables... esos que no le cuentas ni a tu amiga del alma, porque si lo haces dejan de serlo. Mi intimidad era mucho más preciosa que mi virginidad. Y mi virginidad era muy preciosa, pueden creerme. Algunos incluso dirían que demasiado. Que si la mantienes pasados los veinte, tienes un serio problema; si la cosa se prolonga hasta la treintena y más allá, definitivamente estás mal de la cabeza...

Él puede decir lo que quiera; no espera que se quede callado, no es su estilo. Pero no admitirá golpes bajos por su parte.

«Si hubiéramos hecho el amor nos habría ido mucho mejor.»

¡Menuda gilipollez!

Ya tuvo bastante con la sarta de tonterías que le tuvo que aguantar a Víctor seis años atrás.

En realidad, la culpa es solo suya por empeñarse en un imposible: seguir sin rechistar al rebaño de mansas ovejitas que, a su vez, siguen ciegamente al pastor que las guía sabe Dios a dónde. Probablemente, a un cielo que le está vedado. ¿Todavía no ha aprendido la lección? Nunca será una ovejita; en cualquier caso, no igual al resto. Ella es la oveja negra y debe hacer los honores; no puede actuar como las demás chicas de su edad, ni llevar la vida mediocre de tanta gente que ve a su alrededor y que le provoca náuseas la mayoría de las veces.

Ha nacido para destacarse del resto, y sabe que si se hubiera liado con Ernesto y le hubiera dado lo que él quería, lo hubiera estropeado todo porque él no tenía fe en sus proyectos ni en sus planes de futuro; pretendía convertirla en otra de tantísimas «marujas» cotillas y adictas a las telenovelas de sobremesa. Junto a él hubiera malogrado su vida, una que desde luego no pasa por Vallecas. No le apetece pensar en la posibilidad de mudarse a Madrid, ni siquiera para ver a Bárbara.

La recuerda por un instante. En los últimos tiempos andan un pelín distanciadas; la ruptura con Michelle fue dolorosa, más de lo que admitirá ante cualquiera que le pregunte, y trajo consecuencias; entre ellas, una cierta frialdad en el trato que Bárbara le viene dispensando desde hace meses. Y le parece injusto; nunca le ha perdonado que se pusiera de parte de su amada Michelle sin siquiera molestarse en escuchar «la otra versión».

Siempre ha pensado que su amiga pierde el tiempo en un amor que no tiene razón de ser; ya puede esperarla sentada. Esa pija malcriada con mentalidad maquiavélica no siente ninguna inclinación romántica o sexual por las mujeres. Si así fuera, lo sabría; no tenía por qué ignorarlo. Se lo habían contado todo cuando creían que su amistad iba a ser eterna... Más allá de sus diferencias y la monumental pelea que tuvieron hace un año, ella tiene eso muy claro.

Pero, ¿cómo decírselo a Bárbara?

«No hay más ciego que el que no quiere ver.»

¿No ha pasado ella misma por una experiencia similar no hace tanto?

El ser humano es de un tozudo que da miedo, y Bárbara en particular se lleva la palma. Da igual. Lo que la ocupa ahora no es la obstinación humana, sino la carta de despedida de Ernesto. Tenía que haberle visto venir; no era la primera vez que le salía con aquella capullada; años antes ya había tenido una pelotera con Michelle por el mismo motivo y ella le había mandado a paseo; tenía grandes planes e ilusiones, los

misimos que cualquier jovencita de veintidós años, y todos pasaban por Francia del mismo modo que los suyos pasaban por Inglaterra.

Y el tontolaba de Ernesto no respetaba ni unos ni otros.

Judith ya le llamó a capítulo entonces, y defendió los sueños de su amiga como si fueran los suyos propios; estaban en 1997 y en lo mejor de la relación. Aunque para ser sinceros, si se repitiera la situación, su respuesta sería la misma y con igual contundencia. Porque para ella, lo que estaba mal hace dos años, continúa estando mal hoy.

Después de la sorpresa que supone la inesperada renuncia de Ernesto a mantener la amistad, suspira de alivio. Es la segunda vez que ocurre, y en ambas ocasiones ha quedado en el papel de «pobre víctima abandonada». No siente nada; quizás un poco de gratitud que se le escurre por el desagüe en cuanto recuerda que Ernesto ha pretendido cobrarse los favores.

Judith odia a la gente que se cobra los favores.

«O lo haces de corazón y desinteresadamente o te quedas quieto. Que yo no te he pedido nada, y nada te voy a devolver.»

Nunca he sido capaz de escribir novela «rosa» o «romántica»; disfrutaba como una enana leyéndolas, pero algo —quizá una mala disposición genética o mi deplorable historial amoroso— me incapacitaba para darle a mis historias ese tono dulzón, conmovedor y hasta un puntito empalagoso, que mis colegas les daban a las suyas. Parte de esa imposibilidad tenía que ver con mi falta de fe en los finales felices. Al menos no creía a pies juntillas como otra gente. Es como creer en Dios: yo quería pero no podía. Puede que fuera escéptica o (demasiado) inteligente, o muy leída, ¡o qué sé yo!

Y lo lamentaba, porque en los últimos tiempos la novela romántica se vendía como churros, era muy popular, e incluso recibía críticas esperanzadoras por parte del sector especializado, a pesar del uso —y abuso— de estereotipos y lugares comunes, amén de una homofobia muy mal disimulada que encontraba fuera de lugar, independientemente de la época en que estuvieran ambientadas.

Pese a todo ello, yo tenía buenas amigas entre las escritoras «superventas». Nos comunicábamos diaria o semanalmente, vía Facebook o Twitter... Y también a través de nuestros blogs y webs particulares...

Esta es una tarde de compras; de compra de libros, se entiende. No quiere decir que no compre otras cosas: ropa, por ejemplo; el problema de la ropa es que no siempre cae bien ni tienen la talla justa, y casi nunca se encuentra lo que a una le gusta al precio que puede permitirse.

Con los libros uno va sobre seguro. Pasar una tarde mirando y comparando unos y otros es uno de los placeres que se regala al menos una vez por semana, como mujer y como escritora. Y hoy tiene una misión que cumplir.

Agosto es un mes maravilloso para este tipo de salidas porque la gente está de vacaciones o tostándose en la playa, y no hay las aglomeraciones que sueles sufrir en otros meses del año. Aunque a decir verdad, y salvo el día de Sant Jordi, ella nunca ha tenido problemas para hallar lo que fuera que anduviera buscando.

El Día del Libro en Barcelona es, probablemente, la única ocasión en que la sociedad en peso se siente obligada a leer... O fingir que le apasiona la lectura, o comprar libros para quedar bien. La mayoría son para regalar, y de esa inmensa mayoría, más de un noventa por ciento acaba siendo poco más que «un bonito adorno» que da a la decoración del salón o dormitorio un puntito intelectual que siempre viste en las cenas con amigos y familiares.

La misión, hoy, es encontrar, entre todo el maremágnun bibliográfico que la envuelve, un libro que le ha recomendado Bárbara en su última carta: Beatriz y los cuerpos

celestes.

En la vida de su amiga hay autores de referencia, y Lucía es uno de ellos. Y va camino de ser también su referente. Esto no quiere decir que coincidan de un modo absoluto en sus gustos; a Bárbara le va Tolkien y Stephen King; a Judith no. Ninguno de ellos; la fantasía de Tolkien la aburre, y el terror (a menudo) gratuito de King también; para Terror, ya tenemos el Telediario, gracias.

Los intereses literarios de Judith se mueven en el realismo de la novela contemporánea universal; y aunque nunca lo confesará abiertamente, es una entusiasta fan de la novela más rosa y almibarada; esa que le arranca lagrimones cuando falta apenas un capítulo para el final. Final feliz, sobra decirlo; requisito sine qua non para entrar por la puerta grande en el género.

Huye de los best-sellers que todo el mundo pone por las nubes; nada es tan bueno que no sea mejorable. Tanto peloteo huele a gato encerrado, y tan apabullante promoción cansa al lector más que motivarlo. Habrá quien la acuse de envidiosa, y quizá tengan razón. A nadie le amarga un dulce; a todo escritor le gusta ser un superventas.

«Vanidad de vanidades. Todo es vanidad.»

Cuando miro atrás, a mi juventud: aquellos años que debieron ser mejores de lo que fueron, soy la primera en maravillarme ante mis pequeños y no tan pequeños logros. Nadie me tomó nunca en serio ni apostó por mí; curiosamente, eso me dio la libertad necesaria para hacer lo que me pedía el cuerpo y lo que me apetecía, algo imprescindible para cualquier artista. En casa nadie entendía *qué* hacía o *cómo* lo hacía, y no me molesté en pedir o recibir consejos; yo iba por libre, y la opinión me llegaba de personas y personajes más o menos entendidos en el tema. Y no era nada fácil encontrarlos al principio de mi andadura; las cosas mejoraron en cuanto puse los pies en la universidad. Conocí gente interesante e inteligente, y encontré cierto eco a mis inquietudes.

También recibí críticas, algunas demoledoras, pero eran bienvenidas por lo desinteresadas. La gente con oficio y beneficio no miente para quedar bien porque no tiene tiempo que perder en tonterías. Si logras atraerles hacia tu trabajo, ya tienes mucho ganado; si más adelante consigues que lean tus escritos ya puedes darte con un canto en los dientes y, si después de todo te cubren de improperios significa que has despertado algo en ellos. Aunque no sea más que desprecio. Es infinitamente mejor que la indiferencia.

Cualquier artista busca el reconocimiento. Cualquiera. Los hay que engañan y se auto engañan, y los hay que no pueden engañar a nadie.

La indiferencia ajena es la peor pesadilla de un artista.

Aunque estoy donde estoy, y todo el mundo aquí coincide en que no se puede estar peor, yo me alegro. Y no, no es masoquismo. Podría estar peor: encerrada en un piso de sesenta metros cuadrados, viendo pasar los días: cada uno igual de aburrido que el anterior, en insoportable monotonía, siguiendo una insufrible rutina de compras en el súper, limpieza y telebasura. Podría estar viviendo con un hombre vulgar, sin talento, vocación o propósito de estimularme; y convencido, para colmo de males, de haber hecho la Gran Obra de Caridad de su vida al casarse conmigo. Lo peor que te puede pasar no es que te maten, no, por muy doloroso y humillante que sea; *lo peor* es que te hagan la vida imposible...

No ha sonado ningún despertador, no entra luz por el estrecho ventanuco que da a los patios de las cocinas, ni se oye ruido alguno; pero algo, no sabe muy bien qué, ha hecho que los ojos se le abran como platos en mitad de la oscuridad del dormitorio. Intenta situarse en el tiempo: viernes, 22 de septiembre de 2000, 5.00h de la mañana. Se ha desvelado y es incapaz de volver a coger el sueño. Si lo piensa bien, el sueño no

es algo que uno pueda «coger» o «soltar».

Suspira con largueza, pulsa a tientas el interruptor de la luz, se levanta y va a buscar el discman; si no puede dormir, escuchará música hasta que amanezca. Tiene a mano el último cedé de Madonna para mantenerse despierta. Y animada. Necesita una sobredosis de ánimo. Sabe que hoy es un día importante; presenta su segunda novela a su primer concurso literario, algo que en sí mismo hubiera sido impensable hace unos años; al ser el primero, el nerviosismo es comprensible. Sin embargo, el origen de su desvelo no es ese. Lo que la mantiene despierta es la curiosidad, la incertidumbre y algo de miedo quizá. A defraudar las expectativas de Bárbara, que viene a Barcelona para conocerla «personalmente»; no sabe a ciencia cierta cuáles son, pero seguro que son muchas, ¡con lo exigente que es! Para colmo de males, viene desde Lérida, donde ha pasado dos días con Michelle en su casa. Las comparaciones son inevitables y no saldrá bien parada.

«Tú no eres Michelle ni nunca lo serás.»

Pese a todo, tiene la obligación moral de intentarlo. Total, no tiene nada que perder en realidad.

¿Y no es la esperanza lo último que le queda a una?

La vida da tantas vueltas...

Luego viene lo de «la primera impresión». Siempre hay que estar presentable y disponible... por lo que pueda pasar. Pero en un día, ¿qué va a pasar, qué espera ella que pase? Bárbara no es Ernesto... Por suerte o por desgracia; ya puede estar tranquila en ese sentido aunque se queden a solas; por muy buena impresión que se lleve, la sombra de Michelle está ahí para marcar las distancias y poner el freno.

Y la familia; a ella no le gusta, y a Bárbara menos le va a gustar. Lo peor es que su amiga no sabe estar callada. Ni bajo el agua. Y la diplomacia no se hizo para ella. Solo espera que no se desate una trifulca. Si le preguntan por qué se ha empeñado en invitarla a comer a casa no sabe muy bien qué responder.

¿Para provocar a su madre?

Quizá, ¿por qué no?

Es de risa ver su cara cuando, dos días antes, la pone al corriente de la vida y milagros de Bárbara. Poco le gusta saber que no vive ni se habla con su familia de Segovia, mucho menos que es «la reina del descorche» en un local de alterne; y como remate, para convencerla de que no es una prostituta que satisface alegremente a hombres de toda edad y condición, a Judith no se le ocurre nada más que decirle:

—No, mami, Bárbara no es una puta. Es lesbiana.

Su madre pone los ojos en blanco y balbucea:

—¿Me lo dices para tranquilizarme? No sé qué es peor.

Para alquilar butacas de primera fila, en serio.

Se le escapa una sonrisita irónica al recordarlo. En otras circunstancias se hubiera sentido culpable de mortificarla por puro placer, pero cuando rememora los años pasados —y sufridos— en el colegio desaparece todo remordimiento.

Ahora ella es quien escoge a sus amigos. Y tanto da si Bárbara es puta o lesbiana; lo importante es que se quieren. Y es más que suficiente.

Sin duda 2000 fue el Gran Año de lo que podría llamarse mi tercera etapa. No venían marcadas por el implacable tictac del reloj, sino por acontecimientos más o menos traumáticos. Aunque el final de aquélla coincidió con un hito importante en el calendario: había llegado a los malhadados treinta. Y, como ya era tradición, la vida se complacía en arruinar mis «grandes» cumpleaños. Miedo me daba llegar a los cuarenta, porque sabía que algo horrible pasaría. Tendría un accidente terrorífico o se me moriría algún ser querido delante de mis narices entre estertores agónicos. Sin embargo, cumplí los veintinueve de un humor excelente; cada poro de mi piel rezumaba optimismo, sentía como a mi alrededor se concentraban y expandían ondas

positivas; la gente me sonreía, yo les devolvía la sonrisa, ellos me la retornaban a su vez más grande y más luminosa, y todo junto era digno de celebrarse con el mejor Cava que tuviera a mano. Con ese espíritu festivo subí al Talgo de las 8:00h el treinta de diciembre, camino de Madrid. Prometía ser una Nochevieja sensacional. Única. *Unforgettable...*

La voz de Amaia, la cantante de La Oreja de Van Gogh deleita sus oídos mientras sus ojos, ávidos de sensaciones, se pasean por el paisaje castellano, y más concretamente por las llanuras de Guadalajara; va camino de Madrid y hace un frío que pela porque corren los últimos días de diciembre.

¡Jopé! Es la primera Nochevieja que no va a pasar «en familia», y no es una cualquiera, sino la que dará la bienvenida al nuevo milenio.

Jamás ha sido tan feliz; si le preguntan, no dirá que está enamorada. ¡Ni hablar!... Es absurdo hacerse ilusiones al respecto; ella tiene muy claros los sentimientos de Bárbara. Más que claros: cristalinos. Aún recuerda cuando la Navidad pasada le dijo con aquella brutal sinceridad suya:

«Tú no eres Michelle ni nunca lo serás.»

Le dolió. Y mucho. Dejó su autoestima a niveles bajísimos, deplorables. No sabe ni por qué la afectó tanto. Nunca había sentido por ella amor o deseo físico. No tenía nada que ver con el pudor, ni con las convenciones sociales, ni con ninguna pretendida lesbofobia. Al contrario, ambas se declararon bisexuales incluso antes de conocerse, sin tapujos, y «a mucha honra». Simplemente, había elegido a Michelle, y Judith debía respetarlo aunque le pareciera una solemne pérdida de tiempo.

Cuando la llamó el día 23 para felicitarle el cumpleaños, y la invitó a pasar esos días con ella fue... el mejor regalo de cumpleaños que le habían hecho en mucho tiempo, quizá en toda su vida si la memoria no le falla. No puede decirse que sus regalos de cumpleaños sean inolvidables. Quizá fuera aquel cariñoso tono de voz que empleó, tan desacostumbrado en ella, como si de repente hubiera caído en que no debía reservarlo solo para Michelle. Le recordó a aquella muchachita de Segovia con la que tanto había simpatizado. No era que no se alegrara por ella cuando dejó atrás su casa y su odiosa y odiada familia, pero había cambiado mucho, y a veces no le gustaba la «nueva» Bárbara. No la reconocía, y la hacía sentirse incómoda, torpe, y un poco estúpida. A veces.

Mentiría si dijera que no está nerviosa cuando falta apenas un cuarto de hora para que el tren llegue a la estación de Chamartín; este tipo de encuentros hace que tropecientas mil mariposas revoloteen por su estómago como Pedro por su casa. Todavía recuerda lo mal que la hizo sentir Michelle cuando estuvieron juntas en Cambrils; la recibió rodeada de sus amigos, como si de una advertencia se tratara:

«No intentes nada contra mí, ya ves que no estoy sola.»

¡Y tanto que lo vio!

Debió haber visto también el indicio claro de una paranoia y cobardía evidentes. Fueron muchas las cosas que se le escaparon debido a su candorosa ingenuidad. Demasiadas. Lo viene a recordar curiosamente ahora, que parece que la amistad tiende a una forzosa —y forzada— recuperación. Tuvo un batacazo muy duro aquel otoño; pensó que nunca iba a superarlo.

Ese verano, solo por hacer feliz a Bárbara, había decidido tomar la iniciativa por segunda vez en apenas un año (¡las hay que son masoquistas!) y perseguir «el perdón» de Michelle. ¿Y por qué pensó que eso la haría feliz? No lo tiene muy claro; piensa a veces —y no se equivoca— que le trae sin cuidado si ellas se hablan de nuevo o siguen sin hablarse. Para decirlo alto y claro, lo natural es que Bárbara no desee tal reconciliación; a decir verdad, todo lo que se entrometa entre ellas estorba. Pero muy de vez en cuando puede, y sabe, ser diplomática; puede fingir que está entusiasmada ante esa reconciliación y alentarla.

Esa última noche del año, con Judith ya instalada en el piso y sentada a la mesa primorosamente dispuesta con la mejor vajilla y cristalería que reserva para tales ocasiones, decide llamar a Michelle y, con su tono más alegre y dulzón, le habla entre susurros y risitas durante un buen rato. Judith la mira con los ojos muy abiertos y llenos de perplejidad: resulta un tanto patético el comportamiento de su amiga. Aunque Bárbara insiste en que Michelle ha cambiado mucho, a ella le parece, al escucharla hablar con el habitual tono de niña pija consentida con que la obsequió la última vez que hablaron, que no tanto como sería deseable.

En cualquier caso, nadie cambia de «hetero» a «homo» de un día para otro. Ni de un año para otro. Ni en toda una vida, si a eso vamos. Pero, ¡cualquiera tiene el valor de decírselo a Bárbara! Judith no está por la labor de deshacer el entuerto, ya se deshará solito a su debido tiempo. Quiere disfrutar cada minuto pasado junto a ella como si fuera el último, porque solo a su lado es la mujer que quiere ser y es de verdad. Y Bárbara lo sabe. Frente a ella no valen las máscaras ni las componendas; están prohibidos los prejuicios y la hipocresía de los que escapó cuando dejó atrás Segovia. Solo hay lugar para lo auténtico, lo genuino y lo sincero. Aunque manche, aunque duela. No se admiten excusas ni mentiras... ni siquiera la más piadosa.

«Esta es la mujer a quien quiero con toda mi alma», se dice y repite mientras comparten la cama, ríen y lloran; y hablan, mucho, de todo. A fin de cuentas, ¿a qué leches ha venido a Madrid si no es a estar con ella, dormir bajo su techo y respirar su mismo aire?

Siempre he vivido mi bisexualidad con naturalidad. Al contrario que otros adolescentes al borde del trauma, yo no sufrí crisis de identidad, ni perdí una sola noche de sueño preguntándome *por qué me pasaba eso a mí*. Será que nunca lo sentí como una «desviación» o «perversión», sino más bien el justo equilibrio entre heterosexualidad y homosexualidad.

Como muy bien dijo Lucía Etxebarria en uno de sus libros: el amor no tiene género. Si no se entiende y respeta esto, apaga y vámonos; lo leído hasta ahora se vuelve ininteligible y absurdo. Hay que entender la bisexualidad para aceptarme a mí y a mi historia.

Ante mis ojos, hombres y mujeres podían resultar atractivos y deseables por igual; dependía de muchos factores, pero no del «qué dirán». Yo era inmune a la opinión pública. Más aún, las prohibiciones y reconvenciones me estimulaban poderosamente... en sentido contrario.

Yo *sabía* que podía conseguir lo que quisiera; paciencia, constancia y perseverancia me han acompañado desde bien temprano en la vida. Si me proponía conquistar a alguien, el desafío estaba entre esa persona y yo; ni la familia, ni los amigos o los vecinos, ni ninguna otra fuerza de la naturaleza podía interponerse entre nosotros. Pero eso era a los quince, a los dieciocho o los veinte años.

¡Ah, la soberbia de la juventud!

¡Quedaba tanto que aprender...!

Es una de esas tardes de julio en que, si no tiene nada mejor que hacer, puede morir de aburrimiento mientras mira el techo sin pensar nada concreto, y preferiría estar en cualquier otro lugar. En Madrid, por ejemplo, con ella. La echa muchísimo de menos; ya no le bastan las extensas cartas que llegan puntualmente cada mes, o las ocasionales pero demasiado breves charlas por el móvil. Necesita contacto físico.

Se pregunta una y mil veces por qué no hizo algo cuando tuvo la oportunidad, por qué la dejó pasar como el que oye llover, ¿acaso le sobran oportunidades para estar con la gente que quiere? Se maldice por ser tan tonta y pusilánime en los momentos clave que requieren decisión e iniciativa. Pero ella, ante el amor, no tiene ni una cosa ni otra.

El miedo al rechazo es más fuerte que la voluntad. Y ese amor propio que a veces puede ser el mayor enemigo de una. Ambas cosas van de la mano, inseparables, y frenan sus impulsos.

Hasta ahí. Ahora la arrebató uno, y no va a dejar que nada ni nadie lo frene. Es buena hora porque no es tan temprano como para pillarla en la cama, ni tan tarde como para que esté en el Sephora, trabajando, y con el móvil «apagado o fuera de cobertura».

Cuando hablaron en mayo, ¿o fue en abril?, ¿o en junio? (no lo recuerda muy bien), Bárbara dijo que tenían planeado —siempre en plural, siempre con Michelle de por medio— ir a pasar un día con ella. A decir verdad, no le hace ninguna gracia reencontrarse con Michelle; nadie le garantiza que haya buen rollo entre ellas; su intención de recuperar la amistad es sincera, pero la cosa lleva su tiempo. Y ella necesita garantías suficientes por su parte antes de un careo, dondequiera que sea. La situación se ha invertido y ellas, antaño inseparables, son ahora solamente, cada cual por su lado, la amiga de Bárbara.

«Mejor eso que nada», se repite Judith mientras teclea el número en el móvil, y espera y reza para que Bárbara esté de buen humor.

Al parecer lo está; su saludo es todo lo cariñoso que puede desear cualquier amiga. Entre risas le comenta que ya iba a llamarla. De hecho, oír su voz ha sido una bendición porque anda con una depresión de aúpa.

¿El motivo?

Michelle, ¡cómo no!

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Pues que se acabó. No-quiero-saber-nada-más-de-ella; no vamos a ir a verte, ni nos vamos a ver más Michelle y yo. Lo siento, Judith, en serio; mi vida entera es un lío, ahora no te lo puedo explicar. Te estoy escribiendo una carta donde te lo cuento todito todo; si te lo suelto aquí, te quedas sin saldo. Garantizado. Ten paciencia, a su debido tiempo lo vas a saber; no voy a ocultarte nada, al contrario: me moría por desahogarme contigo porque tú eres de las que escuchan y no juzgan. Y nada me hace tanta falta en estos momentos.

—Tranquila, no pasa nada, no te preocupes por mí. No te negaré que estoy en ascuas por saber qué leches ha pasado y por qué has cambiado de opinión tan de repente, y no te lo voy a tomar ahora como un: ¡Ya era hora de que tu historia con Michelle acabara! Me conoces; sabes que si tú estás bien, yo estoy bien. Que son muchos años... O quizá no tantos, pero como si lo fueran. Me tienes aquí para lo que sea; eso también lo sabes de sobras.

—Lo sé. Y te lo agradezco, ¡no sabes cuánto! Hoy más que nunca te necesito cerca. Tú y yo sabemos lo que eso significa.

—Es como si habláramos una lengua que solo conocemos nosotras.

—Exacto. Sabía que podía contar contigo.

—Siempre podrás contar conmigo.

La carta llega al cabo de dos días y deja a Judith boquiabierta. Nunca ha andado falta de imaginación, ¡Diosito lo sabe! Pero hay límites que ni siquiera ella osaría traspasar... ¡Bárbara embarazada! No, no es insólito... Inquietante, tal vez. De hecho, y pensándolo fríamente, algo se veía venir a lo lejos; la soledad es mala compañera cuando lo que una quiere es estar acompañada, y bien acompañada.

Bárbara estaba rodeada de hombres, sobre todo por la noche. La nocturnidad provoca la alevosía, despierta los bajos instintos y enciende las pasiones... La carne es débil. Las mujeres son más fuertes que los hombres... Pero solo un poco más. Ella estaba sola. Peor: se sentía sola. Y más que sola: abandonada. En semejante tesitura es muy fácil caer en las trampas que pone la sociedad. Aquella noche, después de unas copas de más, había acabado, no sabe muy bien cómo, en la cama de Martín, uno de los asiduos del Sephora.

Con él lo pasaba bien, no podía negárselo. Disfrutaba de su compañía y a menudo olvidaba que era otro cliente más. No es una puta en sentido literal, pero a veces la frontera que delimita uno y otro lado se desdibujaba y ella no sabía muy bien dónde se hallaba. El alcohol no la ayudaba: se le subía rápido a la cabeza y actuaba en un santiamén, obnubilando los sentidos. Luego lo olvidaba casi todo; solo quedaban retazos: besos furtivos, palabras dulces, piropos susurrados a la oreja; no eran nada original, pero le levantaban la autoestima que Michelle se empeñaba día sí y día también en tirar por tierra con sus silencios, sus evasivas, sus negativas a encontrarse, y su poca disposición para hacer planes que la incluyeran.

Y casi sin querer había llegado esa mañana en que había echado de menos su ciclo menstrual. Ella era puntual como un reloj suizo: todos los meses, sin faltar uno. Empezó a preocuparse. De ahí a la angustia solo un paso, muy pequeño por cierto. Y después: desesperación. Absoluta. No le gustaban los niños y no se imaginaba siendo madre de ninguno. No la clase de madre que ella había tenido. ¡Ni hablar!

No quería cambiar sus planes por ese estúpido contratiempo que iba a resolver en un plazo muy breve, pero sí era justo tener a Michelle al corriente; se sentía obligada a sincerarse con ella: explicárselo todo con pelos y señales porque no debía haber secretos entre ellas. Ninguno. Y ese no era «un secretito» cualquiera.

Esperaba agradecimiento y cariño, un mayor premio a su honestidad en estos tiempos en que el engaño y la simulación son el pan nuestro de cada día; lo que le cayó, en cambio, fue una lluvia de improperios y reproches, amén de un menosprecio tan palpable que podía cortarse con un cuchillo.

«Me sentí herida en lo más vivo —le escribe—; a fin de cuentas, si llegué tan lejos con Martín, la culpa fue de Michelle por tenerme abandonada. Que si fuéramos una pareja como Dios manda, ¡maldita la falta que me hubiera hecho él!». Le cuenta que Michelle había tratado de justificar de mil maneras su falta de noticias, y para postres la había acusado de no comprender lo que estaba pasando. Estaba enferma con varicela en casa de su madre, ¡de su madre! No tenía la cabeza para broncas, ya hablarían largo y tendido cuando mejorase y volviera a su piso.

«¡Hasta aquí hemos llegado!», lee Judith.

Las palabras de Bárbara dejan traslucir toda la rabia y la indignación que siente. Se ha cansado de esperar. Quizá todo se reduzca a eso: hastío. Su amor la ha llevado a un callejón sin salida. Y solo cuando logre olvidar a Michelle y pasar página, podrá salir de él y retomar de nuevo su vida como si nada. Ahora mismo lo único que tiene claro es cuánto quiere y necesita a Judith, y así lo expresa con la franqueza que la caracteriza.

Judith apenas da crédito a lo que lee. En realidad, lo que la tiene maravillada es la facilidad con que Michelle se pone como una moto, no importa lo enferma u hospitalizada que esté.

¿De dónde sacará tanta energía la muchacha?

A ella una mala menstruación la deja por los suelos, se ovilla y se echa a dormir; no le apetece hablar con nadie, mucho menos discutir.

Como ocurrió en 1998 con aquel pretendido accidente que la tenía «entubada» hasta el culo y «monitorizada» en una cama de hospital, pero que —cosa curiosa— le permitía insultarla a grito pelado por el móvil (¿?), Judith pone en entredicho la pretendida —y muy oportuna— varicela de Michelle. Y no es lo único que pone en entredicho...

Males y despropósitos aparte, si ha de tomarse en serio la rabieta de Bárbara, esas dos han terminado. Kaput. Pero la experiencia le ha enseñado lo peligroso que puede ser dejarse llevar por la ira y la cólera. El amor viene y va de modo constante; hoy están juntas, mañana separadas, y al día siguiente juntas de nuevo como si nada hubiera pasado. Es por ello que, aunque se muera de ganas de decirle a Michelle cuatro cosas (y ninguna buena), decide no tomar partido por ninguna de las dos... Al menos no por el momento, y en cualquier caso no abiertamente.

En secreto, todas sus simpatías y todo su amor están con Bárbara. Y así va a ser hasta el final.

Agosto se desliza fuera del calendario con deliberada pereza, entre días sin sol y tormentas sin agua. Contra todo supuesto, ese par no está por la labor de reconciliarse. Cada día que pasa, se siente más cerca de Bárbara. Y el sentimiento es mutuo. Se lo hace saber con cada palabra de cada línea de cada página de todas y cada una de sus cartas, que este mes se suceden (¡milagro!) casi a una por semana. El rostro de Judith resplandece como el de cualquier enamorada.

¿Será posible que, después de tantos y tan crueles desengaños, tenga la oportunidad de ser feliz?

Y si es esta, no puede, no va a dejarla escapar. Ni pedirá permiso ni dará explicaciones; ninguna pista sobre los planes que tiene en mente. A su edad es absurdo. Nada la ata a Barcelona; tampoco tenía planeado rehacer su vida en Madrid. Todos sus sueños pasaban por Londres, pero ahora la capital británica se le antoja a años luz. Y ya no está tan segura de querer ir tan lejos.

¿Cómo era aquello que decía su abuela?

«Más vale pájaro en mano que ciento volando.»

Quizá la felicidad consista en extender las manos, coger lo que está a nuestro alcance y disfrutarlo, sin perder el tiempo en vanas quimeras. Esta puede ser la ocasión perfecta para vivir ese amor del que hablan los poetas y los escritores de «novela rosa».

¿Y qué si es un amor homosexual?

¿Cuándo le ha importado a ella eso?

Sabe que las cosas se irán dando poco a poco, sin prisa pero sin pausa; no puede ni quiere desbancar a su rival de un día para otro. Confía, no obstante, en conquistar el corazón de Bárbara. Tiene mucho ganado, solo necesita un empujoncito suave, nada forzado. El tiempo todo lo cura y, por si acaso tardara más de la cuenta, ahí va a estar ella para poner el bálsamo en la herida cuando haga falta.

¿Cuántas veces no le habrá dicho que tiene abiertas las puertas de su casa, cuántas no la habrá invitado a quedarse?

Ha llegado el momento de poner a prueba sus buenas intenciones. Así que en respuesta a su última carta, más cariñosa que las anteriores, todo hay que decirlo, le comunica sus planes; no es más que una idea, por supuesto, y hay que madurarla, pero no demasiado; cuando las ideas se maduran en exceso vienen las dudas. Y a ella no le gustan las dudas, son la antesala del miedo. Ella no quiere vivir con miedo. Y ese es uno de los muchos motivos que la impulsan a tomar esa decisión. Vivir libre, sin miedos ni reproches... Mala cosa sería que se repitiera la historia de Bárbara; antes que llegar a eso, prefiere recoger los bártulos y marcharse sin mirar atrás.

Por desgracia, algo falla aquí. Judith tiene algo muy inconveniente en su contra: unos sólidos principios; y la (mala) costumbre de vivir de acuerdo a ellos. Y lo que es mucho peor: honestidad. Más de la que debiera y más de la que algunas personas merecen. Por descontado, más de la que le debe a Michelle. No obstante, cada cual es como es, y vive y obra en consecuencia. Así, una semana después de contarle a Bárbara su propuesta, se anima a telefonar a Michelle; quiere dejar las cosas muy claras para que no haya malentendidos. Esta vez no dará pie a reproches por su parte.

Los que me han degollado han hecho muy bien su trabajo; saben cuán terrible es una muerte a cámara lenta, minuto a minuto, durante horas; desangrándote, gota a gota, en una interminable agonía. Pudieron haberme dejado seca de un tajo brutal allí mismo. Pero no; eso no hubiera tenido gracia. Demasiado rápido; no hay tortura ni dolor. Y cuando hay inquina de la buena, lo que se persigue es el sufrimiento de la víctima. Pocos conocen tanto como yo lo inútil y doloroso que es alargar un final que se sabe inevitable. Yo lo hice una vez. Una sola. Y me sirvió de escarmiento...

La traición la hiere de muerte. Lo peor es saber que se la ha servido en bandeja de plata. Por honesta y estúpida. Le parece ahora que ambas palabras son una sola mientras lee, con pasmosa incredulidad, todas las maravillas, parabienes, justificaciones y disculpas que Bárbara le dedica en exclusiva a su bien amada. Hay gente a la que el perdón le sale muy barato, apenas calderilla, y Michelle es una de esas personas tocadas por la fortuna.

¿Y quién es más culpable del delito, Judith, por haberla puesto sobre la pista... o Bárbara por olvidar tan fácil y rápidamente algo que no permite un olvido fácil ni mucho menos rápido?

Ella, que presume de ser tan lista y ágil de mente, ¿no ve gato encerrado en esa intempestiva declaración de amor? ¿No le parece un poco precipitada? ¿No se pregunta si tendrá algo que ver con los planes de Judith? No ve nada, ni nada se cuestiona. Tiene lo que siempre ha querido, y es más que suficiente.

¿Judith? ¿Quién puede pensar en Judith cuando recién han derramado miel en sus oídos, verdadera música celestial? Cuando se le pasa un poco el atontamiento —más o menos en el momento en que Michelle baja del tren en Lérida, más contenta que unas pascuas y con la expresión gatuna que anuncia un triunfo a lo grande— decide compartir su dicha. No anda escasa de talentos, pero el tacto no es uno de ellos. Está tan ebria de amor y sexo satisfechos que no piensa en otra cosa, y más que compartíroslos, se los restriega por los morros a Judith.

¡Ojalá esta pudiera alegrarse de igual modo! Pero conoce la verdad y no es nada halagüeña. ¿Alegrarse de que Bárbara sea engañada, de que se estampe contra un muro de mentiras y falsos halagos, de que finalmente haya caído en la pérfida trampa de esa arpía? No, la alegría que tal noticia le hubiera traído en otras circunstancias es sustituida por una decepción que la aplasta como a una miserable cucaracha. Lo peor es no saber fingir ni poner buena cara cuando todo su castillo de naipes se ha venido abajo. No sabe utilizar palabras alegres cuando se siente despechada. Y para colmo, tampoco puede decirle la verdad. Entre otras cosas, porque no tiene «pruebas», y aunque las tuviera, Bárbara tampoco quiere escucharla. Ella cree lo que le conviene, lo que más le interesa. Y esa es su única verdad. No aceptaría otra aunque le fuera la vida en ello.

Sabe que, a la larga, eso les costará la relación. Y le duele porque es lo que viene persiguiendo Michelle desde hace meses.

Hay momentos en la vida en que echas muchísimo de menos una automática de nueve milímetros, y te preguntas hasta dónde llegarías si la tuvieras a tu alcance. Aquella noche yo tenía muy claro lo que podía hacerse con esa pequeña maravilla: acariciarla, sentir el frío acero en la palma de la mano, meterte el cañón en la boca, hasta la campanilla, y volarte la tapa de los sesos. Acabar con todo. El dolor, el sufrimiento, la traición.

Como no la tenía a mano, ni sabía a dónde ir a buscar una a esas horas, lo que hice fue pillarme una curda de órdago, aprovechando que pasaba el Fin de Año fuera de casa. Me habían dicho que si la pillabas muy fuerte el cerebro se te quedaba en blanco. La idea, a falta del arma, resultaba de lo más atractivo... No me habían hablado de cómo te quedaba el corazón; de poco me iba a servir tener el cerebro en «pausa» si se me quedaban los sentimientos en carne viva. Comprobé con alivio que la muy generosa cantidad de alcohol ingerido aquella noche me había anestesiado divinamente ambas cosas; dormí de un tirón sin soñar nada que mereciera la pena ser recordado...

Todavía le resuena en el oído el odio que rezumaban las palabras de Michelle. Iba sobre aviso: sabía lo experta que era esa arpía en sacar las cosas de quicio y de

contexto, tergiversarlas y hacer que parecieran peor de lo que eran realmente. Todo aquel desbarrado monólogo, porque eso era de principio a fin,apestaba a diarrea mental. Y a justificación barata. Cuando pudo meter baza y recordarle su actitud del verano, que no había sido muy edificante que se diga, la otra le salió con aquella estupidez que no venía a cuento y estaba, como tantos otros comentarios suyos, fuera de lugar:

—¿Y tú qué? El año pasado, cuando te invitó a su casa, te quedaste dormida en el sofá. ¡Bonita compañía resultaste ser!

No la sacó de su ingenuo error.

No le dijo que, en efecto, se había quedado dormida... Pero no en el sofá del salón, sino en la cama de Bárbara. Es lo que tiene el sexo: agota «una barbaridad». Y ellas lo habían disfrutado a placer durante dos largas horas... Mmm... Soberbio, exquisito... Una experiencia sobrecogedora... Y sí, no lo niega, la dejó exhausta y le entró sueño. No tiene de qué avergonzarse. Le puede pasar a cualquiera.

¿Cuántos hombres no se duermen después de hacer el amor?

Tampoco le habló del viaje que hicieron Bárbara y Martín a Sevilla en agosto, después de que ella se sometiera finalmente a un aborto. Necesitaban descansar y desconectar; había sido una experiencia particularmente traumática, incluso para alguien tan prosaico como ella, y quería olvidarse del asunto. Que hubiera ido con el padre de su desaparecida criatura lo decía todo. Y por lo que le contó a la vuelta, la mar de entusiasmada, lo habían pasado de miedo; cualquiera hubiera jurado que se habían ido de luna de miel. Desde luego, la gente de allá los tomó por recién casados. Quería disfrutar; no hay que olvidar que estaba más despechada que aquella noche de abril cuando se metió en la cama de Martín, borracha. Y con más motivos.

No, no la sacó del error. No valía la pena.

Ya encontraría el momento ideal para sembrar la duda en su ponzoñoso pecho.

La cosa siguió igual: insulto va, insulto viene, hasta que miró el reloj: quince minutos. Prou d'aquest color. Punto pelota. Ni un minuto más. La había soportado demasiado. Todo tiene un límite y esa estúpida chiquilla casi lo había rebasado.

La última carta llega el 8 de enero; solo lee una página de las ocho o diez que debe de haber en el sobre. Esas líneas no son más que una transcripción amanuense de la diarrea mental de la otra tarde. Y hay platos de los que una no repite porque dejan en la boca sabor a hiel. ¿Y a qué tanto esfuerzo? Podrían haberse ahorrado toda esa parrafada y meter dentro del sobre solo una foto que demuestre mejor que mil páginas de escritura abigarrada el amor que se profesan, y del que tanto alardea Michelle. Pero no... La estupidez más grande ha sido poner la letra de Bárbara sobre el papel y creer que a ella le bastará esa burda simulación y dará el asunto por acabado.

¿Acaso no saben ese par de idiotas, después de tantos años de amistad, que ella no es de las que se conforman con tan poco?

La perfidia de Michelle duele como puñalada trapera, pero era de esperar. Lo que jamás podrá perdonar es la cobardía de quien pregona a los cuatro vientos su coraje y arrojo.

¡Pobre infeliz!

¿En qué mala cuneta quedó tirada la mujer soberbia que se ponía el mundo por montera?

Cuatro descubrimientos del recién estrenado milenio iban a cambiar mi vida profesional y mi actitud ante la escritura y la literatura en general: el *pen drive*, las redes sociales, los blogs y los *mails*, mucho más rápidos, seguros, baratos y divertidos que el correo tradicional al que estaba tan acostumbrada desde mi adolescencia. Estas pequeñas maravillas de la tecnología informática me facilitaron muchísimo el trabajo mientras escribía *Lealtades Enfrentadas*. Había hecho un parón de siete años desde que puse el punto final a mi tercera novela. O novelita, debiera decir, porque *Siete días para*

recordar apenas sobrepasaba las cien páginas. No la había escrito con afán de publicación como las dos anteriores; era un regalo especial para alguien irrepetible. No tenía precio.

¡Dios, qué lejos queda ya todo aquello!

El año 2001 fue un apoteósico concurso donde la felicidad y el dolor competían a muerte por ocupar el trono en mi vida.

Ganó el dolor.

Para no perder las buenas costumbres, mis relaciones amorosas acababan de mal a muy mal, y a veces mucho peor. El año 2002, ¡bonito capicúa!, fue pura supervivencia emocional. Me volqué en el trabajo como única terapia para recomponer un corazón hecho trizas. Única y más barata que visitar al psicoanalista tres veces por semana...

¿Cómo es posible que la vida se vuelva del revés de un año para otro?

¿Cómo es posible acabar el año 2000 en la gloria y el 2001 en el infierno?

Es jodido, muy jodido. Pero posible.

Si alguien puede dar fe de ello, es Judith. Cuando la nostalgia la abrumba se le humedecen los ojos, a pesar de que han pasado tres meses desde la ruptura; también es verdad que las hormonas le juegan malas pasadas muy a menudo, que llora con las películas y las novelas de amor, y con los anuncios solidarios donde te invitan (u obligan) a ser mejor persona apadrinando a una desvalida criaturita del Tercer Mundo. Pero aparte de esto, que es real y verídico, los motivos que le arrancan lágrimas tienen que ver más con el pasado que con el presente retransmitido por televisión.

Hace semanas hizo «limpieza» en el dormitorio: tiró a la basura todo lo que podía recordarle a cualquiera de las dos: los libros, los manuscritos, las cartas, las fotos, las cintas de música, algún que otro regalo... TODO. Fue una liberación: sintió el alma tan ligera que supo que nunca se arrepentiría de aquel arrebato, cuando los recuerdos aún ardían como brasas al rojo vivo. Ligera y limpia. Porque toda aquella inmundicia ya no la contaminaba.

Y lo mejor de todo: ahora vive sin remordimientos.

No tiene razones para perder el sueño; su conciencia es tan candorosa como su alma. Si de algo ha pecado en la vida, es de una sobre abundancia de honestidad, añadida a otro exceso, más pecaminoso si cabe, de ingenuidad; pecado venial a fin de cuentas, por el cual, no obstante, lleva meses haciendo penitencia.

Años después echará de menos todo eso, sobre todo las cartas de una y otra... Pero solo en su aspecto puramente práctico y estrictamente documental.

Yo crecí con The Beatles y los seriales de la BBC; algunos eran de humor, y otros eran historias victorianas basadas en novelas de Charles Dickens y Henry James, pero todos tenían algo en común: Inglaterra y, de un modo u otro, Londres. Nací en un país xenófobo y tardé unos cuantos años en poder definirme con respecto a mi verdadera patria. Lo hice a propósito de una novela de Julian Barnes que compré en mi segundo año de carrera, cuyo título prometía más de lo que ofreció finalmente: *Inglaterra, Inglaterra*. Ahí, en la contraportada del libro, fue donde supe que existía gente como yo. Los llamaban anglófilos. El amor que sentían por el Imperio Británico les corría por las venas como un veneno letal; descubrí que a mí también me corría con igual desenfreno. Sufría de anglofilia lo mismo que otros sufren de anglofobia... o cosas peores.

Nací en 1971, cuando Paquito y sus secuaces todavía gobernaban España con mano de hierro; no llegaban pateras por el estrecho, se vivía mejor en Argentina o Uruguay que acá, y nadie temía que los inmigrantes extranjeros nos vinieran a quitar el pan de la boca. Venían, sí, turistas en busca de sol, playa y paella; con sus cabellos rubios y sus esbeltas figuras, con sus ideas y mentalidad liberal en la maleta, y mucho dinero

para despilfarrar en tablaos flamencos y corridas de toros. Lo único que dejaban abandonado en su país eran los buenos modales y el pudor y decoro católicos que constreñían a las españolas, devotas del culto mariano y otros similares. A partir de ahí, reuniendo las anécdotas que mi madre me contaba cuando yo era pequeña, y añadiéndole imaginación —aunque mucha menos que en anteriores ocasiones—, escribí y publiqué hace apenas un lustro *Tierra de olivos*, mi novela ambientada en la España pre y post-franquista. Se la dediqué a mi abuelo «el rojo»...

Lleva tantos años soñando con este día que, cuando finalmente el avión de British Airways aterriza en la pista del aeropuerto de Heathrow, no sabe muy bien cuáles son sus verdaderos sentimientos. Todavía sobrevolando el Támesis, el puente de la Torre y las Casas del Parlamento, se pregunta cómo demonios pensó alguna vez en renunciar a esto.

Mira alrededor y durante un nanosegundo agradece a Michelle su traición. Gracias a sus malas artes, está ahora aquí y no en un piso de Vicálvaro. No es más que eso: un nanosegundo; no le gusta que decidan por ella, ni siquiera cuando es «por su bien». Hay mil modos de cambiar el curso de los acontecimientos y solo unos pocos pasan por joder viva a la gente.

Menea la cabeza para alejar los malos pensamientos; este momento es único e irrepetible. Lo que menos quiere es relacionarlo con esa mala puta; se ha propuesto dejar todo lo malo y desagradable en España.

Tiene por delante diez días de vacaciones que saben a gloria después del duro trabajo de todo un año y los madrugones diarios. Judith odia madrugar. Ha acabado el segundo curso de su carrera de Historia; va a clases por la mañana y trabaja como dependienta desde las tres de la tarde hasta las diez de la noche. El sueldo, aunque no es tan bueno como quisiera, le da para ir tirando; ahorrando todo el año como una hormiguita ha podido permitirse el lujo de matricularse en un seminario de literatura medieval en Londres. Cuando algo se le mete en la cabeza, es terrible; ni Dios ni el Espíritu Santo logran disuadirla. Es cabeza dura; nació así, y así morirá.

Le gusta planificar sus viajes. Es la primera vez que va sola al extranjero como quien va a buscar fama y fortuna; otro, en su lugar, estaría asustado. Pero la excitación y la ilusión borran todo rastro de preocupación. Recoge su maleta en la terminal de llegadas y, siguiendo las indicaciones, toma el metro que ha de llevarla hasta Willesden Green. Veintiséis estaciones más tarde, se apea del vagón, maleta en mano, y mira alrededor. ¡Qué tranquilidad! Nada que ver con el ajetreo de Barcelona en esos días de rebajas. En el vestíbulo de la estación pide un mapa de la zona. La suerte le sonríe; la calle donde vive Mrs. Askari está a menos de cinco minutos andando. Todo ha ido como la seda y ha llegado con casi una hora de adelanto respecto a lo previsto.

Hace calor, está cansada y un pelín nerviosa; mira a un lado y otro de la calle, pero no da con el número que busca. Y de repente, como en una de esas comedias románticas que de tanto en tanto le gusta ver, de la nada sale uno de los hombres más sexies que ha visto en los últimos meses. Y ha visto unos cuantos. Todos más jóvenes que ella. Ha salido de su casa fresca como una rosa, pero después de dos horas en el aeropuerto catalán, otras dos en el aire, y una última metida en un vagón sin aire acondicionado, no está para encontronazos de película, piensa mientras a la vez lamenta no llevar puesta una ropa más sexy.

Saluda al chico con su mejor sonrisa, intentando disimular su azoramiento, y le pregunta por el número catorce de Blenheim Gardens. El calor ha derretido sus neuronas y afectado a su vista, lo mismo lo tiene delante pero no lo ve.

—¿El número 14? Yo vengo de allí. Si quieres, te acompaño.

Ella se lo agradece, mucho más cuando se ofrece voluntario para llevarle la maleta. Se ha traído consigo, sin querer, el calor pegajoso del Mediterráneo. Está sudada y el cuerpo le pide una ducha y un par de horas de siesta española.

—Tú debes de ser la chica española.

—Eh... sí.

—Veo que todo ha ido bien. No te esperábamos tan pronto.

«Otro niño pijo —piensa Judith—. Al menos este le alegra la vista a cualquiera.» Se lo imagina desnudo y decide que está abierta a cualquier plan que lo incluya. No ha venido a ligar, pero ¿a quién le amarga un dulce?

Jan tiene dieciocho años, es de la República Checa, y lleva ya un mes instalado en la casa, tiempo suficiente para que haya surgido un romance veraniego entre él y Gaia, una chica italiana, rubia, muy jovencita y muy mona. No es la única; hay dos más, Silvia y Marcella. Además está Andrea, que es húngara, y David, que viene desde alguna ciudad china de nombre impronunciable. Silvia y Gaia vienen de Nápoles y comparten habitación; solo con verlas se adivina que son de esas amigas que lo comparten «todo». Marcella es de una pequeña ciudad del norte de Italia, cerca de Milán. Es la más agradable de todo el grupo, y la más madura. Judith intuye acertadamente que hablará más con ella que con ningún otro.

Mrs. Askari es inglesa pero está casada con un iraní, un hombre de negocios —de «grandes negocios»— que pasa más tiempo en Manhattan que en su casa londinense. Tienen una hija adolescente; es delgada y bonita. Se llama Geri, como una de las chicas «picantes» que hicieron furor en los noventa. Viste ropa moderna, como cualquier inglesa cosmopolita, y su bonita cara recuerda a la de la protagonista de *Quiero ser como Beckham*. Si es musulmana, lo lleva con naturalidad; ni lo esconde ni lo exhibe.

La casa es hermosa; tiene tres plantas y un pequeño jardín muy bien cuidado en la parte de atrás. Mientras saluda a su anfitriona y recoge su llave, Jan ya está subiendo su maleta a la habitación. Está en el último piso, es dos veces más grande que la de su casa de Barcelona, y tiene unas vistas preciosas a los jardines vecinos. Todo es tan british que la enamora de un flechazo.

Deshace la maleta y saca los regalos que ha traído de España para su anfitriona y la muchacha. Son detalles que hablan de una nación multicultural y moderna; nada que ver con toros y sevillanas. A la jovencita le ha traído un cedé de Efecto Mariposa: música del siglo XXI, como la que se hace en el Reino Unido. ¿Qué cree, que todo en España es cante jondo y bulerías? Ahora que lo piensa, lo mismo la muchacha no sabe qué es una cosa ni otra.

Judith no se ha sentido nunca muy orgullosa de su país de origen, pero quiere ofrecer la mejor imagen posible, empezando por su misma persona. Eso significa quitarse la ropa sudada y meterse en la ducha. Cuando acaba de secarse el pelo y ponerse algo cómodo y atractivo a la vez, ya es hora de cenar. No sabe si se acostumbrará al horario inglés de las comidas. En Barcelona, nadie cena antes de las diez y media u once de la noche....

Después, aprovechando la última hora de sol de la tarde, muy precioso en esas latitudes, sale a dar una vuelta por el vecindario, a ver si encuentra un teléfono público para llamar a la familia y contarles que está en la gloria. No sentirán envidia ni mucho menos; son de los que piensan que la televisión es la panacea de todos los males del mundo. Más allá de la pantalla de veintiuna pulgadas no hay nada.

Al día siguiente se presenta en el campus del King's College, en el Strand. La primera conferencia empieza a las diez y acaba a la una del mediodía. Hablan de literatura épica, de sagas nórdicas y de Beowulf. Con la fantástica historia del guerrero gauta danzando aún en su cabeza, dedica la tarde a recorrer de arriba abajo, y hasta el último rincón visitable, el Museo Británico; Judith no justifica el expolio inglés, pero sí opina que las cosas valiosas las ha de tener quien sepa apreciarlas, valorarlas y conservarlas en debida forma. Y lo cierto es que le viene de perlas la oportunidad de ver arte egipcio y mesopotámico en «el British», porque sabe que nunca jamás irá a

parar a uno de esos países de Oriente Próximo, tan espantosamente áridos y atrasados, en su opinión, donde, para colmo de calamidades, si has nacido mujer, tienes que taparte como una monja.

El martes y el miércoles emplea sus horas libres en el Museo de Londres y en la Torre, por este orden. Contempla todo lo que hay a su alrededor con ojos muy abiertos de asombro y entusiasmo. Tanta majestuosidad la aturde y la deja extática. Ha sido una gran idea priorizar las visitas y ver antes que nada lo imprescindible, porque una propone, Dios dispone, y los mal nacidos de Al Qaeda lo descomponen todo en apenas unos segundos de barbarie suicida el jueves, de buena mañana.

Parece ser que no les ha caído muy bien la elección de Londres como sede de los Juegos Olímpicos de 2012. Su especialidad son las bombas, y su objetivo predilecto los medios de transporte colectivo de viajeros corrientes y molientes: aviones, trenes, autobuses... Esta vez les ha dado por el metro, en Russell Square; mañana, ¡vete tú a saber por qué les dará...! Se llevan a quien sea por delante (por fortuna, no a ella), y montan un caos espectacular que amenaza seriamente con arruinarle su estancia de ensueño; un circo de tres pistas, improvisado y nada bienvenido.

Pero esos gilipollas no conocen a Judith, «a ella no la para nadie», piensa, más cabreada que asustada, con una taza de café en la mano en un Starbucks de Piccadilly St.

«¿Quién dijo miedo?»

Ha dicho que se queda hasta el último día. Y no se irá ni un minuto antes. Si tiene que patearse las calles, se las pateará, ¡ni que fuera la primera vez que lo hace! Otro se pondría a sudar solo de pensar en ir de un lado a otro a patita, pero ella no se pasó en vano tres años y medio recorriéndose las calles de Barcelona cuando trabajaba repartiendo folletos por doquier, se puso en forma. Cuando la gente paga una cuota astronómica por ir a un gimnasio de élite, a ella le pagaban por «hacer ejercicio». Fueron años jodidos en más de un sentido, pero como entrenamiento físico, y a la vista de lo que se le presenta, supusieron todo un acierto.

Cambia su prevista visita a la catedral de St. Paul por un día de tiendas en Oxford St. Se lo toma con filosofía y buen humor; tiene el mapa a mano y todo es cuestión de seguir el itinerario marcado de antemano con flechas: ahora arriba, luego a la derecha, y arriba, y a la izquierda, y otra vez arriba... En cualquier otra ciudad del planeta esta caminata sería un suplicio, aquí puede incluso suponer un delicioso paseo que le permite tomarle el pulso a la ciudad, por si decide acabar aquí sus días.

Selfridge's, Marks & Spencer, algunas mega-librerías, y muchas tiendas de ropa donde lo que le gusta es escandalosamente caro, y lo que puede permitirse le parece horroroso. Después de vueltas y más vueltas, mirando aquí y allá, y pasando perchas y más perchas, da con una camiseta negra de generoso escote que le queda más o menos bien, y cuyo precio, £20, no asusta. A eso le añade unos zapatos de tacón de £40, y un bolso de £70, todo blanco, para contrastar.

Ya ha cubierto el «modesto» presupuesto de hoy; tiene la manía de comprar mucho en apenas un cuarto de hora, o media a lo más tardar. Y Londres es una tentación mortal para los compradores compulsivos. Además, siempre ocurre que enseguida que acaba de adquirir algo, lo que sea, ve otra cosa muchísimo mejor y muchísimo más barata, para colmo de males.

Compra un sándwich de huevo y tomate para almorzar.

Ahora toca paseo por Baker St. hasta Regent's Park y el Museo de Cera. Le gustaría dar un garbeo, pero la visita no vale lo que cuesta la entrada, y además han cerrado antes de hora por el asunto del atentado; por lo general, a esa hora todavía hay colas de turistas esperando su turno para entrar.

El paseo «obligado» hasta Maida Vale para coger el autobús que la lleve de vuelta a Willesden Green es una delicia; ese es el Londres que más le gusta: el de las calles

tranquilas y las casitas adosadas; las mujeres hablando, los niños corriendo... Nada muy diferente de España, excepto que aquí la gente no chilla como verduleras de mercado. La dieta mediterránea será excelente y muy recomendable, pero la educación, el civismo y los modales españoles dejan mucho que desear; Judith se siente más afín a la frialdad y el esnobismo británicos que al temperamento latino, demasiado «fogoso» para su gusto.

Va mirando el mapa mientras camina; un mapa que, desplegado, casi la oculta de las miradas indiscretas. Nunca ha presumido de su estatura, pero tampoco se ha sentido acomplejada por su falta. «En el bote pequeño se halla la mejor confitura y el peor veneno.» Y ella puede ser cualquiera de las dos cosas según le convenga...

Cinco de la tarde. No es que no esté acostumbrada a esperar autobuses..., pero cuarenta y cinco minutos, casi cincuenta, de espera, plantada de pie, le parecen excesivos después de un día entero de caminata. Cuando, a las siete de la tarde, llega por fin a su dormitorio, se tira encima de la cama sin desvestirse, y se queda dormida...

El viernes Londres amanece envuelta en algo que los londinenses llaman cariñosamente «puré de guisantes», y los catalanes, «boira». La situación post-atentado parece estar más controlada, aunque el ir y venir de policías sigue siendo una constante, y bastante enojosa por cierto. Después de la conferencia: «El erotismo en los cuentos del Decamerón», y con la misma niebla de las ocho de la mañana por compañía, Judith pasea por Fleet St., camino a St. Paul. Una fina lluvia empieza a caer mientras ve pasar coches y ciclistas; no sabe si se acostumbrará algún día a ese modo de conducir por la izquierda que tienen los británicos, que hoy la confunde y exaspera.

La catedral medieval quedó en ruinas después del gran incendio de 1666, que arrasó sin piedad la City londinense. Reconstruida a partir de 1675 por sir Christopher Wren, la nueva iglesia puede presumir de lucir la cúpula más grande de la cristiandad, después de la de San Pedro de Roma. El interior es suntuoso y barroco; a diferencia de las iglesias luteranas, las anglicanas conservan buena parte de la pompa y la liturgia católicas anteriores a la Reforma y al Acta de Supremacía de Enrique VIII. Judith solo visita estos santos lugares cuando va «de turismo» fuera de España. No es amante de santos, velas, ni altares; para ella, las iglesias, los monasterios y las abadías son un símbolo del poder papal del pasado más que una presencia viva o una guía espiritual de cara al futuro. Las observa y valora con el mismo interés artístico que visita un museo, una pinacoteca o un palacio.

El sábado amanece radiante, con un cielo azul espléndido, y sin una sola nube a la vista; el mejor día para «regalarse» un paseo en tren y explorar a gusto Hampton Court. Una fervorosa amante de la historia inglesa, y del período Tudor en particular, disfruta de esa visita muchísimo más que la mayoría de los ingleses. Su destino está río abajo, y al oeste, más allá de los parques de Richmond y Wimbledon. Hay dos palacios muy distintos en Hampton Court, pero igualmente magníficos: el de los reyes Tudor del siglo XVI, «regalo» del cardenal Wolsey a Enrique VIII, y el más reciente, proyectado y construido por sir Christopher Wren, en el estilo barroco de moda, para Guillermo de Orange y María, en el siglo XVII. Ambos palacios «conviven» en armonía, y aunque hay una diferencia clara de estilos entre el anterior y el posterior, no es tan desagradable que ofenda a la vista del foráneo. Judith, que reconoce sin tapujos ser poco entendida en cuestiones de arquitectura, no le otorga mayor importancia. Y el interior bien vale perder la mañana y buena parte de la tarde. Toma nota de todo lo que ve, y hace innumerables fotos..., las que le está permitido hacer, porque algunos lugares del palacio no pueden filmarse.

Después de visitar la exposición floral que todos los años se celebra en los jardines reales, la comida, y el paseo de la sobremesa, vuelve a la casa de Blenheim Gardens para ducharse y ponerse sexy; esta noche toca bailar hasta que salga el sol en el club más cool de todo el Imperio Británico: el Ministry of Sound. Silvia y Gaia vuelven a su

país al día siguiente, y han decidido despedirse de Londres a lo grande. Todos van a ir, incluso David, que reconoce ser alérgico a las salidas nocturnas.

¿Qué hacen en China después de las ocho de la noche, irse a dormir?

No es que Judith salga todas las noches cuando está en España; de hecho, lleva año y medio sin pisar una pista de baile decente. Pero irse de Londres sin pisar un club nocturno es... Imperdonable.

Abre la puerta de su habitación y revisa la ropa que se ha traído, ¿por qué demonios no cogió una minifalda y la puso en la maleta? Tendrá que ponerse los tejanos, que quedan muy bien, pero dan mucho calor... La camiseta de Desigual es lo más llamativo que tiene a mano. Y los zapatos negros de tacón que compró de improviso el jueves en Selfridge's, ¡no hay mal que por bien no venga!

Entran en grupo; en realidad, más parece una falange de hoplitas a la carga. Todos los estudiantes extranjeros parecen haberse congregado allí, como si no existieran más clubes en la ciudad. De acuerdo que es el mejor; ya se lo recomendaron antes de salir de viaje. Ocurre que las multitudes la aturden ligeramente; nunca se ha sentido a gusto con tantísima gente alrededor. ¡Qué más da! La noche es suya, y ella, llevada por la música y el ambiente juvenil y cosmopolita que se respira en el local abarrotado, olvida que tiene treinta y tres años... ¿A quién le importa realmente la edad que tenga? Además, ella puede presumir de aparentar ocho o diez años menos. Y eso, hoy, es una ventaja que va a aprovechar al máximo.

¿Y qué mejor que en brazos de un guapo italiano que le ha echado el ojo desde que entró por la puerta? Bailan y tontean toda la noche y buena parte de la madrugada... Después, cada cual a su casa, y si te he visto no me acuerdo.

A las ocho de la mañana del domingo despierta con unas ojeras que le llegan hasta la barbilla. ¡Que no cunda el pánico! No hay nada que un buen maquillaje L'Oreal Porque Yo Lo Valgo no pueda disimular. Y más vale que cumpla su cometido a la perfección, porque el sol que entra por la ventana no perdona un solo defecto. La gente inteligente —o perezosa— se quedaría en la cama hasta bien entrado el mediodía para superar la resaca. Pero ella tiene un objetivo claro: ir a visitar la catedral de Canterbury; desde el bendito día que cayó en sus manos *Los Cuentos de Canterbury* y *Los pilares de la tierra*, sueña con pisar el suelo donde el santo mártir, Thomas Becket, fue asesinado por los caballeros del rey Enrique II Plantagenet a finales del s. XII. Que sí, que sí, que lo suyo es deformación profesional...

¿Qué otra cosa se puede esperar de una historiadora en ciernes?

¡Si solo fuera eso...!

Hay algo más: siente un amor delirante por los pueblecitos ingleses de aire medieval. Y ahí, Canterbury ocupa el lugar de honor, pues no en vano es el arzobispado más antiguo de Inglaterra.

Mira y disfruta; piensa en la conferencia del día siguiente: *El rol femenino en «The Canterbury Tales»*. Judith ha sostenido la teoría, desde bien jovencita, de que en todas las épocas a lo largo de la historia de la humanidad, ha habido mujeres «listas» y mujeres «tontas»; mujeres independientes y mujeres sometidas. Espíritus libres y espíritus esclavos. Cuando «conoció» a Chaucer y a la comadre de Bath, su personaje más popular, sonrió de ese modo que sonríe el gato cuando se ha zampado al canario. «Ah, ¿ves? Yo tenía razón. Seré todo lo feminista que se quiera, pero razón no me falta.»

La conferencia del lunes es todo lo interesante que cabe esperar, y escribe diez páginas de abigarradas notas antes de abandonar la sala y el campus, y marcharse al museo Victoria & Albert, en Kensington. Proyectado y construido en el período álgido del imperialismo británico, el museo cuenta con la mayor colección del mundo de arte decorativo hindú. Aparte, hay colecciones de vestidos, porcelanas, papeles pintados, carteles... Si quisiera, podría pasarse dos días completos mirando aquí y allá, y

descubriendo a cada momento algo nuevo, nunca antes visto.

Hoy no lleva el mapa consigo; se le han pegado las sábanas, y con las prisas por llegar a tiempo al Strand, se lo ha dejado encima de la mesa. Gracias a Dios, la gente es tan educada que una no teme hacer preguntas y pedir indicaciones para no perderse en el entramado de calles londinenses.

El martes es el gran día para visitar Westminster.

La mayoría de monasterios y abadías se encuentran alejados del mundanal ruido: Poblet, El Escorial, Montserrat, Monte Cassino, Melk, Cluny... Siguiendo la costumbre inglesa de ir a contra corriente, la abadía está en pleno corazón de Londres, junto a las casas del Parlamento, rascacielos de oficinas, y un teatro, Victoria Palace, donde están representando el musical *Billy Elliot*. Y curiosamente, al franquear las puertas, todo trasiego desaparece y se siente transportada al s. X; solo de vez en cuando los flashes de las cámaras digitales, la música de un móvil que no ha sido debidamente desconectado, y la ropa de última moda de los concurrentes le recuerda que está —por suerte o por desgracia— inmersa en el s. XXI.

Con disimulo se agrega a un grupo de turistas con guía para no perderse en la inmensidad del templo, y va recorriendo, pasito a pasito, los distintos espacios consagrados a unos y otros: las tumbas de Eduardo y Enrique III, y el altar de Eduardo el Confesor; la capilla de Enrique VII y su mujer, Isabel de York, unidos en matrimonio tras la Guerra de las Dos Rosas; el sepulcro de María de Escocia; más allá, la silla de la coronación, donde se han sentado todos los monarcas ingleses desde el siglo XIV; unos pocos metros más y se adentra en el rincón de los poetas; destaca la tumba de Chaucer, junto a otros muchos poetas, músicos y artistas. Siguiendo la ruta indicada llegan al altar mayor —donde han tenido lugar ilustres funerales como el de la princesa Diana de Gales— y a la zona reservada al coro; un recorrido por los claustros muestra la vida cotidiana de los abades medievales. Antes de salir merece la pena ver la tumba del soldado desconocido y algunas placas conmemorativas, entre ellas la de Winston Churchill.

De vuelta en la modernidad, mira el mapa y decide su próximo objetivo. De camino a la catedral de Westminster, se desvía sin querer y llega a St. James's Park y al Palacio de Buckingham, donde las fotografías son obligadas; no pretendía llegar hasta aquí, pero algunos errores pueden revertir en estupendos aciertos. Almuerza en un restaurante italiano, y pasa una soleada y templada tarde dando un largo paseo por el Soho, Trafalgar Square y la iglesia de St. Martin-in-the-Fields.

El miércoles acude a su última conferencia: «La poesía religiosa en el Medioevo anglosajón: los ciclos de Caedmon & Cynewulf». El seminario ha sido una experiencia única, y se lleva a España una montaña de apuntes que pueden servirle de mucho de cara al futuro... o quizá no tanto. En cualquier caso, disfrutar, ha disfrutado muchísimo. Y no hay nada que pueda compararse a la libertad de estar donde quieres, como quieres, cuando más te apetece.

La tarde deviene otra orgía de compras, esta vez en Harrods y Fortnum and Mason; recuerdos para la familia, ¡que no se diga que no piensa en ellos! Chucherías para ella, que es adicta a lo dulce... y unos souvenirs para adornar la atestada estantería de su dormitorio, donde, por increíble que parezca, siempre queda un hueco para algo más.

Su última parada es el Shakespeare's Globe Theatre, en Bankside: una reproducción del antiguo teatro isabelino, donde se representan obras al aire libre durante julio y agosto. Si el tiempo no apremiara y su presupuesto fuera más holgado, sería un gustazo poder asistir a un espectáculo de esos. Se conforma con hacer un tranquilo recorrido por las diferentes secciones, con objetos variopintos y atuendos de la época gloriosa de la escena inglesa.

Desde el Millennium Bridge capta una magnífica instantánea de la cúpula de St. Paul's; una de esas fotografías que merece la pena tener enmarcadas en la pared. Bankside

es una zona muy animada y populosa, donde hombres, mujeres y niños pasean despreocupados, contemplando, como ella misma, el rojizo atardecer.

A las siete vuelve a Blenheim Gardens para hacer la maleta; a las tres de la tarde del día siguiente sale su vuelo de regreso a España... Ah, ¡qué poco dura lo bueno!

¿Quién habló de la relatividad del tiempo?

A ella estos diez días le han parecido diez horas, ¿o acaso solo diez minutos?

Los diez días que pasé en Inglaterra fueron los mejores de mi vida... antes de conocer a Josh.

Años después viajé a Roma, pero ¡ni punto de comparación! Fue algo improvisado en lo que no tuve arte ni parte; no pude planearlo como quería y tenía por costumbre, y para colmo llovió todos los días: del primero al último. Lo único que puedo decir en su descargo es que, una vez el crepúsculo envolvía la cúpula de San Pedro, la ciudad se iluminaba y cobraba un encanto especial que merecía la pena disfrutar. Encontré Roma fea y sucia, quizá fuera porque viajamos en invierno y los romanos no se habían molestado en acondicionar y limpiar la ciudad no siendo temporada turística, o quizá fuera porque nos hospedamos en un hostel de lo más cutre en el barrio chino, con una absoluta y aberrante falta de glamour. Nada que ver con el bucólico y coqueto paisaje de casitas inglesas que gocé en Londres.

Afortunadamente, cuando entrabas en los museos y las iglesias, la riqueza y la majestuosidad te rodeaban, y empequeñecías hasta quedar reducida al tamaño de un insecto kafkiano. El Arte se te metía en las entrañas, por los ojos, y más de uno volvió a España con el síndrome de Stendhal a cuestas. Yo misma quedé sobrecogida al traspasar las puertas de la *Cappella Sistina*. Treinta minutos me quedé sentada, embobada, mirando los frescos: uno a uno, una y otra vez, dejando que mi retina y mi cerebro asimilaran poco a poco, y con calma, todo aquel derroche de belleza. Jamás mis ojos habían contemplado tal magnificencia, y hasta el día de hoy no la han vuelto a gozar igual. No soy católica, ni siquiera puedo considerarme afecta a ningún credo desde que dejé de frecuentar mi comunidad evangélica en 1996... Pero sí he sido siempre un alma lo bastante sensible para apreciar una obra de arte cuando la he tenido delante. Como artista, también sabía valorar el esfuerzo, la pasión y el genio del *bravissimo* Michelangelo.

No hay mal que por bien no venga; lo que ahorré en Italia, sacrificando el buen gusto y el glamour al que estaba acostumbrada, lo invertí dos semanas después en un memorable acontecimiento que llevaba aguardando desde los días en que, a mediados de los Ochenta, tarareaba *Holiday* y *Like a virgin* mientras iba de camino al instituto...

No sabe muy bien cómo se lo monta, el caso es que los momentos más especiales de su vida coinciden siempre con una grave crisis económica y con su cuenta corriente en números rojos. Ocurrió en 2002 cuando se plantó en el Festival de Cine Fantástico de Sitges con un par de ovarios y el único objetivo de ver en carne y hueso a Ralph Fiennes y Anthony Hopkins desde primerísima fila; y ahora, de nuevo, se enfrenta al dilema moral que supone gastar mucho dinero en algo que la mayoría considera un «capricho».

Hay gente que no siente la música, no es algo que se pueda imponer a la fuerza, lo sabe. También sabe que lo inteligente en estos casos es actuar primero y pensar después; cuando llegue el momento de justificarse, ya se inventará algo. Es escritora, ¿no? Si no puede improvisar una historia para salir del paso cuando la ocasión lo requiere, apaga y vámonos.

Algo parecido le dice el diablillo perverso en la oreja izquierda cuando duda entre comprar, o no, la entrada para el concierto del veintiuno de julio:

—Es Madonna. NO TE LO PUEDES PERDER. Sería un crimen, no te lo perdonarías

en la vida.

En la oreja derecha, el virtuoso ángel le cuchichea:

—Más criminal es gastar el dinero en un concierto cuando estás en el paro y el dinero no dura toda la vida. Y tampoco se reproduce, monina, perdona que te lo recuerde.

—¡Será cenizo! Tú, ni caso. A la tuya. Que lo mismo es tu última oportunidad de verla. Recuerda que se ha separado de Guy Ritchie y ya no vive en tu «adorada» Londres.

—Me parece a mí que tienes cosas más importantes en qué pensar que en ir de concierto. Ya no tienes edad para esas cosas...

—¡Joder! ¿No te recuerda a tu madre? «Ya no tienes edad para esas cosas...» Ese todavía no se ha enterado de que la edad es un estado mental. Solo le ha faltado añadir que te busques un marido que te haga hijos como si fueras una coneja.

—Que es lo que hacen la mayoría de mujeres de «tu edad»... en vez de despilfarrar el dinero y el tiempo en conciertos «de adolescentes».

—¡Diooooo, tía, qué fuerte! Dime que no vas a hacerle ni puto caso o renegaré de ti.

—Si escuchas a ese en vez de a mí... luego no te quejes de cómo te van las cosas. Quien con el diablo se acuesta...

—... Se levanta la mar de contento y no amargado como él.

Ufff... ¡Basta! La van a volver loca entre los dos: «que si haz esto, que si lo otro mejor...». Hará lo que le dicte el corazón. Lo que ha hecho siempre...

Cinco minutos después tiene en las manos la entrada por el «módico» precio de 72,50 euros. ¡Ojalá no se arrepienta de no haberse gastado los 95 euros que le hubieran permitido situarse en un lugar más «privilegiado» dentro del estadio! Malo o bueno, ya tiene su pase.

¡Esta vez sí! Solo la muerte podrá impedirle asistir al concierto del año...

Martes, 21 de julio de 2009. 16:30h.

¡Diosss, qué horror! Sabe que debía haber madrugado y estar allá a las diez de la mañana. ¡Lo sabe! Solo que no pensó que fuera tan grave... la cola. Y el calor. ¡Señor, qué suplicio!

Porque pasa una vez en la vida, porque es la Reina, y porque está de vacaciones. Si no, no la pillan allá ni muerta.

No se aburrirá, no, mientras espera; los conciertos de Madonna aglutinan a la gente más variopinta que uno se pueda imaginar; un verdadero escaparate de fauna humana digno de ser filmado para la posteridad. Desde pijas con bolsos y gafas de Gucci, y sandalias de Purificación García hasta punkies harapientos, con un inconfundible —y muy curioso— acento gallego. Atuendos imposibles, combinando colores y texturas al más puro estilo Amy Winehouse, dignos de desfilarse en una pasarela de caricatura.

De las bocas taladradas con piercings salen gritos de histeria, tacos, palabras obscenas pero cariñosas. Todos quieren a la Reina y todos quieren hacer oír su voz a través del tumulto general.

De entre lo que vale la pena, lo mejorcito es el grupo que tiene delante. Todos jóvenes, musculosos y con el torso depilado como a ella le gusta. Desde el principio de su carrera musical, Madonna ha sido el icono de la comunidad homosexual; su lucha por la libertad de expresión y pensamiento es conocida por todos. Y los gays y lesbianas que van a pillar sitio en primerísima fila son sus más fervientes admiradores. La adoran. Todos llevan puestas las camisetas de la gira y demás souvenirs. Puro merchandising. Puro negocio.

Judith la «descubrió» mucho antes de saber hacia dónde iban a decantarse sus preferencias. A partir de 1984, toda su vida la ha vivido al compás de su música: de Lucky Star a Celebration. Tienen muchas cosas en común, aunque a primera vista parezca que viven en mundos opuestos. Simplemente, la cantante de Detroit le lleva unos cuantos años de ventaja en esto de la fama y la polémica.

Se lo han dicho treintañeros que han estado en uno de esos conciertos multitudinarios:

«Rejuveneces, te quitas diez y hasta quince años de encima. Es toda una regresión a los años locos de la juventud.»

Y no se equivocan, no. A pesar de la reducida libertad con que puede moverse, apretujada por los cuatro costados, en cuanto empieza el espectáculo ella es la primera que canta y baila. Lo de cantar lo lleva bien, ¡por algo se sabe las canciones al dedillo!, pero bailar supone todo un reto. Los pies, sin embargo, se mueven solos, incontrolables, obedeciendo a una ley natural, más allá de la física de los cuerpos.

Primero Candy Shop..., después: 4 minutos... Las canciones del nuevo milenio la transportan a un futuro más halagüeño... las más antiguas atraen como un imán los recuerdos que este año la asaltan sin cesar. El concierto ha coincidido casi de lleno con la elaboración de Lealtades Enfrentadas. Por fortuna, el manuscrito ya está en la editorial, pendiente del fallo del jurado.

Like a Prayer le trae a la memoria su etapa más «mística» y «religiosa», que empezó en 1989 y concluyó en 1996, cuando la Biblia, los cultos de los domingos, y los retiros espirituales en la montaña eran el pan nuestro de cada día.

Erotica evoca el verano del 93; lo que significaba tener pareja, para bien o para mal; las tardes paseando por una Barcelona post-olímpica plagada de guiris; los besos robados bajo la luz de las farolas, lo maravilloso de tener 21 años y descubrir «el primer amor».

Secret la regresa al tiempo en que empezó su pasión por la historia, y a plantearse la posibilidad de estudiarla: en la universidad y como Dios manda: a fondo. Y ahora, con la licenciatura y el máster superados, está ya en camino de preparar su tesis doctoral; sin prisa pero sin pausa, como le decía su abuela.

Y hoy, más que nunca en su vida, toca acordarse de Michelle, tanto si le gusta como si no. Puede que acabaran a tortas entre insulto e insulto, pero es indiscutible que ambas eran fans de Madonna, absolutamente entregadas y pendientes de cada disco de la diva más divina del pop mundial. Cuando suena Frozen, casi al final del concierto, no puede evitar emocionarse.

¡Basta de sentimentalismo barato!

Ha venido a disfrutar, no a llorar de pena como una Magdalena por lo que pudo ser y no fue. Estas cosas pasan; las canciones tienen un inmenso poder evocador... Lo peor que podría pasarle es toparse con ella entre cuarenta y cinco mil asistentes; muy improbable, la verdad.

Minutos después, el homenaje póstumo a Michael Jackson emociona a todos los asistentes. Madonna canta You must love me, y todo el público permanece en un silencio conmovedor, recordando al ídolo desaparecido. Judith recuerda a aquel Michael joven y lleno de vida que cantaba y bailaba Thriller y Billie Jean como si un demonio le hubiera poseído el cuerpo; canciones que hicieron más soportable la difícil adolescencia de los Ochenta.

¡Qué tiempos aquellos!

Por muchos premios y reconocimientos que te otorguen a lo largo de tu carrera, siempre recuerdas el primero; esa emoción primigenia que te estremeció de la cabeza a los pies. Sobre todo cuando es tan memorable como lo fue en mi caso. Yo siempre he apostado fuerte porque el que no arriesga, nada gana. Era ambiciosa y quería triunfar. ¿Quién no lo quiere, a ver?

También me jugaba mucho; no me había tirado siete años sin escribir una línea porque sí. Había vivido y aprendido mucho en ese lapso de tiempo. Afortunadamente, nada más por la vía dolorosa. El pasado me había enseñado, entre otras cosas, a evitar los caminos espinosos.

Lealtades Enfrentadas era mi gran apuesta, y esta vez sí había mucha gente a mi lado apoyándome y dándome ánimos.

Los chats y las redes sociales habían sustituido a los anuncios de las revistas de

adolescentes; dejé el bolígrafo y los sellos de lado, y aprendí a navegar por las procelosas aguas de la red, donde no corrías peligro de ahogarte, no, pero podías pillar virus raros y letales, creados por algún hacker traumatizado con las leyendas de Homero...

¡Dios, qué nervios, qué angustia, qué expectación!

Hoy más que nunca recuerda a Bárbara, ¿cómo no va a recordarla? De no ser por ella no estaría aquí, vestida de rojo fulgurante y calzada con unas sandalias de vertiginosos tacones, hecha un pincel... y también un manojo de nervios, parte de los cuales ha dejado en el retrete hace apenas diez minutos. Le parece que ha pasado un siglo desde aquel día de septiembre en Barcelona. Entonces no tuvieron suerte. Pero ahora ha llegado su momento. Si Bárbara siguió escribiendo después de «liarse» con Michelle, Judith no tiene modo de saberlo o averiguarlo. Y tampoco importa.

«Debo dejar de pensar en ella», se repite sin cesar, mientras espera a que llegue el resto de invitados; ya ha pensado bastante en ese par en los dos años anteriores, y es ni más ni menos lo que la ha traído hasta aquí.

En el verano de 2006 germina ya en su cabeza la semilla del proyecto. Después de un largo año de dudas existenciales: «¿Lo hago, no lo hago, vale la pena hacerlo, qué ganaré haciéndolo...?», empieza a escribir Lealtades Enfrentadas. Apenas son veinte páginas. Ha servido para romper el hielo, ¡después de siete años de descanso en los que ha hecho de todo menos Escribir!

Por suerte o por desgracia, enseguida debe interrumpir temporalmente su labor para hacer un Máster en Culturas Medievales.

A mediados de noviembre de 2008 retoma la historia con renovado entusiasmo y una férrea determinación: no solo va a escribir la historia, sino que la va a situar entre los best-sellers más reconocidos. ¿Por qué no un premio millonario y de renombre? Todo el mundo hablará de ello... Y ellas, las que más.

«Oh, Michelle, mucho me temo que vas a verme la cara más de lo quisieras. Ni creas que te voy a dejar en paz. Es mi turno. Ahora juego yo.»

La llegada de los primeros invitados distrae oportunamente sus pensamientos, que empezaban a desviarse por tortuosos caminos. Ellos la miran con estupor y recelo. Responde a su mirada con la cabeza muy alta. ¡Que piensen lo que quieran! Está ahí porque la han elegido. Sabe que es una advenediza en estos saraos de mucho postín, pedantería e intelectualismo de salón; y sabe que ellos saben que lo sabe. No importa. Estar ahí significa que o es ganadora o es finalista. La invitación lo dice bien claro: «Todas las obras finalistas son moralmente ganadoras del Premio... Pero solo una de ellas será la mejor a juicio del Jurado.» Y por primera vez en su vida, ella está muy segura de sí misma y de su obra. Este es su lugar, y este momento lo que pretendía cuando escribió la primera palabra de la primera línea de la primera página de la novela que alguien ha decidido que justifica su presencia en esta sala.

Llega Nativel, vestida de negro, tan sencilla y elegante como de costumbre; y Lucía, la querida Lucía, con uno de esos trajes imposibles de puro estafalarios que sólo ella sabe llevar con más encanto y elegancia que todas las divas insoportables que se creen algo cuando visten un trapito de firma. Diez minutos más tarde hace su aparición el omnipresente e insufrible Boris, haciendo ridículos aspavientos amariconados como de costumbre; Millás aparece detrás del venezolano, sobrio y tranquilo, metido en un traje negro que le sienta como un guante.

Para nadie es un secreto que Judith no traga a Boris; para ella es un misterio que alguien así puede estar en esa ceremonia. Más que misterio: es un fenómeno paranormal.

Habrá que soportarlo y mantenerse apartada de él.

No es homofobia. ¿Cómo podría serlo? Su última novela es una abierta declaración a favor de gays y lesbianas y de su propia bisexualidad. Es su manera de llevar las cosas

la que le pone los pelos de punta y la estremece de pura aversión. Boris es la versión masculina de Belén Esteban: capaz de cualquier cosa por aparecer en los medios y llamar la atención. «Que hablen mal de ti, pero que hablen mucho...». Un animal escénico, puede ser, y un showman también, no lo niega, pero ¿escritor? Eso es más que discutible.

No gastará ni tiempo ni dinero en nada que lleve su rúbrica; una de sus amigas leyó su último libro este verano, y ya la advirtió de que no valía la pena gastar tiempo ni dinero, ¡cómo si le quedara alguna duda!

Con quien sí intercambia un caluroso saludo y unos cuantos comentarios es con María de la Pau Janer; quizá porque las dos hablan catalán, o tal vez porque su novela *Pasiones romanas* es un tema que da para horas de amena charla. Judith elogia la obra y dice no entender a qué vino tanta polémica y tanta crítica; a ella le pareció una gran historia, tan merecedora del premio como la que más.

La ceremonia está a punto de empezar; el público, la flor y nata de las letras españolas y algunos de los políticos más relevantes de la escena catalana, toma asiento y está a la expectativa mientras degusta el sibarita menú de la cena. A ella y a los otros nueve finalistas los nervios apenas les dejan probar bocado; para colmo de males, a lo largo de toda la cena se van sucediendo las votaciones y, una tras otra, van siendo eliminadas las novelas presentadas. Para cuando llegan los postres, solo quedan dos obras a competir.

Llega el momento de la verdad; las últimas votaciones son muy reñidas y no es para menos, la escritora que queda compitiendo con ella es un peso pesado de las letras españolas, con una sólida y fructífera carrera periodística a sus espaldas y, según algunos rumores que ha oído por aquí y por allá, presenta una historia conmovedora que tiene todas las posibilidades de convertirse en un fenómeno de ventas.

Ha venido sola, como es su costumbre; no tiene a nadie con quien compartir sus nervios y su temor. Tampoco lo echa de menos. Se retuerce las manos que sudan profusamente y cierra los ojos. Alguien pronuncia el nombre de Ángeles Caso... como finalista. Abre los ojos. Ese es su momento, ¡lo ha esperado tanto! Ve a la escritora recoger su galardón, sonreír y dedicar los habituales agradecimientos a familiares y amigos. Minutos después alguien pronuncia su nombre. Es la ganadora.

Se levanta con parsimonia y camina con la cabeza muy alta y el corazón palpitante. Este año se han hecho añicos todos los pronósticos y una advenediza, sin nombre ni fortuna, ha llegado a lo más alto del escalafón.

Siente los ojos, preñados de estupor y desconcierto, clavados en su espalda; oye los murmullos de incompreensión y rechazo, que los asistentes, llevados por la estupefacción, no se molestan en disimular.

Recoge el premio de manos del presidente del jurado; lo saluda con dos besos en la mejilla, y pronuncia unas palabras de sincero y hondo agradecimiento de cara a su conmocionado auditorio.

—Quiero dedicar este galardón a quien me ha conducido directamente hasta aquí esta noche. Este premio es tuyo, Bárbara. Quizá no sea lo que esperabas, pero sin duda es lo que mereces.

Después del juicio, que supuso apenas una victoria pírrica, y más de mi abogado que mía, empecé mis sesiones semanales con el psicoanalista. En primer lugar porque podía costeármelas sin remordimientos, y en segundo porque ya venía siendo hora de encontrar una vía de escape a mis múltiples frustraciones, traumas y complejos sin resolver.

Todo el circo mediático montado en torno a nosotros a lo largo de aquellos cuatro meses me dejó exhausta de cuerpo y frágil de alma. Había ganado, sí, pero no sabría decir muy bien *qué*. Sentía que debía liberar la rabia que no liberé en la sala; para eso estaba Cris, que disfrutaba como un niño en el día de Reyes con todo aquello. Era «su

caso», su gran desafío: el salto definitivo a la cumbre de su carrera.

A menudo tenía que pedirle un poco de calma, porque estaba más que dispuesto a «merendarse» a todo el Tribunal en pleno y liquidar el asunto en un par de días; yo prefería que todo transcurriese a cámara lenta para disfrutarlo mejor... Y ganar tiempo. Todos los días volvía la cabeza con la esperanza de verla aparecer, todos los días. Y fue en vano...

Llega a la consulta del doctor Salazar a las diez de la mañana; tiene la agenda que echa humo, y solo dispone de cuarenta minutos para presentarse y explicar qué hace en el número 222 de la calle Balmes, qué la ha traído hasta aquí, y qué pretende conseguir con el dichoso psicoanálisis. No es que no sepa describir y sintetizar sus emociones, es que no tiene muy claro si esas sesiones le van a servir para algo.

El tipo es guapo, y este es un punto a su favor. Y muy amable, que siempre se agradece. La voz es suave, y con un cierto deje argentino que invita a las confidencias; Judith presta mucha atención al tono de la voz, una muy aguda o desagradablemente grave y ronca la echa para atrás, la inhibe sin remedio.

Pero él habla bien y sonríe mucho mejor.

—Dígame qué siente. ¿Dolor, rabia, frustración? ¿Por qué ahora? ¿Qué tiene de especial este período de su vida para animarla a venir a mi consulta?

—Me siento vacía —le confiesa entre estruendosos suspiros.

—¿Lo había sentido antes o es la primera vez?

—Lo sentí hace años —reconoce de mala gana—. Todo lo ocurrido en estos meses no es más que un *déjà vu* de lo vivido hace nueve años. Pero esta vez yo he ganado. Por favor, no me pregunte qué.

Judith enciende un cigarrillo con calculada parsimonia y mira al techo con los ojos en blanco, como si toda su vida no fuera más que una broma pesada del destino.

—Está insatisfecha —concluye más que aventura él.

—Siempre creí que sería diferente, que me sentiría mucho mejor después de haberlo hecho.

—¿A qué se refiere?

—A la venganza. Fue calculada al milímetro, exquisita; una verdadera obra de arte en prosa. Y no sirvió de nada.

—¿Para qué debía servir?

—Para recuperarla, ¿qué si no?

—Recuperar, ¿a quién?

—A Bárbara.

Ese hombre no puede entenderlo; a veces ni ella misma lo entiende. Cada nuevo día había representado una nueva esperanza de volver a verla. Se moría por verla. No importaba lo que pudiera haberle dicho, o incluso si la hubiera insultado; hubiera podido soportar verla al otro lado del pasillo, al lado de aquella perra histérica, apoyándola. Pero no apareció. Ni el primer día, ni el segundo, ni el último. Debió haber sentido un infinito alivio al ver que no estaban tan unidas y bien avenidas como ocho años atrás, cuando la echaron a un lado igual que a un chucho sarnoso. No sintió nada. Oía despotricar a aquella estúpida, echando sapos y culebras por la boca, y era como lluvia repiqueteando en el tejado.

Michelle hablaba siempre en plural: «Nosotras tal, nosotras cual, y esto, y aquello otro...», pero la realidad tiraba por tierra sus argumentaciones y las de su pobre leguleyo de medio pelo.

«Si vas a demandarme, guapa, primero búscate un abogado como Dios manda, hazme el favor.»

Lo mismo lo había intentado de veras, pero Cristóbal Amorós ya estaba pillado. Y era suyo. Al menos en el plano profesional. A menudo lo miraba y pensaba que no estaría

nada mal tener una relación más personal; era el tipo de hombre con el que le hubiera apetecido pasar una noche de sexo salvaje. Pero el futuro de Cris estaba anclado a Barcelona, y ella quería volar. Lejos, muy lejos. Como Ícaro, quería llegar al sol.

Aquel esperado (y merecido) premio y el mediático juicio habían sido solo el primer paso. Una parte de su ser anhelaba triunfar, sentir el vértigo del estrellato, codearse con los peces gordos, pegarse la gran vida; la otra, la sentimental, todavía creía en el amor eterno y los finales felices.

«Si tú me dices ven, lo dejo todo.»

Bárbara nunca le dijo ven; Judith no tuvo que dejar de lado sus sueños. Pero su nueva vida de relumbrón, aireada sin piedad y a todo color en papel couché, es pura fachada. Está más sola que la una, y cada amanecer mira de convencerse a sí misma de lo feliz que es.

«Así estoy bien», se repite, «hay quienes están mucho peor».

«Mejor sola que mal acompañada.»

Esa ha sido siempre su máxima. Y le es fiel como a nada.

Tengo la boca seca, no sé si es normal o no; esta situación me sobrepasa. No estoy acostumbrada a estar en coma. Ni tampoco a los hospitales. Nunca me ha apetecido visitar a los enfermos si no era imprescindible. Es el olor a enfermedad y muerte lo que me deprime y asquea. Hasta hoy sólo había estado en este aséptico ambiente dos veces: cuando, a los cuarenta años, di a luz a mi hija Gillian; y cuando, a los cincuenta y dos, me operaron para extirparme el pecho izquierdo y el tumor que lo había devorado sin piedad. Ahora mismo me siento igual que Blancanieves o La Bella Durmiente: esperando el beso del príncipe para despertarme. Pero, desde lo más profundo de mi letargo, sé que ni mil besos me devolverán la vida. Se me escapa de entre los dedos, como la sangre, como el aliento...

Sabe que no lo merece, que no es digna de su amor, que le viene muy grande ese hombre; pero, pese a todo eso y mucho más, no va a renunciar a él. Es suyo; le ha tocado en suerte, como esa lotería que solo toca una vez en la vida. Nunca ha creído en milagros; en su vida no hay lugar ni tiempo para supercherías religiosas... Hasta que tropieza con Josh en mitad de Grafton St., en pleno corazón de Dublín.

Ha llegado a Irlanda por recomendación de su psicoanalista; después de medio año de terapia más o menos provechosa, le sugiere que se tome un descanso en un lugar en el que nunca haya puesto un pie, que no pueda relacionar con nada ni nadie de su pasado y que, por supuesto, sea de su agrado.

«¿Existe un lugar así?», le pregunta.

¡Por supuesto! Hace años que está en «lista de espera»; dinero no le falta, pero entre el premio, el juicio, la promoción del libro, las entrevistas en la tele, en la radio... No ha tenido ni un minuto para pensar en sí misma.

Y una mañana de octubre, cuando el calor todavía hace estragos en Barcelona, sale del aeropuerto de El Prat, en un avión de Aer Lingus destinado a la capital irlandesa, con la cabeza llena de ideas positivas y el corazón abierto de par en par al amor...

Ahora, de rodillas, con el rostro enrojecido de vergüenza casi tocando el suyo, se deshace en atropelladas disculpas en un inglés improvisado, balbuciente, y ni de lejos tan bueno como debería ser en ese «preciso» momento; se siente torpe, inútil, insignificante y estúpida, todo a la vez, mientras mira su boca y se muere por besarla, desnudarla, hacerle el amor, acariciarlo hasta que se hiele el mismísimo infierno. El deseo se apodera de ella en una sacudida brutal; siente cómo sus pezones se endurecen bajo la camisa, cómo su clitoris late con inusitada fuerza bajo los tejanos deshilachados; el corazoncito de su hemisferio sur cobra vida propia, anhelando dolorosamente los labios y la lengua del hombre que la mira sin pestañear.

Josh tiene toda su atención puesta en ella, como si no existiera nada más alrededor;

hay todo un mundo de dolor en esos ojos que lo miran. Y un natural desafío:

«Esta soy yo. Lo tomas o lo dejas.»

No es hermosa y probablemente nunca lo será, pero su magnetismo sexual es irresistible y él se ve repentinamente atrapado en una espiral de lujuria de la que no puede ni quiere escapar. Desea esos labios, ese cuerpo, esas manos femeninas deslizándose por su piel, enredándose en su pelo. La quiere en su cama. Ahora... Y tal vez para siempre.

La ayuda a recoger el contenido de su bolso, que ha quedado esparcido en el suelo después del choque. Ella no aparta la vista de sus ojos; está hipnotizada por esa mirada azul, gozando de su extática paz.

Él llama a un taxi que les conduce a una zona residencial donde las casas y los coches aparcados son caros. Durante el trayecto no ha dejado de besarla, y ella temía y deseaba al mismo tiempo que le hiciera el amor ahí, en el asiento trasero. Se siente aliviada y decepcionada a la vez al ver su contención, ¡solo Dios sabe cuánto esfuerzo pone él en el empeño!

Al contemplar el vecindario, tan lindo y tranquilo como aquel que recordara de sus añorados días de Londres, se pregunta si vivirá allí. Dinero no le falta; ni para esa maravilla de casa que ve ante sus ojos, ni para cinco iguales a esa. Lo sabe; debe reconocer que lo sabe casi todo de él... O lo que las revistas y los chismorreos dicen «de él». No es lo mismo; eso también lo sabe, pero no importa. Ya habrá tiempo de hablar. Su corazoncito inferior palpita nuevamente: reclama sexo. Y lo reclama a él. En cuerpo y alma. Las confidencias las van a dejar para cuando estén saciados de amor, si acaso se sacian algún día...

Él franquea el umbral con ella en brazos, como si fueran dos recién casados; la lleva al dormitorio sin más demora y la deposita en la cama con la misma delicadeza con que trataría un pétalo de rosa. La desnuda y le hace el amor. Lento al principio, inseguro; poco a poco se van soltando, a medida que ganan en confianza y el deseo les nubla la razón y hace desaparecer temores y complejos inconvenientes e inoportunos que no tienen lugar en esa cama.

Judith parece una mujer fría cuando se la conoce, y poco amiga de entregarse incondicionalmente. Meras apariencias. En realidad, ha estado esperando durante años al hombre que fuera capaz de despertar a la ninfómana que se escondía en su interior y pugnaba por salir.

Como dijo hace semanas en una entrevista para el suplemento dominical de un diario catalán:

«El feminismo no es renegar de todos los hombres ni “volverse” lesbiana; el feminismo es saber esperar a la persona adecuada, respetarse, valorarse y quererse a una misma. No conformarse con el primero que llega y te dice cuatro monerías para que te abras de piernas, ni tampoco con el que te invita a copas todas las noches y cree que así “tiene allanado el camino” a la cama. Eso es feminismo bien entendido. Lo demás es puro dogmatismo y liberalismo grandilocuente.»

En algún momento de la noche, ahítos de sexo, se presentan como invitados que se han encontrado en mitad de la fiesta de un amigo común.

—Hola, soy Josh.

—Judith.

Ella le da dos besos en la mejilla, y los dos se echan a reír a carcajadas al ver lo ridículo de la situación. Generalmente, las cosas no se hacen así. ¡No se empieza la casa por el tejado!

Él le dice que es actor y modelo, ¡cómo si ella no lo supiera!

Judith le anuncia, quizá con desmesurado orgullo, que es historiadora y escritora.

—O novelista y medievalista, como prefieras.

Le ha costado sangre, sudor y lágrimas llegar hasta ahí, y considera que tiene motivos

para envanecerse si le apetece.

Él se siente repentinamente pequeño, inferior, disminuido. Y tonto, sobre todo cuando ella le suelta, sin pelos en la lengua, que nunca ha tenido en muy alto concepto a los modelos, sean hombres o mujeres.

—También soy actor —le recuerda. Suena como una disculpa, y eso le hace sentir peor si cabe.

—Ya lo sé, bobo —le pellizca en la barbilla con cariño—, no te enfades. Podría mentirte y adularte, decirte que todo lo haces bien y darte la razón a todas horas. Pero entonces no sería yo.

—Ni yo lo toleraría. Quiero que siempre seamos sinceros el uno con el otro.

Un tierno beso sella el pacto entre ambos.

Esa noche Judith vela su sueño.

¿Quién puede pensar en dormir teniendo al lado a un hombre así?

Ningún sueño supera la realidad de ese hermoso cuerpo y el no menos perfecto rostro que sus dedos recorren en una suave caricia; su expresión refleja absoluta paz y un placer debidamente satisfecho. No podría ser de otro modo, han disfrutado como nunca. El orgullo de saberla suya y de nadie más todavía se dibuja en sus sensuales labios. Los de Judith recorren ahora su cuello, ávidos, voraces; continúan descendiendo por el torso musculoso y sin rastro de vello, bajan despacito y topan con la cicatriz que anuncia que Josh, a diferencia de ella, sí ha pasado por un quirófano; no por estética, sino por una necesaria y urgente operación de úlcera de estómago. Lejos de intimidarla o repugnarla, la encuentra deseable y poderosamente atractiva. La besa de arriba abajo, de abajo arriba; besos rápidos como aleteos de mariposa; besos lentos y delicados, reverentes.

Él se mueve entre sueños; la está sintiendo e inconscientemente, con la mano izquierda, hace amago de taparse la única parte de su cuerpo de la que, en verdad, no puede decirse que se sienta muy orgulloso. Judith sonríe y con mimo le aparta la mano; la divierte ver el rubor que se extiende por su rostro y que no puede controlar. Ese arrebato de timidez la enternece.

Suelta una risita cuando recuerda la cara que él ha puesto al descubrir su recién perdida virginidad. La larga espera ha merecido la pena. Siempre lo supo, y la felicidad de Josh ha acabado por confirmárselo.

No quiere cerrar los ojos. ¿Y si se queda dormida y, al despertar, él ya no está? ¿Y si no vuelve a verlo...? El miedo a perderlo la domina y va a determinar toda su relación, de principio a fin.

Después de seis meses de una borrachera de amor y sexo sin límites, en una velada más íntima y romántica de lo que es habitual en ellos, Josh le pregunta en susurros: «¿Quieres casarte conmigo?», después de acariciarle los labios con los suyos en un beso juguetón.

A ella se le detiene el corazón; un rubor intenso como el primer día le cubre el rostro hasta la raíz del cabello, se le nubla la vista, y las palabras, las pocas que se le vienen a la cabeza, se le quedan lastimosamente atragantadas en la garganta. Mentiría si dijera que nunca ha soñado con una escena similar —dormida, o más a menudo despierta—, que no ha ensayado miles de veces las palabras adecuadas, precisas, correctas: las que la harían merecedora de tal proposición. Y en el día D y en la hora H, es incapaz de balbucear siquiera algo coherente y con un mínimo sentido. Se limita a mover la cabeza, asintiendo con timidez pueril, casi sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Por fortuna, ese sencillo gesto es más que suficiente.

Lo crea o no, él también le tiene pavor al rechazo. No importa que allá donde vaya le coloquen la etiqueta de sex symbol nada más verle, él no se siente especial, al contrario. Desde niño, siempre ha luchado contra sus demonios internos y el miedo a una negativa. ¡Ella es tan extraordinaria! Y él, ¿qué es él? Una cara bonita y poco

más...

Judith quiere una boda fastuosa en Londres y una exclusiva millonaria que dé la vuelta al mundo y llegue hasta el último pueblo perdido en el mapa; él prefiere algo más íntimo y sencillo, pero desde que la conoce solo vive para satisfacer sus caprichos. Todos. Sin faltar uno.

¿Que quiere boda fastuosa?

La ceremonia será en la abadía de Westminster, con un coro de doscientos hermosos niños cantando el Ave María con sus vocecitas de castratti. Hace años que se declaró atea, pero se emociona muchísimo con todo el barroco ceremonial de la Iglesia Anglicana, ¡qué se le va a hacer!

¿Que quiere exclusiva millonaria?

Hace algunas llamadas y consigue la mejor con Vanity Fair: portada y reportaje interior de quince páginas a todo color, y con todo lujo de detalles. Hacen una lista de ochocientos invitados, entre los que figuran el príncipe Guillermo y Kate Middleton, recién casados, los Beckham, la pareja Bruni-Sarkozy; y el más difícil todavía: Madonna. Cuando la cantante acepta la invitación, encantada y muy honrada al parecer, Josh sabe ya que no hay nada que Judith no pueda conseguir si se lo propone.

Después del multitudinario banquete de bodas en los jardines reales de Hampton Court, la luna de miel. Se van a las islas Fidji con la sana idea de tomar el sol, bañarse en playas de aguas turquesas, tomar daiquiris, mojitos, margaritas y caipirinhas..., hacer un poquito de senderismo y gozar de la naturaleza salvaje que se les ofrece la vista.

¡Qué bonitas intenciones, qué propósitos tan hermosos... si llegaran a cumplirse algún día!

No salen de la cama de la habitación del hotel, salvo para abrirle la puerta al servicio de habitaciones... ¡y solo un par de veces en las dos semanas que permanecen registrados allá! Se alimentan de amor y de sexo, del amanecer al crepúsculo. Y con semejante dieta hipocalórica pierden unos cuantos kilos tanto el uno como la otra.

Él los recupera, ya de vuelta en Londres, a base de cerveza negra y fast food; si no se pone fondón es porque pasa hasta doce horas seguidas en el gimnasio; ella admira su disciplina y la envidia, no se ve capaz de tales sacrificios. En cambio, recurre al sempiterno chocolate... Pero el mejor y más caro chocolate de Ecuador ya no sabe a lo mismo después de haber probado el sexo con Josh. Lo intenta con Coca Cola, pero le entran flatos y le produce hinchazón en el vientre. Al final, lo que la hace engordar es lo mejor que puede pasarle en esta nueva etapa de su vida: está embarazada.

Lo peor de mi situación es no poder hablar, aconsejar, dar ciertas órdenes; ahora la más importante es: *mantener a Gill muy, muy lejos de este hospital, de esta habitación y de esta cama.* Lo último que desea cualquier madre es que sus hijos la vean en tan lamentable y espeluznante estado. Si algo puedo decir de mi única hija es que es demasiado sensible para los tiempos que le ha tocado vivir. Tampoco yo era de pedernal a su edad; son los años y la vida los que te vuelven roca y hielo.

Gillian tiene veinte espléndidos años y un talento innato para la poesía que yo nunca he tenido y que a ratos le envidiaba porque se dice que el «buen» escritor es capaz de alternar poesía y prosa con la misma soltura e idénticos resultados. Por si no bastara, ha heredado mi «atracción fatal» hacia las féminas. No obstante, a ella le ha ido mucho mejor que a mí; de entrada, porque no ha cometido mis errores. Escarmentada de mis muchos tropiezos, le enseñé a evitarlos y le ofrecí todo mi amor para que desarrollara sus mejores cualidades y la necesaria confianza en sí misma para afrontar cualquier relación con un mínimo de posibilidades de éxito. De todas las mujeres de mi familia, mi hija es la única que puede presumir de una relación sólida y comprometida.

La «culpa» la tenemos su padre y yo a partes (casi) iguales.

Yo, por mi sempiterna tolerancia, y él, por su desidia y afición a la bebida. A la tonta, a la tonta, como quien no quiere la cosa, fuimos nosotros los que permitimos (y alentamos) su relación. Reconozco que yo lo hice con ganas, incluso sospechando que iba más allá de lo normal entre amigas. Estas cosas las huele una madre a la legua. Sobre todo si ha vivido ese tipo de experiencias de primera mano.

Josh me acusaba continuamente de «haberle metido a la niña esas ideas en la cabeza»; fue inútil repetirle una y otra vez que la homosexualidad no es una idea, sino una orientación sexual personal e intransferible, y tiene que ver con el corazón, no con el cerebro. Con insultante descaro pasaba por alto, además, que *fue él y no yo* quien le endosó nuestra hija a Deborah O'Sullivan cuando nos separamos. Se veía incapaz de cuidar de una niña de once años; no era compatible ni con sus películas ni con sus campañas publicitarias, por no hablar de las borracheras casi diarias...

Pocas cosas le han dolido tanto como abandonar el número cinco de Grosvenor Crescent, piensa mientras llena hasta los topes la única maleta que tiene previsto llevarse en su apresurado y obligado exilio a España.

Ama esa casa, todo lo que es y lo que representa en su vida y en su matrimonio: El triunfo, el poder, el lujo... Y el amor. Josh y ella la compraron juntos a la vuelta de su luna de miel, y fue en ese dormitorio, donde ahora prepara su escaso equipaje, donde concibieron a su hija.

Gillian es lo mejor que le ha regalado la vida. Nunca estuvo impaciente por tener hijos, pero sabía que si encontraba al hombre ideal querría tener un hijo con él. A Josh le encantan los niños; convencerlo para tener uno juntos fue muy fácil. De hecho, la animó él a abandonar todo tipo de precauciones.

El trabajo de Judith es exigente. Y solitario. Las distracciones no son bien recibidas, y las visitas inoportunas tampoco; imaginarse a sí misma rodeada de cuatro o cinco niños traviesos la pone enferma.

Sus novelas son «sus hijos»; las cuida y miman como otros cuidan y miman a sus mascotas preferidas. Pero un niño bien criado y educado puede hacer que sus padres se sientan orgullosos y rebosantes de felicidad. Gillian es el ejemplo perfecto de una niña mimosa y bien educada. Y hermosa; la criatura más bella que se haya visto nunca. Los cabellos, negros y brillantes; la piel, blanca como una azucena; los ojos, azules como un cielo sin nubes; la boca, roja y pequeña como un capullo de rosa a punto de florecer. En cuanto la enfermera la puso en sus brazos aquella mañana del 28 de septiembre de 2012, Judith se sintió colmada de amor. Nunca ha amado tanto a nadie. Ni siquiera a su marido.

La noticia del embarazo la pilló en Barcelona en pleno mes de marzo, coincidiendo con la presentación de La isla de la vainilla. Había cumplido cuarenta años y estaba en paz consigo misma... O eso creía.

Cuando la tuvo cara a cara, lo primero que le vino a la cabeza fue: ¿por qué podía venir «cualquiera» a la presentación de un libro suyo? ¿Por qué podía venir «ella» a perturbar su vida, cuando era tal y como ella la soñó desde chiquita? Aquello era una broma de muy mal gusto. La vio nada más entrar en la sala. A pesar de los años pasados, no habían cambiado tanto como para resultar irreconocibles. Consiguió dominar su turbación mientras iba a buscar una copa. Gracias a Dios, Josh estaba en Los Ángeles, bien lejos de ella; no se veía capaz de disimular ante él.

Pero si Bárbara quería amargarle la tarde, no lo consiguió; la indiferencia fue, a la vez, su escudo y su arma más mortífera.

«No es nadie. No vale nada. NO PUEDE COMPETIR CONTIGO. Y no puede perjudicarte. Ya no tiene poder para herirte.»

Interiorizó y memorizó el breve discurso mientras dejaba que Laura, su maquilladora, le

diera los últimos retoques; se sentía un poco ridícula con tanta gente alrededor, pendiente de ella; pero, a fin de cuentas, les pagaba para que la mimaran y la cuidaran a todas horas, sobre todo si tocaba lucirse ante la cámara.

Cuando se sentó en el estrado y se acomodó el micrófono, volvió a sentirse como la triunfadora que era. Fuerte y poderosa; preparada para dar lo mejor de sí misma: su trabajo.

Después de la obligada ronda de preguntas de críticos y periodistas acreditados, a la hora de las firmas, cuando la tuvo delante de las narices, se las apañó para mostrarse cordial; ni demasiado fría para levantar sospechas, ni demasiado cariñosa para dar nuevo pábulo a los rumores sobre su bisexualidad. Le dedicó el libro, como a todos los que lo habían solicitado. No iba a hacer distinciones, ni a favor ni en contra. Y al día siguiente ya se había olvidado del asunto.

«Quiera Dios que no la vuelva a ver nunca más.», se dijo antes de caer rendida de cansancio en la cama y quedarse dormida.

Ahora aprovecha los últimos minutos mientras Gillian está en clase y Josh todavía no ha vuelto de Nueva York. Sabe que regresa esta noche.

«Por favor, por favor, por favor, que no se le haya adelantado el vuelo y me pille con las manos en la masa.»

Odia hacer esto, pero no hay alternativa; no puede quedarse y tampoco puede llevarse a Gillian; la niña está muy apegada a Londres y a Alexandra, su amiga del alma.

En cuanto a Josh, antes muerta que permitir que la vea en semejante estado: enferma, con la piel en los huesos, demacrada, mutilada... Y lo peor de todo: calva como una bola de billar.

La metáfora le arranca una repentina y amarga carcajada.

Pocas cosas le gustan más a Josh que una buena partida de billar. Pronto podrá retomar su antigua afición, esa y la de emborracharse. Como si lo viera. Volverá a las andadas... Y después: otra vez a rehabilitación. Ya ha perdido la cuenta de las veces que ha estado ingresado en una clínica u otra por culpa del maldito alcohol.

No ignora que es ahora cuando más unidos deberían estar, haciendo piña y luchando todos juntos contra la enfermedad. Pero tampoco ignora lo que es la naturaleza humana y lo que conlleva ser MUJER. La sola idea de que su marido la vea desfigurada la pone más enferma que mil tumores cancerígenos.

Por eso se va. Por eso y nada más.

«Vanidad de vanidades. Todo es vanidad.»

El médico se lo ha dejado muy claro esta mañana, después de observar con detenimiento los resultados de la biopsia.

—Judith —la avisa con cara de circunstancias—, tengo buenas y malas noticias. La buena es que el tumor está localizado, y no es probable que se extienda. La mala noticia es que es maligno y no precisamente pequeño. Debe operarse cuanto antes. Entiendo que prefiera hacerlo en España, donde gozará de mayor discreción y anonimato que aquí. Pero en cualquier caso, debe hacerlo a la mayor brevedad posible. De lo contrario, creará metástasis y no habrá remedio ni cirugía que lo detenga. Deberá elegir qué tipo de cirugía desea que se le practique. Lo más aconsejable en su caso, debido a su edad y a su estado hormonal, sería una mastectomía radical modificada; en este tipo de cirugía, se extirpa la mama y los ganglios linfáticos afectados, pero se conservan los músculos del pecho para una posible reconstrucción mamaria posterior. Después de la operación deberá someterse a un tratamiento químico para eliminar todo resto de células cancerígenas. Supongo que no le digo nada nuevo con todo esto; según he leído en su historial clínico, tiene antecedentes de la enfermedad en su familia.

»No podemos permitir que el cáncer se reproduzca y haga más estragos. Lo que sí puedo asegurarle es que el tratamiento es mucho menos agresivo hoy que hace una

década. La ciencia avanza a pasos de gigante, y eso nos favorece. Tampoco será continuado; se intercalarán semanas «malas» y semanas «menos malas» o «de descanso»; el doctor o la doctora le dirá qué medicamentos va a prescribirle, y cuáles serán los efectos secundarios que pueden presentarse, y que varían de un paciente a otro. Van a ser unos meses muy difíciles para usted, y lo lamento de veras. Pero la ciencia solo es ciencia, y los milagros son cosa de Dios y de la fe de cada uno.

Judith asintió con gesto resignado y contrito; no esperaba milagros. El suyo había sido Josh, y no podía pedir ni uno más.

Echará de menos su casa y su ciudad. Había echado raíces en Inglaterra con sorprendente facilidad. Sorprendente para los demás; ella siempre supo que ese era su hogar. El suyo y el de su familia. Josh tiene una casa —o mejor llamarla mansión de lujo— en California, pero ella solo vivió allí una temporada: mientras estuvo escribiendo el guion de *Happy Family End*.

Se mudó en enero de 2018 y se quedó hasta el 10 de marzo de 2020; regresó a Londres con un Oscar bajo el brazo y la satisfacción de un trabajo bien hecho y un sueño cumplido. Josh también estaba nominado como mejor actor de reparto por *El salón de ámbar*, un trepidante thriller sobre el robo y tráfico de valiosas obras de arte, pero volvió a casa con las manos vacías y una gran dosis de resentimiento que desapareció al cabo del tiempo, aunque no sin esfuerzo.

El glamouroso ambiente de Hollywood le gusta y halaga su amor propio, pero no se imagina fijando su residencia allá de un modo definitivo. La tierra de «tanto tienes, tanto vales» no es lo que quiere para Gillian.

«Donde esté Londres, que se quite todo lo demás.»

La zona donde viven es tranquila sin parecer solitaria, y animada sin resultar excesivamente molesta. Belgravia: proyectada y construida por la familia Grosvenor y el arquitecto Thomas Cubitt para la aristocracia londinense del siglo XIX.

Tienen el Arco de Wellington y el Palacio de Buckingham a la vuelta de la esquina, y a un cuarto de hora de paseo la abadía de Westminster. Adora ese lugar; no importa cuántas veces vaya, siempre encuentra una excusa y una razón para volver y arrojarse con la paz que la envuelve en un tierno abrazo. Ahí dentro se respira historia de la que más le gusta.

Fue aquella primera vez, mientras contemplaba los sepulcros de las reinas María e Isabel I, que supo cuál iba a ser el eje central de su tesis doctoral. Barajaba varias ideas en mente, pero la visita guiada resultó toda una inspiración para su posterior trabajo de investigación. Y lo más importante de todo: entre esos antiquísimos muros se unió a Josh en matrimonio.

No pedirá disculpas por vivir donde vive. ¿Qué esperan, que se aloje en un cuchitril del barrio chino infestado de cucarachas? ¿Para demostrar lo progre y bohemia que es? ¡Qué estupidez! Miserias ya pasó bastantes, y durante más tiempo del que soportaría el santo Job. Días en que sus padres no tenían con qué alimentarlos, cuando las vejaciones en el colegio eran una costumbre tan arraigada que ni siquiera era capaz de hierla... Conocía el valor de la pobreza; por ello luchó a brazo partido para salir de ella y poder observarla desde muy lejos. Y sí, lo reconoce: le tiene fobia a la suciedad..., y sobre todo a las cucarachas. Hay que ser muy guarro o muy masoquista para no tenérsela.

¿Es una privilegiada? Tal vez. ¿Y qué? Se lo ha ganado.

Esa casa de cuatro pisos y veinte habitaciones grandes y luminosas, decoradas ora con el último diseño de vanguardia, ora con mobiliario victoriano, georgiano, Tudor o medieval, es el lugar ideal para vivir y trabajar. Judith ha escrito en su casa siempre que ha podido, y con mucho provecho. A la vista está.

Sus últimas novelas históricas han tenido un notable éxito, y han ocupado los primeros puestos en las listas de ventas de toda Europa; *El milagro del rey* tuvo una clamorosa

acogida en Francia, con más de medio millón de ejemplares, y *La espada de Dios* también gozó de gran número de seguidores en Inglaterra, en concreto 450.000.

Los franceses se rindieron ante la gloriosa exposición de las intrigas y amores cortesanos del reinado de Luis IX, y su «supuesto» poder taumatúrgico y de obrar milagros que lo llevó a ser canonizado y reconocido como San Luis para las generaciones posteriores.

Los ingleses redescubrieron a una María Tudor olvidada y abandonada en el baúl de la memoria, la resituaron en su contexto histórico-religioso y le quitaron la injusta (y ridícula) etiqueta de «Sanguinaria»; todo lo cual no les impidió seguir tomando Bloody Maries como aperitivo previo al almuerzo.

Ambos libros los escribió en español, así como su primera novela negra: una historia de inmigrantes ilegales, mafias del Este, tráfico de drogas a gran escala... y mucha, mucha sangre, que transcurre en la ciudad alicantina de Elche, y lleva el curioso título: *Bajo el puente de Candalix*. El libro ha llegado a las librerías de toda Europa, y su adaptación cinematográfica está prevista. Su agente negocia ya los derechos de autor.

Tiene su propio despacho en la planta baja, junto al salón, y una biblioteca propia de un aristócrata, atiborrada hasta el techo de toda clase de novelas, ensayos de historia y antropología, literarios, y antologías de poetas irlandeses, ingleses, españoles e hispano-americanos. Estudió literatura inglesa e irlandesa en la universidad para ampliar sus estudios de Historia. Yeats, Wilde, Bernard Shaw, Joyce, Stoker... se unieron casi de inmediato a sus imprescindibles y muy queridas Austen y Woolf.

Ha leído a los clásicos griegos y latinos, desde los versos sáficos a los poemas amorosos del incomparable Ovidio. Y siente auténtica veneración por Lorca y Machado. Su preciosísimo ejemplar de *Campos de Castilla* está tan leído y manoseado que da un no-sé-qué cogerlo. Ella es una absoluta negada para componer poesía, pero le gusta leerla e intentar descodificar ese lenguaje extraño y misterioso, similar al de un jeroglífico egipcio. Los poetas le parecen tan dignos de admiración como los físicos y los matemáticos.

Esa admiración incluye a Josh, que nunca le ha permitido ver ni uno de sus versos. A veces no lo entiende. Frente a la cámara, pareciera que se come el mundo; y en la intimidad de casa, con su mujer y su hija, es la persona más tímida que ha conocido nunca. Ya sabe que los actores pecan de eso, que son unos farsantes que solo se sienten libres metidos en la piel de sus personajes. Y en parte tiene su lógica, pero le cuesta aceptar que su marido no confíe en ella lo suficiente para compartir sus inquietudes más íntimas. En el fondo, es un niño grande: siempre anhelante de mimos y atención.

Un ser tan ególatra como ella. ¡Bonita pareja!

Lo echará de menos. Y se preocupará por él todos los días y todas las noches porque sabe que no va a llevar nada bien lo del abandono; es muy sensible al respecto. Y sabe que se sentirá culpable de su intempestiva y silenciosa huida, que se preguntará «qué ha hecho mal y en qué ha fallado».

¿Cómo hacerle comprender que se marcha para resguardarlo del dolor y la repugnancia?

Su enfermedad es solo suya; hay cosas que más vale no compartir con el prójimo, ni siquiera con la persona que más se ama. A veces el egoísmo es el mejor camino. O el menos malo que puede seguir.

Ha decidido operarse en España y pasar allí toda la larga convalecencia post-operatoria. Y el maldito tratamiento: las sesiones de quimioterapia que empiezan a poblar de pesadillas sus noches.

Cuanta menos gente la vea y la reconozca, tanto mejor.

Y con este objetivo en mente, la ayuda de Candela, su amiga riojana, viene como caída del cielo.

¡Caray con los «prodigios» de Internet!

Se conocieron en 1992 por la vía de costumbre: carta va, carta viene. Hay que darles de comer a los empleados de Correos. ¡Veinte años tenían, ja! ¡Quién los pillara de nuevo! En 1997, por esas cosas de la juventud, se pelearon por una tontería tan tonta que no tiene cabida aquí, y dejaron de hablarse.

Doce años después, en 2009, Judith descubrió, a través de una de sus amigas escritoras, Facebook. Sabía lo que eran las redes sociales, se hablaba de ellas todo el santo día: en los periódicos y en la televisión, pero de ahí a probarlas... Uhmmm, no lo tenía muy claro; era un reto difícil. Sin embargo, tuvo que dejar los reparos al margen, porque ese año tocaba promocionarse. Tenía previsto dar un salto muy grande en su carrera, y ¿qué mejor vía para sus propósitos que la red?

Luego vino alguien un día, y le dijo que a través de Facebook podías contactar con viejos amigos... si estaban registrados allí.

Viejos amigos. El primer nombre que se le vino a la cabeza fue: Bárbara. Lo intentó, pero ni modo. No había de qué sorprenderse, siempre supo que era anti-tecnología. Por no gustarle, no le gustaba ni la televisión. Y a finales de agosto, sin saber muy bien por qué, quizá solo curiosidad humana y añoranza de la juventud perdida, buscó a su amiga de Logroño. Ahí sí que tuvo suerte... pero, claro, ¡tantos años sin hablarse...!
«Por probar, no se pierde nada», pensó.

La alegría de Candela ante el reencuentro fue tan grande y tan sincera como la suya. Los años pasan para todo el mundo; su amiga se casó, y tenía un chavalín de seis años. La amistad se retomó en el mismo punto donde la dejaron. Pero las cartas dejaron paso a los chats: más rápido, más seguro y más divertido.

Lo que la lleva de vuelta a España no tiene, sin embargo, nada de divertido; no siente nostalgia por su país de origen, solo es pragmática; sabe que los próximos meses van a ser un infierno, que habrá días en que no tenga fuerzas ni para levantarse de la cama y cepillarse el pelo o los dientes (si no los pierde antes), y otros en que mantener un mínimo diálogo representará toda una odisea. No quiere hacer el esfuerzo añadido que supone pensar y hablar en inglés. Sencillamente, no se ve con corazón de hacer más esfuerzos de los necesarios.

Y no es que vaya a hablar mucho, ni a conocer a mucha gente, ¡qué va! Ha decidido instalarse en Torremuña porque Candela le ha asegurado que es un pueblito perdido en el mapa, recóndito, donde viven apenas cuatro familias, y desperdigadas. Hay más vacas y ovejas que personas, y la corriente eléctrica es un lujo que se paga muy caro.

Es lo ideal en ese momento de su vida. Soledad. Aislamiento. Discreción. No es fácil para ella mantenerse tanto tiempo oculta a los medios de comunicación. En Londres no puede permanecer bajo ningún concepto; allí es toda una estrella mediática, todo el mundo la conoce, y la reconoce en cuanto sale a la calle. Y tampoco puede (ni desea) arriesgarse a «tropezar» con Josh en cualquier pub o restaurante, o peor aún: en la cola del supermercado.

El médico que va a operarla en Logroño, Ignacio del Moral, es uno de los mejores especialistas de cirugía de senos del país; si está allí, y no en Madrid o en Barcelona, es porque toda su familia es de La Rioja. Es un tipo muy campechano y de trato amigable; todo el rigor y la meticulosidad que lo distinguen en la mesa de operaciones desaparece una vez traspone las dobles puertas del quirófano y se enfrenta a los familiares ansiosos de noticias.

Los pacientes agradecen su trato cordial, exento de protocolos y eufemismos. Judith en particular, a quien siempre le han gustado las cosas claras y el chocolate espeso. No le gusta que la traten como si fuera una niña o una deficiente mental. Si la tienen que operar y extirparle un pecho, cuanto más información tenga y más rigurosa sea, tanto mejor.

Y hay otro motivo por el que va a refugiarse en ese lugar y no en cualquier otro: porque

a nadie se le ocurrirá buscarla allí. Y menos que nadie, a su marido. Apenas nadie sabe de la existencia de Candela; es una de tantas amigas... De hecho, Josh no conoce a ninguna de sus amigas. La mayoría eran españolas y dejó de verlas cuando se mudó a Londres después de la luna de miel. Con algunas intercambia mails y mensajes en Facebook.

La única amiga que tiene en Londres, y con quien ha estado saliendo de copas —y a bailar de vez en cuando—, es Debbie, la madre de Alexandra. Quizás más adelante se anime a contactar con ella vía mail para tener noticias de Gillian. Por supuesto, sin darle su paradero. No quiere ponerla en ningún compromiso con Josh; cuanto menos sepa, mejor.

Baja las ciento veinticinco escaleras con la maleta en la mano y la vista puesta en todo lo que deja atrás y que, quizá, no vuelva a ver. Porque, ¿quién le garantiza a ella el éxito de la operación? No sería la primera mujer que no sobrevive a un cáncer; es verdad que hay un altísimo porcentaje de mujeres que logran vencerlo y recuperarse, pero no deja de existir un pequeño margen de error y fracaso.

Hay muchísimas personas que se asustan ante una operación semejante, ella no se deja dominar por el pánico, aunque nunca antes ha estado en un quirófano, o quizá por eso mismo. Estuvo en una sala de partos, sí, cuando dio a luz a Gillian; pero eso era un alumbramiento, y aunque creyó volverse loca del dolor, no hubo complicaciones ni en ningún momento temió por su vida o la de su hija.

Seis horas después llega a Logroño, donde la espera Candela con el coche para llevarla a su nueva casa. Había pertenecido a su abuela y llevaba diez años cerrada a cal y canto antes de que su amiga decidiera hacer reformas y convertirla en lugar de veraneo para su hijo Hugo. Eso fue en 2010, y desde entonces han ido todos los veranos. Al comentárselo, Judith se sintió culpable de invadir ese espacio tan privado y familiar.

—No seas tonta, mujer; si no vamos este año, no pasa nada. Hugo se irá a Italia con la novia y unos amigos del trabajo. No lo echará de menos, créeme. Y a mí me encanta tenerte cerca. Llevas demasiado tiempo en Inglaterra; te conviene una dosis de clima mediterráneo. Seguro que hace años que no pisas una playa...

Le recuerda, entre risas, que La Rioja no tiene playa y que enero no es el mejor mes para meterse en el agua... De hecho, no sabe cuánto tiempo tardará en pisar una playa o ponerse un traje de baño en condiciones. No este verano.

Dos días después de su llegada a España tiene lugar la operación. La buena noticia es que ha salido con vida de ella, y el tumor ha sido extirpado; la mala, que el pecho izquierdo ha desaparecido con el tumor y ya no queda ni rastro de ninguno de los dos. Se supone que debe alegrarse, pero ese verbo lo ha desterrado de su vocabulario; quizá cuando todo este penoso y deprimente proceso acabe, y su vida vuelva a tener visos de normalidad, pueda reincorporarlo. Quizá. Lo que le queda por delante son meses de reclusión y sesiones de quimioterapia. No imagina qué alegría puede causarle eso a nadie.

Ahora mismo se siente débil y cansada; el aparatoso vendaje dificulta sus movimientos, que ya de por sí son muy limitados porque lo único que realmente le apetece es dormir...

En cuanto a su autoestima... ¿Qué decir?

No era stripper ni actriz porno, pero... ¡Qué caray! Estaba orgullosa de sus pechos. Tenían la talla justa y una bonita forma; a ella le gustaban y a Josh mucho más. ¿Qué cirujano será capaz de reconstruir su mama de tal modo que su marido no distinga la auténtica de la falsa? En cualquier caso, ella siempre recordará los meses en que estuvo mutilada, ¿cómo podrá olvidarlos?

Y todavía falta lo peor: el tratamiento químico que han de administrarle y que acabará con la poca vanidad que le queda... ¿Queda algo aún?

Durante la siguiente semana no hace absolutamente nada, apenas come y duerme, no habla con nadie; ni siquiera conecta el portátil para desahogarse escribiendo su particular «diario de una enferma de cáncer». Y es que nunca se le han dado bien los diarios; y a estas alturas de su vida, pasados los cincuenta, no va a empezar uno nuevo.

Dicen que las cosas no son reales hasta que no las traduces en palabras. Ella permanece muda en esa casa, perdida entre árboles; ni siquiera tiene un perro que le ladre. Sigue a rajatabla los consejos del cirujano y no hace esfuerzos bruscos; deja que la herida del torso cicatrice como es debido; de ello depende, en buena parte, la reconstrucción estética posterior.

El 12 de febrero empieza sus sesiones de quimioterapia en el Hospital Provincial de Logroño; la unidad de oncología está en la cuarta planta, y la primera mala noticia del día es que no funcionan los ascensores. Si con veinte años no le gustaba subir escaleras, con cincuenta y dos cumplidos el ejercicio se le antoja un suplicio. Se dice a sí misma que está hecha a todo, ¿qué son ciento cuarenta escalones al fin y al cabo, cuando todo tu mundo se ha hecho añicos y te sientes más muerta que viva?

La primera dosis se la administran por vía intravenosa, otro calvario, ¡con lo poco que le gustan las agujas! El médico le explica una vez más en qué consiste el tratamiento y los medicamentos que va a administrarle; añade una letanía de síntomas y efectos secundarios que van desde mareos y aumento de peso hasta la temida pérdida del cabello y esterilidad. Esto último no le quita el sueño; cuando Gillian era pequeña, se sometió a una operación de ligadura de trompas. Si algo no entra en sus planes es quedarse embarazada.

La falta de la menstruación tampoco la angustia precisamente... Lo de las vomitonas es otra cosa porque, desde su embarazo, no había vuelto a echar el hígado por la boca. Ya ni recuerda la amarga sensación que le quedaba: asco y cansancio por igual. Seis meses, le han dicho; tiene que venir al hospital a semanas alternas; si quiere recibir el asesoramiento de un psicólogo, o participar en terapias de grupo, puede ayudarla a sobrellevar mejor todo el proceso. Judith deniega con la cabeza; por el momento no tiene ánimos para psicoanálisis ni reuniones. Quizá más adelante...

No se molesta en comprar pelucas; se ha traído de Londres pañuelos de seda de su colección de Hermès para ir combinando con la ropa que se ha traído; tampoco tiene apuntado en la agenda fiestas ni actos públicos. Si se «esconde» a la vista de su familia, ¡qué decir del resto del mundo!

Candela la trae y la lleva, del hospital a la casa, y vuelta al hospital. Siempre en coche; a veces, si se encuentra en condiciones, conduce un trecho, pero la mayor parte de las veces se deja llevar. La quimio la está volviendo perezosa.

En junio, con ese calor típico de La Rioja y ese sol de justicia que todo lo achicharra, se siente, curiosamente, capaz de empezar a teclear lo que va a ser la primera sit-com de su vida de escritora. Quizá tenga que ver con los buenos resultados que está dando el tratamiento, o quizá para exorcizar malos pensamientos, la risa es el mejor recurso que tiene a mano. A veces piensa que es el único recurso.

En la más absoluta tranquilidad de esos parajes montañosos, a varios kilómetros de algún atisbo de civilización moderna, pasa el mes de julio; echa de menos el ajeteo de las calles londinenses; la gente que va y viene, sin cesar, corriendo, con el móvil pegado a la oreja y en la otra mano un sándwich de pollo frío; las luces de los teatros y los cines... ¿Cuánto hace que no va a ver una película? ¿Cuánto que no lee la cartelera de un periódico?

No reconoce a esta Judith que puede tirarse horas enteras mirando el cielo, deshojando margaritas u ordeñando una vaca. Sí, por increíble que parezca, ha aprendido a ordeñarlas. O lo hace o no hay desayuno que valga. Ah, la necesidad es la madre del ingenio y de unas cuantas cosas más, todas muy provechosas. También ha

aprendido a esquilar ovejas... ¡Con lo poco que le gustaba a ella el campo! A veces se pregunta qué demonios hace. Se pregunta si la quimioterapia no le estará afectando el cerebro, concretamente esa parte que dicta la personalidad, los gustos, las fobias...

La primera semana de agosto acude a su última sesión; todo ha ido mucho mejor de lo que ella misma y los médicos esperaban. Unos análisis de sangre y una mamografía bastan para confirmar que no queda ni una sola célula cancerosa en su cuerpo. Antes de Navidad, si lo desea, podrá someterse a la operación para reconstruir la mama. El doctor Ignacio del Moral, el mismo que le practicó la mastectomía en enero, le recomienda al mejor cirujano plástico del país. Se llama Ferran Ferrer y está en Barcelona. Judith hace cuentas. Un mes, dos, tres... Quizás a primeros de diciembre pueda concertar una cita con él y hablar del asunto; primero hay que dejar que la naturaleza siga su curso, que reponga fuerzas y, sobre todo, que el cabello vuelva a tener la longitud deseable y pueda aparcar los pañuelos en el armario.

A mediados de septiembre se pone en contacto con Debbie O'Sullivan; a través de ella sabe que Gillian está muy bien, de hecho está viviendo en Hampstead con ella y Alex. A Josh le ofrecieron un papel en una película, en Los Ángeles, y tuvo que marcharse de un día para otro, como quien dice. No quería llevarse a la niña con él, así que la dejó en casa de su mejor amiga. Las niñas son muy felices, no tiene de qué preocuparse. Están preparando la fiesta de cumpleaños de Gillian. «Que son doce», le recuerda como si ella no llevara la cuenta al día

Le pregunta si está bien.

—Te marchaste tan intempestivamente y tan en secreto...

Ahora que todo ha quedado atrás, Judith se sincera y le dice que está en España, que le diagnosticaron un cáncer de mama y le tuvieron que extirpar el pecho izquierdo. Que no estaba de ánimos para ver a nadie. Necesitaba aislamiento y soledad.

«Ya estoy curada», afirma, «y no tardaré en volver a dar la lata, como de costumbre».

A primeros de año Judith vuelve a ser la que era antes de la enfermedad; solo su marido podría, quizá, notar cierta diferencia del pecho izquierdo al derecho, pero tal y como le dijo el cirujano, debería de ser un tipo muy quisquilloso para enojarse por ello. Quisquilloso e insensible. A fin de cuentas, no se ha operado por gusto.

Sería hora de volver a casa si no fuera porque tiene la novela en marcha y no quiere irse sin terminarla; el ambiente rural, paradójicamente, ha sido de lo más inspirador para una novela tan urbanita y cosmopolita como es Estresados.

Para mí lo único importante es la felicidad de mi hija.

Y mi hija es feliz, tanto como una puede serlo a su edad, cuando te sientes joven y guapa, y lo más importante: querida de modo incondicional. Él se lo tomó bastante peor; es cinco años y pico más joven que yo, pero se ha vuelto muy conservador de unos meses para acá. Hay días que no lo reconozco, y otros tantos me pregunto qué vi en él para caer rendida a sus pies y adorarlo como a un dios. *Mi dios.* Mi pequeño gran milagro.

El amor lésbico de Gill y Alex ha sido siempre motivo de peleas entre nosotros, y la perfecta excusa para echarnos en cara todo lo que no va bien en nuestro matrimonio, que es mucho más de lo aparente a simple vista. Aunque en las revistas y en la televisión salíamos enamoradísimos, luciendo una sonrisa radiante para acallar las lenguas viperinas, lo cierto es que, desde mi enfermedad, nos hemos distanciado mucho; ya no pensamos ni sentimos igual. Nuestro amor ha pasado de ser envidiable a ser discutible, cuanto menos...

Están en la cama, despiertos y con ganas de hablar. Algo que en los últimos meses no hacen tan a menudo como debieran.

Su trabajo es tan apasionante, y exigente que demasiado a menudo pierde el mundo de vista. Y eso incluye a Josh y a Gillian. Ellos son muy respetuosos con su profesión,

pero su infinita comprensión y paciencia la hacen sentir fatal cuando no puede atender sus necesidades como quisiera. Ha pasado el último año trabajando sin descanso en su nuevo libro: Tierra de olivos. Ahora ya está en la calle, en España y Latinoamérica, con una tirada inicial de dos millones de ejemplares para satisfacer a un público entregado y expectante.

No está nada mal; empezó hace más de veinte años con micro-ediciones de quinientos ejemplares financiados con dinero sacado de su bolsillo, y hoy sus novelas se traducen a diez idiomas, y tiene entusiastas lectores en los cinco continentes.

Relajados y felices, marido y mujer se miran a los ojos y sonríen con complicidad. Los dos están pensando lo mismo.

—¿Qué opinas de la travesura de la niña? —Judith se refiere al irracional impulso que ha tenido Gillian esa tarde.

—Que es un arrebató juvenil —ríe él con ganas—. ¿Qué quieres que opine?

—Pero ¿tú te crees lo que nos ha contado?

—¿Y por qué no? ¿Me he perdido algo?

«No sería la primera vez», piensa Josh con repentina amargura. Sabe que Judith le oculta cosas. Y no son nimiedades. Ha aprendido a vivir con ello, pero duele. Duele mucho.

—Me preocupa que nos ocultes cosas —le interrumpe ella, con el ceño fruncido—. Si lo hace es porque no nos tiene confianza.

—Está en la edad del pavo —la tranquiliza, todavía con la sonrisa pintada en la cara—. Ya se le pasará. Si todo su alarde de rebeldía juvenil se limita a cortarse el pelo como un muchacho, no perderé el sueño. Y está preciosa, reconócelo. Podría ser peor, y lo sabes. Tal y como está la juventud ahora, lo que debemos vigilar, y muy de cerca, es que no se meta nada raro en el cuerpo... Tú ya me entiendes.

Le dirige una aviesa mirada que ella interpreta como un reproche velado a su labor materna.

—¿Eso crees, que no «vigilo» a la niña como debiera?

La ofende que le recrimine algo, ni que sea con la mirada.

¿Qué tiene que recriminarle?, ¿que no es «la santa» de su madre? Cada cual es como su madre lo ha parido. Y ella se preocupa por Gillian todos y cada uno de los días de su vida, porque su hija es su mayor tesoro. Le replica:

—Yo no quiero esperar a que «se le pase». Quiero ayudarla si tiene problemas. No quiero que crezca sola.

Le falta añadir: «como crecí yo».

—No la agobies —la aconseja—; si quiere decirnos algo, lo hará cuando le apetezca. Ha salido a ti, tiene tu mismo carácter reservado y esquivo.

—¿Es un reproche?

Ahora sí está enfadada.

—¿Tengo motivos para reprocharte algo?

Cuando Josh se pone sarcástico, es insoportable. Cuenta hasta diez para reprimir las ganas de estrangularlo.

—Tú sabrás. Te casaste conmigo sabiendo muy bien quién y cómo era. Si no te gustaba, haber pedido que te devolvieran el dinero —bromea sin ganas.

—A estas alturas, dudo que se acepten cambios —le devuelve la broma y le sonríe.

No quiere pelear con ella, sino hacerle el amor. Desde que volvió de dondequiera que hubiera estado escondida, su vida sexual ha ido de mal en peor. De la enfermedad no le ha dicho ni media palabra... y ya ni siquiera espera explicaciones. Judith es así y punto.

—No te enfades —trata de mostrarse cariñosa.

—No estoy enfadado. ¿Tienes sueño?

—Pues no mucho, la verdad.

—¿Quieres... hacer el amor? —pregunta por preguntar. Ya no alberga esperanzas, pero tampoco pierde nada intentándolo.

Ella titubea. Desde su regreso a Inglaterra —y aunque el pecho izquierdo le fue reconstruido a la perfección tras la mastectomía y las interminables e insufribles sesiones de quimioterapia— no está a gusto con su cuerpo, lo siente extraño y ajeno. A lo mejor, se dice, es sólo la menopausia; pasa ya de los cincuenta, y cada cumpleaños la aplasta como una losa. Sabe que no debe dejarse morir, no en ese aspecto. Pero francamente: no tiene ganas de sexo. Y eso la preocupa más que nada, porque Josh siempre la ha puesto a mil; era mirar sus labios y le subía la temperatura hasta los 40° y más. Fue conocerlo y aficionarse a las duchas frías para bajar las calenturas que la encendían de la cabeza a los pies.

Lo peor es que si no satisface sus deseos y expectativas, un día de estos irá a buscar a cualquier modelito de tres al cuarto, rubia, estúpida e hipersiliconada, para saciar su placer. Acepta a regañadientes; mejor ella que otra. Su amor propio está en juego, y no va a permitir que una Barbie anoréxica le birle a su marido delante de sus narices. Antes, muerta.

Los prolegómenos son lentos y tímidos: exploración y reconocimiento; llevan tanto tiempo sin acostarse juntos que los cuerpos se sienten extraños. Minuto a minuto, y caricia a caricia, vencen los celos, los miedos, la inseguridad y la desconfianza de los últimos años.

Tanto uno como otra se han echado de menos más de lo que reconocen en voz alta, y es en la intimidad de su cama donde queda patente esa añoranza. Todavía hay posibilidad de salvar la relación antes de que se vaya definitivamente al garete. Aún vale la pena reavivar aquel fuego que los abrasó años atrás en Grafton St.

Lealtades Enfrentadas siempre fue una novela «de mujeres para mujeres»; el mismo título era ultra femenino. Más que un triángulo amoroso donde heterosexualidad, bisexualidad y homosexualidad iban de la mano, era una historia que reivindicaba el *girl power*, el poder de la mujer de elegir su propio camino, sus relaciones, su futuro profesional... y sus prioridades en la vida en definitiva. Una historia que abogaba por el feminismo bien entendido, donde querer es poder y no hay más techo de cristal que el que tú misma quieras ponerte. A fin de cuentas, una de las ventajas de dibujar el porvenir es la potestad de hacerlo a nuestro gusto; si los escritores jugamos a ser Dios un día sí y otro también delante de la pantalla del portátil, a la que nos ponemos futuristas no hay límites que valgan.

Cuando la concebí a partir de recuerdos de distintos sabores, olores y colores, nunca pensé que fuera a caer en manos de un hombre, por muy despistado que anduviera el pobre, ni siquiera mi marido. Y no porque no entienda muy bien el español, sino porque *a priori* no se identificaría con la historia.

Para mí era un asunto finiquitado. Yo había cumplido con mi deber. No tenía más que añadir. Era un libro cerrado que no tenía necesidad ni intención de volver a abrir.

Josh tampoco demostró nunca mucho interés por él.

¡Ja! ¡Qué equivocada estaba, diosito mío, qué equivocada!

Gill y Alex han pasado juntas el fin de semana; reservaron con nombres falsos una habitación en el hotel Temple Bar, uno de los mejores y más caros del centro de Dublín. Llevaban años queriendo hacer esa escapada, y era impensable no hacerla juntas; su vida se conjuga en primera persona del plural. Son ya tres años de relaciones, y han mostrado toda la discreción que se puede mostrar a esa edad. Gillian no olvida quiénes son sus padres, y lo que puede pasar si periodistas entrometidos las pillan en una situación comprometida cuando todavía no ha dicho ni una palabra en casa. Pero el momento ha llegado: ese sábado ha cumplido los dieciocho años. Es

hora de poner las cartas sobre el tapete; no quiere ni puede aplazarlo por más tiempo. Cuando llega de vuelta a la casa de Grosvenor Crescent, cargada con dos maletas y con una sonrisa de oreja a oreja, sus padres la esperan. No ocurre a menudo, y no sabría decir si es buena o mala señal. Judith está viendo la tele; la apaga en cuanto su hija se deja caer en el sofá, agotada y feliz. Está claro que quiere conversación.

—¿Lo habéis pasado bien, cielo?

«Cielo» es el apelativo que Judith usa cuando habla con su hija, o se refiere a ella delante de otras personas; tiene tanto que ver con el color de sus ojos como con su carácter apacible y su infinita ternura. De las dos, Alex es la más temperamental y fogosa. En todos los sentidos.

—Ha sido genial, mamá —suspira y sacude su hermosísimo cabello, que vuelve a lucir largo hasta la cintura. Judith lo acaricia y lo cubre de besos. Gillian es feliz, y se ve a las claras que el fin de semana le ha sentado de maravilla.

Su madre está impaciente por saber qué han hecho ese par.

—Me alegro. ¿No os habéis aburrido las dos solas?

—¡Qué va, para nada! No necesitamos más compañía.

—Pero podríais haberos llevado a un par de guapos mozos para divertirlos...

—A eso iba, mamá —la interrumpe. Ha llegado el momento de sincerarse—. Nosotras no queremos relaciones con chicos.

Judith la mira con suspicacia.

—Pues si no queréis a vuestra edad, ya me dirás tú...

—Mamá, Alex y yo estamos juntas.

—¿Y cuándo no?

—No, mamá —sonríe con cara de niña traviesa—. Juntas, ¿captas?

Judith enmudece. Sí, ha captado el mensaje divinamente. Ella mejor que nadie puede entenderla. Lo que no tiene tan claro es si Josh lo va a encajar con la misma naturalidad.

—Uhhh..., diría que sí. Sois lesbianas. Y os queréis. ¿Es eso lo que debo captar?

—Tú lo has dicho, yo no lo hubiera expresado mejor.

—Perdona si no me quedo boquiabierta, cielo, con los años he perdido la capacidad de sorprenderme.

—Ni yo esperaba que lo hicieras. Tú, más que nadie, sabes que siempre he buscado la compañía de Alex y la he preferido a la de cualquiera.

—Lo sé, lo sé. Y tu padre debería saberlo también, pero ya te adelanto que no se lo va a tomar con el mismo talante que yo.

—¿Se lo vas a decir?

—¿Prefieres hacerlo tú?

—La verdad, no. No me veo con fuerzas y no quiero que me amargue el buen sabor de boca que me ha dejado el fin de semana.

—¿Lo habéis hecho? —Judith se siente excitada y curiosa, y se avergüenza de ello; no está bien indagar de ese modo morboso en la vida sexual de su hija.

—¿El amor? —Gillian guiña un ojo—. Llevamos tres años haciéndolo, mamá. Y es sensacional.

—Está bien, está bien, no me des detalles; ya me los imagino yo solita —le devuelve el guiño—. Hablaré con tu padre y miraré de ir acostumbRANDOLE a la idea. Con un poco de mano izquierda podemos llevarlo por donde queramos. Sabes que, en el fondo, es un buen hombre y te quiere con locura.

—Gracias, mami —le estampa un beso en la mejilla.

Judith suspira y piensa que el destino es de un caprichoso que da miedo.

—Hablando de otra cosa, ¿alguna vez me explicarás por qué oculta e incomprensible razón te cortaste el pelo? Y no me digas «por cambiar», que nos conocemos.

—Algún día. Te lo prometo —le da otro cariñoso beso—. Pero no ahora.

—Oh, Gillian —se lamenta entre suspiros—, te pareces a mí más de lo que quisiera.
—¿Qué quieres decir?
—Nada, cosas mías, cielo. No te preocupes. ¿Vas a salir después de cenar?
—Sí. Alex quiere que vayamos a tomar unas copas para rematar la fiesta.
—¡Pero si tú no soportas el alcohol!
—Alex tomará unas copas —enfatisa con una sonrisa en los labios para tranquilizarla—. Yo me conformaré con una Coca Cola o una cerveza sin alcohol.
—Mejor será que te quedes a dormir en su casa. No sé de qué humor amanecerá tu padre mañana. Ya sabes que si algo no le cuadra... le da por beber.
—¿Se lo vas a decir hoy?
—¿Qué sentido tiene postergarlo, cariño? Cuando antes dejemos zanjado este asunto, mucho mejor. Más nos vale que se entere por nosotras y no por terceros.
—Hemos sido muy discretas y vamos a seguir siéndolo. Si lo que te preocupa son los periodistas, pierde cuidado. Sé cómo comportarme delante de ellos.
Después de la cena, Gillian va a cambiarse de ropa y sus padres se retiran al dormitorio. Cuando Judith oye el golpe de la puerta al cerrarse y ve a su hija cruzar la calle y dirigirse a Holborn a paso rápido, sabe que ha llegado el momento de destapar el asunto que la trae de cabeza y que apenas le ha permitido probar bocado en la mesa.
Se aparta del ventanal y corre las cortinas para resguardarse de la mirada curiosa de los vecinos mientras Josh se acerca a ella por detrás y la besa en la coronilla. Está preocupado; algo raro pasa, la actitud de su mujer y su hija durante la cena no ha sido la habitual. Judith estaba distraída jugando con los cubiertos, pero sin llevarse nada a la boca, y Gillian no hacía más que sonreírse como una boba sin decir una palabra. En los últimos tiempos tiene la desagradable sensación de estar de más en su propia casa.
—No has tocado la cena, Judith. ¿Qué pasa? A Gill se la veía más contenta que unas pascuas; se ve que lo han pasado de vicio en Dublín —sonríe y le guiña el ojo con picardía mientras recuerda cuando ellos hacían esas travesuras, nada más conocerse, cuando todo era amor, sexo y felicidad en estado puro—. Seguro que se han llevado a unos chicos para divertirse, aunque no nos dijeran nada antes de marcharse... por si nos oponíamos.
—No —ella meneaba la cabeza y se sienta en la cama. Continúa casi en susurros—: Los chicos no entran en los planes de Gillian.
—Pues ya es hora. Acaba de cumplir dieciocho años, ¿a quién está esperando, al príncipe azul? —bromea y suelta una carcajada.
—Tu hija ya tiene pareja.
—Haber empezado por ahí. ¿Lo conozco?
—Sí, la conoces —respira hondo, consciente de lo que va a decir—: Es Alexandra. Ella y Gillian están juntas. Y enamoradas.
—¿Qué...? —Josh palidece, consumido por una repentina ira—. ¿Me estás diciendo que mi hija es una jodida lesbiana, que esa maldita zorra pelirroja y mi hija...?
—No te caía tan mal cuando dejaste a tu hija en su casa hace seis años. Entonces te parecía estupendo que las dos niñas vivieran juntas bajo el mismo techo. Sobre todo porque no estorbaba tus planes...
—Eres única —no es un cumplido esta vez—. ¿Te recuerdo por qué tuve que aparcar a nuestra hija en casa ajena? —Se lo recuerda—: Porque su madre abandonó el hogar y se largó vete tú a saber a dónde y por qué. Yo todavía no lo sé. Ni lo uno ni lo otro. No me vengas ahora a dar lecciones de paternidad. No eres nadie para recriminarme nada.
—Eres tú el que se ha puesto como una furia y ha insultado a la compañera de tu hija. Vete acostumbrando, Josh, se quieren y son felices. La cosa va para largo, y cuánto

más te opongas peor va a ser. Sabes lo que es la juventud, ¿o ya se te olvidó, metido en tu papel de padre de familia burgués, conservador y homófobo?

—Tú, en cambio, debes de estar muy satisfecha sabiendo que ha salido a ti.

—La homosexualidad no es algo hereditario, Josh. No seas tonto.

No quiere enfadarse con él ni faltarle al respeto, pero a veces la saca de quicio. Sabe que quiere otro futuro para Gillian, pero los hijos hacen planes por su cuenta. No quiere que su marido se sienta fracasado como padre porque su hija no ha elegido el camino convencional. Y a fin de cuentas, ¿cuál es el camino convencional, y quién ha dicho que sea mejor que otros?

—Y la historia se repite —continúa él en un tono deliberadamente malicioso—, aunque parece que esta vez acabará mejor.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes, Judith, pero te refrescaré la memoria de todos modos.

Josh abre un cajón de la mesilla de noche y saca un libro, uno que ella echó de menos semanas antes, pero al que no dio mayor importancia. Comprende la magnitud de su error cuando él lo agita frente a su rostro como una centelleante arma.

—Lealtades Enfrentadas —lee él con una voz engolada que a ella le repatea el estómago—, ¿te suena de algo? Es muy interesante, cariño; a mí en particular me resultó muy «instructivo». No sólo mejoré mi comprensión del español, sino que además me enteré del pasado oscuro de mi mujer. Un pasado que hubiera querido que me contara ella de un modo, digamos, más personal.

—Josh, por favor...

—Por favor, ¿qué? —La interrumpe con brusquedad; los ojos relampagueantes, preñados de ira contenida—. ¿Te duele? ¿Cómo crees que me sentía yo mientras lo leía, cómo crees que me he sentido todos estos años sabiendo que había una mujer en tu vida? Mi mujer es lesbiana —grita al vacío mientras arroja la novela al suelo—, o digamos más bien: bisexual —matiza ahora con un ligero toque de cinismo—; y yo me vengo a enterar leyendo un best-seller del que ni siquiera sabía su existencia cuando nos casamos porque ella jamás me dijo una palabra. ¡Increíble! Necesito una copa —anunció—; todo esto es demasiado para mí.

—Sí, adelante, sírvetela —le invita ella, riéndose de su debilidad—. Ése es tu modo de resolverlo todo: ahogándolo en alcohol. Cualquier excusa es buena para emborracharte —le recrimina.

—No me sermonees, Judith, no te lo aguanto. Y te lo advierto: no quiero ver a esa zorra McGahern en esta casa nunca más, ¿queda claro?

—A mí me trae sin cuidado si viene o no, Josh —le dice, a punto de perder la paciencia—. No soy yo quien está perdidamente enamorada de Alexandra. Mañana, a la hora del desayuno, te plantas delante de Gillian, y a ver si tienes cojones de decirle que «esa zorra McGahern» tiene prohibida la entrada a esta casa.

—No me desafíes.

—No es un desafío. Es la realidad mirándote a la cara, pero tú no quieres verla. ¿Quieres enfrentarte a tu hija, ponerla contra las cuerdas? Adelante, hazlo. A los diez minutos la verás con las maletas hechas y camino de Hampstead. Y no serán dieciocho meses como la otra vez. Debbie es más tolerante que yo incluso —ambos conocen a la madre de Alex y coinciden en que es una mujer guapa, inteligente y muy agradable—; hazte una idea de lo idílica que puede ser su vida en común: juntas, libres y felices, viviendo a su aire, sin ataduras... Sólo necesita una excusa para correr a su lado y quedarse con ella. ¿Y se la vas a dar tú? ¡Ja! Menuda ironía.

—¿Qué pretendes, Judith, con todo esto?

—Yo no pretendo nada, no seas ridículo. Sólo quiero que mi hija sea feliz. Francamente, no sé qué quieres tú.

—Un poco de sinceridad, si no es mucho pedir. Acabo de descubrir tu secreto y ni te

inmutas. ¿No vas a decirme nada, a disculparte por haberme tenido engañado todo este tiempo?

—¡Oh, vamos! Lo que a ti te duele es el engaño y que yo, en algún momento de mi vida, estuviera enamorada de una mujer con la cual no tuve nada digno de ser contado o justificado. Deberías saberlo tan bien como yo si de veras leíste la historia de cabo a rabo. ¿O sólo te quedaste con lo que te interesaba y justificaba tu victimismo? No puedo creer que antepongas tu pisoteado orgullo masculino a la felicidad de tu hija, que te revuelvas en su contra por puro despecho. La historia de Gillian es suya, y no tiene nada que ver con la mía. No mezcles las cosas; es muy rastrero por tu parte sacar a relucir esto ahora.

—¿Y cuál es un buen momento, según tú? Si no dije nada fue porque esperé, como un idiota, a que vinieras y me lo contaras todo de un modo espontáneo, sin que tuviera que sacarte la confesión a la fuerza.

—No te lo dije porque lo olvidé. Cuando nos casamos, me propuse borrar de mi memoria todo aquel episodio que nada bueno me había traído, y creí haberlo conseguido. No quería que envenenara nuestra relación. Por lo visto, a pesar de todo mi empeño, no he podido salvarla. Piensa de mí lo que quieras, pero no ataques a Gill —le suplica—. Ella no sabe nada. Yo no tuve nada que ver en su relación. Ni la animé ni la desalenté. Simplemente, dejé que viviera sus propias experiencias. Si alguien la arrojó a los brazos de Alexandra, ése fuiste tú —le recuerda una vez más—. Puedes avergonzarte, arrepentirte u odiarte por ello, pero no puedes culparme a mí —se defiende al fin.

Hará un año que empezaron a llegar a mis manos las amenazas de muerte. Por correo electrónico y por el tradicional. No eran muy originales. Todas empezaban: «perra infiel», y acababan con alguna de las variantes: «muerte, muerta, morir». La primera me la tomé más o menos en serio. Las otras ya no. Al contrario, acabé por encontrar interesante —e incluso sexy— mi nuevo apodo.

También me llegaban algunas a través del móvil: sofisticado y diminuto; cuando alguien quiere localizarte, sabe muy bien cómo hacerlo.

Por las fotos que me enviaban junto a los anónimos supe que nos vigilaban muy de cerca. Sabían dónde vivíamos, a qué hora salía yo de casa y a cuál estaba de regreso, a qué facultad iba mi hija a estudiar, los bares, clubes y amigos que frecuentaba... Incluso tenían controladas las idas y venidas de Alex, ahora que ella y Gill estaban comprometidas y compartían una monada de casa en Chelsea. Para colmo, seguían la carrera publicitaria y cinematográfica de Josh mejor que yo misma.

Daba un poco de miedo, la verdad; a mí me preocupaba mi hija. Y también Alex y Debbie, quienes, sin tener culpa ni responsabilidad alguna en mis actividades socio-políticas, no tenían por qué pagar las consecuencias.

Gillian se lo tomaba con la naturalidad de quien, desde muy niña, ha aprendido a vivir perseguida. Pero una cosa es que te vayan detrás para cazar un autógrafo, y otra muy distinta que lo hagan para cazarte a ti...

Judith lleva ya quince días en Londres cuando recibe la llamada de Gillian. Su hija la ha invitado a almorzar; llevan tiempo sin verse y se echan muchísimo de menos.

La novelista ha estado seis meses de gira por Europa, y particularmente en Austria, con su nuevo libro: Belvedere Park, una novela llena de intriga y pasión, cuya protagonista no es otra que la emperatriz María Teresa de Austria, mujer «de hierro», y madre —entre otros— de la malograda María Antonieta. Se trata de su cuarta novela histórica, después de La isla de la vainilla, El milagro del rey y La espada de Dios.

Su matrimonio, que parecía a punto de irse al traste después de la declaración de Gillian y todo lo que ésta acarreó, se ha revigorizado para sorpresa de propios y

extraños, y la pareja vive una segunda y muy gozosa luna de miel en los incomparables paisajes de Innsbruck, Viena, Salzburgo y Melk. Josh la ha acompañado durante buena parte de su periplo europeo y ha sido un gran apoyo en todos los sentidos. Cuando quiere, es un amor. Cuando quiere...

Ahora siente sus labios en el pelo y su voz en el oído:

—¿Vas a salir?

—Sí —contesta Judith mientras se sube la cremallera de la chaqueta de piel y coge el bolso—. Voy a casa de Gill. Ella y Alex me han invitado a almorzar.

—¿Puedo acompañarte?

Se queda boquiabierta al escucharle. ¿Es un milagro, una alucinación? ¿Le ha pedido su marido si puede acompañarla a ver a la hija que tan «alegremente» repudió el año pasado?

—Por supuesto —afirma—. No llevas nada, ¿verdad? —Le interroga con una sonrisa pícar—. Digo, con que agredir a la novia de tu hija...

—¡Judith, por Dios!

—Judith, ¿qué? La última vez que la viste... Si las miradas mataran...

Ríe divertida al recordarlo; su marido se pone muy grosero a veces, casi siempre sin verdadera intención de ofender. Gracias a Dios, Alex tiene mucho sentido del humor y no le toma en serio.

—Pero no matan.

—Y tú pareces lamentarlo.

—No me pidas que la trate como a una hija —se impacienta él.

—No puedo si no te sale de adentro, pero prométeme que te vas a comportar. Si no, te quedas aquí.

—Deja de tratarme como si tuviera siete años —protesta.

—Deja de actuar como si los tuvieras —le regaña ella.

Josh cambia de tema:

—¿Van a casarse?

—No, a mí no me han dicho nada... todavía.

—¿Lo saben los periodistas?

La posibilidad le quita el sueño la mitad de los días. Ya le parece bastante grave que su hija haga «vida marital» con otra mujer, para que, encima, su nombre ande de boca en boca por todo Londres.

—No —lo tranquiliza con una sonrisa mientras suben al Cadillac descapotable—. Ya no son niñas, saben cómo comportarse. Tienes que reconocer que Alexandra está teniendo una paciencia de santa. Sabes cómo es: va siempre de frente; odia las simulaciones y fingir lo que no es. Esta situación la saca de quicio, pero ama a Gillian, y respeta lo que es y lo que conlleva ser hija nuestra. Por no hablar de...

—¿De qué?

—Están vigilando su casa, no sólo la nuestra.

—¿Esos hijos de puta han amenazado a mi hija?

Josh acaba perdiendo los nervios; últimamente, Judith tiene la virtud de sacarle de sus casillas: de palabra y de hecho.

—No —trata de calmarlo sin conseguirlo del todo—. Sólo las vigilan; es a mí a quien quieren. Pero no podemos evitar que sufran esta situación. Y no me echas la culpa, que te veo venir. Soy como soy. Ser hija mía tiene ventajas e inconvenientes. No todo va a ser trapitos caros y glamour.

»He sido una buena madre para ella; siempre he estado ahí para escucharla, con mi hombro cerca para cuando quisiera llorar en él; la he aceptado tal cual es, y nunca, lo sabes bien, NUNCA la he juzgado.

»La contrapartida es que la fama y el trabajo bien hecho despiertan envidias y aparecen enemigos como setas bajo un árbol; los míos no se chupan el dedo, saben

muy bien cómo hacer las cosas. Pero no les tocarán un pelo, ellas no les interesan, ni vivas ni muertas. Su presa soy yo, pero siempre es divertido jugar al gato y al ratón. Y no se lo reprocho; si estuviera en su lugar, haría lo mismo. El miedo es el arma de destrucción masiva por excelencia y la más terrorífica que podrán jamás esgrimir. Pero a mí no me conocen; creen que sí, pero se equivocan. Yo no soy como las demás mujeres que acostumbran a tratar; a mí las amenazas me resbalan. Están perdiendo el tiempo jugando a amedrentarme.

»Voy a seguir viviendo y voy a seguir escribiendo. Sus insultos y diatribas demuestran que estoy dando en la diana con todos y cada uno de mis artículos; saben que no me faltan razones para flagelarlos con mi pluma, aunque nunca lo reconocerán porque soy mujer, y occidental: una zorra desvergonzada y lenguaraz. Reconocer mi labor periódica y documental, siempre en pro de los derechos de la mujer, echa por tierra el cacareado honor del que tanto presumen a diestro y siniestro. No les culpo; cada uno se vanagloria de lo que buenamente puede.

—Los estás provocando poniendo el dedo en la llaga. Y acabarás mal —la avisa.

—Quizá, es el riesgo que debo correr por cumplir con mi obligación. Yo escribo, ¿recuerdas? Ésa es mi profesión. ¿Estaría mejor en el sofá del salón, tejiendo jerseys, limándome las uñas, jugando al bridge con las vecinas, leyendo las revistas del corazón o mirando a las musarañas...? No te digo que no estaría más tranquila, por supuesto; es la tranquilidad de los que están muertos en vida. Hace muchos años que renuncié a eso y no me arrepiento. ¿Qué es lo peor que pueden hacer, matarme? Que lo hagan, aquí los espero.

—No digas locuras —le reprocha—. No están los tiempos para heroicidades. Te recuerdo que tienes una hija...

—Que es mayor de edad, vive feliz con su pareja, y ya no me necesita; no nos engañemos, Josh. No digo que no me vaya a echar de menos, como cualquier hija a su madre, pero no dejaré una huerfanita desvalida cuando muera.

—¿Y a mí? ¿Cómo me dejas a mí?

—Tú eres quien menos me preocupa, y perdona que te lo diga a bocajarro. Los dos sabemos que hay un sinfín de mujeres esperando a que yo estire la pata para echársete encima como buitres. Tendrás mucho donde escoger. Sólo te pido que aciertes la elección y no me obligues a revolverme de asco en la tumba. Hazme ese último favor —le sonríe y le guiña un ojo con juvenil picardía, pero él no está para bromas.

—Deja de hablar de muerte —protesta—, se me ponen los pelos de punta.

—Lo siento —se disculpa ella mientras pone el motor en marcha—. Vamos a ver a las niñas.

Gillian y Alex están en la calle, hablando y esperando a Judith, cuando ésta llega acompañada de Josh. Las chicas se miran, enarcan sendas cejas en señal de asombro, y sonríen. La sonrisa de Gill es más amplia y luminosa; que su padre venga a verlas significa un paso adelante en el largo camino de la tolerancia, el respeto y la aceptación que lleva esperando, como agua de mayo, desde hace meses.

Mientras almuerzan en el patio trasero, su madre habla por los codos de todo y de nada en particular, según su costumbre. Él permanece silencioso pero tranquilo. Las miradas que de continuo le dirige a Alexandra tienen tanto de curiosidad como de recelo. Desde que Gillian se marchó, con la cara bien alta y más alegría que pena, no ha hecho otra cosa que preguntarse qué demonios ve su hija en esa muchachita pelirroja y descarada que dice siempre lo que piensa, sin pensar dos veces lo que dice, y que muy a menudo le recuerda a la mujer que conoció en Dublín veintinueve años atrás.

La cosa se había puesto muy, pero que muy fea, y me vi obligada a contratar cuatro guardaespaldas... de momento. No me servía cualquiera, por supuesto, y después de preguntar a amigos, conocidos, conocidos de amigos, amigos de conocidos..., y bucear

en algunas páginas de «acceso restringido» en internet, acabé echando mano de mercenarios británicos y norteamericanos, excombatientes de la Guerra de Israel. Desde muy antiguo, judíos, cristianos y musulmanes convivían bajo el cielo de Jerusalén en una «tolerancia de conveniencia» que viciaba el aire y no presagiaba nada bueno. Inevitablemente, después de más de un milenio de «tensión silenciosa», y a pesar de toda la corrección política de diplomáticos y embajadores, el uno de marzo de 2020 empezó la masacre en la Ciudad Vieja. Aquella mañana hubo una verdadera carnicería: cientos de hombres, mujeres y niños, de cualquier edad y condición, fueron pasados a cuchillo en un abrir y cerrar de ojos; la santidad del lugar se vio de golpe y porrazo profanada por las montañas de cadáveres apilados junto a las cunetas y en el centro de la calzada vacía. No circulaban vehículos, ni en uno ni en otro sentido; todos estaban ocupados matándose unos a otros.

La sangre empapó el asfalto bajo el sol ardiente durante días...

Una semana y cincuenta mil muertos más tarde, los norteamericanos entran en Jerusalén, con la misma soberbia con que antaño entraran en Saigón o Bagdad, para armarla más gorda. Van a solucionar un conflicto y lo empeoran, si acaso es posible. Es una vieja tradición que siguen una y otra vez; no parece siquiera importar si hay —o no— riqueza en la zona a ocupar. Entran a degüello en las aljamas y matan a todo judío o musulmán que «se pone a tiro». Porque el infiel siempre es el otro.

Los enemigos de Occidente tampoco son mancos. Las matanzas continúan día tras día, y cadáveres norteamericanos, franceses, alemanes e ingleses vienen a sumarse a los de los lugareños. Llegan periodistas a la zona, pero no duran mucho; los más inteligentes se quedan apenas un día, dos a lo sumo. Los menos afortunados acaban acribillados a balazos o degollados.

¡Cuántos años han pasado... y qué poco se ha avanzado realmente!

En Los Ángeles, Judith, a punto de salir para asistir a la gala de los Oscar, a los que ha sido nominada como mejor guionista, se maravilla de ver cuánto ha tardado en estallar el polvorín. Esta vez no tiene relación con Palestina, el Golfo o los árabes; ni siquiera con el escaso y precioso petróleo que, desde hace un año, venden a cuentagotas a un precio prohibitivo.

El detonante es el agua. O mejor dicho: su alarmante escasez. Y el insostenible verano, que se ha adelantado tres meses y va a alargarse hasta primeros de diciembre, con temperaturas que hacen hervir la sangre del corazón más templado. Y religión: pura y dura. La Última Cruzada de Occidente.

Ésta, sin embargo, no la ha promovido ningún Papa desde el Vaticano, sino el negocio del tráfico de armas, cada día más suculento y tentador. A eso hay que añadirle una deplorable serie de malos entendidos, más toda la ineptitud y desidia de unos diplomáticos que —en teoría— trabajan para mantener la (muy) precaria tregua establecida entre los tres colectivos enfrentados, y ya la tenemos liada. Y bien.

La guerra dura 299 días y deja tras de sí el escalofriante saldo de un millón de muertos, sólo entre la población civil, la más castigada por el conflicto.

Aunque pasará a la historia como la «Guerra de Israel», lo cierto es que la sangrienta escabechina no pasa, ni en su peor momento, de los límites de la Ciudad Santa.

Una descreída, atea y blasfema no tiene esperanza alguna de que sus plegarias sean atendidas.

Dije: «mantener a Gill muy, muy lejos de este hospital, de esta habitación y de esta cama». Pero ese dios cristiano no me ha hecho mucho caso que digamos. Oigo la voz de mi hija. Está llamando a su padre. Hay una nota de desespero en su exclamación.

«Vete, vete, vete... No quiero que estés aquí. No quiero que me veas en este estado. No quiero que te lleves esta imagen de mí.»

¡Y pensar que pasé dos años «exiliada» para que no me vieran enferma y mutilada!
¡Vaya bromita pesada me tenía reservada el destino!
Debería alegrarme de «verlos» juntos por última vez: padre e hija, como antes. Si me voy con esta certeza, no todo habrá sido en vano. Hablan en voz baja.
«Tranquilos, os oigo pero no voy a quejarme. Me resulta imposible traducir en palabras mis muchos y amalgamados pensamientos.»
Falta poco. Muy poco. Apenas minutos. Me lo confirman; hablan de desconectar el respirador. Es una gran idea. No quiero vivir así; lo he dicho tantas veces que al final se lo han tomado en serio.
Siento la mano de Gillian, pequeña y suave; me sorprende lo caliente que está. Es el calor de la vida: toda la que tiene por delante. La retira. Algo la ha interrumpido: es el golpe de la puerta. De inmediato se oye la voz de Alex.
Las escucho hablar, luego discutir acaloradamente, y enseguida disculparse entre beso y beso. Están con los nervios a flor de piel, preocupadas por Josh. Yo también lo estoy. Sé muy bien lo que va a pasar cuando me vaya. Y lo último que pido es que Josh no arrastre a mi hija en su caída a los infiernos.
Pero no lo conseguirá. Mi hija es una mujer afortunada. Tiene quien la quiere de verdad. Se sobrepondrá a la pena, y será la roca donde Josh se apoye para seguir adelante con su vida.
Me voy tranquila...

Hayas y robles lucen las tonalidades rojizas características de las primeras semanas de otoño; el tenue haz de luz que deja caer un sol que se despide perezosamente entre rosados jirones de nubes calmas sólo la ilumina a ella. No hay nadie más. Ha dejado a los guardaespaldas en casa con dos palmos de narices. Tanta seguridad y protección las 24 horas del día los 365 días del año la agobian. Apenas puede dar un paso sin sentir a ese par respirándole en el cogote. Ni tan siquiera la dejan bañarse o hacer sus necesidades a solas. Sabe que es «por su bien»; les pagan para protegerla porque en el último año las amenazas de muerte han sido constantes, y cada una suena peor que la anterior.

Josh se pondrá hecho un basilisco cuando sepa que se halla a merced de cualquier psicópata, o en el punto de mira de los terroristas. Y lo peor: no lleva nada a mano, ni una mala navaja de gamberro con que defenderse si se ve en peligro.

Ocurre que le resulta ridículo ir armada cada vez que sale a la calle; nunca ha sido paranoica, ni siquiera de jovencita, cuando le sobaban motivos para sufrir eso que llaman esquizofrenia. Sabe que si alguien quiere matarla, y al parecer en esos meses se ha formado una bonita cola para disputarse tal honor, ella no podrá evitarlo. Y sus mercenarios, por muy preparados que estén, tampoco. Los que la amenazan no son principiantes ni chapuceros de tres al cuarto; es gente profesional con una misión sagrada, o eso cree a pies juntillas. No tiene pruebas —las amenazas anónimas no las firma nadie—, pero sí un ligero indicio de quién está detrás de todo esto.

Qué curioso haber resultado ilesa en el atentado de 2005, la primera vez que visitó la ciudad, rebosante de amor, expectativas... y despreocupación; cuando vivir o morir no le importaba demasiado, cuando pensaba que mejor morir allí que en cualquier otro rincón del planeta. Y hoy, bajo el crepúsculo que la baña en áurea luz, sufre el ansia de quien todavía tiene mucho que hacer y de qué cuidar, mucho que celebrar, y otro tanto por lo que sentir un orgullo casi narcisista.

A dos calles de distancia, Ahmed estaciona la furgoneta negra con matrícula robada. Echa el freno de mano y, nervioso, mete por enésima vez la mano en la mochila, palpando su contenido, sintiendo el frío acero de la daga en sus dedos enguantados en látex.

Lealtad. Honor. Deuda.

Esas tres palabras resuenan en su cabeza y se entremezclan en un vago intento de justificar su primer y último asesinato.

Lealtad a la Organización, que lo recogió cuando era un mocoso desdentado en las calles de Kabul, lo llevó a Europa y le dio una educación y unos privilegios que la mayoría de sus compatriotas no podía ni atreverse a soñar. Honor a Alá, a su credo, su cultura y sus tradiciones; todo aquello en lo que ha sido educado y aleccionado. Deuda a Hassan, que le perdonó la vida cuando todos a su alrededor morían como moscas, acribillados a balazos, en lo que parecía una interminable noche de terror. Cuando acabó los estudios en Cambridge, la Organización lo reclutó, y de la noche a la mañana pasó a ser «aprendiz» de sicario.

—Sicario no, Ahmed —atajó Hassan cuando él protestó débilmente ante su predestinado futuro—. «Tú no luchas por dinero.» Tu lucha es sagrada. La fe no se prostituye. ¿No has aprendido nada en todos estos años? Todo es voluntad de Alá. Él todo lo decide: qué está bien, qué está mal, y cómo debemos los fieles cumplir sus designios.

Ahmed no lo veía tan claro; tenía dudas, muchas, pero se las callaba. En parte por respeto... y en parte por instinto de supervivencia. Le habían enseñado a manejar el cuchillo desde pequeño. Y a obedecer sin rechistar.

Luego, en la facultad, cambió las armas por los libros de Derecho. La Organización quería —y necesitaba— gente preparada y concienciada para la obra de Alá; no simples matones a sueldo, con la anatomía de un gorila y el cerebro de un mosquito.

Está doctorado en Derecho Internacional y habla francés, inglés y español con la misma soltura que el árabe, su lengua materna. No es ningún estúpido, pero está a punto de cometer la mayor estupidez de su vida. Envidia a los mujahidín, capaces de matar y morir en una gesta gloriosa y memorable como aquella de las torres gemelas en 2001. Le hubiera gustado ser destinado a una misión semejante. Pero no, Hassan le ha reservado algo tan ridículo, anónimo y poco glorioso como degollar a esa zorra deslenguada, que se ha pasado de la raya con sus libelos feministas.

Y lo peor es saber que no tendrá otra oportunidad para poner a prueba su lealtad y su honor, y saldar su deuda. Independientemente de su éxito o fracaso, sus horas están contadas. No va a vivir mucho más tiempo que esa perra infiel a la que va a matar en cuestión de minutos.

La orden viene de arriba y no se cuestiona.

Nadie cuestiona nada en la Organización; todo está escrito y pactado. Cada cual conoce su lugar y lo ocupa sin más, aunque en ello le vaya la vida.

Ahmed ha visto en esos veinte años a muchos hombres degollados, con más gloria o menos; algunos satisfechos, otros resignados, pero ninguno arrepentido.

Se pregunta si también matarán a la hija y a su amiguita.

No lo han descartado, desde luego. Lo tienen apuntado en la agenda; sólo les han dado una pequeña prórroga. Unos días, una semana..., quizá un mes si tienen asuntos más importantes que resolver.

Ahora la prioridad es Judith Ordóñez.

Ella es la presa. Y él es el cazador.

Escucho el rumor de pasos, el perfume de la enfermera me envuelve en un aura fragante de rosas y lirios. Las flores me recuerdan a mi abuela... a mis padres... Los siento cerca, puedo ver sus caras cada vez con más nitidez.

Los ruidos se han silenciado, y las caras de Josh y Gill se me confunden en un todo negro.

No siento nada... Nada...

Está todo a su favor.

La ve tranquila, paseando, ajena a todo. Se pregunta si no habrá cierta actitud suicida en ese comportamiento tan despreocupado. Sabe, como los londinenses y el resto del mundo, que tiene cuatro guardaespaldas a su disposición las 24 horas del día. ¿Por qué hoy no ve a ninguno en el parque?

Esto va a ser vergonzosamente fácil.

Ni siquiera va a poder luchar en igualdad de condiciones con un enemigo de su talla.

Se acerca por detrás con un silencio espectral por única compañía. Si ella presiente su proximidad, no lo deja sentir; su relajación absoluta contrasta con el creciente nerviosismo de él; la mano izquierda, temblorosa, a duras penas puede sujetar el cuchillo. Ahmed cierra los ojos y reza una breve oración. Escucha la voz de Hassan en sus oídos, diciéndole, repitiéndole lo que su dios espera de él:

«Mata a esa perra infiel, mátala, mátala, mátala...»

Judith siente un murmullo ininteligible en su oído, parecido a una letanía; en un movimiento felino la afilada hoja de la daga dibuja en su blanco y desnudo cuello una sonrisa macabra. Deja escapar un gemido de intenso dolor mientras Ahmed huye corriendo sin volver la vista atrás. Sabe que no ha errado el objetivo. Un pobre consuelo que, de ser menos inteligente, le permitiría vivir —y morir— en paz.

Ella se lleva la mano izquierda al cuello sangrante mientras con la derecha rebusca en su bolso el móvil para marcar el número de urgencia, sin saber muy bien por qué o para qué. Si quería sentirse segura y a salvo, y vivir unos cuantos años más, bastaba con haber avisado a dos de sus guardaespaldas, que para algo los trata a cuerpo de rey y les paga un ojo de la cara por sus servicios.

Aventurarse en el parque sola, sabiendo como sabía que habían puesto precio a su cabeza, había sido lo más parecido a un suicidio.

¿Quería realmente morir, se sentía preparada para pasar a «mejor» vida?, se preguntó.

Un año atrás le había asegurado a Josh que no temía morir.

Baladronadas. Temerlo tal vez no, pero sí lamentarlo porque todavía queda un largo camino por andar, y muchísimo que hacer; la lucha apenas ha empezado a dar sus frutos. Han cambiado muchas leyes que ahora favorecen a las mujeres musulmanas sin menoscabar aquello en lo que creen. Pero una cosa es cambiar leyes... Y otra muy distinta cambiar mentalidades. Sobre todo cuando el peor enemigo del cambio y el progreso es uno mismo.

Apenas consciente, con la roja y caliente sangre escurriéndose, gota a gota entre sus dedos entreabiertos, la mirada borrosa y el aliento exánime..., el último pensamiento de Judith corre a través del espacio y el tiempo...

Otra ciudad, otro siglo y otra mujer: Hipatia de Alejandría.

¡Qué poco hemos cambiado!

La discípula de Maquiavelo

Lunes, 11 de octubre. 7:30h.

Este es el día más feliz de mis cincuenta y siete años de vida. Lo sé en cuanto bajo a la calle, recojo mi ejemplar de *El País* y leo el titular, abajo a la izquierda. Es pequeño pero claro y rotundo.

Judith Ordóñez
víctima de un
atentado islamista

Eso por sí solo ya merece una copa de Dom Pérignon.

De vuelta en casa, dejo el periódico en la mesa de la cocina, a la vista, junto con el pan y las rosquillas, y pongo a enfriar un par de botellas en el frigorífico. Cuando vuelva del trabajo esta noche, y estemos a solas, celebraremos nuestro gran triunfo.

Para cerciorarme de que la noticia es real y no un mero espejismo provocado por la ilusión y tantos años de paciencia, paso páginas y rebusco febrilmente hasta dar con los escabrosos detalles sobre el caso.

¡Dios, no podría haber ido mejor!

No sólo han atentado contra ella, sino que, gracias a Alá, han conseguido lo que se proponían y han acabado con su pomposa y espléndida vida de película.

Esa «perra infiel», como la llamaban sus asesinos, murió anoche a las 22:30h en el hospital London Clinic de Londres.

¡Somos libres al fin!

¡Oh, Dios! Creí que nunca iba a llegar este día. Estoy impaciente. Tenemos que hacer planes, muchos planes. Después de comer, llamaré a Bárbara y le diré que tiene una hora de plazo para hacer la maleta y marcharse de *mi* casa. Espero que por el bien y la dignidad de todos me ahorre el numerito de echarla escaleras abajo.

¿Qué sentido tiene seguir juntas?, pienso mientras me asomo al dormitorio y la veo durmiendo, tan tranquila...

¡Ya verá lo que le espera cuando despierte!

Dejaré el diario a mano para que le alegre el día...

No estoy enamorada de ella, lo sabe, y al fin ha dejado de quererme, lo sé. Es absurdo seguir engañándonos con una relación que hace muchos años entró en un callejón sin salida.

Desayuno con gran apetito. Las rosquillas están riquísimas, y el café mucho más dulce y cremoso de lo habitual.

No importa lo que hayan dicho de mí, hice lo que debía, lo que hubiera hecho cualquiera en mi situación. No somos ángeles ni debemos aspirar a serlo. Somos humanos y estamos aquí para defender nuestro territorio y a nuestra gente.

No me arrepiento de nada; si volviera a nacer, nada cambiaría. Ni palabras ni hechos. Estaba en mi derecho de pelear con uñas y dientes por lo que era mío contra todo el que intentara arrebatármelo.

Una historia tiene muchas versiones, tantas como personas puedan contarla, y otras tantas interpretaciones. Esa mala perra dio su versión de los hechos, me puso a parir y, gracias a ello, ganó miles y miles de euros, y soberbia. Mucha soberbia.

¡Hay que joderse!

Cuando supe que las protagonistas de su novela, tan premiada y lisonjeada por los críticos, éramos nosotras, interpuse una demanda por injurias contra ella, de la cual pensé —ingenua de mí— saldría bien escaldada.

Fracasé, y con estrépito de platos rotos.

En el Tribunal, Judith se mostró como una tigresa con las garras afiladas, dispuesta a saltar a mi yugular a la menor ocasión; no tenía nada que ver con la mujer pusilánime a la que había engañado sin remordimientos ocho años atrás.

Y su abogado era muchísimo peor. Si a ella le quedaban escrúpulos, Cristóbal Amorós no tenía ninguno, y pretendía ganar prestigio y popularidad a mi costa.

Y lo consiguió, ¡vaya que sí!

Duele reconocer que me equivoqué de medio a medio al subestimarla; creí que había acabado con ella aquella tarde, pero resultó ser una serpiente que se revolvió furiosa contra nosotras cuando menos lo esperábamos.

En aquella época todavía hablábamos en plural y lo compartíamos todo. Digo, lo compartía Bárbara. *Lo mío era mío*. Y hoy, como ayer, sigue siéndolo.

Me educaron para que fuera ferozmente egoísta; soy hija única, ¿qué quieren? Nunca tuve que compartir nada con nadie ni pelear por un legado. Quedaba claro que todo iría a parar a mis manos. Mis padres murieron sin testar; no estaban de acuerdo con mi matrimonio, pero no tenían a quién más dejarle su herencia.

Mi madre no podía ver ni en pintura a Bárbara; nunca pudo soportarla.

Eran dos caracteres fuertes y dominantes que nunca pudieron —ni quisieron— llegar a un entendimiento. Ninguna le cedió un palmo de terreno a la otra. Mi padre, en cambio, después de conocerla en persona, acabó aceptándola, aunque a regañadientes y con mala cara.

Esto ocurrió en 2001, por la fiesta de Halloween.

Bárbara había venido a verme, ¡se la veía tan enamorada, tan dispuesta a besar el suelo que yo pisaba! Me comentó la posibilidad de que Judith se reuniera con nosotras el domingo, pero yo no la quería a nuestro lado; no tenía ni un pelo de tonta, y enseguida iba a ver de qué iba todo aquello.

Yo quería presentarle una relación sólida y sin fisuras. Un frente unido e indivisible en el que no pudiera «meter mano». Y con mis padres y la familia en mi contra, no era el mejor momento de invitarla a compartir nuestra felicidad. Una palabra, un comentario, un consejo o una recomendación a tiempo... y todo se iría al traste.

Mi viaje a Madrid había sido más provechoso de lo que nunca esperé; sin embargo, una cosa es llegar al poder, y otra muy distinta mantenerse en él.

¡Qué bien lo sabía Maquiavelo!

Yo, su alumna más aventajada, tenía a Bárbara donde quería: comiendo en la palma de mi mano, atenta y pendiente del mínimo capricho que tuviera a bien exigirle. Había dejado fuera de juego a Judith; de un manotazo la había echado del tablero para que no incordiará.

Convencer a Bárbara de mi «amor» fue tan fácil que daba risa; bastaron cuatro palabritas cursis para conquistarla de nuevo. Tenerla a mis pies de ese modo no hizo otra cosa que aumentar mi desprecio por ella. Yo hubiera deseado una lucha que me hiciera sudar. Hay gente que prefiere las victorias fáciles y sin desgaste; no es mi caso. A mí me gusta pelear por las cosas que merecen la pena. Y esa no valía ni la mitad de mi esfuerzo.

Pero era Judith o yo. Y Bárbara me quería a mí.

Lo que yo sintiera no importaba. Lo importante era lo que aparentara sentir. Simular y disimular. Ésa fue mi misión de principio a fin. Me metí tan a fondo en mi papel de rendida enamorada que cuando le decía «te quiero», lo creía de verdad.

Judith era muy ingenua; creyó todo lo que le dije y mostró una inconmovible y conmovedora lealtad. Se había propuesto recuperar algo tan irrecuperable como mi amistad, y puso toda el alma en el empeño. A mí no me convenía que saliera de su

mundo de fantasía; me interesaba mantenerla allí el mayor tiempo posible, con la guardia bajada, sin sospechar mis verdaderas intenciones...

Pero todo llega a su fin, y mi juego quedó al descubierto.

Por suerte, era demasiado tarde para frenar lo irrefrenable y evitar lo inevitable. Intentó advertir a Bárbara de su garrafal error, incluso la insultó en una de sus cartas. No pudo haber hecho nada peor. Luego recapacitó y quiso jugar sucio, a imitación mía, pero ella no servía para esos menesteres. Hay que ser de una pasta muy especial, y a mi *queridísima* rival la perdía la honestidad.

Sin embargo, tenía algo a su favor que no podía pasarse por alto y que, a la larga, podría costarme la relación: mi familia no tragaba a mi novia, y no aceptaba ni aceptaría nunca mi pretendida homosexualidad. *Yo era, soy y seré siempre heterosexual*. Podía hacerme pasar por lesbiana si me interesaba, pero aquel teatro no tardó en venirme grande y a mediados de diciembre empezó a agobiarme muy en serio.

Cuando estaba a punto de tirar la toalla y mandarlo todo al carajo, harta de fingir ser lo que no era, sin importarme qué pasaría y en qué brazos caería mi eterna enamorada, Judith vino, inopinadamente, a resolverme el problema de una buena vez.

Yo no quería estar con Bárbara toda la vida, ¡por Dios bendito! Ni pensarlo. Mi actitud era la del pujador caprichoso en mitad de una subasta:

«No quiero la pieza, ni me gusta ni me interesa. Me la quedo con la única finalidad de que no vaya a parar a las manos de ese anticuario de la última fila, que me cae fatal, y al que se la tengo jurada desde la noche de los tiempos.»

Muy edificante no era, la verdad. Pero, ¿a quién le importa ahora?

Se trataba de ganar o perder. *Y a mí me habían educado para ganar*. De los perdedores nadie se ocupa, y yo no iba a ser diferente.

Judith, además, me puso el triunfo en bandeja de plata.

¿Cómo resistirse?

En algún momento, entre septiembre y diciembre, reconoció que estaba enamorada de Bárbara. Por supuesto, ya era demasiado tarde para hacer algo positivo al respecto, pero Judith nunca se rindió sin luchar. La batalla estaba perdida de antemano; las armas no eran las que debían ser, no estaba en el lugar ni en el momento adecuado, y lo más importante: yo jugaba en casa. Y nunca mejor dicho.

Eso me aseguró la victoria.

Eso, y presentarme en todo momento como la víctima propiciatoria ante mi recién estrenada pareja.

«Que yo no merecía aquello, que había hecho hasta lo imposible para recuperar lo que teníamos, que había sido completamente sincera con ella en todo momento...»

Nada de eso era verdad, por supuesto, pero se trataba de su palabra contra la mía. Y aquel invierno mi palabra era Ley.

A veces me pregunto por qué algunas relaciones acaban tan mal.

¿Por qué personas que en un primer momento se entendieron la mar de bien han acabado tirándose la caballería por encima?

¿Qué hace que la pasión degenere del amor al odio?

Yo quise a Judith... hace muchísimos años.

Hoy me regodeo con la noticia de su muerte, pero cuarenta años atrás hubiera llorado a moco tendido en su funeral.

¿Qué nos pasó?

No lo sé. No tenía nada que ver con Bárbara, eso vino después.

En 1998, la que hoy es mi mujer no era más que una de tantas amigas con las que me

llevaba más o menos bien, y punto. Yo quería más a Judith; teníamos mucho en común, y su apoyo, para mí, era algo muy grande y valioso.

Que mi madre emponzoñó la relación es un hecho que no discute nadie.

Que no sentía más simpatía por Judith que la que le inspiraba Bárbara, también es indiscutible para todos los que nos conocen.

Uno es, en mayor o menor medida, producto de la educación recibida. Y la mía había sido asfixiante. No diré que no hubo días en los que me regocijé ser hija única: mimada, consentida, halagada, atendida y regalada... Pero toda cara tiene su cruz. Y la mía era mi madre.

En 1996 las tres sufríamos del mismo mal: una madre con la que no nos entendíamos, que no nos respetaba, y cuya visión de la vida era diametralmente opuesta a la nuestra.

Cada cual luchaba contra ello con sus armas y a su manera. Judith y yo teníamos la suerte de contar con un padre tolerante y comprensivo que amortiguaba los golpes psicológicos —más que físicos— que recibíamos a diario. Bárbara no contaba con semejante apoyo, y en abril de 1997 tuvo que marcharse a Madrid, con una pequeña maleta y las maldiciones e improperios de su madre resonándole en los oídos:

«¡Vete, mala hija, vete! ¡Hala, y que mal rayo te parta...!»

Los nuevos aires de libertad cambiaron a nuestra amiga. De muchachita tímida y acomplejada pasó a ser una mujer dominante, con ideas propias y la clara intención de manifestarlas donde y cuando le viniera en gana. Judith y yo celebramos ese giro de 180 grados en su personalidad. Y nos propusimos imitarla.

No fue fácil; cada persona es un mundo y debe acomodarse a sus particulares circunstancias. Nosotras también queríamos liberarnos del yugo materno, pero no podíamos ir a donde quisiéramos. De haber sido posible, yo me hubiera ido a Francia y Judith a Inglaterra.

No pudo ser. Ni ese año, ni el siguiente...

Poco a poco fui haciendo mi vida en Lérida, y acabé por olvidar mis sueños de trasladarme al otro lado de los Pirineos. Me había matriculado en la facultad de Filología porque el Derecho y la Justicia no eran lo que parecían cuando estudiaba en el instituto.

La universidad se había mercantilizado y lo único que perseguía era formar «máquinas de ganar dinero» a costa de quien fuera. Y en 1997 eso no entraba en mis planes de futuro. Desengañada de este país y su sentido de lo «justo» y lo «correcto», por no hablar de lo «rentable», empecé el primer curso de Filología Francesa.

Judith y Bárbara acogieron con entusiasmo mi decisión. De hecho, aplaudían todas mis iniciativas, y las que no aplaudían las respetaban. Eso es algo que debo reconocer en honor a los viejos tiempos.

Reconfortada por sus sinceras palabras de aliento, me enfrenté a la familia y a sus amigos, que pensaban que estudiar Filología, la que fuera, era una grandísima pérdida de tiempo y dinero.

En 2001, con mi título de filóloga bajo el brazo, volví a matricularme en la facultad de Derecho; esta vez sin presiones familiares ni económicas. Por placer. Simple y puro.

Mi vida aquella Navidad era tal y como yo quería que fuera. Y no iba a tolerar intromisiones por parte de nadie. Tenía trabajo, casa propia y una mujer que me adoraba. El amor verdadero no existía o no estaba a mi alcance. Nadie echa de menos lo que no conoce.

Se me ha acusado de no agradecerle a Judith que pusiera a Bárbara en mi camino y viceversa. Mentira. Ocurrió que al principio no le di mayor importancia; no era la primera amiga que conocía por mediación de otra. Y cuando tuvo *verdadera*

importancia, ya no encontré ocasión ni razones para agradecerse. Tan simple como eso. Pero hay gente que disfruta en su papel de víctima, y Judith era de esos.

Yo quería a Bárbara; no tanto como ella a mí, pero la quería. Y nuestra relación era buena. Más que buena: idílica. Fue Judith quien la dinamitó y la hizo saltar por los aires con su maldita novelucha; fue ella la que nos enfrentó y destrozó nuestro matrimonio.

Después de aquella pelea, donde las cartas se pusieron boca arriba sobre el tapete y las intenciones quedaron claras, nuestra convivencia fue una Guerra Fría donde cada cual iba por libre y ninguna daba explicaciones a la otra.

El juicio no me reportó más que dolor, rabia y hastío. Busqué a un buen abogado de la ciudad, pero el pobre hombre no estaba acostumbrado a ese tipo de litigios mediáticos, y tanto sensacionalismo barato lo aturulló y lo dejó inerte, tembloroso, y a punto para que el abogado de la defensa se lo comiera vivo.

Pensaba que no podía sentir odio por nadie más, que Judith había agotado todas mis reservas hasta la fecha. Me equivoqué. Cristóbal Amorós se ganó el poco odio que me quedaba por sentir.

Cuando más destrozada estaba y menos sentido le encontraba a la vida, me reencontré con Olivier. Fue una afortunada coincidencia porque cuando nos despedimos aquel verano de 1998 no pensé que nos volveríamos a ver. Nos habíamos conocido en la facultad de Filología y nuestras discusiones sobre Zola y Balzac eran épicas. Yo adoraba a Balzac; él a Zola. Cada cual pensaba que su «ídolo» era el mejor. Y no admitía réplica de la parte contraria.

Olivier era francés, con sangre española y francesa corriendo desenfrenada por sus venas; un ciudadano del mundo, como le gustaba definirse. Su padre era medievalista y heresiólogo, experto en la herejía cátara que se había extendido por todo el Languedoc a principios del s. XIII; su madre, en cambio, era marchante de arte. La familia paterna era de Toulouse; la materna, de Santander.

Mi compañero y amante se reía a menudo de nuestro modo de vida, de nuestra dependencia de los padres, y el patológico afán de estabilidad que sufríamos los pequeños burgueses catalanes. Él era un espíritu libre que iba y venía a su antojo, no daba explicaciones a nadie ni tampoco las pedía.

Se dedicaba a traducir. Lo que fuera, lo que le pidieran, sin manías; desde textos de medicina y jurisprudencia hasta tebeos y novelas de ciencia-ficción. Era honesto consigo mismo y con los que le rodeaban. Y muy atractivo; justo lo que necesitaba para quitarme el mal sabor de boca que me había dejado la inesperada venganza de Judith.

Mi querido amigo y tertuliano de café de máquina se casó en 1999 con una periodista francesa que iba y venía de una punta a otra del globo terráqueo, sin decir mucho más que «hola» o «adiós».

No tenían hijos ni planes de procreación.

A mí me convenía ese *statu quo*. Si quieres un amante, lo mejor son los hombres casados y sin críos de por medio. Nadie engañaba a nadie. Él no quería separarse de Eloïse y yo tampoco quería separarme de Bárbara... todavía.

Pero eso fue en el verano de 2010. Ahora las cosas están a punto de cambiar. Y esta vez para bien y para siempre.

Jamás le he hablado a Bárbara de Olivier. ¡No soy tan estúpida! Ni siquiera lo mencioné cuando nos peleamos aquel verano; hubiera sido el momento propicio para devolverle el golpe, cegada como estaba por la rabia. Pero yo era mucho más lista. Siempre he sabido lo que me convenía. Siempre.

Llego al despacho a las nueve de la mañana.

Hace veinte años dejé mi puesto de funcionaria administrativa en la Diputación y monté con un par de ex compañeros de la universidad mi propio bufete jurídico, especializado

en Derecho Fiscal y Laboral.

Oriol y Borja nunca vienen antes del mediodía. Son hermanos gemelos, tan profesionales como juerguistas, y piensan que a los buenos clientes se les debe captar en el ambiente relajado e íntimo de un buen restaurante, mientras saborean una copa del mejor Ribera de Duero. A menudo pienso que me dejan todo el trabajo «sucio» a mí expresamente.

Hoy no me importa; me viene de perlas quedarme sola.

Me he citado con Olivier a las diez.

Preparo café; el suyo, solo, muy cargado, y con dos terrones de azúcar, como le gusta; el mío, con un chorrito de nata y otro de crema de whisky.

Llega puntual. Me mira y adivina que hoy es un gran día. Le sirvo el café y lo tomamos en silencio; mi sonrisa de oreja a oreja me delata sin que pueda o quiera hacer nada por disimularla.

Él toma la iniciativa, como de costumbre.

—¿Y bien? ¿A qué se debe el buen humor en esta mañana lluviosa y decrepita en la que todo el mundo anda cabizbajo y ensimismado?

—Llevo muchos años esperando este día.

—¿Y eso...?

—Digamos que tenía un problema y me lo acaban de resolver.

—¿Algo relacionado con el trabajo?

—No. Es una vieja historia.

—¿Un oscuro y vergonzoso secreto de juventud?

—Yo no tengo secretos, bobo. Pero... no sé si debería decírtelo, no quiero que me mal interpretes. Ni que me juzgues.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque no es muy normal alegrarse de la muerte de otra persona.

—¿Y de qué muerte te alegras tú?

—Ha muerto Judith Ordóñez. No espero que compartas mi alegría, al fin y al cabo no la conocías.

—He oído hablar de ella. Era feminista hasta la médula. Y ponía a parir a los musulmanes, a los grupos radicales en particular; eso lo sé de buena tinta. También he leído que la han asesinado a sangre fría, en Londres, no hace ni veinticuatro horas. Lo que no entiendo es qué tiene que ver esa mujer contigo.

—Judith escribió una novela hace años; me puso a parir a mí, y también a Bárbara... Aunque a ella no tanto. Yo fui quien salió peor parada. La llevé a juicio por difamarme, pero perdí el caso. Era «una obra de ficción».

—¿Y por qué iba a escribir esa señora una novela sobre vosotras?

La pregunta del millón de dólares.

—Porque hace treinta y tantos años éramos amigas.

—¿Tú eras amiga de Judith Ordóñez?

—No te emociones, no es para tanto. Cuando nos conocimos no era famosa ni popular ni tenía ese marido. ¡Y me gustaría saber cómo demonios lo consiguió! Era una muchacha vulgar y sin ningún atractivo. ¡Nadie hubiera apostado un duro por su futuro!

—¿Y qué tiene que ver Bárbara en todo esto?

—Ellas también eran amigas, muy amigas. De hecho, Judith estuvo enamorada de ella.

—¿Un triángulo amoroso?

—Si quieres verlo así...

—Lo dicho: un oscuro y vergonzoso secreto de juventud. *Mon Dieu!* No lo hubiera

imaginado ni en mil años.

—Será que no estabas al tanto de lo que se decía de ella. Porque en los últimos años hablaba por los codos. Y cuanto más hablaba, más cobraba.

—¿Tú no hubieras hecho lo mismo?

—¿Por quién me has tomado? Yo no ventilo mi vida privada a los cuatro vientos ni vivo de ello.

—Ella tampoco. Vi una de esas entrevistas, Michelle, y hablaba de su trabajo casi en exclusiva. A su marido y a su hija los mencionó muy de pasada.

—¿Te parece que escribir sobre nosotras no es ventilar nuestra vida privada?

—Muy bien, supongamos que lo hizo. Ahora dime, ¿por qué?

—Para vengarse de nosotras..., de mí sobre todo.

—¿Y qué motivos tendría? ¿Acaso le diste alguno?

—Sí. Jugué sucio, traicioné a Judith. Me aproveché de su ingenuidad y me llevé el gato al agua. Me quedé con Bárbara. No me la merecía, o no tanto como Judith, pero me la llevé igual.

—Lo dices como si fuera el premio de un puesto de feria.

—No exageres. Yo la quería a mi manera.

—¿La querías? ¿Hablas en pasado?

—Sí, por supuesto. Hace años que lo nuestro acabó. ¿Por qué crees que me lié contigo si no...?

—Porque disfrutamos en la cama. Ése es un buen motivo para liarse con alguien.

—Sí, claro, bobo. A los dos nos venía bien. Estábamos agobiados y necesitábamos un soplo de aire fresco.

—Tú estabas agobiada. Yo quería y quiero a Eloïse. Tenemos una relación abierta, eso es todo.

—Yo también. Cada una hace lo que quiere cuando quiere y donde quiere. ¿Te acuerdas de cuando nos escapamos a Lyon?

—¡Cómo para olvidarlo...!

—Lo pasamos de miedo... En el hotel todavía se deben de acordar de nosotros.

—Y no me extraña, ¡la que liamos!

—Fuiste tú el que quiso experimentar cosas nuevas con las existencias del mini-bar. Que si el champán, que si las fresas, que si el caviar... ¡Por no hablar de la nata y la salsa de chocolate! Que sepas que engordé tres kilos esa semana. ¡No me eches la culpa del zipi zape! Yo me limité a disfrutar como una loca.

—Un poco loca sí estabas...

—¡Mira quién habló! ¿Qué pasa, que ahora que haces trabajo «de despacho» reniegas de tu vergonzoso pasado de *enfant terrible*?

—Yo no reniego de nada. Pero reconoce que te desmelenaste esa noche y las dos siguientes.

—Que sí, que lo admito. Lo que quería decir es que Bárbara estuvo en Barcelona mientras nosotros nos desmelenábamos en aquella monada de ciudad. Un amigo mío la vio allí y me mandó un mensaje al móvil. Ya imaginarás a qué fue y con quién se encontró.

—Con Judith.

—Ni más ni menos. Gracias a Dios, esa mala perra ya estaba casada y preñada. Si no...

—¿Y eso hubiera sido un obstáculo?

—Para Judith, sí. No me la imagino siéndole infiel a nadie. Mucho menos a su maridito

irlandés.

—Pero si la amaba...

—Tú lo has dicho: la amaba. Pasado. Bárbara no pisó la sala del tribunal ninguno de los 125 días que duró el juicio. Judith captó el mensaje: ni con una ni con otra. Y de paso aprendió la lección: la honestidad no se malgasta. Apuesto mis ganancias de todo el año a que Joshua O’Keeffe no sabe ni media palabra de todo este embrollo. Y no le reprocho su taimado silencio. ¡Cualquiera deja escapar un hombre así!

—Se diría que le tienes envidia.

—No me faltan motivos. A veces pienso que le hice un tremendo favor traicionándola. Si no lo hubiera hecho... Ahora estaría con Bárbara, en Madrid probablemente, y llevando una vida muy parecida a la nuestra.

—Dudo que ella te lo agradezca. La prueba es ese libro. Si lo escribió es porque guardaba rencor suficiente para querer probar el sabor de la venganza.

—Judith era así. Con el tiempo he aprendido, no sin dolor, que era mejor tenerla como amiga que como enemiga.

—Desde luego, no tenía pelos en la lengua.

—Eso fue después. Cuando descubrió que la honestidad bien empleada podía ser un arma de lo más efectiva. A veces, incluso letal.

—Mucha gente la admiraba, Eloïse entre ellos.

—Era el símbolo y el ídolo para muchas mujeres. Abanderó como ninguna la lucha a favor de la mujer, no puedo negarlo. Pero en palabras de un sabio: «quien no te conozca, que te compre».

—Ve y díselo a ellos.

—Ya no merece la pena.

—Ahora que hablamos de la reina de los platós, ¿quieres oír un cotilleo interesante?

—Sorpréndeme.

—Eloïse estuvo la semana pasada en Londres haciendo un reportaje de investigación sobre el preocupante incremento de la prostitución en la zona de Southwark. Y mientras andaba de un lado para otro, hablando con sus colegas, oyó rumores de la hija de Judith. Gillian O’Keeffe es lesbiana. Se las ha visto a ella y a su novia, una pelirroja que quita el hipo, en una actitud muy cariñosa. Viven juntas en una casita del barrio de Chelsea. Ni te cuento qué hacen de puertas adentro...

Me guiña el ojo con un toque de malicia.

—¿Ha saltado la noticia a los medios?

—Todavía no, aunque no tardará mucho.

—Quizá podamos acelerarlo...

—¿Y qué ganas tú con eso? Judith está muerta, y dudo que a la hija le importe un rábano que se sepa. Estamos en 2032, Michelle; la homosexualidad está pasada de moda, casi diría yo. No escandaliza ni crea polémica. No en Occidente. Incluso los puritanos de Norteamérica le han dado luz verde.

—Los musulmanes *aún* prohíben y condenan las prácticas homosexuales... Sobre todo entre mujeres.

—¿Y qué pretendes?

—Nada. Sólo digo que esa muchachita podría estar muy pronto en el punto de mira de los asesinos que han matado a su mamá.

—Eres terrorífica. La chica O’Keeffe no te ha hecho nada malo, probablemente no sepa ni que existes. ¿Por qué quieres verla muerta a ella también?

—La desgracia de Judith es mi felicidad.

—No lo entiendo. Tú ganaste. Fuiste tú quien la traicionó. Ella sólo te devolvió el golpe.

Y ahora ha muerto. ¿No va siendo hora de enterrar el hacha de guerra?

—Eres un sentimental.

—Soy un ser humano, Michelle.

—¿Y yo qué soy, un animal?

—Una zorra muy astuta, eso es lo que tú eres. Y me gusta. Olvida el tema, está agotado. No tienes motivos para poner en peligro la vida de esa muchacha. ¡Bastante mal lo ha de estar pasando en estos momentos!

—Lo dicho: eres un sentimental.

—A veces me pregunto de qué estás hecha.

—Te veo con muchos escrúpulos, antes no tenías ni la mitad. ¿Tú crees que con escrúpulos estaría donde estoy, que tendría lo que tengo?

—Eres muy buena en lo tuyo, no lo niego. Y en el tribunal no puedes permitirte el lujo de ser blanda. Pero ahora no estás pleiteando, relájate; deja de ponerte a la defensiva y de ver fantasmas y enemigos donde no los hay.

—Yo siempre he dormido con un ojo abierto y otro cerrado. Y no soy paranoica, sino prudente. No es lo mismo.

—Pues deja la prudencia de lado. Estás conmigo.

—Cubrirme las espaldas es algo connatural en mí. Llámalo instinto de supervivencia.

—Caray, ¿sabes? No dejo de pensar en ello. ¡Quién me lo iba a decir! Tú, amiga de Judith Ordóñez.

—Ahora sólo te falta decir que has tenido fantasías sexuales con ella.

—No te diré que no. Un polvo... no hubiera estado nada mal.

—¡A ver si resultará que te acostabas con ella a la vez que conmigo!

—He dicho un polvo, Michelle, ¡por Dios! No te subas por las paredes, que nos conocemos...

—No me des motivos, ¡leches!

—¡Ni siquiera la he visto en carne y hueso! Además, dicen que el marido es muy celoso.

—No más que ella. Las peleas debían de oírse a cien millas a la redonda.

—Lo cual no les dejaba mucho tiempo para aburrirse.

—Con Judith uno nunca se aburría.

—¡Ajá! Reconoces que tenía algo bueno.

—Judith tenía muchas virtudes. Una cosa no quita la otra. Pero llega la hora de elegir y has de poner en la balanza los pros y los contras. Sin sentimentalismos.

—¿Qué fue lo que se torció entre vosotras?

—¡Si lo supiera! Siempre falla algo, pero no siempre sabes de qué se trata.

—Muy bien, no me lo cuentes si no quieres; no es asunto mío. Y tampoco tiene caso sacarlo a relucir ahora.

—No quiero que pienses que soy un monstruo.

—Dejémoslo en egoísmo puro y duro. Como muy bien has dicho, uno tiene que elegir, aún a costa de otra persona. Eso lo entiendo. Entiende tú su deseo de venganza. También es humano. No puedes reprochárselo.

—Sí puedo. Hay mil maneras de vengarse, Olivier. No tenía por qué haber expuesto nuestras miserias «en el mercado», a la vista de millones de personas.

—Consiguió su propósito, ¿no? El fin justifica los medios.

—¿Estás de su bando?

—No estoy del tuyo, si es lo que quieres oír. La objetividad siempre ha determinado mi vida. No voy a hacer excepciones contigo. Y no te voy a decir monerías para

contentarte. Ya no estamos en esa etapa de la relación en la que «hay que quedar bien» con el otro para atraerlo a tu terreno.

—No esperaba menos, en realidad. Tampoco yo tengo edad para que me mientan, ni para que me den la razón como a los tontos.

—¿Compraste la novela?

—¡Qué va! No hizo falta. Una de las «compañeras» de la Diputación la tenía y se complació enormemente en restregarme su contenido por las narices. Ten en cuenta que esa Navidad se vendieron muchísimos ejemplares; por todas partes veías a alguien leyéndola o llevándola en la mano, para presumir. No olvides que estaba premiada. Y muy bien.

—Debió caerte como un tiro.

—¡Tú dirás!

—Y le pusiste el pleito.

—No me iba a quedar cruzada de brazos.

—Pero la cosa no fue bien...

—Fue horrible, en realidad. Estaba sola. La ausencia de Bárbara, aparte de pisotear mi orgullo como si fuera una colilla, era francamente perjudicial para mi causa. De nada me servía defender con uñas y dientes nuestro matrimonio y nuestro amor si mi mujer no estaba conmigo para darme apoyo moral. Tenía el mejor abogado que podía costear, pero no le llegaba ni a la suela del zapato al de Judith. Cristóbal Amorós fue terrible en su papel defensor; desde el primer día se propuso embarrar mi reputación eliminando, una a una, todas las razones legítimas que tenía para llevar el caso a juicio. Ni qué decir tiene que se limitaba a hacer lo que le mandaban...

—¿Qué pretendías?

—Que ella pagara por haberme humillado delante de miles de personas y haber sacado beneficio económico de ello. Y muy cuantioso, por cierto.

—Te salió el tiro por la culata.

—Eso no fue lo peor. *Lo peor* fue volver a casa con el rabo entre las piernas, humillarme y darle la razón a Bárbara. Me avisó de que más me valía no remover la mierda, que Judith tenía las espaldas muy bien cubiertas y, sobre todo, que ahora luchaba contra una mujer desprovista de escrúpulos. La Nochevieja de 2001 quedaba muy lejos... La diosa Fortuna ya no estaba de mi lado.

—¿La Nochevieja de 2001? ¿Qué tenía de especial?

—Digamos que ese día puse a Judith en su sitio.

—¿Algún motivo en particular?

—En su última carta a Bárbara me puso de vuelta y media. Menos guapa, me llamó de todo. No me gustó, como comprenderás. Afortunadamente, mi palabra iba a misa y las de Judith no tenían ningún valor. Me costó muy poco convencer a mi pareja para que clavara la puntilla final y diera por concluida la relación.

—La manejabas a tu antojo, por lo que cuentas.

—Una persona enamorada hasta la médula es muy fácil de manejar. No hice nada que otros no hubieran hecho en mi lugar.

—Judith no te perdonó.

—Ése fue mi único fallo. La dejé herida de muerte... pero no la maté.

—Y lo lamentas.

—A la vista quedó que debí haberlo hecho.

—¿Cómo se titula la famosa novela? Lo mismo Eloïse la tiene en casa y yo sin enterarme.

—*Lealtades Enfrentadas*. El título lo dice todo.

—Es muy... sugerente

—No sabía que formarías parte de su legión de entregados admiradores. ¡Sólo te faltó pedirle un autógrafo!

—Los celos no te favorecen nada, *machérie*.

—Jamás he estado celosa de esa mala perra. Y no voy a estarlo ahora que le han rebanado el gaznate.

—Nunca he conocido a nadie igual.

—No sé por qué, no lo siento como un cumplido.

—Yo siempre digo la verdad, ya me conoces. Por eso, a veces, me divierto con una mentirosa compulsiva.

—¡Yo no miento!

—No, claro que no. La querida Michelle sólo manipula la verdad para que se adapte a su conveniencia.

—Hasta ahora no te había molestado.

—No me molesta en la cama, ahí eres muy buena. Lo que hagas con tu vida privada es asunto tuyo.

—¿Estás conmigo porque follo bien?

—Entre otras cosas.

—Bueno es saberlo.

—En todos estos años que hemos estado juntos, no me has dicho nunca cómo conociste a Bárbara.

—Tampoco tú me lo has preguntado.

—Pues ahora lo hago... Si no te importa, vaya.

—No, ¿por qué iba a importarme? Judith nos presentó.

—¿Os reunisteis en algún sitio? Que yo sepa, cada una vivía en una ciudad distinta. Aunque, curiosamente, Judith y tú estabais más cerca. Porque, si no recuerdo mal, en aquella época todavía no se había marchado de Barcelona.

—Sí. Cosas del destino. Para que veas lo poco que importa la distancia o la proximidad a fin de cuentas. A la hora de la verdad, lo que hay ahí afuera es lo más atractivo. ¡Míranos a nosotros!

—¿Y...? No me has contestado. ¿Os reunisteis?

—No. Nunca llegamos a estar las tres juntas en un mismo sitio, respirando el mismo aire.

—¿Y cómo dices, pues, que «os presentó»?

—Antes de los chats y las redes sociales virtuales, si uno quería conocer gente tenía que recurrir a los anuncios de las revistas. O los ponías o los contestabas.

—¿Tú pusiste o contestaste?

—Ni una cosa ni otra. Tenía una amiga, Sara, con la que iba a todas partes. La típica amiga de la infancia... Ella dijo un día que quería poner uno de esos anuncios, y yo me apunté a la idea, por diversión. Nunca sabes lo que puedes encontrar... Le pedí que, cuando lo pusiera, añadiera mi dirección. Y así fue como conocí a Judith en septiembre de 1992.

—¿Y a Bárbara?

—No vayas tan rápido. ¿No querías saberlo todo? Pues lo vas a saber. Estoy harta de ser la mala de la película. No soy una santa, no lo he sido nunca. Pero quiero que de una buena vez dejes de admirar y compadecer a esa mala perra porque la han matado. *Judith no era mejor que yo.*

—Yo no he dicho eso.

—¡Oh, por Dios, Olivier! Te comportas como el miembro honorífico de su club de fans. Incluso has admitido que te gustaría haberte acostado con ella. Si eso no es ponerla por encima de mí, ya me dirás...

—No seas cría, lo que yo piense de ella es lo de menos en un día como hoy. La realidad es que fuisteis amigas durante un tiempo. No lo puedes negar a estas alturas.

—Ni lo pretendo. Fuimos *buenas* amigas. Nos quisimos mucho. Y teníamos mucho en común. Aunque nos separaban otras tantas cosas. Judith tenía las ideas muy claras. Sabía muy bien lo que *no* quería. Era muy exigente con la gente, así que me sentí muy afortunada de poder contar con su amistad. No cualquiera podía presumir de ella.

—¿Escribía?

—No todavía. No tenía muy claro su futuro. Lo de la escritura fue idea de su padre. Y Bárbara le dio el último empujón.

—¿Cuándo entró ella en escena?

—En abril de 1996. Hay que decir que Judith y yo pasábamos por una de las mejores etapas en nuestra relación epistolar. Ella había conocido a Bárbara en enero y enseguida conectaron. Me habló maravillas de ella, que era entonces una muchachita bastante solitaria, se llevaba peor que mal con la familia, y los buenos ratos los pasaba trabajando o cuando se refugiaba en las cartas, relatos y cuentos.

—¿También escribía?

—Sí, pero nunca hizo de ello una profesión seria, al contrario que Judith.

—¿Culpa tuya?

—Hubo quien me acusó de su «fracaso» como escritora.

—¿Y tenía razón?

—No. Yo *nunca* le prohibí nada a Bárbara. Ella decidió dedicarse a mí y dejar sus sueños de lado. Fue una decisión *exclusivamente* suya. Yo no la obligué a nada.

—Pero tampoco la animaste a que siguiera escribiendo...

—No, no lo hice, es cierto. Llámalo egoísmo. A mí me gustaba y me interesaba tenerla pendiente de mí. Noche y día.

—¿Nunca habló de recuperar esa parte de su vida?

—A mí no. Aparentemente, no lo echaba en falta. Hay que decir que los primeros años de matrimonio fueron bastante buenos, aunque era yo quien llevaba la batuta y tomaba iniciativas y decisiones. No se puede decir, sin embargo, que sufriera mucho a mi lado. Fue ella quien me propuso casarnos, de hecho. Dime, si tan mala compañía era, ¿por qué iba a querer casarse conmigo? Nadie nos obligaba, al contrario. ¡Lo que han luchado los homosexuales para que se les reconozcan sus derechos! Aprobaron la ley y a nosotras nos faltó tiempo para correr al juzgado. No diré que fuera una boda alegre; pero ella era muy feliz, y yo... estaba satisfecha de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Ni qué decir tiene que a mí me vino de perlas la legalización de nuestra situación sentimental. La tenía donde quería: cada vez más atrapada y dominada.

—¿Fue así desde el comienzo?

—No, ¡qué va, en absoluto! Cuando recibí la primera carta de Bárbara, lo que más me sorprendió y admiró de ella fue lo claras que tenía las cosas; mucho más que yo, que vivía supeditada a mi madre.

—Ay, los españoles...

—No empieces a criticarnos ahora desde tu chovinismo francés.

—Sólo he hecho un comentario. Sigue.

—Lo dicho: Vivía pendiente de los dictados de mi madre. Y a ella no le gustaba ni Judith ni Bárbara.

—¿Algún motivo en especial?

—Sí y no. Había motivos, pero te parecerían ridículos. Incluso a mí me lo parecían entonces.

—¿Qué motivos?

—Judith era bisexual. Y no lo escondía... No con los amigos. La familia era harina de otro costal...

—Y se lo dijiste a tu madre.

—Pues no. Lo hizo la propia Judith un día en nuestro apartamento de Cambrils; todo vino a propósito de la novela de Lucía Etxebarria, *Beatriz y los cuerpos celestes*, que recién había ganado el Premio Nadal. Una cosa llevó a la otra, y Judith declaró sin tapujos que no tenía manías a la hora de enamorarse. A mí no me importaba lo que hiciera con su vida, pero a mi madre le cayó mal desde ese día. A Bárbara sólo la conocía de oídas, y yo me cuidaba de comentar según qué temas. Aún y con lo poco que le conté, o quizá por esa misma ambigüedad, tampoco la tenía en muy buen concepto.

—Porque era lesbiana.

—No, lo que la tenía de los nervios era saber que ya no tenía el poder absoluto para decidir en mi vida. Pero sí es verdad que tanto Bárbara como Judith se declaraban abiertamente bisexuales. No les hacían ascos a los chicos; si se presentaba uno que valiera la pena, bien intentaban acercarse a él.

—A tu madre no debió de gustarle que frecuentaras esas amistades.

—Para nada. Ella quería un niño de papá muy rico y muy insípido para mí. Alguien con mucho pedigrí, un currículum de quince páginas plagado de titulaciones, e importantes contactos con la gente adecuada. Y maleable: la clase de yerno que puedes manejar a tu antojo. Cualquiera de mis socios la habría hecho babear; no tengo nada en contra de Oriol y Borja, pero a pijos no los gana nadie.

—Qué horror.

Me echo a reír al ver su mueca de espanto.

—Y tú que lo digas.

—¿Y qué pasó finalmente con Judith?

—Lo que tenía que pasar. Me fui distanciando de ella poco a poco, y empezó a olerse algo feo. Me dio un toque.

—Y no te gustó.

—Yo estaba acostumbrada a salirme con la mía. A los halagos y las palmaditas en la espalda. A Judith no le iba todo ese rollo del peloteo. Si no le gustaba algo, lo decía alto y claro.

—No sé por qué no me sorprende.

—Si te vas a poner en ese plan, no sigo.

—¿Qué plan?

—A defenderla a capa y espada.

—Yo no la defiendo.

—¡Y una mierda no la defiendes! Sólo te falta colgarle una medalla.

—No digas tonterías. ¿Qué quieres que diga? Tal y como la pintas, ella era una gran persona.

—¿Y yo qué era? Dime, ¿qué era yo?

—Una niña malcriada, sobreprotegida y cobarde.

—Muchísimas gracias.

—Ya te advertí que no diría más que lo que pensaba.

—Si lo llego a saber...

—¿Qué?

—Que eras uno de sus fans...

—Yo no soy fan de nadie, no seas infantil. Sólo intento comprender por qué te obstinas en negar lo obvio.

—¿Y qué es, según tú?

—Que el fulgor de una estrella no se apaga con facilidad, por más que tú lo quieras empañar.

—¿Por qué no te pones en mi piel por un momento? Yo no quería romper la relación, pero las cosas empeoraban día a día. Estaba presionada por todos lados. Mi madre quería que rompiera con Judith, Bárbara me la ponía de ejemplo a imitar cada dos por tres, y Judith, por su parte, reclamaba más atención de mí de la que recibía. El verano, desde luego, no es la mejor estación para pensar con la adecuada... *froider*. Al final, me impacienté, me calenté, y lo pagué con ella. Quedó muy afectada y fue enseguida a llorar al hombro de Bárbara.

—¿Y qué dijo ella?

—Se puso de mi parte.

—Y tú la mar de contenta.

—No te lo niego. Por un momento, temí perderlas a las dos.

—¿La ruptura fue algo definitivo?

—No tenía por qué. Se pudo haber solucionado con un poco de buena voluntad por ambas partes, pero el resentimiento de Judith y la intervención de mi madre hicieron el resto. Y luego, el accidente...

—¿Qué accidente?

—Tuvimos un accidente de tráfico a mediados de septiembre. Yo quedé muy lastimada y pasé unos días en el hospital. Cuando volví a casa me encontré con una carta de Judith donde me ponía los puntos sobre las íes. Perdí los nervios. Hablamos por teléfono y le dije mil barbaridades, más unas cuantas que me cuchicheó mi madre al oído en un tono de voz muy poco adecuado si quieres mantener algo en secreto. No sé si me explico...

—O sea que tu madre te puso en evidencia ante Judith. Es eso, ¿no?

—¡Y de qué manera! Al principio no me importó, pero cuando más tarde se lo comenté a Bárbara, me dijo que era tonta de remate y que Judith hacía muy bien al no querer saber nada de mí.

—Y te enfadaste.

—Bastante. En realidad, estaba más asustada que cabreada. Porque, lo creas o no, a mí me había dolido mucho perder a Judith. No quería perder también a Bárbara.

—Y no la perdiste.

—No, no la perdí. Estaba muy enamorada de mí; lo único que hizo fue decirme sin tapujos, como era habitual en ella, que había sido muy cobarde permitiendo que mi madre se entrometiera en nuestra relación, aunque yo misma fuera a ponerle punto final. Y me dejó muy claro que ella no era Judith, que pensaba pelear con uñas y dientes por mí, y que le importaba un rábano la opinión que tuviera mi madre al respecto.

—¡Eso es amor! No te quejarás.

—Nunca lo he hecho.

—¿Qué hizo tu madre cuando supo que Bárbara quería de ti algo más que una simple amistad?

—Ufff... Mejor ni te cuento. Mi madre hizo perrerías para separarnos, pero no consiguió

salirse con la suya.

—Y la cosa siguió y siguió...

—Sí, aunque ninguna de nosotras estaba a gusto con esa situación. Yo menos que nadie. Escribir a una amiga común para que nos hiciera el papel de alcahueta fue lo más lamentable y patético que recuerdo haber hecho en toda mi vida. Te diré que nunca le he perdonado eso a mi madre. Ni siquiera hoy. Judith y Bárbara seguían carteándose como si nada. La madre de Judith no se metía en las historias de su hija; vivía en su propio universo, plagado de un sinfín de enfermedades y médicos, y nunca se entrometió en su relación.

—¡Vaya diferencia!

—¿Entiendes lo peliagudo de mi posición en ese triángulo? Yo llevaba las de perder. Bárbara me quería, sí, pero la tortilla podía volverse del revés de la noche a la mañana.

—¿Qué sentía Judith?

—Nada aparte de un sincero cariño... que yo supiera. Procuré mantenerme al tanto de su vida para saber cómo iban las cosas y contra qué clase de enemiga tenía que luchar.

—¿Enemiga?

—Sí. La cosa estaba entre Judith y yo. Ellas no mantenían una relación muy estrecha, o no tanto como la nuestra, según me aseguraba Bárbara cada vez que le preguntaba. En realidad, yo no sabía cuán estrecha era su relación. Iba a ciegas, sin saber a ciencia cierta cuántas piedras había en mi camino y cuánto podían perjudicarme. Era una sensación muy angustiada. Como andar con los ojos vendados por una cuerda floja a cincuenta metros de altura.

—Uhhh, peligroso, peligroso...

—En ese tira y afloja pasamos 1999; hubo períodos en que me sentí más tranquila, por ejemplo cuando supe que Ernesto y Judith estaban por enrollarse, que él había ido a verla a Barcelona y que les iba bien. Lamentablemente para mí, no duró mucho. Y, en el fondo, era de esperar. Ernesto no era mal hombre, pero sí muy cerradito de miras. Demasiado para alguien tan liberal y adelantado como ella.

—De ese tipo no me has hablado nunca.

—No era más que un actor de segunda fila. Si fuera tú, no me preocuparía del tema.

—Yo no me preocupo de nada, querida. Ni siquiera me ha preocupado Bárbara en todos estos años...

—Oh, y yo que quería ponerte celoso, ¡vaya chasco!

—No seas mala, y cuéntame qué pasó al final.

—Pasar, pasaron muchas cosas... No tengas prisa.

—No tengo prisa. Tengo hambre, que no es lo mismo.

—De acuerdo, vamos a tomar algo, yo también tengo el estómago en los pies. He desayunado a las ocho. ¿Qué hora es?

—Las dos del mediodía.

—Esto de divagar y perderse por los vericuetos de la memoria abre el apetito que da gusto. ¡Anda, vamos!

—Cuando me has citado aquí, ¿pensabas contarme todo esto?

—Pues no, la verdad. Al menos, no la historia completa. ¡Quién me iba a decir a mí que eras tan curioso!

—Mujer, vas y me dices de sopetón que fuiste amiga de Judith Ordóñez... Eso le despierta la curiosidad a cualquiera. Y la más morbosa.

—¡Serás cabrón! O sea que sólo quieres sonsacarme información de ella.

—Quiero tu versión. La suya, después de lo que me has contado, sé muy bien a dónde

ir a buscarla.

—Muy listo eres tú.

—Algo se me tenía que pegar después de tantos años contigo.

—¡Hala! Venga, camina, antes de que me ponga a pensar *qué* has querido decir con eso.

—Lo tuyo es deformación profesional. A todo le encuentras doble sentido.

—¡Qué le vamos a hacer! Una es así de retorcida. Aunque... ese adjetivo no me acaba de gustar. Prefiero definirme como maquiavélica.

—No tiene nada de malo seguir los dictados del buen Maquiavelo.

—En absoluto. A mí *El Príncipe* me dio mucho en qué pensar... y unas pautas de comportamiento que, a la hora de la verdad, me resultaron de lo más provechoso.

Al lado del bufete hay un restaurante japonés *self service*, donde hacen un sushi para chuparse los dedos. Me aficioné a él cuando estuvimos en Lyon. Lo normal hubiera sido aficionarse a las lionesas, pero esas me gustan desde que tengo uso de razón. Las rellenas de crema, sobre todo. Con las bandejas repletas buscamos una mesa apartada para mayor intimidad. Comemos en silencio y aguardamos a los cafés para reanudar la charla.

Olivier no sabe que ahora viene lo mejor.

—¿Y dónde nos habíamos quedado?

—Ernesto y Judith no acabaron de entenderse, y eso la dejó con el corazón libre y abierto al amor...

—Inquietante...

—No tanto. Esa Navidad tuvieron una bronca ella y Bárbara.

—¿Por...?

—En parte fue mi culpa. Pero *sólo en parte*.

—¿Qué hiciste?

—Nada. No, no me mires así. *No hice nada*. Simplemente, Judith empezó a ver que nuestra relación pasaba de ser una simple amistad a algo más fuerte, intenso... o llámalo como quieras. Sabía leer entre líneas, y le dolió ver que Bárbara me prefería a mí. Ya te he dicho que era muy celosa.

—Pero no rompieron...

—Casi, casi...

—Estuvieron a punto.

—Sí. Bárbara nunca ha tenido mucho tacto; la carrera diplomática no se hizo para ella. Si no estaba a gusto con algo o alguien, no se quedaba ni callada ni cruzada de brazos. Le soltó una bronca a Judith de mucho cuidado. Pero la otra tampoco se quedaba callada cuando la ofendían, salvo si la ofensa era muy, muy grave. Entonces, el silencio era su única respuesta.

—Estaba fuera de juego, pues.

—Casi, pero no. A menudo me daba por pensar que tenía siete vidas, como los gatos. Caía y se levantaba, caía y se levantaba... Jamás desfalleció.

—Por eso llegó donde llegó. Mal que te pese.

—Olivier... no sigas por ese camino, te lo advierto.

—No he dicho nada. Continúa.

—El año 2000 empezó mal para todas. Judith estaba dolida y desesperada porque no encontraba trabajo ni ninguna editorial que quisiera publicar su primera novela. Bárbara perdió a su abuela paterna; quedó hecha polvo porque esa señora era de los pocos que la habían tratado bien y se había esforzado por comprenderla, incluso cuando supo

de su lesbianismo. Por último, yo tampoco estaba en mi mejor momento; la relación con mi madre era cada día peor.

—Ellas se reconciliaron...

—Sí, claro. Cuando Bárbara vio que pasaban más de dos semanas sin saber nada de ella, empezó a notar que la cosa fallaba; si algo admirable tenía Judith, era la firme voluntad de mantener su correo al día, no importaba lo que tuviera entre manos. Tanto silencio no auguraba nada bueno, debió de pensar, y le escribió otra carta. Esta vez, más conciliadora y humilde. Bárbara la quería más de lo que jamás reconocerá ante mí o ante cualquier otro. Y la idea de perderla la ponía mala. Así que hincó la rodilla y por una vez dejó de lado su natural soberbia con el único afán de recuperar lo que tenían.

»Judith leyó la carta y la contestó, pero recuerda que ella también sabía poner los puntos sobre las íes. Le dijo a Bárbara que tenía que pensar muy seriamente si quería seguir con aquella relación, ahora que sabía dónde estaba su lealtad. Que no había contestado su fantástica carta de Año Nuevo porque era insoportable de puro borde, y no merecía respuesta. Ella no estaba para recibir broncas de nadie, ¡bastantes tenía ya en casa! Lo que buscaba en un amigo no eran recriminaciones ni que la hicieran sentir como una mierda.

»Estaba harta de que le dijeran lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. Y no iba a tolerar comparaciones de ninguna clase. Ella era ella, y yo era yo. Y se alegraba infinito de no ser yo. Le dijo que por ese camino, con ella, no iba a llegar a ninguna parte. Cuando lo hubiera pensado con calma... ya le escribiría... si había algo más que añadir. Que a partir de ahora las condiciones las pondría ella, y que se habían acabado las tonterías. Ella no era plato de segunda mesa. Otra gilipollez como esa y adiós, muy buenas.

—Fiuuu... ¡Eso es un par de ovarios!

—Judith sufrió ese año una transformación similar a la que había sufrido Bárbara cuando se mudó a Madrid. Trabajaba, ganaba dinero, y eso aumentó en muchos puntos su autoestima. Al mismo tiempo puso freno a muchas cosas que se habían extralimitado. Y el comportamiento de Bárbara era una de ellas.

—¿Y...?

—Bárbara acusó el cambio. Pero le gustó. Mucho. Esperaba sinceramente que Judith volviera a escribir como al principio...

—¿Lo hizo?

—Sí. La Judith de entonces no era rencorosa. Y además, presumo, ya estaba enamorada de Bárbara. Puede que no lo supiera, pero lo estaba. Al cabo de una semana, volvió a escribirle con su habitual talante cariñoso, como si nada hubiera pasado.

—¿Y tú?

—Intenté no darle importancia. A fin de cuentas, nuestra relación no se había visto afectada por los exabruptos de una y otra. La cosa era entre ellas, no me afectaba de un modo directo. Simplemente, tenía que contar con que ella estaría siempre de por medio, me gustara o no.

—¿Nunca te planteaste una reconciliación?

—No. Y debo decir que quedé muy mal al permitir que fuera ella la que tomara la iniciativa y quedara por encima de mí, moralmente hablando.

—¿Ella...? ¿Judith?

—Sí. Intentó reconciliarse conmigo. Con Bárbara enamorada de mí, no le convenía quedarse fuera de juego.

—¿Qué te hace pensar que lo hizo por interés? Ella no era como tú, lo has dicho.

—No, no. He dicho que ella le dijo a Bárbara que se alegraba infinito de no ser yo.

Parece lo mismo y no lo es. Judith podía decir misa y convencer a quien se dejara. Yo sabía muy bien lo que perseguía.

—¿Y qué era, según tú?

—Meterse hasta el fondo en nuestra relación y dinamitarla desde dentro.

—Y a ti no te gustaba la idea, claro.

—Pues no, ni pizca. Pero no podía hacer nada en su contra sin levantar sospechas. Bárbara y ella estaban más unidas que antes; incluso se iban a presentar juntas a un premio literario en Barcelona.

—¿Había estado alguna vez allí?

—No, nunca. En septiembre Bárbara vino a Lérida, a «conocerme», aprovechando que le pillaba de paso, antes de ir a ver a Judith. Cuando me avisó me cayó fatal. Era como decir: «porque me viene bien, que si no...»

—Dejaba claro que iba a verla *a ella*.

—Sí. Saber que iban a estar juntas, que iban a compartir ese momento único, me enfermó.

—¿De celos?

—De envidia más bien. Yo no escribía; ni me lo había propuesto nunca, ni creía servir para eso. Digamos que la literatura y el mundillo editorial conformaban un espacio donde estaba de más, un espacio que sólo ellas compartían. Yo quedaba al margen.

—Pobre Michelle...

—A mí no me compadezcas. No soy yo quien debe merecer tu compasión. En esta historia no soy yo quien lo ha perdido todo.

—¿Ah, no?

—No. Deja que te cuente el resto... y ya verás.

—Cuenta, cuenta...

—Bárbara y yo nos encontramos aquel jueves. Yo vivía sola, independiente y libre ya de la perniciosa influencia de mi madre... Pasamos todo el día juntas, hablando, conociéndonos mejor, yendo de un lado para otro, aunque ella no estaba muy interesada en hacer turismo. Se quedó a dormir en mi casa, aunque no hicimos nada... Ya sabes... Era muy pronto. Yo no tenía claros mis sentimientos. Quería tenerla a mi lado, pero no sabía exactamente qué papel quería que jugara en mi vida.

—¿No es un poco cruel? Digo, tenerla así, pendiente de tu capricho.

—¡Yo no le pedí que se enamorara de mí!

—Ya lo sé. Pero admite que te comportaste como el perro del hortelano.

—No es verdad. Yo nunca le prohibí nada, ya te lo he dicho.

—Te aprovechaste de su amor y su paciencia...

—No tanta, no vayas a creer...

—¿Cómo fue lo del concurso?

—Perdieron... pero con la tontería de participar, verse, hablar... la relación se fortaleció muchísimo. Incluso comentaron algo de pasar unos días juntas, en Madrid, por Navidad.

—¿Y tú dónde quedabas?

—Yo andaba muy liada, hacía poco que me había mudado al piso nuevo y tenía mucho que hacer. No estaba para pamplinas románticas.

—¿No temiste perderla?

—¿Sabes? Llegué a un punto tal que dejó de importarme. Tenía muchos quebraderos de cabeza, no necesitaba otro más.

—¿Y a Bárbara también dejó de importarle?

—Pues no puede decirse que estuviera muy impaciente por verme de nuevo... No hacía más que hablar maravillas de Judith en todas las cartas que enviaba, y cuando hablábamos por el móvil. Se había quedado encantada de conocerla en persona y le había causado una impresión inmejorable.

—Mal asunto para ti.

—Peor que malo. Por el puente del seis y ocho de diciembre tuve una espantosa bronca con mi madre por una chorrada. No era el mejor momento de decirle: «Mamá, Bárbara y yo vamos a pasar las fiestas juntas este año. No me esperéis a cenar, a menos que nos esperéis a las dos.»

—Todavía no sabía nada de lo vuestro...

—No. Ni yo misma sabía qué quería, ya te lo he dicho. No me apetecía arriesgarme a una confrontación familiar de esa envergadura sin asegurarme primero de que el riesgo valía la pena.

—Así que no dijiste una palabra y dejaste que Judith ocupara tu lugar.

—Si quieres verlo así...

—¿Hay otro modo?

—Supongo que no. Le dije «no» a Bárbara cuando quiso venir a verme; me disculpé diciendo que no estaba el horno para bollos, que no quería broncas en casa, que estaba estresada y blablabla...

—¿Se lo tragó?

—Para nada. Me llamó cobarde y añadió: «Ahora que vas a estar sola y tranquila, harás bien en plantearte *qué* piensas de nuestra relación y *a dónde* quieres llegar con ella.»

—¿Qué le dijiste?

—Que no tenía la cabeza para líos románticos. Éramos amigas y estábamos bien así; no había por qué complicar las cosas ni adelantar acontecimientos...

—Eso y arrojarla a los brazos de Judith era lo mismo.

—Quizá. No creí que representara una amenaza para mí. Entiéndeme, no estaba de ánimos para numeritos de celos ni tormentosas escenas de pareja: «Que si tú quieres esto, yo aquello, y no nos ponemos de acuerdo ni a la de tres.» Me había costado lo mío independizarme. Lo que más deseaba era acabar el año en paz conmigo misma. Punto. Ya habría tiempo de hablar de amores.

—Bárbara estaba más impaciente que tú.

—Quería estar conmigo. Si estaba enamorada de Judith, no lo sabía, y no debía de importarle mucho cuando prefería mi compañía a la suya. Todo junto es muy contradictorio, la verdad. Lamento liarte tanto.

—No importa. La cosa se pone interesante...

—Sí, objetivamente, la nuestra es una curiosa historia; si yo no estuviera tan involucrada, me gustaría que alguien me la contara como te la estoy contando a ti. Al cabo de los años he reconocido, aunque muy a regañadientes y sólo ante mi conciencia, que la novela de Judith merecía tener el éxito que tuvo. Bien, una vez desbaraté sus planes, corrió a llamar a Judith e hizo planes con ella, movida por el despecho. Judith no sentía nada especial por Bárbara, pero la idea de largarse unos días de Barcelona fue muy bien venida.

»Esa Nochevieja la pasaron juntas... No sé qué hicieron, no estaba con ellas para ser testigo de su encuentro. Cuando Judith escribió su novela hizo creer a todo el mundo que se había acostado en la cama de Bárbara, y no sólo para dormir. Lo que pensara la gente la traía sin cuidado; lo único que pretendía con su viperina insinuación era sembrar la semilla de la duda y dejarla allí para que me envenenara por los restos...

—Nunca has sabido, pues, si lo hicieron o no.

—No. Para cuando esa duda empezó a germinar en mi mente, Bárbara y yo habíamos tenido la mega bronca a propósito de *Lealtades Enfrentadas*, y las cosas habían quedado claras entre nosotras. No había nada más que decir. Ni que preguntar. Ella sabía que yo no la quería, y yo sabía que, por más que se empeñara en negarlo o disimularlo, estaba enamorada de Judith y lamentaba horrores haberla perdido.

—Si las cosas iban tan bien entre ellas, ¿por qué acabó a tu lado y no al suyo?

—Porque el año 2001 nos tenía reservadas unas cuantas sorpresas. A todas.

—¿Qué clase de sorpresas?

—Nuestra vida se había convertido en un tablero de ajedrez. Y tú y yo sabemos que al ajedrez sólo juegan dos...

—Alguien estaba de más.

—Sí. Y cada cual pensaba que era la otra la que sobraba.

—¿Qué te comentó Bárbara, admitió haber compartido su cama con Judith o fue todo una invención de ésta para martirizarte?

—No dijo nada. Para mí su silencio fue más revelador que cien novelas juntas.

—Quien calla, otorga.

—Tú lo has dicho. No dijo una palabra del asunto. Fue como si nunca hubiera ocurrido.

—Pero tú sabías que habían estado juntas.

—Sí.

—Quizá no le dio importancia.

—No tenía por qué dársela. Eran amigas; era normal que disfrutaran juntas. Lo que no era tan normal es que yo pasara esa Nochevieja sola, comiéndome la cabeza, montándome mil y una películas, a cual peor.

—¿No estabas en casa de tus padres?

—No. No fui al final. No quería ver a nadie, y mucho menos a mi madre. Le dije que me dolía la cabeza y me quedé en mi piso, tranquila. Bueno, lo de «tranquila» es un decir...

—Déjame adivinar: no pegaste ojo en toda la noche.

—Pues no. Tendría que haber confiado en Bárbara, cualquier enamorado lo hubiera hecho. Pero yo soy desconfiada por naturaleza; y créeme, el tiempo me iba a dar la razón.

—¿Me estás diciendo que te traicionó?

—Así lo sentí yo cuando me llamó aquella tarde y me dijo que estaba embarazada...

—¿Hablas en serio?

—Ojalá pudiera bromear. Yo me quedé de piedra, como tú. Apenas podía creerlo y mucho menos entenderlo. Que los niños no vienen de París, Olivier, ni hay cigüeña que valga.

—¿Quién era él?

—Uno de sus clientes del *Sephora*.

—¿Uno de sus clientes? ¿El *Sephora*? Perdona, pero ahora sí me he perdido...

—Lo sé, lo sé... Nunca te lo he dicho. Bárbara era una chica «de alterne» en Madrid. Ella juraba y perjuraba que no era una puta. Aquí, *entre nous*, yo nunca he sabido ver la diferencia...

—Caray, Michelle, estás resultando ser una caja de sorpresas...

—No te rías, que el asunto es serio. Yo me sentí muy humillada porque después de tanto decirme que me quería, va y se lía con otro. Y encima borracha y sin tomar precauciones ni nada. ¡Cómo para que le hubieran contagiado alguna ETS!

—¿Qué le dijiste?

—Pregunta más bien qué no le dije.

—Hubo bronca, por supuesto. ¿Y cuándo fue eso?

—En verano. Habíamos quedado para ir a ver a Judith; a mí no me hacía ninguna gracia ese reencuentro, pero no podía postergarlo más. Créeme si te digo que todo el mes de junio estuve preparándome para ese careo. Y al final, ¡mira tú por dónde me salió mi mujercita!

—¿Tuvo el niño?

—¡Qué va! A Bárbara no le gustaban los niños. Mucho menos los que venían sin un pan bajo el brazo y sin avisar.

—Y el padre, ¿qué tenía que decir?

—¿El padre? Que yo sepa, estaba casado y tenía su propia familia a la que quería con locura. No quería más niños; desde luego, no de una de sus amiguitas del alterne. Supongo que le dio dinero para que se deshiciera de él; debía de sentirse responsable del incidente. Al menos, tanto como ella.

—¿Qué dijo Judith de todo eso?

—Imagino que le dolió que no fuéramos a verla. Pero se alegró de vernos enfrentadas. Aprovechó la oportunidad para arrimarse a Bárbara y ser su paño de lágrimas. Fue la buena amiga que dijo, ni más ni menos, lo que la otra quería oír: «Que yo era la culpable, que no se preocupara, que todo tenía solución.» Y por supuesto, añadió que ella siempre iba a estar ahí para lo que hiciera falta. En un visto y no visto, me desbancó sin apenas despeinarse y ocupó mi lugar en su corazón.

—¿Y por qué no hiciste tú ese papel? El que te tocaba, en definitiva.

—Yo era la parte ofendida, la engañada, ¿no lo entiendes?

—Entenderlo, lo entiendo. Lo que no acabo de ver claro es por qué ella se metió en la cama con ese tipo. Más natural hubiera sido correr al lado de Judith.

—Ya te he dicho que Bárbara no le hacía ascos a los hombres... Martín estaba allí, abierto a cualquier plan que le propusieran; Judith se hallaba a 700 kilómetros... y enamoriscada de un compañero del trabajo. Había asimilado que Bárbara, para bien o para mal, me quería a mí más que a ella.

—Sin embargo, eso cambió después de vuestra charla...

—Muchísimo. Se suponía que yo debía ofrecerle todo mi apoyo moral a Bárbara, entender su situación y aceptar mi parte de responsabilidad en su sentimiento de abandono, pero las crisis afectivas siempre me han pillado en el peor momento. Cuando me llamó al móvil para soltarme las últimas novedades, yo estaba enferma con varicela en casa de mis padres.

—¿De tus padres?

—Sí, bueno... No me lo digas, que ya lo sé: Tendría que haberme quedado en casa, solita, apañándomelas por mi cuenta.

—Hubiera sido lo natural... porque nunca te has llevado muy bien con ellos.

—Con mi madre en particular. Con mi padre no tenía mayores problemas, salvo que no comprendía ni aceptaba de buen grado mi francofilia.

—Qué bien que no llegó a conocerme.

—No eres el primer francés por el que me siento atraída... hubo otros.

—Uhhh... Interesante. Pero sígueme contando, ¿por qué volviste a casa de papi y mami?

—No tiene gracia. Estaba mal, débil; mi madre insistió en que no podía quedarme sola, y al final me resultó más fácil acceder a sus ruegos que escuchar sus eternas recriminaciones.

—No debió de gustarle mucho a Bárbara tu regreso al dulce hogar.

—Digamos que fue la gota que colmó el vaso. Y era comprensible, veía que entre nosotras las cosas iban de mal en peor. No necesitábamos la intervención de terceras personas.

—¿Cómo reaccionó tu madre al saber que Bárbara estaba embarazada?

—Mi madre nunca supo nada de ese supuesto embarazo. Ni mi padre. Yo no les hablé de ella como una posible pareja hasta que no tuve más remedio que enfrentar la situación. Y eso fue a un mes de la boda, no antes.

—Judith ya había salido de escena.

—¡Y tanto! Vete tú a saber por dónde andaba...

—¿No sabíais nada de ella?

—Ni media palabra. Yo no la echaba en falta. Ella... no sé. A mí no me lo dio a entender.

—¿Y bien, cómo la echaste del tablero de ajedrez? Imagino que no se apartaría voluntaria y noblemente para dejarte el puesto a ti.

—¡Qué va! No me quería al lado de Bárbara, sospechaba que no era trigo limpio y no me la merecía... Pero, ¿no te he dicho que era muy ingenua? Cometió un gravísimo error de juicio conmigo. Y cuando cayó en la cuenta de las consecuencias, ya era demasiado tarde. Yo tenía a Bárbara a mi merced.

—¿Qué clase de error?

—Confiarme sus planes.

—¿Estás diciéndome que es un error confiar en ti?

—Es un error confiar en cualquiera... ciegamente. Más aún cuando hay un conflicto de intereses por medio.

—No sabía que fueras tan fría en cuestión de sentimientos.

—Sé lo que es mejor para mí. Y en ese momento de mi vida, a punto de dejar atrás el cuarto de siglo, me convenía tener a Bárbara a mi lado. Había superado todas mis dudas existenciales y sabía que quería vivir con ella. A todos nos gusta tener al lado alguien que nos quiera como ella me quería a mí. Por desgracia, Judith también había decidido largarse a Madrid. Era cuestión de tiempo que se ganara su amor y yo cayera en el olvido más absoluto.

—Algo había que hacer.

—Y rápido. El asunto era urgente.

—Porque un *ménage a trois* en casa de Bárbara hubiera sido divertido... por un tiempo... y no muy largo.

—Yo no estaba dispuesta a abandonar Lérida, ¡ni hablar! Tenía mi trabajo aquí. Una plaza de funcionaria que me había costado muchos meses de reclusión en casa, muchas noches sin salir ni relacionarme con nadie... No lo iba a tirar por la borda por algo que podía ser perfectamente un enamoramiento pasajero sin más trascendencia. Nunca consideré la posibilidad de mudarme a Madrid, ni por un mes, ni por una semana... Pero después de oír a Judith hablándome entusiasmada de sus perspectivas de futuro a corto plazo, supe que un viaje relámpago sí era imprescindible.

»Enseguida empecé a hacer planes y números. Era una apuesta arriesgada porque no sabía cómo reaccionaría Bárbara ante mi intempestivo cambio de actitud. Habíamos acabado como el rosario de la aurora apenas un mes antes. Tenía que moverme rápido mientras todavía sintiera algo por mí. Peor que el odio es la indiferencia. Y tanto silencio me hizo pensar que iba camino de olvidarme... ¡y a velocidad de vértigo además! Cuando la avisé de mi idea de ir a verla y aclarar nuestra situación, se mostró cordial pero no muy entusiasta; añadió que estaba muy ocupada preparando una

habitación para Judith. «Vamos a vivir juntas», me dijo. A mí se me borró la sonrisa y el color de la cara al instante. La advertencia estaba implícita en el tono de su voz: O espabilas o me olvidas. A mí me cuesta muy poquito olvidarte. Y después de lo que hiciste, ya estoy tardando demasiado.

—Y espabilaste.

—No me quedaba más opción.

—¿Qué le dijiste a Judith, cómo justificaste tu repentino cambio de planes?

—Yo no le debía explicaciones de ningún tipo, y no fui tan tonta de corresponder a su sinceridad destapando mis intenciones...

—La querida Michelle nunca comete errores.

—Procuro no tropezar dos veces con la misma piedra. Le dejé el camino libre una vez... Y no me gustó la sensación de abandono que me dejó saber que estaban juntas... y probablemente, ¡quién sabe!, poniéndome a parir.

—Bonita traición.

—No me dejó alternativa. O lo hacía yo o lo hacía ella.

—Tú no estabas enamorada.

—Ella tampoco, si a eso vamos. Lo único que quería era escapar del opresivo ambiente familiar de una vez y para siempre. Daba igual que Bárbara viviera en Madrid o en Sevilla, o en Santiago de Compostela. Cuanto más lejos, mejor. Su hospitalidad le venía como anillo al dedo.

—Al final, pues, la que salió peor parada fue Bárbara.

—Ya te advertí que no era a mí a quien debías compadecer. Cada una a nuestra manera, las dos tratamos de aprovecharnos de su generosidad. Yo gané porque le dije lo adecuado en el momento preciso. Lo que ella quería oír de mis labios. Ni más ni menos.

—Pero no era cierto.

—Hay gente que no quiere escuchar la verdad, Olivier. No todo el mundo es tan sincero ni espera tanta sinceridad del prójimo. A veces, una mentira piadosa que convenga a ambas partes es mil veces mejor que todas las verdades universales. Después de mi romántica declaración de amor, Bárbara se olvidó de todo el mal que le hice y de todo el cariño que había recibido de Judith.

—Y tú tan feliz.

—No era otro mi propósito cuando me subí a aquel tren, camino a Madrid; no me sobraba el dinero para malgastarlo en viajes inútiles. Si había ido hasta allá era para ganarle la partida a mi rival, abortar sus planes y, de paso, convencer a Bárbara de que iba a estar mejor conmigo que con ella.

—Me imagino que tuviste que emplearte a fondo...

—Pues no. Y mira que llevaba un guión preparado con respuestas a todas las posibles preguntas que podían plantearse. ¡Ya podría haberme ahorrado tanto trabajo! Bárbara se reblandeció como la mantequilla al sol cuando le dije que después de haberlo pensado mucho quería estar con ella.

—¿No mencionó a Judith en ningún momento?

—Judith había pasado a la historia... momentáneamente. Ese día no le dedicó ni un solo pensamiento; sólo tenía ojos y oídos para mí. Eso halagaba mi vanidad y recomponía mi destrozado amor propio de las últimas semanas.

—Una relación a distancia no es fácil...

—Nosotras ya habíamos superado ese obstáculo. Lo importante era que ahora estaba conmigo y que se había levantado un muro entre ellas. Un muro que yo misma me encargué de mantener muy grueso y muy alto, infranqueable.

—¿Cuál fue la reacción de Judith cuando se enteró de vuestra reconciliación?

—Sorpresa, dolor, incredulidad, rechazo, compasión... Y por encima de todo: Indignación. Se sintió traicionada.

—¿Y su siguiente paso fue...?

—Un error muy, muy grande: Cargar las tintas contra Bárbara en el momento más inoportuno. La primera vez le salió bien porque ella pasaba por un bache y estaba blandita, la necesitaba. Ahora no. Ahora me tenía a mí para mimarla y para lo que hiciera falta.

—¿Interrumpieron todo contacto?

—No. Judith sabía muy bien qué quería yo, y no me lo iba a regalar. Después de aquel primer arrebató, se mostró conciliadora y fingió aceptar mi triunfo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Apenas tres meses. Para mí era más que suficiente. Enseguida empezamos a hacer planes; a Bárbara no le quedaba nada que la atara a Madrid, y entendía que yo, como funcionaria, no podía mudarme allá. En realidad, a ella le gustaba la idea de liarse la manta a la cabeza y seguir los dictados del viento... y de su corazón. Aún sabiendo que Lérida no era Madrid, que era lo más parecido a un pueblo donde todos conocen a todos. Muy parecida a la Segovia de su infancia.

—Lo que uno hace por amor...

—Todo y más.

—¿Y tu familia, qué decía de todo esto?

—Nada, no los tenía al tanto de nuestros planes. Sabían que éramos amigas, nada más. Bárbara vino para el puente de Halloween y se la presenté a mi padre. Pero en ningún momento le comenté que quisiéramos vivir juntas ni nada parecido.

—¿A tu madre no se la presentaste?

—Nunca. ¿Para que boicoteara la relación y Judith se saliera finalmente con la suya? No. Había riesgos que no estaba dispuesta a correr hasta haber dejado a mi rival fuera de combate.

—¿Volvisteis a hablar de reuniros?

—Ellas sí. Yo daba largas al asunto porque ni me apetecía volver a ver a Judith ni quería que ella viera que la situación no me era tan favorable como Bárbara daba a entender en sus cartas.

—Eso debió de levantar sospechas...

—Y las levantó, sin duda. Ahora bien, poco podía hacer Judith si Bárbara se obstinaba en cerrar los ojos ante lo evidente. Hablar con alguien cegado de amor es tan absurdo como hablarle a una pared.

—Pero persistió...

—A tozuda no la ganaba nadie.

—¿Y cuándo estalló todo?

—En Nochevieja, ya te lo he dicho antes. Judith se había cansado de hacer el papel de la buena amiga; cuando Bárbara la llamó al móvil para felicitarle el cumpleaños, no quiso hablar conmigo. Prefirió hacer ver que no existía. Capté el mensaje en un santiamén: «¿Cómo tienes la desfachatez de venir a “felicitar” después de lo que hiciste? A Bárbara puedes camelarla cuanto quieras y cuanto se deje ella, pero ni se te ocurra intentarlo conmigo. Es una pérdida de tiempo.»

—¿Te dolió?

—Sí, más de lo que creía; sonó como una bofetada y me sentí insultada. Sabía que tenía sus razones; yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Y a pesar de todo, quizá porque Bárbara me tenía muy mal acostumbrada con tal derroche de amor, creí que

podíamos jugar a ser amigas a pesar de mi deslealtad.

—Un poco caradura por tu parte...

—¿Qué quieres? Tenía que hacer mi papel a la perfección, y eso incluía hacerlo delante de Judith. Se suponía que debía haber buen rollo entre todas nosotras.

—Porque Bárbara no sabía de qué modo infame te habías aprovechado de la buena fe de Judith.

—Por supuesto que no. Es lógico, Olivier. ¿Qué querías que hiciera?

—Ir de cara, ser sincera.

—Eres un idealista.

—Me gusta la gente transparente y honesta.

—Pues no sé qué haces conmigo, aparte de follar, que ya sé que lo disfrutas mucho.

—Más que mucho: *muchísimo*.

—¿No quieres saber cómo acabó todo?

—¿Vas a contármelo?

—Pues claro, no he llegado hasta aquí para dejarte con la miel en los labios. No soy tan mala. El día de los Inocentes, como si de una broma pesada se tratara, Bárbara recibió la última carta de Judith; ésta la había enviado a Madrid con tan mala fortuna que no llegó a tiempo. Bárbara ya estaba en Lérida conmigo. A veces pienso que soltó toda esa mierda porque no tenía nada que perder a esas alturas...

—Dijiste que te puso a parir.

—Y peor. El propósito de esas líneas era «abrirle los ojos» a Bárbara sin caer en la cuenta de que ésta prefería seguir ciega. Me llamó de todo y le recordó que nunca sería bien recibida en mi familia, que siempre tendría que ir escondiendo su amor... Pero si era eso lo que quería de la vida, que le aprovechara y bien. La quería, pero su primer amor y su primera lealtad eran consigo misma. No iba a quedarse a ver cómo se estampaba contra un muro; le dijo que su relación le parecía destructiva y blablabla...

—Muy bien no te dejaba...

—Peor la dejé yo a ella, créeme.

—Eres terrible; no me extraña que quisiera devolvarte el golpe. Y que lo hiciera después de ocho años fue una jugada maestra...

—Si ya sabía yo que te ibas a poner de su parte. Ha conseguido crear una imagen fantástica, supercalifragilisticoespialidosa... Lástima que se correspondiera tan poco con la verdad.

—Es su realidad contra la tuya. Tú te has mantenido en un triste anonimato y ella ha tocado el cielo...

—Pues me alegro mucho... porque va a ir de cabeza al infierno.

—Michelle, querida, ¿todavía crees en eso? Te creía más lista.

—¿Qué quieres? Me educaron las monjas...

—¿En serio?

—Sí. Y nos dijeron que si no éramos buenas niñas nos íbamos a condenar.

—Pues ve con cuidado, no sea que en uno de los treinta y tres círculos dantescos te encuentres con ella... por casualidad.

—Así que tú me ves en el infierno.

—En el cielo te ibas a aburrir, querida; allí todos son buenos y, sobre todo: transparentes. Ninguno leyó a Maquiavelo.

—Peor para ellos.

—Y ahora dime, ¿cómo reaccionó Bárbara ante la novela de Judith?

—No tan mal como yo hubiera querido. Es más, juraría que interiormente se alegró, y

mucho, de que saliera a la luz. Cuando apareció ese bendito libro, nuestro matrimonio iba a trancas y barrancas. Parecía cuestión de días que cada cual fuera por su lado...

—La convivencia desgasta mucho.

—Sobre todo cuando no hay verdadero amor, y la gratitud mal entendida empieza a pasar factura.

—Pero, con o sin novela, seguisteis juntas...

—La situación era delicada. Me puse tan furiosa, tan fuera de mis casillas, que lo solté todo, sin pensar. Y todo significa TODO.

—Por ejemplo: que ni la querías ni la habías querido nunca.

—Ajá.

—¿Por qué no se fue, por qué no te abandonó?

—Le hice ver que me lo debía todo, que no tenía a donde ir ni donde caerse muerta. Ya era demasiado tarde para recuperar a Judith; para bien o para mal, estábamos juntas en el mismo barco. Su deber era apoyarme contra nuestra común enemiga. Insospechadamente, me encontré con una Bárbara muy renuente a posicionarse. Estaba arrepentida de haber equivocado su lealtad, y aunque sabía que aquello ya no tenía remedio, no lo iba a empeorar más. Yo tenía derecho a pelear, si así lo quería, pero ella prefería quedarse al margen. Si quería echarla, era libre de hacerlo, pero si quedarse conmigo comportaba seguir bailando al son que yo tocaba, ya no estaba dispuesta. Una cosa es hacer el tonto por amor. Y otra muy distinta hacer el tonto.

»Cruzamos un sinfín de recriminaciones. El amor estaba muerto y enterrado. Tuve un ataque de rabia y destrocé todo lo que se hallaba a mi alcance. Estuve en un tris de ponerla de patitas en la calle, pero debía actuar con la frialdad que me había caracterizado y me había llevado hasta donde estaba. «Piensa, Michelle, piensa, piensa; no puedes dejarte derrotar de este modo. No por ella.»

»Sí es verdad que las posibilidades de que volviera con Judith eran mínimas, pero quedaba alguna, aunque fuera muy remota. Y yo no quería quedarme sola. Porque mi soledad significaba, ni más ni menos, el triunfo de esa mala perra. A partir de ese día vivimos como extrañas, pero juntas. Bárbara empezó a seguir la carrera de Judith Ordóñez con el mismo entusiasmo que el resto de sus fans. Y teniendo en cuenta su meteórico y mediático ascenso, no nos era muy difícil estar al tanto de todos y cada uno de sus actos y palabras. Olvidé, ¡estúpida de mí!, que Judith se lo tomaba todo muy a pecho...

—¿Qué quieres decir?

—Cuando hablamos por última vez, le dije que «no quería volver a ver su cara nunca más». Y Judith se propuso hacerme tragar esas palabras, costara lo que costase. La gente la tenía por un animal mediático que no podía vivir lejos de los flashes, los focos y las cámaras; pero la verdad, *la única verdad*, es que si salía a diario aquí y allá era con la única finalidad de joderme el día y quitarme el sueño.

—O sea que no lo hacía ni por fama ni por dinero...

—¡Qué va! Aunque el dinero siempre es bien recibido, venga de donde venga. La Judith que yo conocí no hubiera vendido sus intimidades de ese modo.

—Pero esa Judith dejó de existir hace treinta años.

—Sí. Nosotras la matamos y nos tocó vivir con la nueva.

—Cuando recibió el premio, y durante la promoción del libro debió de hablar de él. ¿Comentó en algún momento que fuera autobiográfico o estuviera basado en hechos reales?

—No. Para nada. Dejó que cada cual pensara lo que quisiera; nosotras tres sabíamos la verdad, y era más que suficiente. Para el resto era una historia de amor y desamor; muy interesante, muy bien trabajada y documentada, nada más. Metaficción pura y

dura. Un experimento curioso que, curiosamente, le salió muy rentable.

—Bien debió pensar lo que significaría para vosotras.

—Quizá. Pero se lo guardó bajo siete llaves; ya te he dicho esta mañana que es muy probable que no hablara de ello, ni a su marido ni a su hija.

—¿Pretendes decirme que no fue consciente de sus consecuencias, ni siquiera cuando te vio, sola, en el Tribunal?

—Oh, sí, ahí debió de saborear su triunfo como un gato satisfecho. Y mi histeria todavía la complació más. El mundo se había vuelto del revés: yo, la fría y calculadora, estaba desquiciada. Y ella, la temperamental, la que se dejaba llevar por los sentimientos, más fría que un témpano, sin abrir la boca y sin pestañear. De vez en cuando bostezaba, aburrída y ajena a todo, como si no supiera exactamente qué puñetas hacía en aquella sala. Yo estaba que se me llevaban los demonios...

—No te enfades, que te pones muy fea.

—Tienes razón. No conseguirás disgustarme en un día como hoy. Tengo dos botellas del mejor Dom Pérignon en el frigorífico de casa, esperando a que lleguemos...

—¿Y Bárbara? ¿Lo va a celebrar con nosotros?

Me echo a reír.

—¿Te lo imaginas? «Bárbara, éste es Olivier, mi amante. Hemos venido a celebrar por todo lo alto la bienvenida muerte de Judith.»

—Un poco absurdo, por decir algo...

—Tranquilo, Bárbara no estará en el piso cuando lleguemos.

—Todavía vives con ella.

—Es lo que quería comentarte cuando has llegado esta mañana. Bárbara se marcha hoy de *mi* casa. Ahora mismo la llamo al móvil y le digo que vaya haciendo la maleta, que la quiero fuera antes de una hora. Esta farsa acaba de tocar a su fin.

Dicho y hecho. Marco el número de casa, pero nadie contesta al otro lado. Marco el número de su móvil y sale el buzón de voz. Está apagado. No sé por qué, no me gusta nada lo que está pasando. Vaya a donde vaya, siempre lleva el móvil conectado por si necesito algo. Le he dejado el periódico a la vista, y sé que ha leído la noticia. Se cree que no sé que anda pendiente, todo el santo día, de la vida y milagros de Judith. Que si va, que si viene, que si habla de esto, de aquello y de lo otro de más allá... Pues esa historia ya se ha acabado. Dentro de una semana nadie aquí recordará a esa deslenguada. Y yo menos que nadie.

Miro a Olivier con mala cara.

—No me contesta al móvil. Y no me gusta.

—¿Qué no te gusta?

—Es mi mujer. Quiero saber dónde anda, qué hace, qué piensa... Todo en su vida me interesa.

—Me conmoviera tu interés si no fuera porque sé que no la amas, que sólo quieres tenerlo todo bajo un férreo control.

—¿Y si se ha ido?

—¿Lo lamentarías? Quieres que se vaya. Y ya que estamos, ¿se puede saber por qué ha de ser hoy, por qué no fue ayer, por qué no será mañana?

—Porque *ahora* puedo dejarla marchar sin que su porvenir me angustie o me quite el sueño.

—No entiendo...

—Judith está muerta. Bárbara no va a correr a sus brazos, como no sea para abrazar su cadáver en un patético gesto de despedida. ¿Te lo imaginas? ¿Delante de su esposo y de su hija? ¡Bonita estampa!

—¿La ves capaz de presentarse en el funeral, en Londres?

—Si te digo la verdad, no. De joven, se comía el mundo y lo arrollaba todo. Pero... eso fue... hace treinta años... más o menos.

—Lo mismo te equivocas.

—¡No tendrá valor! Aparte, tendría que dar demasiadas explicaciones, y eso no le gusta. Nunca le ha gustado dar cuenta de sus actos a nadie.

—La gente cambia.

—Y Bárbara lo hizo, y mucho, cuando se vino a vivir conmigo. Te garantizo que no se presentará en esa casa.

—Y a ti te gusta la idea.

—Ni me va ni me viene, en realidad. Me basta con saber que no hay la más mínima posibilidad de que estén juntas de nuevo.

—¿Me estás diciendo que no te has separado de ella hasta *hoy*, y que *ahora* la echas de tu casa sin miramientos porque Judith acaba de morir?

—¡Chico listo! Se ve que me conoces. Yo nunca dejo nada al azar.

—Es una crueldad lo que pretendes, Michelle. ¿Dónde va a ir esa mujer si la obligas a marcharse de un día para otro, así, sin más?

—Es problema suyo. Ya se buscará la vida; está acostumbrada a vagar de un lado a otro. Nosotros tenemos un futuro por delante. Bárbara no pinta nada en nuestros planes.

—¿Y qué te hace pensar que tú y yo tenemos planes juntos? Yo estoy casado con Eloïse, y desde el primer día te dije que no me iba a separar de ella.

—Pero eso era antes, cuando los dos estábamos con nuestros cónyuges... Ahora podemos estar juntos. Tú no quieres a Eloïse, y no puede decirse que ella viva pendiente de ti, ¿a quién quieres engañar? Va y viene a su aire, sin darte explicaciones. ¿Cómo sabes que ella no tiene un amante?

—¿Y qué si lo tiene? Eso no disculpa tu comportamiento con Bárbara. No intentes justificar tu falta de humanidad apoyándote en un supuesto amorío adúltero de Eloïse, ¡es lo último que me quedaba por oír!

—¡A buenas horas vienes tú a defender a tu mujer: después de más de veinte años de serle infiel conmigo... y sólo Dios sabe con quién más!

—Baja la voz y cálmate. Hay días que no te reconozco; antes no eras así, Michelle. Cuando nos conocimos eras otra persona. Lo cierto es que pasamos muchos años sin vernos. Olvidé que la gente cambia. Y no siempre para mejor.

—Cuando me llevaste a tu cama, encendido de pasión y ansia, no pareció importarte si había cambiado o no.

—Ya te lo he dicho: tu vida privada no interfiere en nuestra satisfactoria actividad sexual. De ahí a que tú y yo lleguemos a un compromiso más serio... Va un abismo.

—O sea, que sólo me quieres para pasar el rato.

—Y uno muy bueno, por cierto. Te lo dije bien claro desde el principio, no te atrevas a manipular mis palabras. Los dos sabíamos muy bien dónde nos metíamos y hasta dónde queríamos llegar. Y si no recuerdo mal, nunca te prometí nada, Michelle. Mucho menos que fuera a divorciarme de mi mujer para irme a vivir contigo.

—¿Debo conformarme con ser sólo tu amante?

—Deberías... Aunque, pensándolo mejor, no sé si quiero continuar con esta historia. No llegué a conocer a Judith personalmente, pero ¿celebrar contigo su muerte? Yo no soy así. Y no te quiero tanto como para compartir contigo este tipo de alegrías.

—¿Me dejas? ¿Me estás diciendo que me dejas?

—Sí. Te dejo. Hay algo en ti que no me gusta... Ni siquiera me excita...

—Eres un cabrón.

—Viniendo de ti, querida, es todo un cumplido.

—Se lo diré a Eloïse.

—¿Qué le vas a decir, que me he liado contigo durante todos estos años? Ya lo sabe. No pierdas el tiempo en chivatazos inútiles.

Lo miro a los ojos, preguntándome si realmente habla en serio.

—Te estás marcando un farol...

—Para nada. Recuerda que tenemos una relación muy abierta. Yo nunca la he engañado.

—¿Quieres hacerme creer que Eloïse sabe que somos amantes y se queda tan tranquila? Pues no me lo creo. No puede quedarse indiferente ante algo así...

—Ay, los latinos, los latinos... Siempre tomándooslo todo a la tremenda.

—Y te atreves a hablar de frialdad. Tú, que eres capaz de acostarte con una y con otra sin pestañear.

—El problema de las mujeres es que no sabéis dissociar el amor del sexo. Para vosotras uno y otro es lo mismo.

—Lamento no ser tan *civilizada* y *europea* como tu querida Eloïse.

—Tú no lamentas eso. Lo que te jode es quedarte sola.

—Yo no estoy sola. Tengo a Bárbara.

—¿En serio? ¿Puedes poner la mano al fuego por ella? Si fuera tú, volvería a llamarla al móvil... No sea que te encuentres la casa vacía y... quizá, incluso, desvalijada.

—¿A qué ha venido eso, Olivier? ¿Por qué me tratas con este menosprecio?

—No te hagas la víctima conmigo. Después de todo lo que has dicho, no me conmueve tu dolor.

—Eres un hijo de puta. Me has sonsacado toda la información que has querido, y ahora me dejas tirada como si fuera un trapo viejo.

—Yo no te he pedido que me contaras nada. Tú has querido hacerlo; probablemente para justificarte, como hacen todos los criminales, y te agradezco la sinceridad. Pero eso no me obliga a quedarme contigo. No puedo vivir con alguien como tú, sabiendo lo que sé.

—Eres de lo peor. Y después de todos estos años de infidelidad manifiesta, no tienes ninguna autoridad moral para juzgarme.

—Yo no te juzgo, sólo te digo que lo nuestro se ha acabado. Si corres, lo mismo llegas a tiempo de recuperar a Bárbara. Como muy bien has dicho, ahora no hay peligro de que Judith se entrometa entre vosotras.

Miro el reloj: las cinco y media; ya se ha pasado la hora de volver al despacho y hacer algo que valga la pena.

Da igual, que trabajen ellos hoy; se la pasan de bar en bar, por un día que se las vean con el papeleo burocrático-administrativo no les dará para coger la baja por depresión. Yo lo hago todos los días, y no he faltado al bufete ni una sola vez en diez años.

Olivier se ha ido y me ha dejado con la palabra en la boca.

Vuelvo al piso para ver si está Bárbara y por qué demonios no ha contestado a mis llamadas.

Se supone que si la llamo es porque la necesito.

Su deber es estar pendiente de mis necesidades; ése fue el trato al que llegamos cuando accedí a que se quedara conmigo después de la Gran Discusión.

Nada más entrar sé que no está y no va a estar más.

Un sexto sentido me avisa de que se ha largado y no tiene intención de volver.

Todo está en su sitio, tal y como lo dejé esta mañana cuando me marché al bufete. No puede haber ido muy lejos; no es sólo su falta de agallas, tampoco tiene dinero propio que gastar.

¿Cómo puede haberse marchado del país?

Es imposible.

Literalmente.

Habrá ido a dar un paseo y tendrá el móvil descargado, por eso no contesta.

No puede haber otra razón.

No contaba con quedarme sola un día como hoy; esta soledad es un mal presagio. Si me bebo solita las dos botellas... pillaré una cogorza de mucho cuidado.

Pero ¿a quién le importa?

La ocasión bien lo vale.

Abro el frigorífico. Las botellas de Dom Pérignon no están donde las dejé. No puede habérselas llevado consigo, ¡no tiene sentido! Ella no tiene nada que celebrar. Seguro ha adivinado mis intenciones, y se ha propuesto que juegue un rato al escondite. Muy bien, jugaré si así lo quiere, pero antes me daré un baño relajante. Hoy me lo merezco más que nunca.

Nada más abrir la puerta, el olor llega a mí de un modo inconfundible; miro alrededor, tratando de localizar de dónde proviene. Como broma, tendría su gracia... si no fuera porque nada ha salido como yo lo había planeado.

En cuanto levanto la tapa del retrete veo a donde ha ido a parar el carísimo *champagne* con el que pensaba celebrar lo que muchos hoy lamentan.

Estoy tan noqueada que no puedo pensar cuál va a ser mi próximo paso a seguir. Hacía tiempo que no me encontraba en una situación parecida; había olvidado lo angustioso que es.

Abandono mi idea del baño y decido irme a dormir antes de hora...

Arruinada la noche, ¿qué me queda ya?

¡Lo que faltaba! Una nota encima de la cama.

Escueta... y desalentadora:

Adiós.

No me esperes a cenar...

Ni a dormir.

Sencilla y simplemente:

NO ME ESPERES.

Ojos de Cielo

Miércoles, 13 de octubre. 9:00h.

Este va a ser el peor día de mi vida.

Lo he sabido nada más despertar; un dolor intenso en el pecho, donde se aloja el corazón, me lo ha advertido en cuanto mis ojos se han abierto al sol que entraba por la ventana, inmisericorde, como queriendo burlarse de todos nosotros; los días soleados son ideales para bodas, fiestas, vacaciones caribeñas... Yo hubiera querido rayos y truenos, y un cielo negro y tenebroso porque estamos de duelo.

Siento cómo el alma me abandona y queda en su lugar un vacío infinito que nada ni nadie podrá suplir jamás. Estoy sola; mi madre se ha ido, y ahora *sí* sé que no volverá. Esta vez es para siempre. Nos la han arrebatado sin piedad, en un acto horrible y salvaje. Solo me queda el consuelo de saber que ha vivido una vida digna, plena y feliz; ha tenido casi todo cuanto ha querido; estaba orgullosa de lo que había logrado y no se arrepentía de nada. Es un consuelo pequeño, muy pequeño. Somos frágiles y vulnerables ante la muerte, insignificantes, apenas una mota de polvo entre el cielo y la tierra.

Gracias a Dios, Alex está a mi lado, cuidándome, como ha venido haciéndolo desde nuestros primeros días en la guardería.

Hemos llegado a la casa de Grosvenor Crescent a las ocho de la mañana. Después de una noche de perros, tocaba disimular con anti-ojeras sus estragos. A continuación: buscar en el armario algo discreto que nos favoreciera y al mismo tiempo estuviera acorde con nuestro lúgubre estado de ánimo.

Nunca he estado en un funeral, pero he oído hablar de algunos y he visto otros tantos en el cine y la televisión; los suficientes para saber que el de hoy promete superarlos a todos en fastuosidad y teatralidad, con mi padre ebrio (como de costumbre), gente continuamente entrando y saliendo tras darnos el pésame entre lágrimas de cocodrilo, y yo sin apenas fuerzas para agradecimientos o lugares comunes. Lo dicho: gracias a Dios que Alex está abajo, entre el salón y la cocina, encargándose de todo, ayudando a la asistente y a los camareros del catering para tenerlo todo a punto cuando empiecen a llegar los «invitados» más cercanos a nosotros: los que vienen a despedir a la mujer y no al personaje mediático al que nadie echará de menos la semana que viene.

Cuando yo nací, mis abuelos ya habían muerto. Unos en España y los otros en Irlanda. Esa es mi herencia. Tengo tres tíos varones y un primo, Dermot, todos músicos, en Dublín; y dos tíos españoles en Barcelona. Solo los conozco de oídas; no los he visto nunca; a quien veo más a menudo es a mi prima Ruth, una genetista que trabaja a caballo entre Londres, Nueva York, San Diego y Barcelona. Con ella salimos a tomar unas copas cuando se deja caer por aquí.

Ruth tuvo una juventud loca, o al menos de eso presume cuando se enrolla con alguien. Sexo y drogas en la facultad; rolletes de una noche con alumnos de Erasmus en Barcelona o en París, donde se tiró un año estudiando y gozando *lavie en rose*...

Ningún plan serio ni quebraderos de cabeza, nada que justificar delante de los padres.

Confieso que mi vida como aplicada estudiante de Literatura Anglosajona es mucho más aburrida; soy demasiado formal y sensible, y poseo además una notable vena poética heredada de mi padre. Mi madre, novelista reconocida y aclamada allá donde iba, era curiosamente incapaz de versificar la idea más simple; tanto así que, para una de sus novelas, le encargó un poema a una amiga que *sí* escribía poesía y disfrutaba haciéndolo. Por el contrario, mi padre, actor y modelo de profesión, descubrió un buen día una más que prometedora carrera alternativa componiendo versos. Los encontré como se encuentra todo lo que de veras importa en la vida: sin proponérmelo y por pura casualidad; tenía diez años, nada que hacer, y mucha curiosidad; nada diferente a

cualquier otro niño de mi edad. Fue una travesura, lo sé, y a punto estuve de ganarme una buena zurra en el trasero, pero el hallazgo me compensó con creces. Era precioso. TODO. La mayoría eran poemas de amor, y algunos estaban amorosamente dedicados a mi madre.

Yo soy bilingüe; leo y escribo en inglés y castellano con igual soltura y sin dificultades; con mi madre hablaba español y con mi padre me expreso en inglés, y a veces en gaélico. Desde pequeña, mi madre me inculcó el amor a mi ciudad, a mi país y a mi lengua; ella era anglófila hasta la médula; fue instalarse en Londres y olvidarse de España, de su infancia, de su familia y de su pasado. De más está decir que mis abuelos no le inculcaron el amor a su ciudad ni a su país ni a su lengua. Así, mimada y bien aleccionada por ella, yo crecí feliz, y orgullosa de ser una pija londinense.

Éramos una familia súper híper mega feliz a los ojos de todos. Mi nacimiento fue un auténtico acontecimiento social, con exclusiva en *Hello!* incluida; fui una criaturita muy deseada, concebida con inmenso amor, y cumplí con creces todas las expectativas habidas y por haber. A pesar del entusiasmo general ante mi llegada, ellos querían la parejita y estuvieron «buscando» a mi hermanito durante al menos un par de años. El futuro Jason no llegó nunca, ellos abandonaron «la búsqueda», y yo quedé como hija única, al igual que todos mis primos. Ser la típica hija de famosos me ha predestinado a vivir a su sombra desde el primero hasta el último de mis días, y a que se me considere un mero apéndice de uno u otro; y la presencia de periodistas un día sí y otro también —con mejores o peores intenciones— en nuestro aristocrático vecindario es algo a lo que mal o bien me he ido acostumbrando con los años.

Como si mi sensibilidad y enfermiza afición por la poesía del Romanticismo fueran cosa baladí, debo añadir —no sé si a mi favor o en contra— que llevo cinco años implicada en una relación seria; ni bebo ni fumo, apenas me gusta trasnochar, el universo de las drogas me es absolutamente desconocido y los hombres no me atraen...

«Sí, he dicho bien: los hombres no me atraen. Alex es nombre de mujer, diminutivo de Alexandra. Y con una mujer así agarrada a mi cintura, ¿quién quiere una polla, por larga que sea?»

¿Así, cómo?

Pues no puede decirse que seamos feas. A pesar de que Alex me gana por goleada, a mí me ven muy atractiva. Mi cutis inmaculado, mi sedoso cabello negro y mis ojos de cielo, igualitos a los de mi padre, son un valor muy cotizado entre mis muchos (y cruelmente ignorados) pretendientes. Pero repito que Alex me gana por goleada; es una muñeca Barbie según todos los cánones establecidos. Y auténtica de pies a cabeza. Con su irresistible belleza, lo mejor de ella es lo que no se distingue a primera vista: lo que solo yo sé ver con los ojos del alma.

Sé que suena muy cursi, pero nosotras sabemos muy bien qué nos atrajo la una de la otra. Teníamos apenas dos añitos y ni repajolera idea de adónde iríamos a parar con el tiempo; sólo queríamos estar juntas. Quería tenerla a mi lado a todas horas, como ese osito de peluche del que no te separas ni muerta, que llevas a todas partes, y con el que siempre te vas a dormir porque te hace las veces de ángel de la guarda. Eso es Alex para mí: mi ángel; de haber sido gemelas siamesas no nos habríamos querido más.

De la guardería pasamos al colegio, inseparables como uña y carne; por fortuna, nuestras madres simpatizaron enseguida y no pusieron trabas a una relación que día a día se afianzaba y estrechaba más. Y un buen día, cuando mejor estábamos y más felices éramos, ocurrió algo que, a día de hoy, todavía no sé si fue la mayor desgracia o el mejor golpe de suerte que he tenido en mi corta vida.

Mi madre enfermó. No era una gripe vulgar y corriente, sino un cáncer de mama. Era muy orgullosa y lo bastante presumida como para no dejarse ver en público si no

estaba presentable. Y eso nos incluía a mi padre y a mí. No quería que la viéramos en ese estado; cogió una maleta y se fue de casa. Así, sin más. Ni notas ni despedidas de telenovela. Nada. Lo que uno llamaría, con propiedad: abandono materno del hogar. Para mi padre fue un golpe terrible, el peor desde la muerte de mi abuela; y como había venido ocurriendo desde antiguo en circunstancias parecidas, buscó refugio y consuelo. No en mí, yo tenía doce años, paraba muy poco en mi casa y mucho en la de Alex. Lo encontró —como en tantas otras ocasiones— en el alcohol.

He dicho que no bebo; demasiado bien sé lo que la bebida le hace a la gente. A mi tierna edad no sólo era una experta en aguantar borracheras, gritos, insultos y *delirium tremens*, sino también (y mucho más peligroso) en esquivar botellas: las que lanzaba mi padre contra la pared cuando las agotaba. La primera, por aquello de la falta de práctica y el factor sorpresa, no pude esquivarla; me quedó en la frente una bonita cicatriz a lo Harry Potter para recordarme que con él nunca hay que bajar la guardia.

Lo quiero con locura, no me malinterpreten; es mi padre, siempre lo será y lo querré como tal, pero no soy el tipo de persona que cierra los ojos a la realidad, por dura que sea. También tenía edad suficiente para ver el egoísmo tremendo que encerraba la decisión de mi madre de dejarnos «en casa» y lidiar ella sola con la enfermedad. No confundan abnegación con vanidad, por favor; había algo de ambas, por supuesto, pero la vanidad ganaba por 3 a 1.

Además estaba mi propio egoísmo de niña consentida. A mis doce años estaba acostumbrada a ir a mi aire, no estaba en absoluto controlada, nadie andaba persiguiéndome y dándome la brasa, pero puestos a escoger, prefería quedarme con mi padre, que casi nunca paraba mucho en casa ni andaba pendiente de mis idas y venidas; a quien veía más a menudo era a la asistenta: una distinta cada semana, y solo venía algunas horas. A veces en la mañana, otras en la tarde, pero nunca se quedaba a comer ni a cenar, ¡ni hablar de dormir!

Y llegó aquella llamada.

Hacía más de un año que mi padre no recibía un guión que mereciera la pena ser leído, uno que le motivara lo suficiente como para apartarlo del mueble bar... por un tiempo. Su agente le había encontrado el papel que había estado esperando hasta casi desesperar. Y no le había ido mal hasta entonces; alternaba sus apariciones en cine, televisión y campañas publicitarias sin problemas, y su buena planta mejoraba con los años; las cabezas se volvían a su paso, y las mujeres seguían derritiéndose de placer y de anhelo, no importaba la edad que tuvieran.

Mi madre se esforzaba todos los días en controlar y disimular sus celos, y tomárselo con el debido sentido del humor. No siempre era posible, y eso dio pie a un sin número de discusiones y peleas que *sólo a veces* acababan en tórridas reconciliaciones. Pero se respetaban mucho, personal y profesionalmente. Ella disfrutaba viéndolo, ya fuera posar, cantar o actuar, mientras se repetía una y mil veces:

«Él nunca jamás se liará con una actriz o modelo. NUNCA JAMÁS. No quiere “muñecas de plástico”. Está harto de ellas.»

Pero ahora ella no estaba, a él lo tentaban con una oferta irresistible y no iba a dejarla escapar. Quería hacer *esa película* y quería llevarse *ese Oscar* que se le escapó de las manos cuatro años atrás y que, para más recochineo, fue a parar a las de mi madre gracias a un guión original: el primero y el último que había escrito en su vida.

¿Y dónde quedaba yo en esos glamourosos planes?

En ningún momento se planteó la posibilidad de llevarme con él; a mí no me atraía la vida y el ambiente de Los Ángeles; había ido algún verano a la casa que mi padre tiene en Venice Beach, pero me moría por regresar a mi amada Londres: mi gente, mis vecinos, Alex... Aparte, mi madre pagaba un ojo de la cara y parte del otro por tenerme matriculada en la antiquísima y prestigiosísima Westminster School, elitista y pija donde

las haya. Se enamoró nada más poner el pie dentro.

—Cariño, ¡tendrías que haberla visto! —comentó entusiasmada al volver a casa—. ¡Me recuerda tanto a Hogwarts! Con sus diez casas, sus pendones correspondientes, y todos uniformados de pies a cabeza. Si cerraba los ojos casi podía ver a Harry Potter montado a horcajadas en su Nimbus 2000 en mitad de un partido de quidditch. —Supuestamente su entusiasmo se me tenía que contagiar de inmediato; yo era una fan total de la saga de J. K. Rowling—. Y lo mejor de todo: está a diez minutos de casa. No tienes que desplazarte ni en bus ni en metro. No te preocupes —me tranquilizó a continuación, leyéndome el pensamiento—, he hablado con Debbie y me ha asegurado que Alex también va a ir.

Por supuesto, fue eso y ninguna otra cosa lo que me convenció y me hizo esperar el nuevo curso con renovada ilusión.

Las plazas eran *muy* limitadas, y la lista de espera, de mucho cuidado. Si perdía mi preciosísima plaza... no la iba a recuperar ni en diez años. Mi madre no se lo perdonaría si me sacaba de allí.

El rodaje podía durar de cuatro a ocho meses..., si todo iba sobre ruedas y no surgían problemas a última hora.

Estuvo unos días taciturno y ensimismado, imagino que no fue una decisión fácil para él; después cogió el móvil y habló con la madre de Alex. No pude oír su conversación; solo sé que a la semana siguiente estaba en el número 40 de Well Walk, con una maleta Louis Vuitton en cada mano y una mochila a juego colgada a la espalda.

—Te quiero, princesa —me besó en la coronilla y me acarició la negra melena—. Me voy tranquilo porque te dejo en buenas manos. ¡Y no te quejarás de la compañía! No hagáis demasiadas travesuras; nada de quemar la casa ni destrozarse el jardín. ¡Y cuidadito con los chicos! Ya sé que aún eres una niña, pero también la más hermosa; no rompas más de cien corazones antes de que vuelva a por ti.

Me guiñó un ojo, me dio dos besos, uno en cada mejilla, y continuó:

—Llámame cuando quieras. No importa cuántas veces al día. Y si necesitas dinero, ya sabes: me mandas un SMS con la cantidad y listo. No te preocupes de nada.

—¿Y mamá?

—¿Qué pasa con tu madre?

—¿No vas a decirle nada, a despedirte de ella?

El rostro se le demudó en una mueca de dolor y yo lamenté muchísimo haber sacado el tema justo cuando parecía que iba camino de superarlo poco a poco. Yo tampoco tenía idea de dónde estaba. No sabía ni más ni menos que él.

—Dime tú cómo lo hago si no tengo ni la más remota idea de a dónde ha ido a parar.

—Lo siento, papi.

—No pasa nada, cielo. Sé cuánto la echas de menos. Algún día volverá... supongo.

No lo tenía muy claro que digamos, y no podía culparle; cada día que pasaba sin noticias, menguaban nuestras esperanzas de volver a verla. Nos abrazamos, le di dos besos y le vi partir. Me había quedado sola... O no tanto. ¡Tenía por delante cuatro meses para estar con Alex! Sonreí más feliz que unas pascuas. Todo iba a ir bien. Estábamos juntas. Podría haber sido peor.

Junto a montones de ropa carísima y chucherías infantiles, mi iPhone, mi iPod, mi BlackBerry, el e-reader, la PSP..., llevaba la foto enmarcada de la boda de mis padres y los poemas de él, que había copiado con mimo y esmero en una libreta, dentro de la mochila.

Deborah me instaló enseguida en la habitación de Alex, no por falta de dormitorios, ¡había dieciséis habitaciones disponibles!, sino porque pensó (¡ay, qué listas son las mamis a veces!) que estaríamos mejor si dormíamos una al lado de la otra.

La casa de Hampstead es un soberbio monumento erigido a la elegancia, la armonía y el buen gusto. Dos siglos atrás había sido la residencia del paisajista inglés John Constable. La señora O'Sullivan se dedica al diseño interior; trabaja por encargo y la mayor parte de su trabajo lo hace en su casa o en la de sus clientes. Se licenció *Summa Cum Laude* en Historia del Arte y Bellas Artes en Florencia y Roma respectivamente. Es algo que salta a la vista en cuanto atraviesas el umbral, miras y admiras el arte, renacentista sobre todo, reflejado en los suelos, los techos y las paredes. Eso sin contar con las exquisitas antigüedades que puedes encontrar en cualquier rincón del palacete. Entre ellas, una primorosa silla Luis XV, por la que llegó a pujar más de cien mil libras en Christie's, o un pequeño espejo de plata labrada que había pertenecido al rey visigodo Leovigildo y que le compró a un anticuario judío de Toledo durante un viaje de estudios. De cuando en cuando pinta por puro placer: murales enormes. Alex tenía uno en su habitación; ocupaba las cuatro paredes, y representaba a la perfección y con todo lujo de detalles la barrera de coral australiana. Deborah pasó un verano en Sidney cuando era adolescente, y todavía mantenía fija en la retina la imagen que la cautivó. El azul intenso que dominaba el mural rivalizaba con el de mis ojos, y mi princesa se tiraba horas perdidas mirándolo embobada.

Aunque mi suegra es una experta en arte renacentista, su espíritu y mentalidad están un tanto alejados de los de las mujeres del Renacimiento. Es toda una mujer del siglo XXI: moderna, liberal, y bastante más joven que mi madre. Afrontó la vida y la maternidad sin echar de menos un hombre a su lado. Su historia fue la de tantas otras jóvenes: a los veintiséis años volvió de Roma para celebrar el fin de carrera con los amigos de siempre; se fueron de farra una noche, y a la mañana siguiente ella despertó en la cama de su mejor amigo, desnuda y muy satisfecha. Y lo que suele pasar, pasó: nueve meses después de esa inolvidable jugera una sonriente enfermera dejó en sus brazos un hermoso bebé que berreaba a pleno pulmón, sin complejos. Alex no conoce a su padre, y no importa cuántas veces se lo pregunte, insiste en que no lo echa de menos ni quiere conocerlo. No lo odia, sabe que no tiene motivos. Simplemente, pasa del tema.

Mi madre y la de Alex siempre tenían algo nuevo que debatir. Habían leído a Sócrates y a Cicerón en la universidad, y nada las estimulaba tanto como la buena dialéctica: argumentar y contra argumentar hasta llegar a una conclusión fundamentada. Su espíritu crítico se regodeaba en discusiones inteligentes con gente que estuviera al mismo nivel; en España esto le había resultado particularmente difícil porque el españolito medio se mira demasiado el ombligo y es demasiado susceptible y auto complaciente para desarrollar una crítica constructiva; el pueblo anglosajón, mucho más receptivo a ideas nuevas, la acogió en su seno con los brazos abiertos.

Sin embargo, el motivo principal por el cual a mi madre le caía bien su consuegra era una frivolidad de lo más absurda: sentía auténtica debilidad por los pelirrojos. Si para postres tenían la piel salpicada de pecas, un punto más a su favor. Del mismo modo que Alex heredó todos y cada uno de los genes maternos, yo he debido de heredar la predilección por ese tipo de belleza vikinga, que se veía acentuada por la llamativa ropa que llevaba todos los días al parvulario; era imposible no fijarse en ella. Yo la encontré irresistible nada más conocerla.

Aquellos cuatro meses que acabaron alargándose hasta dieciocho, supusieron la consolidación de nuestra amistad y el inicio de un sentimiento más fuerte, más intenso... Inevitable. La adolescencia nunca es una etapa fácil; para nosotras tampoco lo fue. Estábamos llenas de interrogantes, complejos e inseguridad; no nos atrevíamos a manifestar lo que sentíamos por miedo a estropear lo que teníamos y compartíamos. Me moría por sus labios y ella por los míos, pero parecía que el momento de besarnos y declarar nuestro mutuo amor no llegaba nunca. Nos asustaba el rechazo. A las dos. Mucho más nos aterrorizaba la posibilidad de perder la amistad de tantos años por

querer estirar demasiado la cuerda.

«La avaricia rompe el saco.»

Encontré a faltar a mi madre cuando de un día para otro tuve que enfrentarme a mis sentimientos y a mi homosexualidad; desde muy niña me gustaba hablar con ella, siempre tenía una opinión sobre lo que fuera. Sabía que si le expresaba mis dudas, me diría qué pensaba y quizás, si la pillaba de muy buen humor, me daría algún consejo práctico. Era muy tolerante con el tema; en realidad, era muy abierta su actitud ante la gente y el mundo en general. Una de sus mayores virtudes era escucharlo todo siempre y nunca juzgar nada. Hubiera dado cualquier cosa por poder desahogarme con ella, tanto secretismo me estaba carcomiendo por dentro; yo no sé amar en silencio. No imaginaba entonces que, cuando me atreviera a confiarle mi amor por Alex, abriría la caja de Pandora destapando todos los males contenidos en su interior.

Mamá volvió al número cinco de Grosvenor Crescent el veintiocho de enero de 2026, dos años y dos días después de marcharse, y halló la casa solitaria y fría. Mi padre estaba en Roma, promocionando su fantástica película; estaba de excelente humor, esta vez la cosa prometía muy en serio; de entrada había ganado el Globo de Oro, y su nombre se oía cada vez en las quinielas de los Oscar. No sé si todavía la echaba de menos; en cualquier caso, lo disimulaba muy bien. Después de todo, la simulación forma parte de su trabajo.

Yo vivía en un oasis de felicidad indescriptible; tuve que negociar largo rato con ella. Había vuelto con ganas de vernos, pero a nosotros todavía nos dolía su silencio y su falta de confianza. Al final de tanto tira y afloja, cedió y me permitió quedarme en Hampstead dos semanas más.

Alex y yo cumplimos los quince años más unidas y enamoradas que nunca; no nos separábamos durante el día, y apenas de noche, lo cual provocó en nuestra «muy selecta institución» el inicio de un buen número de habladurías, risitas y cuchicheos a nuestras espaldas. Sufrimos acoso, no del tipo que había sufrido mi madre, pero quizá fuera peor. Nuestra belleza nos hizo tremendamente impopulares entre las chicas del montón que nos consideraban una amenaza de mucho cuidado. Daba igual que hubiéramos pregonado sin pudor nuestra relación entre caricias y besos con lengua, o que hubiéramos llevado camisetas estampadas con el lema: AMO A LAS MUJERES. Hay gente que sólo ve y oye lo que quiere ver y oír.

Y esto vale también para los compañeros con «o»; en concreto para los guapos, y muy en particular para los capitanes de cualquier equipo que ostenten un liderazgo y tengan, además, (merecida) fama de ligones empedernidos. Daniel Collingwood era uno de ellos. El más popular sin rival. Era el sueño de todas las niñas «hetero»: rubio, ojos azules, un metro noventa, y un cuerpazo de infarto —es lo que tiene el deporte inglés de élite, el tenis en este caso—; para colmo, era zalamero y siempre tenía una sonrisa de anuncio pegada en la cara. En otras circunstancias, incluso me habría gustado a mí.

Pero los hombres, y Dan no era una excepción, tienen un grave problema: no aceptan negativas; su orgullo se siente agraviado ante el rechazo, y acaban recurriendo a la fuerza bruta.

No acostumbraba a ir al lavabo mientras estaba en la escuela; no me gustan los aseos públicos, soy así de maniática. Aquel día fue el primero y el último que me metí en uno. No lo vi venir, andaba distraída pensando en mis asuntos, y no pude detenerlo cuando se coló detrás de mí, cerró la puerta con el pestillo y me arrinconó contra la pared.

—Gill, ¿por qué te empeñas en esquivarme día sí y día también? Ya sé que tú y Alex lo pasáis muy bien juntitas —me guiñó el ojo mientras sus gordinflones dedos se perdían con obsceno deleite en mi larga cabellera negra—, la gente empieza a pensar y a hablar más de la cuenta... ¿De veras quieres que anden diciendo por ahí que sois

tortilleras cuando eso es imposible?

—Dan —le sonreí sin ganas mientras trataba frenéticamente de apartar sus manos de mi pelo—, Alex y yo somos tortilleras. Y me importa una mierda lo que tú y tus amiguetes digáis por ahí. Sé que te has tirado a todas las chicas follables de esta exclusiva institución, pero con nosotras pierdes el tiempo. Hazte un favor y déjanos en paz.

—Gillian O’Keeffe, eres demasiado sexy y guapa para perder el tiempo con una mujer que es demasiado guapa y sexy para perder el tiempo contigo.

«¿De dónde habrá sacado inteligencia para montar semejante trabalenguas?»

Contuve la risa a duras penas mientras se disculpaba:

—No te ofendas, no lo digo como un insulto.

Me sonrió. Sin saber cómo, sus manos estaban de nuevo recorriendo mi pelo: de la raíz a las puntas, acariciándolo con una suavidad y una ternura que por poco no me estremecieron de gusto. Reaccioné a tiempo. No me gusta sentirme acosada, *y Dan me estaba acosando*.

—No entiendo por qué estás con ella.

—Quieres decir: ¿por qué no estoy contigo?

—Pues sí.

—Porque ella es sensacional en la cama. Y al decir de las chicas... Tú... no das la talla —le devolví la sonrisa al tiempo que veía cómo su cara se amorataba en un cóctel de vergüenza e ira.

—¡Maldita zorra! —Me escupió a la cara—. Te voy a demostrar ahora si doy o no «la talla». Cuando acabe contigo —amenazó, agarrándome del pelo y echándome la cabeza hacia atrás—, se te van a quitar las ganas de estar con nadie más.

—Dan, suéltame. Dan, ¡quítame las manos de encima! —Le grité mal humorada al ver que la cosa se ponía más fea de la cuenta—. Dan, TE HE DICHO QUE ME SUELTES.

Pero Dan estaba tan caliente, manoseándome las tetas, que ni me oía. Trataba desesperadamente de escaparme de sus tentáculos cuando lo vi. Era un *graffiti* como tantos otros, escrito en la puerta del lavabo con tinta roja. No era una obra de arte, sino más bien algo improvisado. Un flash repentino; una deducción afortunada: UNA MUJER SIN UN HOMBRE ES COMO UN PEZ SIN BICICLETA.

«Como alegato feminista no tiene precio», pensé, y solté una carcajada sonora y gutural. Dan me miró, desconcertado. Aproveché su estupefacción, y en un movimiento automático levanté mi rodilla derecha y le di en sus «santas» partes, concentrando en el certero golpe toda mi rabia.

A partir de ese día, y durante algunas semanas, las pajas iban a ser un asunto delicado.

Ya libre de sus asquerosas garras, corrí hacia la puerta sin detenerme apenas a mirar cómo se retorció de dolor mientras se agarraba el miembro que empezaba a enrojecer y a inflarse como un globo; descorrí el pestillo, abrí la puerta de par en par y corrí como alma que lleva el diablo.

Ese inolvidable día Alex no había aparecido por allá, tenía visita con no sé qué médico. Di gracias por ello, no estaba de humor para verla ni darle explicaciones. Sin despedirme de nadie, me fui a casa y me metí en la ducha. Después de una hora (cronometrada) bajo el chorro de agua fría, seguía sintiéndome sucia. Intenté tranquilizarme porque era uno de esos curiosos días en que mis padres coincidían bajo el mismo techo a la hora de la cena. Pasaba una vez cada dos meses... con suerte. Pero precisamente ésa era la noche menos indicada para una entrañable reunión familiar. Si algo había heredado de mi madre, era el firme propósito de resolver solita mis problemas.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla blanca y esponjosa, una verdadera delicia que me levantó un poco el ánimo; mi habitación era muy amplia, con un gran ventanal, una cama de matrimonio pensada para disfrutarla en pareja, un armario de seis puertas y un tocador de esos que podían encontrarse en los camerinos de los teatros de *vaudeville*: repleto de trastos y cosméticos, con un gran espejo cuadrado encima, rodeado de bombillitas de colores que se encendían y apagaban de modo intermitente... Lo típico de una quinceañera enamorada y presumida; el suelo enmoquetado estaba cubierto por dos alfombras persas sacadas de Dios sabe dónde... No de los bazares de Teherán, porque mi madre era alérgica a los países de Oriente Próximo. No soportaba su aridez, ni su cultura, ni sus creencias.

Me senté frente al espejo y me dispuse a secarme el pelo; a pesar de haberme pasado media hora enjabonándolo, todavía apestaba a tabaco y a testosterona. El tabaco no me molestaba; era cuando pensaba en ese energúmeno toqueteándolo con un placer nauseabundo que se me subía la bilis a la garganta. Cogí el secador; lo iba a poner en marcha... y de repente mis ojos se posaron en algo mucho más práctico: unas tijeras. Las agarré y empecé a cortarme la melena sin miramientos. Estaba orgullosísima de ella, me dolía en el alma sacrificarla; pero no podía soportar ese olor a macho que se le había quedado impregnado y que amenazaba con seguir ahí hasta el día del Juicio Final. Quería quitármelo a cualquier precio, y aquella parecía la solución más fácil, y también la más definitiva. Me lo dejé tan corto como el de un chico; sólo dejé intacto el flequillo para disimular la cicatriz de la frente.

Estaba dispuesta a aguantar la monumental bronca de Alex y a darle la debida explicación, que era tanto como una advertencia en toda regla. Dan no se iba a quedar de brazos cruzados. Mucho menos después de haberlo puesto en su lugar. En cuanto se le pasara la inflamación en los bajos, lo intentaría con ella, y se aseguraría de que no escapara con un grito y un rodillazo a tiempo. Conmigo no se iba a meter más; ya había aprendido cómo las gastaba, y apostaba a que en cuanto volviéramos a vernos no le iba a resultar ni la mitad de atractiva.

Y no quedaba mal el corte después de todo; me veía rara, pero era por la falta de costumbre. Cuando bajé a cenar, las caras de mis padres al verme fueron todo un poema. Intenté echar balones fuera, pero juraría que no se tragaron el cuento del impulso repentino y las ganas de cambiar. No soy impulsiva ni amiga de cambios. Mucho menos de un día para otro.

La cara que puso Alex a la mañana siguiente sí fue de verdadero espanto; se le abrieron unos ojos enormes y el iris verdoso resplandeció más que nunca.

—Gillian O’Keeffe, ¿qué-has-hecho?

Su expresión no podía ser más sombría.

—Lo que tenía que hacer —le siseé—. Ahora te lo explico; no me montes un numerito, que no quiero que lo sepan en casa.

—Pero ¿por qué?

—Pregunta más bien ¿por quién?

—Muy bien. ¿A quién debo el honor de esta atrocidad?

Mientras íbamos de camino a clase, le expliqué en pocas palabras el episodio de la tarde anterior en el WC.

—¡Será hijo de puta! Como lo agarre lo mato. ¿Por qué no acabaste de castrarlo?

—¿Y arriesgarnos a que los miembros de su equipo y de su club de fans nos linchen? No, gracias. No merece la pena.

Alex rio a carcajadas.

—Tienes razón, pero te has pasado tres pueblos, Gill. No hacía falta llegar a ese extremo —miró con fingido horror mi corte de pelo.

—¿De veras querrías acariciar lo que ese malnacido ha manoseado con sus horribles dedos de salchicha? —gesticulé con cara de asco.

Ella frunció los labios en una mueca deliciosa.

—Pues no —contestó, y sacudió y atusó su preciosísima cabellera de fuego, capaz de hacerme perder la cabeza en cuestión de segundos—; *a tí sólo te toco yo*, ¿entendido, nena?

—Sí.

—Y ahora más nos vale dejárselo claro a ese impresentable.

—Alex, ¿qué vas a hacer?

Conocía su temperamento y su genio vivo, y me dio por compadecerme del pobre imbécil.

—No lo voy a matar, tranquila —dijo mientras llegamos al bar donde estaba él, fanfarroneando ante sus amigos como de costumbre—. Solo voy a amenazarlo... de muerte.

Su sonrisa siniestra me puso los pelos de punta.

Dan me miró. Había odio y perplejidad en sus pupilas. A mi diosa del amor la miró con lujuria mientras se relamía de gusto. Era de esperar; provocaba esa reacción cada vez que salía a la calle. Iba a saludarla, zalamero como siempre, pero no le dio tiempo. La mano de Alex se estampó en su cara; la bofetada resonó en mis oídos y casi me dolió más a mí que a él. Después agarró su cuello de toro y lo apretó muy despacio con las dos manos hasta que el desgraciado se quedó apenas sin aire y la cara se le fue volviendo de colorada a púrpura...

—Si le pones un dedo encima a Gillian otra vez, te mato. —Amenazó con aquella voz ronca y sensual que volvía loco a cualquiera, y los ojos fijos en él—. Puedo decírtelo más alto pero no más claro. Y no lo voy a repetir.

Lo soltó y se restregó las manos en la chaqueta del uniforme para desprenderse del mal olor.

Dan la fulminó con su mirada más asesina, pero no dijo una palabra. Los amigotes, por su parte, quedaron tan noqueados ante la rápida y furibunda actuación de mi valquiria que ni se les pasó por la mente intervenir y sacar a su capitán del apuro en el que se había metido.

Alex y yo salimos del bar, pero antes de cruzar la puerta, ella me cogió por la cintura y se apretó contra mí; me dio un beso en la boca capaz de quitarme el hipo de por vida mientras sus dos manos agarraban mis glúteos en un gesto de lo más provocativo. Lo nuestro había pasado a ser de dominio público. Ya no había vuelta atrás, ni yo lo hubiera querido. Correspondí a su beso con tal pasión que me encendí como una tea; jamás había deseado tanto a nadie.

Ya en la calle, Alex no pudo contener la risa.

—¿Qué te ha parecido, les has visto las caras?

—La verdad: sólo tenía ojos para ti. El mundo ha dejado de existir cuando tus labios han rozado los míos.

—¿Te ha gustado?

—¿Que si me ha gustado? ¿Bromeas? Ha sido lo mejor que me ha pasado nunca. Te amo.

—Yo también, cielo. ¡A ver si te crees que voy besando a la gente en la boca porque sí! Esta vez tomé yo la iniciativa y la besé mientras mis dedos juguetones se perdían en su cuello y en su pelo.

—No se vale —gimoteó como una niña quejicosa—, tú juegas con ventaja.

—¿Qué ventaja, de qué hablas?

—Sabes muy bien de qué hablo, Gillian, no te hagas la tonta. Estoy hablando de tu pelo.

—¡Oh, vamos! Es sólo eso: pelo. No me hagas un melodrama. Ya volverá a crecer.

—Tienes razón.

Entramos en el aula y procuramos, sin éxito, concentrarnos en las soporíferas explicaciones de esa mañana. Cuando sonó el timbre me sentí más liberada que nunca; aquellas pocas horas en que habíamos tenido que fingir que éramos «sólo amigas» habían sido horribles. Ya dijo mi madre que hay infiernos a los que uno va a parar sin haber muerto.

Salimos a la calle y Alex se despidió de mí.

—¿No me acompañas?

—Hoy no —se excusó—. Tengo cosas que hacer. Nos vemos mañana en tu casa a la hora de siempre.

Quedé un pelín decepcionada, pero me consolé al sentir todavía en mis labios el regusto de los suyos; podía conformarme con eso hasta que volviéramos a vernos. Podía hacerlo. Mi voluntad no flaquearía por unas horas. ¿O sí? A continuación me pregunté si se habría enfadado conmigo por lo del pelo. Una vez asumido, no lo veía tan grave. Era una tontería darle tanta importancia. Me olvidé del tema.

Amaneció un nuevo día y desperté más feliz que ningún otro día desde que volví a casa; me desperecé con una sonrisa de oreja a oreja pegada en la cara, aunque la cama se me antojó de repente enorme y vacía. ¿Cómo sería hacer el amor con Alex allí? Me relamí de gusto ante la idea. Diga lo que diga mi madre, el sexo es mejor que el chocolate. *Ha de ser mejor.* Al oír el timbre bajé corriendo, aún descalza y a medio vestir; daba igual, estaba sola en casa.

Abrí la puerta y me quedé paralizada del susto. A punto estuve de dar un traspié y caer encima de mi diosa vikinga. Traté de balbucear algo, pero se me adelantó.

—¡Oh, vamos! Es sólo eso: pelo. No me hagas un melodrama. Ya volverá a crecer —me remedó con una sonrisita burlona.

—Alexandra McGahern —dije con la voz autoritaria y la cara de malas pulgas que gastaba a diario nuestro «profe» de química—, no te voy a preguntar qué has hecho. Salta a la vista.

—Ahora estamos a la par.

Su sonrisa de duendecillo travieso me desarmó.

—Y tú la mar de satisfecha, por lo que veo.

—Pues... sí, lo estoy.

Me la miré bien. Increíble pero cierto.

—¡Dios mío, te queda *casi* mejor que a mí!

—Lo sé, lo sé. Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Me he quitado un enorme peso de encima; no sabía qué estorbo era hasta que me he visto libre de él.

—No hay moros en la costa —anuncié y le guiñé un ojo mientras la invitaba a entrar.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos solas.

—¿En serio? —enarcó una ceja pelirroja.

—Ajá. No hay peligro de que nos pillen.

—Pillarnos... ¿en qué?

—¿En qué va a ser...? ¿Quieres o no? Esta mañana he visto mi cama demasiado grande para mí sola.

—Gill, ¿qué te traes entre manos?

—¡Diooooo, a ti hay que decírtelo todo! ¿No lo adivinas?

—¿Quieres hacer... el amor? —sus labios jugosos y rojos se entreabrieron en una radiante sonrisa.

—¿Tú no? En ese caso, me vuelvo a la cama... Paso de ir a clase —la dejé plantada al pie de la escalera y volví a mi dormitorio...

Me atrapó a mitad de camino, me agarró por la cintura y se me olvidó todo.

La arrastré hasta mi cama y la arrojé encima. Estaba excitada y hervía de impaciencia mal contenida. Con dedos temblorosos empecé a quitarle la ropa; todavía llevaba el abrigo y los guantes puestos...

Cuando la vi desnuda, mis pechos cobraron vida propia bajo la minúscula camiseta de dormir, y los pezones se me endurecieron como el granito. Su cuerpo, pecoso desde la raíz del cabello hasta los dedos de los pies, era delgado como un junco; sus brazos y piernas se enroscaron en el mío hasta fundirnos en un abrazo. Me quitó la poca ropa que llevaba y me arrancó gemidos de placer con sus dedos, con sus uñas arañando suavemente mi espalda; su boca devorando la mía en un frenesí sin límites, sus brillantes y traviesas pupilas perdidas en las mías.

—¿Quién quiere perderse en una isla desierta pudiendo tener el océano infinito en tu mirada?

Enrojecí de placer y orgullo mientras le devolvía, multiplicados, cada uno de sus besos.

—Me vuelves loca —le susurré al oído, acariciando su nuca, ahora desnuda.

Alex mordisqueaba mis pezones, sus manos se perdían en mis negros cabellos y musitaba:

—Tú también, cielo.

Un instante después sentí su lengua acariciar mis partes más íntimas. Sus hábiles dedos jugueteaban con mi clítoris muy despacio, sacudiendo todo mi ser en imparables oleadas de gozo y deseo. La piel me ardía y el calor la enardecía, empujándola a continuar aquella orgía de amor que parecía no tener fin.

Alex era mía. Como de nadie. Y yo le pertenecía. Como a nadie.

—Soy tuya —ronroneé con una sonrisa de gatita satisfecha mientras mi lengua acariciaba el lóbulo de su oreja derecha y después recorría, ávida, su cuello.

Delirábamos de placer en el umbral del orgasmo.

—Por supuesto que eres mía —declaró Alex con su habitual talante arrollador—. Sólo mía. ¡Y pobre del que se atreva a tocarte un pelo! —amenazó agitando su dedo índice en el aire.

—Me dejaría matar antes de permitir que otras manos me acariciaran. Lo sabes.

—Buena chica —aprobó—. Así me gusta.

—Aléjate de Dan —la avisé—. Lo intentará. Tú eres su último desafío y le has llevado hasta el límite. No te perdonará que lo hayas maltratado y humillado delante de todo el equipo.

—Pierde cuidado. Ya no soy la que era ayer.

—¡Que te lo crees tú! No has perdido ni una pizca de tu atractivo —le aseguré—. No te hagas ilusiones de pasar desapercibida. No se va a frenar por esa tontería —señalé su pelo.

—Ya le pararé yo los pies a ese gilipollas. Tú déjalo de mi cuenta.

Nos abrazamos. Ahora éramos una sola persona.

—Le mentí.

—Eeh... ¿A quién le mentiste?

—A él —contesté mientras sus hábiles y suaves manos se perdían en mi cuerpo una vez más—. Le hice creer a Dan que eres sensacional en la cama.

—Ah, ¿y no lo soy?

—Sí, claro, tontuela. Pero entonces no lo sabía. Sólo lo soñaba.

—Y ahora, ¿ya lo sabes?

—No me cabe ninguna duda. Si no fuera hija de quien soy, lo pregonaría a los cuatro vientos; lo anunciaría en los periódicos, la radio, la televisión, internet... Para que hasta el último habitante del mundo supiera lo afortunada que soy de tenerte a mi lado.

—Pero no puedes.

Se la veía decepcionada.

—Debemos ser discretas. Es lo único que te pido: un poco de discreción y paciencia. No te quiero ni contar lo que harán los *paparazzi* si descubren lo nuestro.

—No es delito lo que sentimos.

—No. Delito son los prejuicios que todavía tiene la gente. Vergonzoso, sí, pero es lo que hay.

—¿Cuándo se lo vas a decir a tus padres?

—No antes de cumplir los dieciocho.

—¿Qué? —saltó de la cama; sus pupilas llameaban, indignadas—. Mi madre ya lo sabe.

—Y la mía lo sospecha, ¿qué crees?, aunque no me preocupa. Mi padre es otro cantar. Por eso prefiero esperar un poco.

—¿Y seguir escondidas como delincuentes?

—Escondidas no, Alex —me impacienté—. No saques las cosas de madre. *Discretas*, que no es lo mismo. ¿Es mucho pedir?

—No —admitió a regañadientes—. Sólo quiero estar contigo el resto de mi vida —me abrazó—. Sólo eso.

—Y lo estarás. Te lo prometo.

A los quince años el amor es hermoso y perfecto. Y eterno.

A mí tampoco me resultaba nada fácil mantenerlo en secreto, pero una no elige a sus padres, y de los míos ya se hablaba bastante todos los días y en todas partes para darles carnaza extra a los periodistas.

Alex soltó una repentina y sonora carcajada.

—¿Y ahora qué te ha dado?

—Estaba pensando que nos tiramos dieciocho meses durmiendo juntas en mi cama, pudiendo hacer todo lo que nos viniera en gana, y no tuvimos «cojones» de hacer nada. ¡Vaya pérdida de tiempo más tonta!

—A mí me paralizaba el miedo. No sé a ti.

—¿Miedo a qué?

—A que me rechazaras, a abusar de la hospitalidad de tu madre, de su confianza y generosidad. Miedo a perderte para siempre —bajé los ojos con timidez y algo de picardía.

—¿Rechazarte? ¿Rechazarte yo a tí? ¡Estás de coña! Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Gill. ¡Serás boba!

—No sé si soy boba. Desde luego, no soy adivina.

—¡Ni yo, no te jode! —Exclamó entre risas—. Yo también estaba aterrorizada —abrió unos ojos como platos, muy cómicos, mientras me regalaba una de sus preciosas sonrisas—. Imagina que te doy un beso y luego tus padres me demandan por acoso sexual y perversión de menores —bromeó.

—No sé yo quién acosa a quién.

Le saqué la lengua, burlona, y empezamos entre risas una guerra de almohadas. Para

ser la primera vez no había estado nada mal. Lo malo era que yo ya no vivía si no era para amarla.

A partir de esa mañana, la acompañaba a su casa todos los días y me quedaba con ella hasta ver llegar a su madre. No le di ninguna oportunidad a aquel energúmeno para que hiciera de las suyas. Ni a él ni a ninguno de sus amigos. Era mi Alex y la protegería con mi vida si era necesario.

A propósito de lo ocurrido, también notamos un cambio de actitud en las chicas: desaparecieron las miradas asesinas y aunque no se acercaron a nosotras para entablar amistad, al menos dejaron de insultarnos y de cuchichear y conjurar a nuestras espaldas. El tema no nos preocupó más. Pronto acabaríamos nuestra etapa escolar y elegiríamos a qué universidad ir. Ni hablar de movernos de Londres; era inconcebible que estuviéramos separadas por tanto tiempo.

A pesar de nuestro empeño en permanecer juntas, la separación parecía inevitable. Lo mío era la literatura, en cambio Alex quería estudiar Derecho. No iba a ser el fin del mundo, lo sabíamos, pero se nos hacía muy duro pensar que ya no compartiríamos la ropa, los apuntes, el sándwich del almuerzo..., cada minuto y cada segundo de nuestra preciosa vida como hasta entonces.

A menudo pensaba que lo nuestro no era normal; las parejas que veíamos a nuestro alrededor discutían, se peleaban, rompían, se reconciliaban, volvían a romper...; pedían tiempo, espacio propio... etc, etc. Alex y yo no discutíamos, salvo para decidir a qué club íbamos a bailar una noche o qué película veíamos una tarde de domingo. Jamás habíamos tenido una pelea seria, ni un solo motivo para dejar de hablarnos. Lo de romper estaba más allá de todo pensamiento racional, y no necesitábamos más tiempo ni más espacio que el que compartíamos. Siempre había sido así; nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que ni siquiera necesitábamos hablar para comunicarnos. Cada una sabía lo que pensaba la otra. Una mirada o un simple gesto bastaban para saber si la cosa iba en serio o no.

Nunca he pronunciado el discurso feminista de las lesbianas acérrimas de las décadas *hippies*, porque eso lo hacía mi madre mucho mejor que yo; ella sonaba siempre mucho más convincente a la hora de defender sus ideas, prerrogativas y derechos. Tampoco sé qué sentido tendría. Yo no soy feminista, aunque todavía hay quien piensa que lesbianismo y feminismo son una sola cosa y la misma. Cuando era pequeña, las feministas de las que tanto y tan bien me hablaba ella me parecían marimachos de modales rudos y palabras soeces, y muy feas por lo general. Yo era bonita, romántica y sensible; creía en los cuentos de hadas y en Peter Pan, y cuando crecí trasladé mi fe de los seres fantásticos a la gente de carne y hueso. Era muy ingenua y tenía un caudal inagotable de confianza en el prójimo. Aún queda algo de todo aquello...

Al contrario que yo, mi madre tenía un temperamento fuerte y unas opiniones y principios muy sólidos que defendía con uñas y dientes. El día que le comenté que me gustaba la poesía y escribía versos, me advirtió que si quería ganarme la vida con ello, tendría que espabilarme por mi cuenta. Era una firme detractora del nepotismo, el enchufismo y el tráfico de influencias; los consideraba una lacra social comparable al terrorismo islámico y la pornografía infantil en internet. Ella triunfó solita, me recordaba a menudo; si yo tenía la mitad de su talento, triunfaría también.

—Flaco favor te hago si permito que te aproveches de mi fama —me dijo con su tono más patriarcal y severo—. Mis batallas y mis victorias *son mías*; sal a conquistar tú las tuyas, tienes toda la vida por delante para pelear y aprender de tus fracasos. Te aseguro que no te vas a aburrir. Y desconfía de los regalos, nadie da duros a cuatro pesetas. No lo olvides.

—No vengo en busca de cartas «de recomendación», sólo ha sido un comentario. Yo tampoco quiero favoritismos de ningún tipo; nada más quería decirte que he heredado

tu pasión por las letras.

—Siento haber sido tan brusca, cielo —se disculpó enseguida—; sabes que no soporto a la gente que vive del apellido y cree que con él puede llegar a donde quiera. Yo no tuve padrinos en este oficio; mis comienzos fueron muy duros, no se los deseo ni a mi peor enemigo, pero cuando vuelvo la vista atrás me siento orgullosa. No le debo nada a nadie. La mía no es una historia «gracias a...», sino «a pesar de...». Hoy lo veo con perspectiva y me alegro. La vida, como el arte, si no duele no merece la pena.

Un nuevo giro en la rueda de la Fortuna me llevó de vuelta a Hampstead; fue otra crisis familiar, y esta vez sí la provocamos nosotras. Le había prometido a Alex anunciar oficialmente nuestra relación cuando cumpliera los dieciocho años, y ese día llegó apenas sin darnos cuenta entre besos, abrazos y felicidad, tanta que asustaba a cualquiera.

Lo celebramos haciendo una escapada a Dublín; era nuestro último fin de semana antes de empezar las clases en la universidad, y queríamos aprovechar hasta el último minuto. El sábado, antes del almuerzo, hicimos un poco de turismo por los alrededores de la ciudad donde mis padres se conocieron y se enamoraron perdidamente el uno de la otra; a la una del mediodía volvimos al hotel, almorzamos, nos cambiamos de ropa y zapatos, y nos entregamos a una juvenil orgía de compras en Grafton St. y las callejuelas del Temple Bar. Esa tarde me hice un piercing muy sexy en el ombligo y Alex se tatuó bajo el suyo mi nombre en góticas letras negras. Después de nuestra habitual ronda de pubs, pasamos una noche de amor y sexo desenfrenados.

Tres años nos habían cambiado muy poco; yo había engordado unos kilos y mi curvilínea figura atraía las miradas de todos los hombres: jóvenes y no tan jóvenes; mi pelo había crecido y, para mi deleite, volvía a cosquillear mi cintura. Por el contrario, Alex no quería ni oír hablar de dejárselo crecer; estaba más alta, delgada y pecosa que nunca. Yo la amaba tal cual era; hubiera querido verla femenina y glamourosa como una *top model*, pero ante todo quería verla feliz. Y a ella le chiflaba esa imagen ambigua que se prestaba a todo tipo de conjeturas; la divertía confundir al personal cada vez que ponía los pies fuera de casa.

El tiempo había volado y sabía que el momento había llegado; no podía hacer nada por retrasarlo.

Alex hacía las maletas para volver a casa; me miró y me dedicó una de sus sonrisitas perversas, aquellas que nada bueno auguraban.

—Llegó el día, cielo —me recordó—. Ya no tienes escapatoria.

—Ya lo sé. No me agobies. He dicho que lo haré y lo haré. ¿No confías en mí?

—Claro que sí, no seas tonta.

—Para ti todo es muy fácil; tu madre es joven, moderna y liberal.

—La tuya también, ¡deja de quejarte!

—Pero la mía está casada... y la relación entre ellos no anda muy fina que digamos. Presiento que si voy y les suelto esto, puede pasar cualquier cosa. Y... tengo miedo.

—No lo sabrás hasta que lo hagas. Yo estoy contigo. Siempre.

Me besó en los labios y perdí el mundo de vista...

Llegamos a Londres a las siete de la tarde. Una hora después Alex me dejó en la puerta de casa, y quedamos en vernos a las once para tomar unas copas en *The BlackSphere*: un local de moda para lesbianas en Tottenham Court Road.

—Te amo, Gillian. No lo olvides.

Al llegar a casa conversé con mi madre; a su lado todo parecía muy sencillo, aunque hubo un momento en que me sentí un poco violenta: cuando me preguntó si Alex y yo habíamos hecho el amor. No me veía contándole detalles íntimos de mi vida sexual y,

gracias a Dios, mamá tampoco quería realmente escucharlos.

En cambio, hablamos del amor: de sus vaivenes, de lo caprichoso que puede llegar a ser; caprichoso e impredecible. Hablamos de lo que seríamos capaces de hacer por aquello o aquéllos que más queríamos. Ella, por ejemplo, cambió de religión por amor; más tarde se desengañó, pero no estaba arrepentida. Nunca renegó de su pasado; malo o bueno, siempre supo que tarde o temprano le resultaría provechoso. Le pregunté por qué se había casado con mi padre. Podía parecer obvio para cualquier hijo, pero yo había aprendido a no conformarme con lo evidente.

—Porque era guapísimo.

—¡Mamá! —grité. Me escandalizaba su frivolidad.

—¿Qué quieres que te diga, que me casé con él por su gran corazón y sus nobles sentimientos, o por su natural solidaridad hacia los más desfavorecidos? Pues no. Tu padre tiene un corazón que no le cabe en el pecho, lo sabes, y siempre colabora con oenegés de todo el mundo, aportando su granito de arena. Pero no me casé con él por eso. Mentiría si dijera lo contrario. Me casé con él porque era el hombre más sexy que había conocido. Y porque era un amante sensacional. Todavía lo es.

—¿Y lo sabe, que te casaste con él sólo por eso?

—Sólo por eso, no. No te equivoques, cielo. Pero negar lo obvio es una estupidez. Él se casó conmigo porque era inteligente y divertida, porque nunca dejé de ser yo misma y porque tenía las ideas muy claras. Igual que hoy. Eso le gustaba. No me insultó haciéndome creer que se había casado conmigo por mi cara bonita.

Reí sin poder evitarlo; a veces mi madre me recordaba mucho a Alex y viceversa.

Quedamos en que sería ella quien se lo contara a mi padre; me sentí muy cobarde por permitir que me sacara las castañas del fuego, pero no podía evitarlo; sólo de pensar en decir: «papá, soy lesbiana», las rodillas se me volvían gelatina. Supe que estaba aterrorizada ante su posible y probable reacción. No me faltaban motivos para temerla. Cenamos los tres en un silencio ensordecedor. Los nervios y la impaciencia me habían quitado el apetito; mamá tampoco comió nada. Estaba más preocupada de lo que pensé en un principio.

Me cambié de ropa y me fui corriendo a mi cita; la noche era agradable, no hacía viento ni llovía.

Hacia la medianoche, mi madre me llamó al móvil.

—Pásate por casa a la hora del desayuno. Tu padre quiere hablar contigo.

A la mañana siguiente me reuní con ellos en la cocina. No hacían buena cara; las ojeras de ella delataban una noche de insomnio, y él parecía una bomba de relojería a punto de estallar.

«Mal asunto», pensé, y estuve en un tris de ponerme a temblar.

Para colmo de males, mi padre me fulminó con la mirada antes de preguntar:

—¿De dónde vienes a estas horas?

—De casa de Alex. He pasado la noche allí.

—Pasas en su casa más horas que aquí —protestó—. ¿Por qué? ¿Hay algo que yo deba saber?

Estaba claro que quería oír la verdad de mis labios.

—Sí, papá. —Contesté con una voz temblorosa que no hablaba mucho en mi favor—. Estoy enamorada de Alex. Y ella me corresponde.

No vi venir el golpe, mi padre no me había puesto la mano encima en dieciocho años. Sentí arder mi mejilla, enrojecida y húmeda por las lágrimas que la empapaban. Me sentí humillada al verme tratada como si tuviera diez años. O peor.

—No quiero que esa chica ponga los pies en esta casa. Y tampoco quiero que tú

vuelvas a la suya. Nunca más. ¿Me has oído? NUNCA.

—No puedes prohibirme que la vea —protesté mientras me secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. No me obligues a elegir entre ella y tú.

—Si sales por esa puerta —me amenazó—, no vuelvas.

Mamá intervino:

—Josh, por favor...

—Tú cállate, que bastante amargado me tienes ya.

—No le hables así a mamá —le pedí—. No le faltes al respeto, no se lo merece.

—No me digas cómo tengo que hablarle a tu madre, Gillian. Le tengo el mismo respeto que me tiene ella a mí, ¿verdad que sí, cariño?

La atravesó con una mirada que daba a entender que entre ellos habían problemas más allá de mi relación con Alex.

—Ve a tu habitación, Gill —me pidió mi madre después de besarme y acariciarme la mejilla dolorida—. Ahora voy a verte.

A medio camino, el grito de mi padre me detuvo en seco.

—¡No te muevas! Quiero que te lleves algo antes de irte.

—Josh, no lo hagas. Te lo advertí: no metas a la niña en esto.

—¡Basta de mentiras, Judith! Tiene derecho a saber la verdad. ¿A qué le tienes miedo? Tu hija sí lo entenderá, sois iguales. De tal palo, tal astilla.

—Mamá, ¿qué dice?

La miré sin entender una palabra. ¿De qué diablos estaban hablando?

Ella no dijo nada; él se dirigió a su dormitorio a grandes zancadas y volvió a nuestro lado con un libro en la mano. Yo seguía sin saber de qué iba todo ese rollo.

—Toma, quédatelo —me lo entregó con mucha pompa y ceremonia, como si fueran las mismísimas Joyas de la Corona—, yo ya lo he leído. Mejor será que ahora lo leas tú.

—¿Y para qué quiero yo leer esto *ahora*?

Le di vueltas y lo miré por todos lados, buscando un significado oculto, algo que revelara la importancia que podía tener para mí.

—¿Qué tiene que ver este libro conmigo, de qué va todo esto? —me impacienté.

—No quiero que vivas entre mentiras. —Contestó él en su mejor tono dramático—. Es hora de que sepas que tu madre nunca me ha querido como yo la quiero a ella. Su gran amor no fui yo, sino una mujer.

Me quedé boquiabierta. Los miré: a él y al dichoso libro. El título me sonaba familiar, aunque nunca he prestado mucha atención a las novelas de mi madre porque siempre las he tenido a mano. Es lo que suele ocurrir. Por lo visto, fue un error no reparar en esa. Me la llevé a mi habitación, la dejé sobre la cama y saqué las maletas. Mi padre lo había dejado bien claro. Ya no me gritaba, pero su postura era inmovible.

Llamé a Alex al móvil y la puse al corriente.

—Necesito asilo político.

—¡Lo sabía! —Silbó como un chaval—. Ven cuando quieras. Sabes que aquí siempre eres bienvenida. Ya nos temíamos esto —me recordó—, no nos pilla por sorpresa.

Colgué y empecé a sacar la ropa del armario. Mamá entró.

—Lo siento, cielo.

—No pasa nada. Ya es hora de que Alex y yo empecemos juntas una nueva vida.

—Gill —me cogió la mano—, lo que ha dicho tu padre...

—Vuestra vida no es cosa mía, no me debes explicaciones.

—¿Vas a llevarte la novela?

—¿Quieres que me la lleve?

—No —contestó—; hubiera preferido mantenerte al margen de esto, pero tu padre te la ha dado, y no es justo que yo te la quite. Ahora que lo sabes, tienes derecho a saber por qué.

—No quiero entrometerme en vuestra vida.

—Haz lo que quieras, pues.

Se encogió de hombros; en el fondo, le daba igual si me lo llevaba o no. No la preocupaba lo que pudiera pensar de ella.

Me ayudó a llenar las dos maletas.

—Llévate sólo algo de ropa para estos días. El fin de semana te acercaré el resto. Gracias a Dios, os quedan aún unos días de vacaciones y puedes instalarte con tranquilidad. Todo esto ha sido un poco inoportuno.

—Lo siento, mamá, no podía hacerlo antes. Y tampoco era justo para Alex aplazarlo un día más. Le prometí que lo haría este fin de semana.

—Cambiará —dijo, refiriéndose a mi padre—. Dale tiempo. Está dolido, resentido y furioso; más conmigo que contigo. Te quiere con locura, ya lo sabes, pero había imaginado otro futuro para ti: uno que incluyera un buen marido y unos cuantos niños revoltosos. A pesar de su eterno aire juvenil y su vestuario informal, en el fondo es muy tradicional. No es culpa suya, tampoco; es la herencia católica, que nos pesa mucho a pesar nuestro.

—A ti no.

—Yo soy una descreída, atea, y blasfema además —me guiñó el ojo con picardía—, ya lo sabes.

Lo sabíamos, yo y todo el mundo; y a ella le encantaba que la vieran así.

«Más vale puta que ingenua.»

—Anda, te acompaño a Hampstead. Ya que no he podido evitar el desastre, al menos te ahorraré el taxi.

—No es culpa tuya —la consolé—, deja de torturarte.

—Lo sé, cielo, lo sé. Pero me duele que te vayas.

Cargamos las maletas en el coche: un Cadillac rosa chicle; un modelo de coleccionista por el que mi madre había pagado hasta 1.000.000 de libras esterlinas. Fue uno de sus caprichos de última hora; adoraba los descapotables, cuanto más caros y más rápidos, mejor. A pesar de ser una mujer social y políticamente comprometida con su tiempo, le chiflaban las frivolidades femeninas: los desfiles de los grandes modistos, las fiestas VIP y todo lo que tuviera grandes dosis de glamour.

—Una cosa no quita la otra —comentaba entre su círculo de amistades: todos con grandes coches y grandes casas, un puesto de responsabilidad y un sueldo envidiable—. Soy socialista, no gilipollas. No esperará la gente que viva como un anacoreta con todo el dinero que gano al año. Me gustan las cosas hermosas. Y divertirme y socializar; conocer gente, sobre todo gente importante que pueda beneficiar mi carrera. Para todo hay un momento y un lugar adecuados.

Así era ella; a pesar de todos sus fracasos personales y desengaños amorosos, seguía siendo incorregiblemente franca. Hacía años que decía lo que pensaba, sin importarle a quien pudiera molestarle. Su corrección política dejaba mucho que desear, y con todo, los que la seguían y aclamaban eran legión. La iba a echar muchísimo de menos; podríamos comunicarnos por el móvil, y a través del Messenger y Facebook, pero nunca sería lo mismo que tenerla a mi lado, arropándome en las noches.

Mi madre era adicta a Facebook; podía estar enganchada horas enteras, de perfil en perfil, y de página en página. Eso cuando no saltaba de blog en blog...

—Cariño, necesito comunicarme —se justificaba mientras gesticulaba sin parar—. No

puedo pasarme todo el día en casa mirando las musarañas. Y sabes que odio la televisión; ni siquiera la BBC es lo que era.

Instalarme de nuevo en Hampstead fue toda una experiencia después de seis años de ausencia. Lo vi todo más magnífico y suntuoso, y al mismo tiempo más acogedor y familiar que la primera vez. Lo cierto era que lo había echado muchísimo de menos, y me moría por volver. Quizá tuviera que ver el hecho de que ahora estaba ahí por voluntad propia. No teníamos que disimular ni fingir que sólo éramos amigas. Mi vida estaba al lado de Alex. Era así como yo lo había querido desde que tenía uso de razón. Mi padre no había hecho más que precipitar una decisión que yo ya tenía tomada; con su actitud cerrada e intolerante, me había hecho un grandísimo favor sin pretenderlo.

Alex me besó nada más verme, reafirmando mi acertada determinación.

—Mi madre se ha largado esta mañana a Nueva York. Estará allí una semana para gestionar su nuevo proyecto. ¡Ni te imaginas lo que podemos...! —se frenó cuando vio a Judith.

—No te reprimas, tesoro —la animó ella con una sonrisa pícaro—. Ya sois mayorcitas para hacer lo que queráis.

—¡Mamá!

Tosí con violencia, y el rubor coloreó mis mejillas. Nunca aprenderé a mantener a raya mis emociones.

—No te sonrojes, cielo —me pellizcó en la barbilla—, no es un reproche. Recuerda siempre que yo soy feliz si tú eres feliz. Y yo sé que lo eres.

Nos dio dos besos a cada una y se despidió, no sin antes prometerme que volvería el domingo con toda mi ropa, perfumes, libros y demás.

Alex me miró con avaricia. Deseaba lo mismo que yo. No hacía ni seis horas que nos habíamos levantado de la cama, y ya teníamos ganas otra vez. Me pregunté por centésima vez si tanto sexo no sería perjudicial para la salud física y mental del ser humano. Pero de pronto caí en que no me miraba a mí... exactamente.

—¿Qué es eso?

Sin darme cuenta, todavía agarraba el libro de mamá en la mano.

—Esto es... Ufff... no sé ni cómo describirlo. Es algo muy fuerte, pero te va a encantar.

Alex me lo arrebató sin miramientos.

—Es una de las novelas de tu madre. ¿Qué tiene de particular, aparte de estar premiada?

—Es la historia de mi madre.

—Eso ya lo veo.

—No... Quiero decir, *essu historia*. La historia de su vida... o una parte de ella.

—¿Y qué tiene de especial que me vaya a encantar?

—Mi madre... estuvo enamorada... de una mujer. Es como nosotras.

Los ojos de Alex estuvieron a punto de saltar de sus órbitas.

—Que tu madre ¿qué?

—Lo que oyes. Ni te imaginas la pelotera que ha habido en casa por esto. Mi padre no sabía nada... hasta que un buen día le dio por leer el libro y sacó sus propias conclusiones. Ahora me lo ha dado a mí porque quiere que yo sepa «la verdad» y saque las mías...

—¡Joder, tía! ¡Qué fuerte! Yo esto no me lo pierdo por nada del mundo.

—Alex, es mi madre —la censuré—. Un poco de respeto...

—Yo respeto muchísimo a Judith. Lo sabes. Y ella también.

—Lo sé, lo sé. Perdona —me disculpé—, todo esto es muy desconcertante para mí. Te juro que no tenía ni idea cuando me he levantado esta mañana. Sabía que mi madre

respetaría nuestra relación, pero no imaginé que tuviera... que sintiera... eso. Siempre pensé que ellos se querían y eran felices juntos. Mi padre está convencido de que ella le mintió, que nunca le ha querido. Conociéndolo, sé lo que va a pasar ahora. Por eso le he tomado la palabra y me he venido aquí contigo. No quiero ver cómo cae de nuevo en la espiral interminable del alcohol. Estoy tan harta, Alex. No sé cómo demonios nos envidia alguien. Si pudieran vernos por el ojo de la cerradura...

Suspiré.

—Os pondrían a parir. Ganas no les faltan. Yo nunca te he envidiado. Mi madre me enseñó desde pequeña que las cosas nunca son lo que parecen. Pueden ser peores o mejores, pero *nunca son lo que parecen*.

—Eres un sol. No sé qué haría sin ti.

—Nunca tendrás que planteártelo, Gill, porque no te dejaré escapar. ¡No sabes dónde te has metido!

—Quédatelo si quieres —señalé la novela con mala cara—. Pero ni se te ocurra decir ni una palabra a nadie...

—A ver si lo entiendo: tu madre decide airear su vida íntima a los cuatro vientos y yo no puedo decir ni mu. ¿Es eso?

—Decidió. Es un asunto zanjado desde hace muchos años. Mi madre lo escribió en su momento, pero eso no significa que tengas que pregonarlo por las esquinas. Aquí, en Londres, no se sabe ni una palabra del tema. Digo yo que por algo será...

—Pero ¿podemos hablar de ello entre nosotras o es un tema tabú?

—No sé qué decirte. Yo estoy que no me lo creo. Necesito asimilarlo con tiempo y calma. Quizá yo también sea una mentira... o parte de ella.

—No digas bobadas. Eso sí que no tiene ni pies ni cabeza. Judith no se casó obligada por su embarazo, lo sabemos todos. Y te adora, siempre ha estado a tu lado. ¿Cómo puedes pensar que su amor no es real?

—No he dicho eso. No sé qué decir. De repente, es una extraña para mí. Una vez me dijo que se casó con él porque era guapísimo. Sonaba frívolo y superficial. Entonces no le di demasiada importancia... pero ahora todo cobra un nuevo sentido. Lo mismo se casó con él para aparentar...

—Hace muchísimo tiempo que los homosexuales salimos del armario, Gill. —Me interrumpió con una media sonrisa—. Lo que opino, por lo que me cuentas, es que es bisexual. Pudo estar enamorada de esa mujer durante el tiempo que fuera, luego conoció a tu padre y se enamoró de él. Fueron felices y comieron perdices. Se acabó. No hay por qué complicar y retorcer tanto las cosas. Lo mejor que puedes hacer si quieres salir de dudas, es leer el libro. Yo lo voy a empezar hoy. Sé que suena fatal, pero me muero de curiosidad.

Mi primer día en la facultad fue a ratos divertido... y otros no tanto. El alumnado femenino de la primera clase de la mañana superaba con creces al masculino; por cada chico, había diez chicas o más. Lo cual suponía mucho donde elegir, pero curiosa —y fatídicamente— todos, TODOS los chicos tenían sus ojos clavados en mí. Yo tenía mi parte de culpa, lo reconozco; ese día llevaba puesto lo más sexy que tenía en el armario: camiseta negra, muy escotada, con minifalda-cinturón a juego; me había dejado suelto el pelo recién lavado, y calzaba mis tacones más altos. Mi estudiado maquillaje destacaba lo más hermoso de mi rostro: mis ojos y mis labios; el sol del reciente verano había dado un tono sonrosado muy favorecedor a mis mejillas. La ropa ajustada remarcaba mi figura de reloj de arena.

Los cuchicheos estaban asegurados y yo tenía el oído muy fino.

—¿Habéis visto a la de la segunda fila?

—¡Cómo para no verla! ¡Joder! Está para comérsela. Ñam, ñam...

—¿Quién es el primero que se la va a tirar...?

—¿A qué deben de saber esos labios?

—¡Y tocar ese pelo!

—Por no hablar de las tetas...

—Sí, mejor dejamos ese tema, que ya me la estoy notando dura...

Sonreí. Sacudí con brío mi melena delante de sus narices y me la recogí lentamente sobre el hombro izquierdo, consciente de su inmensa belleza; podía sentir sus ojos fijos en mi espalda, los de todos, e incluso verles babear como bebés de pecho. Me sentí hermosa y poderosa. Decidí darles un pequeño susto y un gran chasco.

Me volví hacia ellos y los deslumbré con mi mejor sonrisa.

—Hola —me presenté—, soy Gillian.

—Hola —corearon todas a la vez con evidente sonrojo.

—Después de la clase de las diez nos vemos en el bar —les guiñé el ojo—. Os presentaré a Alex, mi novia —volví a sonreír por no reírme a carcajadas al verles las caras de pasmo—. Es muchísimo más guapa que yo... Pero es muy celosa y tiene muy mala leche. Tranquilos, prometo no repetir ni una palabra de lo que acabo de oír. ¡Me la debéis!

Asintieron, medio asustados, y ya sin ganas de bromear a mi costa.

Cuando fui al bar y me reuní con Alex, nos miraron pero no se acercaron a nosotras. El mensaje había quedado claro: No estamos disponibles.

Mientras volvíamos a Hampstead paseando, con mi brazo rodeando sus hombros, y el suyo estrechando mi cintura, Alex me miró de reojo. Yo andaba con la cabeza en las nubes.

Me besó en los labios, devolviéndome al planeta Tierra, y preguntó:

—¿Qué piensas, qué pasa?

—No voy a hacerlo. *Esta vez no.*

—No vas a hacer ¿qué?

—Cortarme el pelo.

—Muy bien —replicó a la defensiva—. Yo no he dicho nada.

—Pero quieres que lo haga.

—No es verdad —mintió.

—Sí lo es.

—Vale. Sí. Lo reconozco. Es verdad. Quiero que te lo cortes. Estás muchísimo más guapa, y lo sabes. Pero tú decides.

—Tú lo has dicho. Yo decido. Y no quiero hacerlo.

—Acabarás haciéndolo, las dos lo sabemos.

—No.

—Sí.

—No. *He dicho que no.*

—Lo harás —sentenció sin un titubeo, taladrándome con la mirada—. He visto a esos tíos. Te devoraban con los ojos: de la cabeza a los pies. A mí me han mirado de reojo y han decidido, de común acuerdo y sin palabras, que no les intereso para nada. Pero tú los vuelves locos con tu sensualidad —me acusó. Era a medias un reproche y a medias un halago—. Eres peor que Pandora, Lilith y Eva puestas juntas. El pecado hecho carne. No es eso lo que quieres, no va contigo. No eres una rompecorazones ni una calientabraguetas. Y sabes muy bien cómo evitar que te persigan a todas partes y a todas horas. No es la primera vez que ocurre. Acuérdate de nuestro amigo Daniel...

—No es justo.

—Nadie ha dicho que lo sea, cielo. Es práctico.

—Tengo que pensarlo...

—Ajá. Sabía que lo harías.

—No he dicho que vaya a hacerlo. *He dicho: tengo que pensarlo.*

—Es un buen comienzo... ¿Lo harás este fin de semana?

—¡Eres insoportable!

—¿Lo harás? —insistió porfiadamente.

—Sí. —Me rendí sin condiciones. Esa vez la cosa había durado más de lo normal. Todavía no había aprendido que, en una discusión con Alex, llevaba las de perder. Sin excepción—. Me lo cortaré. Tú ganas.

—Yo *siempre* gano —sonrió, rebotante de satisfacción—. *Nunca* lo olvides. Cambié de tema para no discutir más con ella.

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido?

—Lo mío es casi peor —gimoteó Alex—, créeme.

—¿Qué ha pasado?

—Me he visto de buena mañana rodeada por una multitud de chicas guapísimas y convencidísimas de que soy un chico. Para colmo, el imbécil que ha hecho las listas de clase ha puesto Alex McGahern y se ha quedado tan ancho.

—¿Y...?

—Que eso puede ser cualquier cosa. Masculino o femenino. *Alexander* o *Alexandra*.

—¿Y qué tiene de malo?

—No quiero líos con mi nombre ni con mi sexo.

Intenté no reír. Sólo sonreír.

—Pues vas al tipo de las listas y le exiges que corrija su gravísimo error.

—Me da corte.

—¿Qué dices? ¿Tú? Que a ti te da ¿qué?

—Vergüenza —se sonrojó, diría que por primera vez—. ¿Qué pasa? ¿No puedo mostrarme tímida y vergonzosa por una vez en mi vida?

—Puedes, puedes... Perdona si no acabo de creérmelo.

—Eres una borde, ¿lo sabías?

—¡Mira quién habló!

—¿Debería ponerme tetas?

—Y ahora, ¿a qué viene esa gilipollez?

—¿Debería, sí o no?

—¿Tú quieres ponerte tetas?

—¿Tú quieres que me las ponga?

—No. No sé... me da igual. ¿Qué mosca te ha picado?

—No quiero parecer un tío, ni quiero que me persigan las chicas. Te tengo a ti. Con eso me basta.

—¿No te sientes halagada con tanta atención? —la tenté.

—¿A ti te halaga que los tíos se te rifen y hagan apuestas a ver quién te folla antes?

—¡Alex!

—Es la verdad. Te ven como un puto objeto sexual. Y a mí también, pero al revés. En cuanto vean que soy una tía, se olvidarán de mí *ipso facto*.

—¿Por eso quieres ponerte tetas?! —Aquello no tenía lógica alguna—. No te las pondrán de un día para otro, que lo sepas —la avisé—. Eso requiere su tiempo. Y para cuando tengas tus tetas nuevas, la gente habrá pasado olímpicamente de ti. Además

—y ése fue un aviso más serio—, esas operaciones son peligrosas y los pechos quedan falsos como los de una muñeca hinchable. Ni hablar. Sobre mi cadáver te metes tú en un quirófano para ponerte tetas postizas. ¡Déjate de tonterías! Yo te quiero así. Y así te vas a quedar.

Dejamos la discusión ahí, y pasamos a hablar de temas académicos y a criticar a los profesores, que siempre eran demasiado exigentes y puntillosos para nuestro gusto. A pesar de ello y del revuelo que habíamos armado con nuestra presencia esa primera mañana, estábamos muy satisfechas con nosotras mismas por haber sabido elegir el camino correcto desde niñas. Desde luego, no se podía negar que Alex iba a hacer estragos en los tribunales; la de abogada era una profesión que le venía como anillo al dedo. Tenía el arrojo y la agresividad necesarios para ser el terror de los delincuentes, maleantes y criminales que todavía andaban sueltos por Londres.

Mi carácter introspectivo y poco dado a las discusiones y los conflictos en general me impedía desarrollar ese tipo de carrera. Mi madre solía decir que me parecía mucho a ella cuando tenía dieciocho años. «Luego la vida te cambia a su antojo», me advertía, «te hace fuerte para que puedas sobrevivir en esta selva de bestias humanas».

El lunes llegué a la facultad con el pelo corto; era un corte muy sexy y me favorecía muchísimo. Hubo incluso quien me comparó con la cantante Rihanna cuando era más joven. A pesar de ese prometedor comienzo, tuve que darle la razón a mi adorable pelirroja. Los murmullos masculinos cesaron a mis espaldas, y me convertí de un día para otro en un personaje «invisible». En un primer momento su repentina indiferencia me sentó como un tiro, pero acabé acostumbrándome.

Dos meses después de mi regreso a Hampstead, mi madre y la de Alex se reunieron y comentaron la posibilidad de comprar, entre las dos, una casa para nosotras. Debbie me quería como a una hija, pero pensaba que ya era hora de independizarnos.

—No quiero echaros —se excusó—, no es eso; aquí hay espacio de sobras para un regimiento... Pero debéis tener vuestra casa. A vuestro gusto. Un lugar donde estar como queráis, sin que nadie os moleste.

—Tú no nos molestas —protestó Alex.

—Ya lo sé, cariño. Y vosotras tampoco a mí. Pero vivir en pareja supone compartir responsabilidades y gastos, no solamente la cama.

—Debbie tiene razón —intervino mi madre—, lo natural es que dispongáis de vuestro propio espacio. Y lo cuidéis y mantengáis limpio y ordenado. Sé que estáis estudiando y no trabajáis aún, pero va siendo hora de que empecéis a administrar de modo responsable vuestro dinero. O el nuestro, que viene a ser lo mismo.

Una semana después empezaron las dos una entretenida ruta por Londres, buscando el hogar ideal para una pareja de universitarias. Lo cierto es que aquella iniciativa fue una diversión muy bienvenida en una rutina que ya empezaba a agobiarlas. Si les preguntaban, decían que éramos sólo amigas. Lo sé, lo sé... Flipante. Estábamos a finales de 2030 y todavía quedaba gente que no veía con buenos ojos las parejas homosexuales, del sexo que fueran; gente que no quería vender o alquilar su piso a perversos.

Después de un mes de ir de agencia en agencia, encontraron una monísima casa de dos plantas en King's Road: la calle más comercial y concurrida de Chelsea. La fachada era de estilo victoriano, revestida de arriba abajo de ladrillo rojo, donde se destacaban ventanas grandes con parteluces blancos. La puerta era estrecha y alta, de color negro, con un aldabón dorado en el centro, y el buzón para las cartas debajo.

Había dos habitaciones en el piso superior; una la utilizaríamos como dormitorio y la otra como despacho. El salón, abajo, era lo bastante grande como para montar un buen sarao cuando más nos apeteciera. La cocina era grande, de tipo americano, y se veía muy moderna con sus muebles blancos y sus electrodomésticos de acero

inoxidable. Las ventanas de las habitaciones y del salón tenían hermosas vistas al Támesis. Al baño se entraba por nuestro dormitorio; era grande y luminoso, con baldosas blancas en las paredes, y el suelo negro en contraste. Disponía de una bañera grande protegida con una mampara de cristal esmerilado.

Al lado de la puerta de entrada, a la derecha, y bajo la escalera, había un pequeño cuarto donde guardar los útiles de la limpieza y los trastos que no utilizáramos a diario. La cocina tenía una puerta trasera que daba a un pequeño y coqueto patio posterior, muy soleado en la mañana y muy fresco al atardecer. Ideal para cenas veraniegas al aire libre.

Nos enamoramos de ella nada más verla; porque era una cucada, y sobre todo porque era nuestra. Este «regalo» fue una auténtica sorpresa; mi madre no era partidaria de ir regalando cosas, ni siquiera a mí. Lo que la había movido a ser tan generosa era sentirse responsable por el comportamiento de mi padre, e incluso culpable hasta cierto punto. Estaba convencida de que papá nunca me hubiera echado de casa simplemente por el hecho de ser lesbiana. Lo que tenía a mi padre loco de dolor y rabia era el pasado de mi madre... Y su falta de sinceridad.

Nos instalamos en la casa un mes después de firmar todo el papeleo que nos convertía en propietarias. La habíamos decorado a nuestro gusto, que en lo fundamental era muy parecido. Muebles sencillos, colores alegres, telas livianas, luces halógenas y cientos de flores: en el dormitorio, en el despacho, en el salón, incluso en la cocina; y en los dinteles de las ventanas, macetas de terracota rebosantes de azaleas y pensamientos. No había nada que fuera ostentoso o recargado.

Alex se trajo de Hampstead dos cuadros de Constable: *El carro del heno* y *La Catedral de Salisbury*, mis favoritos, epítome del paisajismo Romántico. La regañé, le dije que aquello valía una millonada, que nos iban a entrar a robar... Alex rio, pero sin burla. Me recordó que nuestros amigos, y no eran muchos los que iban a tener el privilegio de entrar en nuestra «casita de muñecas», no distinguían un Constable de un Dalí. Ni un Dalí de un Monet. Ni un Monet de un Kandinsky. Ni un Kandinsky de una litografía que podías comprar por una libra en el mercadillo de Portobello. La misma Alexandra no era capaz de distinguirlos. Yo le encargué a mi madre que nos trajera el tocador y el espejo de mi habitación de la casa de Grosvenor Crescent. Alex trajo también consigo todos sus devedés y videojuegos; yo aporté mi nutrida colección de libros de literatura. Alex no compraba libros; se gastaba casi todo su dinero en ropa de los mercadillos y tiendas de Camden Town.

—En la biblioteca de la facultad tengo todo lo que necesito. Paso de comprar libros que no volveré ni a mirar cuando acabe la carrera.

Mi madre, en cambio, me había inculcado la importancia de tener una buena biblioteca de consulta. No todo lo que buscaba estaba en internet, y los libros de «lectura obligatoria» estaban muy solicitados. No era una bibliófila como ella, pero había aprendido que a la larga era más cómodo tener a mano siempre tus libros favoritos, y no depender de la buena fe del bibliotecario.

Nos iba muy bien en los estudios, pasábamos los fines de semana de farra en farra y éramos muy felices juntas; la convivencia en casa era una balsa de aceite, y el sexo una delicia... Todo divino hasta el domingo pasado, cuando mi padre llamó a la hora de la cena. Me pilló en el despacho, inmersa en la prolífica producción literaria de W. B. Yeats, mi poeta preferido, junto con el chileno Pablo Neruda. Esta dualidad hispano-irlandesa forma parte de mi identidad y se deja sentir en cada una de mis poesías.

Alex estaba en la cocina; le encanta bregar entre fogones, casi tanto o más que las leyes.

—Cuando acabe la carrera, me apuntaré a cursos de cocina —había anunciado esa misma mañana de domingo, toda sonriente, mientras me llevaba el desayuno a la

cama—; es increíble lo que puede llegar a hacerse con lo que tenemos en la nevera. ¿Nunca te lo has planteado?

—No, nunca —le confesé.

La gula no es uno de mis pecados capitales, y la visita a la cocina es más obligación que devoción. Por eso es muy bienvenida en mi vida la afición culinaria de Alex.

Cogí el móvil después del segundo tono.

—Han atentado contra la vida de tu madre —me soltó a bocajarro—. ¡Estaba sola en Regent's Park! No sé para qué leches contrató a esos tipos —protestó furibundo—, si los deja plantados en casa cuando más los necesita.

Nunca le ha gustado la presencia de los guardaespaldas en casa. Se sentía vigilado todo el tiempo. Y celoso. Mis padres eran dos celópatas compulsivos; el hecho de que hubieran convivido veinte años sin sacarse los ojos era un fenómeno paranormal digno de un profundo estudio psico-antropo-sociológico. Lo que los salvó de una escabechina, a mi entender, fue su desmedido orgullo, pues ninguno confesó abiertamente padecer la enfermedad que les consumía el alma; guardaron sus celos bajo llave y siguieron adelante como si nada. Pero el mal estaba ahí, latente. Los cuatro mercenarios que contrató mi madre eran hombres de mediana edad y de muy buen ver. No hay mejor entrenamiento para conseguir un cuerpo diez que la férrea disciplina militar. Los muy jodidos tenían unos tipazos de aúpa. Y lo digo yo, que amo a una mujer. No sé qué opinaba mi madre al respecto. Difícilmente podía permanecer indiferente.

—Vive todavía —mi padre interrumpió de golpe mis libidinosos e inoportunos desvaríos—, pero está muy malherida. Hace una hora que entró en coma.

Se notaba que pugnaba por contener las lágrimas

—Debes venir a verla, Gillian —me avisó—. No creo que sobreviva a esta noche.

—¿Adónde la han llevado?

—Estamos en el London Clinic, en la calle Harley. Planta sexta, habitación número sesenta y nueve. Está a diez minutos del parque; gracias a eso, ha podido llegar con vida. Pero no le queda mucho tiempo —me repitió.

Me desesperaba su pesimismo, y me dolía que no hubiera incluido a Alex en su ruego.

¿De veras pensaba que me iba a presentar dondequiera que fuera sin ella?

—¿Qué ha pasado, qué le han hecho? —le pregunté. No soy morbosa, pero tampoco me gusta que me engañen como si aún tuviera seis años. Si habían intentado matar a mi madre, quería saber *quién* había sido y *cómo* lo había hecho.

—Le han hecho un corte... profundo... en la... garganta...

Balbuceaba más que hablar, y su voz sonaba fatigada. Le habían caído veinte años encima en apenas un par de horas.

Regent's Park. El parque del Príncipe Regente Jorge IV.

Mamá iba todos los domingos; le gustaba más que cualquier otro, es el «no va más» del Romanticismo inglés. Solía decirme que su silencio la inspiraba como la mejor de las musas; le fascinaba contemplar cómo jugueteaba el sol con las hojas de los árboles: tiñéndolas de rojo y oro, sobre todo a partir de septiembre y hasta bien entrado el invierno. En las mañanas, el lugar estaba muy frecuentado: familias, grupos de turistas, parejitas enamoradas, vendedores ambulantes, paseadores de perros, ciclistas y patinadores... A partir de las cinco de la tarde desaparecían todos, y ésa era entonces su hora favorita. Por desgracia, yo no era la única que conocía su paraíso secreto. En mi efervescente entusiasmo juvenil casi se me había olvidado que llevábamos más de un año vigilados muy de cerca; y que ella, en particular, estaba amenazada de muerte.

La noticia me dejó inerte, desmadejada como un títere al que le han cortado los hilos;

todo rastro de color abandonó mi cara, ya de por sí demasiado pálida, y me puse a temblar cual hoja mecida por la brisa. De inmediato las lágrimas me nublaron la vista. Las fuerzas me habían abandonado, y de repente me sentí tan vieja y frágil como mi padre.

A duras penas colgué el teléfono.

Mamá... muerta. Mi madre... muerta. Sabíamos que esto podía pasar, *lo sabíamos*, ¡no sería por falta de «avisos»!, pero en lo más profundo de nuestra conciencia no lo admitíamos.

Entré en la cocina con paso inseguro y arrastrando los pies; un zombi tenía más vida que yo mientras me abrazaba a Alex sin pronunciar palabra; nunca había necesitado tanto esos brazos. Me miró y supo que algo horrible había pasado.

—Cielo, ¿qué tienes, *qué pasa*?

—Deja eso —la avisé, mirando la cena a medio hacer—. Nos vamos al hospital. No hay tiempo que perder. Mi madre está en coma; han intentado matarla. Y por lo que ha dicho mi padre, se ve que se han salido con la suya.

—Pero, ¿no estaban los guardaespaldas con ella?

—No. Por lo visto, *esta tarde* no quería compañía.

—Un poco arriesgado, ¿no te parece?

Si pensaba que a mi madre ya todo le daba igual, quizá tuviera más razón que un santo. Yo también empezaba a creerlo.

—No sé, ¡qué sé yo! —me impacienté—. No es hora de lamentos. Vámonos. No me lo perdonaré si no llego a tiempo de verla con vida.

Cogimos el coche de Alex, un Volkswagen Escarabajo negro, y en quince minutos nos plantamos en el hospital; la dejé buscando aparcamiento y corrí, desesperada, hasta la habitación donde estaba mi madre.

Abrí la puerta sin esperar invitación. Mi padre miraba por la ventana. Se volvió al oír mi voz.

—Papá.

Me abrazó, me besó en la frente y en el pelo. Sentir su calor y su cariño alivió un poco mi congoja.

—Todavía vive —señaló la cama donde mamá reposaba—. Pero, francamente, no sé si es lo mejor. Desde luego, no es lo que ella quiere. Conoces a tu madre, Gillian —me dijo en voz baja, como si temiera molestarla—, sabes lo orgullosa y autosuficiente que es. ¿De veras crees que desea estar ahí lo que le queda de vida? Los médicos dicen que puede estar así meses, incluso años, con la respiración asistida, conectada día y noche a las máquinas. Tú y yo sabemos que es una locura y un sin sentido alargar esta agonía.

Asentí, mostrándome de acuerdo. No me imaginaba a mi madre en estado vegetativo, sin poder moverse, sin poder hablar ni expresarse. Me acerqué a la cama y le cogí la mano; me sorprendió sentirla tan fría; las manos de mi madre siempre habían sido cálidas. Las recordaba arropándome por la noche, cuando me enjabonaban en el baño, y cuando me hacían cosquillas... La miré a la cara; estaba pálida, tenía los ojos cerrados y la expresión desasosegada de quien está en mitad de una pesadilla de la que quiere y no puede escapar.

Alex entró en la habitación. Papá la miró con expresión adusta y por un momento temí que la echara, y tuviéramos una escena desagradable. No lo hizo. La miró a los ojos un breve instante y salió, dejándonos a solas con mamá.

Nos abrazamos; me besó en el pelo, en los párpados y en las mejillas. Sus besos me resucitaron poco a poco. A continuación miró a la mujer acostada en el lecho.

—No tiene muy buen aspecto —reconoció—. ¿Qué dicen los médicos? ¿Sabéis ya

quiénes son los criminales?

Negué con la cabeza.

—Es lo que menos me importa ahora. Ninguna justicia humana o divina nos la va a devolver. No sé si mi padre emprenderá una cruzada para descubrir y perseguir a los culpables, y hacer que paguen por lo que han hecho. Yo no voy a mover un dedo. Mi madre hizo siempre lo que consideró justo; sabía a lo que se exponía cuando criticaba a esa gente, pero el riesgo y las amenazas no la disuadieron de su propósito. Pese a no ser una mujer creyente, no le tenía miedo a la muerte. Es esto —señalé los tubos y las máquinas— lo que la espantaba: acabar así. Papá y yo hemos decidido desconectarla. No tiene sentido mantenerla viva de esta manera.

Alex asintió, mostrando su acuerdo y su solidaridad.

—Lo que me preocupa es lo que se nos viene encima.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre no puede vivir solo —le recordé—. Esto ha sido un golpe terrible para él. Si lo dejo a su suerte, se ahogará en alcohol hasta que le explote el hígado. Y eso no lo voy a permitir. Tendré que volver a casa con él.

—¿Tendrás...?

—Sí —musité de mala gana—. No me queda más remedio que volver a casa y cuidarlo. Unos meses... al menos.

—¿Y dónde quedo yo en esos planes si se puede saber?

—No puedo imponerle tu presencia, Alex —me justifiqué—; éste no es el mejor momento. No te ataca con tanta virulencia como hace dos años, pero...

—No me traga. Es eso lo que quieres decir, ¿no? Nunca más seré bienvenida en tu casa.

—Ahora no, Alex, *ahora no*. Después del funeral lo hablamos con calma.

¿Quién me mandaba a mí haber abierto la boca antes de hora?

—Ahora sí —exigió impaciente y bastante cabreada—. Quiero saber *qué* lugar ocupo en tu vida y *cuáles* son tus prioridades para saber a qué atenerme.

—Tú eres mi prioridad. Y lo sabes. Te amo. Y lo sabes. —La besé en los labios para apaciguarla y ponerla de mejor humor; detestaba verla enfadada—. No me montes un numerito de celos, Alex —le supliqué—, ya están las cosas bastante jodidas aquí. ¡Solo falta que tú y yo nos pongamos a pelear como dos crías en el recreo!

Los ojos le brillaban más que nunca; estaba dolida, rabiosa y al borde del llanto. Yo también tenía ganas de echarme a llorar. Lo último que quería esa noche era enfadarme con ella. Siempre supe que tarde o temprano llegaría nuestra primera pelea de pareja. Era inevitable. Pero sobrevivimos a ella. Volví a besarla en los labios, muy dulcemente, y logré arrancarle una media sonrisa. Después una sonrisa de oreja a oreja. Al cabo de unos minutos fue ella quien me besó a mí y se disculpó:

—Perdóname, no sé en qué demonios estaba pensando. No debí mostrarme tan egoísta; menos ahora, cuando estáis sufriendo tanto, pero no soporto la idea de perderte.

—Óyeme bien —le dije mientras acariciaba su cara pecosa y la miraba a los ojos—: Tú nunca vas a perderme. NUNCA. Mi padre me necesita a mí, y yo te necesito a ti. Encontraremos una solución que nos beneficie a todos. Te lo prometo.

Alex se sosegó y nos quedamos haciéndole compañía a mamá; cada una a un lado de la cama, cogiéndole la mano.

Diez minutos después entró mi padre con el médico y dos enfermeras; una de ellas desconectó el respirador. De inmediato, el monitor empezó a emitir el pitido característico que anuncia el inminente e inevitable final. Después se detuvo y se

apagó. Eran las diez y media de la noche y mi madre había muerto. La otra enfermera cubrió el cuerpo con una sábana y rezó una oración en susurros a la vez que se santiguaba.

Una curiosa mezcla de dolor y paz me removi6 las entrañas. Era lo peor y al mismo tiempo lo mejor que podíamos haber hecho. Hace muchos años que la eutanasia está permitida en Gran Bretaña, pero sabernos dentro de la legalidad no nos hacía las cosas más fáciles a la hora de tomar una decisión de esa envergadura. Nunca me ha gustado que decidan por mí, ni decidir la vida —o la muerte— de otros. Aunque estaba muy claro lo que ella quería, y no debíamos sentirnos culpables, yo no podía evitar el martirizante remordimiento que me causaba saber que la habíamos «matado».

Cuando sacaron el cadáver de mi madre de la habitación, nos quedamos los tres a solas. Enseguida Alex, tan oportuna, dijo que iba a buscar un par de cafés y me dejó con él. Papá me abrazó como si fuera su única tabla de salvación. Sus lágrimas se mezclaron con las mías en un río interminable. A pesar de todos los problemas y altibajos que había tenido su matrimonio, él la adoraba; la amaba como nunca había amado a nadie. Y estaba tan destrozado como yo. Tenía mis buenas razones para estar preocupada por él. De un momento a otro se desmoronaría; yo rogaba para que aguantara el tipo, al menos durante el funeral. Tenía que avisar a Ruth y a la tía Olalla (no quería que se enteraran por los periodistas, en los últimos meses no habían sido muy amables con nosotros). Mamá estaba muy unida a ellas; fueron las damas de honor en su boda. Aunque hacía años que no se veían, no habían perdido el contacto. Se enviaban correos una vez por semana, e intercambiaban fotos y vídeos. No sé si les contó en algún momento lo de las amenazas, lo dudo. Sé que no quería preocuparlas.

Como si me leyera el pensamiento, mi padre me pidió que avisara a mi prima y a mis tíos de España. Él se encargaría de comunicárselo a sus hermanos. No contaba con que vinieran al sepelio porque estaban de gira por Estados Unidos; le tenían cariño a mi madre, pero no lo bastante como para alterar su agenda de conciertos.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, le hicieron la autopsia; el informe forense señaló que había muerto desangrada a causa de una herida en el cuello hecha con arma blanca. Tal y como dijo mi padre, había sido degollada; se había encargado de ello un profesional, y deliberadamente había dejado que se desangrara poco a poco. No quisieron darle el gusto de una muerte rápida y sin sufrimiento. Pocas horas más tarde ya sabíamos quién había sido el hijo de puta que había acabado con su vida. Era un hombre joven, no mucho mayor que yo; rondaría los veinticinco años, pero había sido adoctrinado por «la Organización», y adiestrado en el manejo de armas desde que era un mocoso; de ahí su extraordinaria pericia con el cuchillo. En el fondo, no era más que un infeliz al que habían utilizado como chivo expiatorio, engañándolo con falsas promesas de redención eterna, pasaporte directo al paraíso de Alá y blablabla..., y al que mataron media hora después de que abandonara la escena del crimen. Mi madre todavía agonizaba en el hospital cuando dejaron seco a aquel desgraciado. Encontraron su cadáver, degollado, en el interior de una furgoneta negra con matrícula robada en una callejuela de South Lambeth.

No sentí que se hubiera hecho justicia matando a ese tipo. Ambos asesinatos estaban programados desde hacía meses por alguien más poderoso que movía los hilos desde muy arriba, y al que difícilmente se podía acusar de nada. En todo caso, a mí no me servía de consuelo ningún acto justiciero.

Los siguientes días fueron de locos; no podía darme el lujo de deprimirme o echarme a morir. Había mucho que organizar, y yo era la única que estaba en condiciones de poder hacerlo. Si montar una boda es un frenesí y trae un sinfín de quebraderos de cabeza a novios y familiares, organizar un funeral es mil veces peor porque los ánimos no son los mismos...

Debía ocuparme de que salieran las debidas esquelas en la prensa, escribir comunicados en su página web y en todos los foros y blogs en los que participaba —¡que no eran pocos!—; hablar con los responsables del tanatorio y solicitar hora para la cremación del cadáver; elegir un ataúd elegante pero no demasiado ostentoso para exhibirla ante las innumerables visitas, y el jarrón donde, finalmente, van a reposar la mayor parte de sus cenizas; solo una pequeña parte arrojaremos esta noche al Támesis desde el Millennium Bridge en un gesto simbólico de despedida. Y por último, pero no menos importante, debía ir a recoger a mi prima y a mi tía que llegaban en dos vuelos diferentes con un intervalo de once horas; Ruth llegaba desde San Diego, y la tía Olalla desde Madrid. En cuanto las tuve a las dos a mi lado, me sentí un poco más acompañada y reconfortada para enfrentar lo que se avecinaba.

Alex golpea la puerta de mi dormitorio con suavidad antes de entrar.

—Gill, cielo —me avisa entre susurros mientras me acaricia y me besa la mejilla—, en el vestíbulo hay una mujer que insiste en querer ver a tu madre. Dice que la conoce de cuando eran jóvenes. Deben de tener la misma edad. Yo no la he visto nunca... ¿Será quien tú y yo sabemos?

Alex y yo leímos la famosa y polémica novela de mi madre. Alex la leyó primero. A su primera reacción de sincera estupefacción, siguió una enfermiza curiosidad que sólo fue satisfaciéndose al correr de las páginas. Cuando acabó, estaba entusiasmada y hondamente conmovida por la historia; de simpatizar con Judith, pasó a idolatrarla de la noche a la mañana. Yo la leí después de todos sus ruegos y toda su insistencia. Lo hice sin demasiadas ganas, lo reconozco. O quizá fuera miedo. Me sentí fatal leyendo intimidades que no me pertenecían, profanando un lugar y un tiempo sagrados que nada tenían que ver conmigo. Ahora, mientras oigo a Alex decir que quizás, *sólo quizás*, Bárbara está abajo esperando Dios sabe qué, me carcome la curiosidad. Sé que no es correcto, que no debería importarme a qué ha venido ni qué pretende presentándose aquí hoy, cuando nada tiene ya remedio, cuando de nada sirven las disculpas ni las explicaciones en estas horas de dolor. Pero me importa. Y mucho.

Le cuchicheo al oído:

—Acompáñala hasta aquí. Y vigila que mi padre no os vea. No quiero ni imaginarme su reacción si se la encuentra cara a cara.

Ella sonrío y empieza a tararear la tonadilla de *Misión Imposible*. La miro con cara de pocos amigos y le recuerdo que estamos de luto, no de fiesta. A pesar de todo el dolor, no puedo evitar sonreír mientras la veo salir con sigilo del dormitorio, ya metida en su papel de agente doble; es incorregible, la única persona capaz de hacerme reír cuando más ganas tengo de echarme a llorar.

Las veo entrar en mi antiguo dormitorio y miro a la mujer sin disimulo. No sé muy bien qué había imaginado mientras leía su rocambolesca historia, pero tiene poco que ver con lo que hay delante de mí. Supongo que mi madre tenía su imagen grabada en la cabeza mientras iba narrando los acontecimientos según su propia y peculiar perspectiva; a fin de cuentas, ella la conocía. Yo no. Y la novela no desvelaba nada que permitiera saber qué aspecto tenía esta mujer. De entrada, es de esa clase de personas que aparentan ni más ni menos la edad que tienen. Si no recuerdo mal, es un par de años más joven que mi madre; pero ella nunca ha aparentado la edad real, todo el mundo le quitaba de diez a quince años nada más verla. A veces le molestaba; odiaba a la gente que juzga por las apariencias. Esta mujer, al parecer, se lo piensa dos veces antes de emitir juicios de valor o criticar a nadie.

Alex nos deja a solas y baja a ocuparse de las visitas, que se suceden en un interminable y monótono goteo.

—Para ser hermanas, sois muy diferentes.

—Alex no es mi hermana —la corrijo—. Es mi novia.

La mujer sonrío y su rostro se ilumina. Se diría que le he dado una gran alegría. La sonrisa no dura mucho; la sustituye una expresión consternada, como si temiera haber metido la pata. Ya decía mi madre que actuaba y hablaba sin pensar.

—Vaya, lo siento —se excusa—, pensé... aunque estaba convencida de que Judith sólo te tuvo a ti.

—Sí —la disculpo con una franca sonrisa—. Alex y yo nos conocimos en la guardería y nos criamos casi como hermanas. De ahí pasamos al colegio, y luego... ya se lo puede imaginar.

La mujer asiente y se ruboriza un poco. No es el tipo de persona que se ruboriza con facilidad, o ésa fue la impresión que me dio en la novela. Pero si lo pienso bien, mi madre ofreció una versión sesgada de la realidad, y su descripción de los hechos era muy subjetiva; ella tenía —o creía tener— razones para amarla primero y odiarla después. Yo no tengo motivos para sentir nada que no sea simple curiosidad humana. A mis ojos, como a los de Alex, la suya no es más que una historia de desamor y venganza.

—Sé que ha venido a despedirla, sin embargo me temo que no es una buena idea —la desanimo—. No es aconsejable que mi padre la encuentre aquí. Está delicado de salud, y la muerte de mi madre no ha hecho sino empeorar la situación. Le agradezco la gentileza —sonrío como inexcusable muestra de cortesía—, pero será mejor que se marche.

—¿No quieres saber por qué he venido?

—Francamente, no me interesa —le miento—. Tampoco es asunto mío. Si quiere despedirse de ella, es un poco tarde. Como sabrá, murió este domingo pasado a las diez y media de la noche. Llevaba dos horas en coma y estaba muy malherida, no quisimos que sufriera más. Era inútil, ella no quería esa clase de vida. No veía nada positivo en una agonía interminable. Ya sabrá a qué me refiero.

—Debí suponer que serías una de tantas lectoras que se entusiasmaron con *Lealtades Enfrentadas* y se lo tomaron todo al pie de la letra. No olvides nunca que ésa fue su versión. Hay otras dos que quizás no lleguen a escribirse nunca, pero están ahí, y merecen ser consideradas. No negaré que tu madre tuvo los ovarios y el odio suficientes para plasmar por escrito nuestra historia. Y tenía sus buenas razones para hacerlo. Sólo me gustaría que algún día quisieras escuchar mi versión y mis razones.

—¿También quiere que escuche las de su mujer? No la veo por aquí. ¿No ha venido con usted?

—Michelle y yo estamos separadas. Ése fue el último triunfo de Judith: acabar con nuestro matrimonio. No sé si era eso lo que perseguía, pero en definitiva es lo que consiguió.

—Lo que mal empieza... mal acaba.

—¿Ves? —Me reprocha con una media sonrisa—. Sin querer, te dejas guiar por las palabras de tu madre. No es que no tuviera razón, por desgracia siempre la tuvo. El problema fue su absoluta falta de objetividad. Estaba demasiado involucrada. Y tú tampoco puedes distanciarte de esta historia.

—Por supuesto que puedo. Su historia es suya. Y la mía no tiene nada que ver.

—Afortunadamente. Porque tuviste a tu madre al lado, porque pudiste confiarle tus secretos y anhelos más íntimos; porque ella, que había pasado tanto y estaba tan escarmentada, supo guiarte por el camino correcto para evitar que cometieras nuestros errores.

Me gusta que hable en plural, que reconozca que ellas también equivocaron su lealtad, que no eran perfectas, *que no eran mejores que mi madre*.

—Admite que ustedes tampoco son un dechado de virtudes.

—Ni mucho menos, cariño. ¿Acaso he dicho tal cosa? Yo admito mi parte de culpa. Llevo veintidós años expiándola, desde el bendito momento en que la dichosa novela de Judith salió a la luz y todo saltó por los aires. Yo me alegré mucho, ¿sabes? De su triunfo como escritora en primer lugar, y de su triunfo en los tribunales después. Hay que reconocer que nos puso a parir con mucho estilo.

—¿Y ha venido hasta Londres para eso, para decirle «tú ganaste»?

—Esa era mi única intención después de leer la noticia y dejarme llevar por los recuerdos de juventud. Tu madre no fue la única que vio pasar la vida ante sus ojos, yo la vi pasar también. Pero no es menos cierto que me moría de ganas de conocerte. A ti y a tu padre, aunque entiendo que él no esté con ánimos de hacer nuevas amistades.

—Mi padre la hace responsable a usted del fracaso de su matrimonio. Él también leyó la novela. Mucho antes que yo. Y fue un golpe muy duro.

—¿La verdad... o que Judith no le dijera una palabra de nuestra relación, ni antes ni después de casados?

—No sé de qué relación podría haberle hablado, porque hasta donde sé, si hubo alguna relación entre vosotras, tú la olvidaste enseguida. —La tuteo sin querer—. Ella no iba a poner en peligro su matrimonio hablándole del pasado. Mucho menos del vuestro.

—Pero bien que lo aireó en su momento y se aprovechó de él.

—No estuvo bien, lo reconozco. Yo nunca haría algo así. Pero mi madre era una gran defensora de Hammurabi: «ojo por ojo, diente por diente...» Su código era su credo. No creía en el Juicio Final ni en la justicia divina. Ya me entiende...

—Perfectamente. Eso fue lo que pensé cuando empecé a hojear el libro.

—¿No lo leyó de pe a pa?

—No —reconoce sin tapujos—; no pude comprarlo, o no quise. Da igual. De todos modos, dio tanto que hablar que al final acabé por enterarme de qué iba, qué decía y qué callaba. He leído otras novelas de Judith y debo admitir que llegó muy lejos. Yo también soñé una vez con ese éxito clamoroso y esa vida de película.

—No es oro todo lo que reluce —le recuerdo—. A su edad, ya debería saberlo.

—Sí, sí —sonríe sin ganas—, «el dinero no da la felicidad», pero... ¡Joder, lo que ayuda! Yo me quedé sin carrera... y al final sin pareja y sin matrimonio... ¡Qué te voy a contar que tú no sepas!

—Usted pudo cambiar el final de esta historia. Y lo sabe. Cuando mi madre la escribió estaba soltera y sin compromiso. Alex y yo pensamos que fue una llamada de S.O.S. Y lamentamos mucho que usted no lo viera así.

—Si yo hubiese atendido esa llamada desesperada, tú no estarías aquí.

—Probablemente no.

Alex aparece, como siempre, caída del cielo. Lo mejor de nuestra relación es nuestra telepatía. Cada una sabe cuando la otra la necesita. Y ahora necesito a Alex con desesperación porque la cosa se está poniendo demasiado sentimental para mi gusto. Me acerco a mi pareja y, procurando que Bárbara no nos oiga, le pregunto:

—¿Has visto a mi padre?

—Todavía no —contesta, aliviada.

—Búscalo y quédate con él. Discute, peléate si hace falta, pero mantenlo distraído y alejado de aquí.

Alex pone los ojos en blanco, entre la sorpresa y el miedo. Le gustan los desafíos y este se lleva la palma. Es excesivo incluso para ella.

—Pelearme no será muy difícil —chasquea la lengua—, a duras penas me soporta. En

cuanto me vea, se pondrá como una moto.

—¡Exagerada! En el hospital estuvo muy amable con nosotras.

—Tu madre estaba de cuerpo presente, ¿qué querías? No era el momento ni el lugar de ponerse bordes. Pero no me hagas ilusiones; sé que nunca me aceptará.

—No te pongas melodramática y ayúdame. Esta buena mujer se ha tomado la molestia de venir hasta aquí —señalo a nuestra invitada de honor—, y quiero que vea a mi madre. Sé que a ella le hubiera gustado «despedirse». Total, dime tú, ¿qué daño puede hacerle ya?

Alex asiente, y baja de nuevo las escaleras en busca de mi padre.

Acompaño a Bárbara a la habitación de mis padres, donde hemos dispuesto el ataúd. Mi madre descansa en paz; se la ve muy arreglada, incluso hermosa. La he vestido con la sencillez y cuidada informalidad que la caracterizó en vida.

—Estaré afuera por si necesita algo. Tómese el tiempo que quiera. Yo vigilaré que nadie las moleste.

¡Qué difícil es complacer a todo el mundo! No quiero meterle prisa, pero sé que Alex no puede hacer milagros. Si se esfuerza más de la cuenta, mi padre empezará a sospechar que hay gato encerrado, y nunca mejor dicho. Entrará y la tendremos gorda. ¿Por qué la gente se complica tanto la vida? ¿No pudieron haber solucionado sus problemas antes? ¿Qué sentido tiene venir aquí, a disculparse, cuando ya nada tiene remedio?

Miro el reloj... No oigo gritos ni palabras airadas, sólo el constante runrún de cuchicheos; un funeral es poco más que otra reunión social, donde gente que no se ha visto desde hace meses se pone al día de la suerte o desventura propia y ajena.

Bárbara sale de la habitación.

—Gracias. —Me da un beso—. ¡No sabes lo que significa esto para mí!

—¿Le ha servido de algo?

—Mucho. No espero que lo entiendas. Sólo puedo decirte que ahora estoy en paz.

—Me alegro. A mí también me ha gustado conocerla. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Londres?

—No tengo prisa ni casa a la que volver. Nada ni nadie me espera en España. Nací inquieta; de joven me gustaba viajar, no ir de un continente a otro, pero sí moverme a mi aire.

—¿Y ahora...?

—Puedo hacer lo que me venga en gana. No tengo responsabilidades, nadie que me eche de menos.

—Me gustaría volver a verla.

—Y a mí veros a vosotras, cariño. Te parecerá ridículo, pero os siento como si fuerais mis ahijadas.

—No es ridículo. Insólito quizás. Hace una hora, para nosotras usted sólo era un nombre. Un personaje... casi de ciencia-ficción.

Bárbara ríe a carcajadas.

—La alienígena, seguro.

—Más bien la comandante de la nave espacial. Tiene madera de líder. Eso decía mi madre.

—¿Tu madre te habló de mí?

—No —sacudo la cabeza—, lo deduje por el libro.

—El libro no cuenta toda la verdad —me recuerda.

—Lo sé —admito—. Pero es la única verdad que conozco.

—Si me quedo aquí un tiempo, ¿querrás escuchar la mía?

—Prometido. Desde luego, Alex se muere por saber más detalles. Opina que la novela de mi madre quedó inconclusa, que daba pie a una secuela.

—Muy inteligente tu novia. Y muy guapa.

—Gracias por el cumplido.

Alex aparece de la nada, sigilosa como de costumbre, y sonriendo.

—Está claro que no has visto a mi padre.

—¡Uy, te equivocas! —Menea la cabeza con vigor—. Sí le he visto. Hemos estado hablando un rato.

—¿Tú y mi padre?

—Yo y mi suegro. No me mires con esa cara de estupor. Ya era hora de que tuviéramos una conversación de adultos. Está abajo —me informa—, muy sobrio y muy educado, hablando con tu tía Olalla. Le he dicho que necesitabas quedarte a solas con tu madre, que no te molestara. Ha dicho que de acuerdo, que no te preocupes, él se ocupa de todo. Y... —añade con un rubor de satisfacción y una amplia sonrisa— me ha besado en la mejilla.

—¡Ei, eso está genial! Veo que la cosa progresa pasito a pasito. Quizá el año que viene quiera ser el padrino de boda.

—¿De qué boda?

—De la vuestra —contesta Bárbara, que adivina mis intenciones.

Alex parpadea; la incrédula es ella ahora.

—¿Cuándo hemos hablado tú y yo de boda?

—Hoy es un día tan bueno como cualquier otro, ¿no crees?

—Os dejo —se despide nuestra invitada estrella—, el matrimonio es un asunto íntimo y muy serio.

—¿Dónde puedo encontrarla? —le pregunto.

—Te encontraré yo a ti, preciosa. Eres una chica famosa, no lo olvides.

—Yo no soy famosa —puntualizo—. Mi madre lo era, mi padre lo es. Yo no salgo en las revistas si puedo evitarlo. Y no he pisado en mi vida un plató de televisión.

—¡Chica lista!

—Escarmentada más bien.

Le doy un beso en cada mejilla y la acompaño a la salida mientras intercambiamos nuestros números de móvil; con suerte, mi padre no nos verá.

Después de dejar a Bárbara en la boca de metro de Hyde Park Corner, regreso a casa para consolar a mi padre y hablar un rato con los amigos de mi madre, a los que no he visto en toda la mañana.

A pesar de mis pocos ánimos, atendiendo a los insistentes y mimosos ruegos de Alex, a ratos perdidos he ido componiendo un poema para despedir a mi madre, titulado: *Tu vida en mis ojos*.

Difícilmente puedo expresar en veintiséis líneas, y delante de un público propenso a la lágrima fácil, lo que mi madre representó en mi vida, todo el cariño que nos tuvimos y nuestra peculiar relación. Lo intento de todos modos.

*Mi vida yace en silencio hoy,
más no es tan sólo tristeza
lo que aquí me golpea,
es el miedo al desconocer
dónde estará ahora
mi otra yo,*

mi nacer.

*Mi vida se queda vacía
de tus consejos,
de tus momentos,
de ti.*

*Tu presencia no era continua,
aunque podía sentirte porque sabía,
que a pesar de tus ausencias
yo, mamá,
te tenía.*

*No te pierdo ni así lo siento,
porque en mi se queda tu aliento,
un bello trocito de ti que me da esas ganas
y esa fuerza para seguir,
el camino de la vida.*

*Tus ojos son mi espejo,
en el que al mirarme cada mañana,
siento que no me alejo
de ti,
de tu humilde mirada.*

Horas después, esa noche, mi padre, Ruth, Alex y yo salimos en un coche para Southwark. Mamá adoraba Londres desde chiquita; lo justo —y lo lógico— es que sus cenizas sean arrojadas al Támesis. Nunca nos expresó con claridad qué quería que hiciéramos con su cadáver. No pensaba en la muerte. No la temía, pero tampoco le gustaba hablar de ello.

El ritual es íntimo y silencioso. Una luna llena ilumina la escena que componemos los cuatro, de pie, en el puente, mirando la intensa negrura de las aguas que fluyen perezosamente hacia el sur, llevándose consigo el alma de Judith Ordóñez.

De vuelta en Chelsea, nos dejamos caer en el sofá del salón, agotadas de cuerpo y alma. Alex me abraza y me besa. Durante todo el funeral hemos aparentado poco más que una buena amistad, incluso delante de Ruth y la tía Olalla, que saben de sobras lo que sentimos. Delante de papá, por respeto, hemos sido muy discretas en nuestras manifestaciones de cariño.

Después de acariciar mis labios con los suyos, me pregunta:

—¿Hablabas en serio antes?

—¿Antes, cuándo?

—Cuando hablaste de boda.

—Claro que sí. Ya me conoces. Soy una Romántica empedernida; creo en el matrimonio y en los lazos sagrados.

—Uhhmm... —Alex reflexiona durante un largo minuto—. Sagrado y homosexual. Me parecen dos palabras incompatibles *a priori*.

—A mí no. Yo quiero unirme a ti para toda la vida. Y sinceramente, no hay dios que me lo prohíba. Dime tú, ¿lo hay?

—No. —Menea la pelirroja cabeza y cambia de tema—: Venga, dime ya, ¿qué te ha parecido la tal Bárbara?

—Una buena mujer.

—¡Cuánta corrección, por Dios!

—¿Qué quieres que diga? ¿Debo insultarla acaso?

—Yo no he dicho eso. Pero ¡mójate! Fue la amante de tu madre y tú la tratas como si fuera Mrs. Lockwood, nuestra vecina.

—No des por sentado que fueron amantes. No lo sabes. No estábamos allí entonces para decirlo aquí y ahora con esa rotundidad. Ella no ha mencionado el sexo en ningún momento.

—Su presencia en el funeral habla por sí sola de sus sentimientos. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Londres?

—Digamos que no tiene billete de vuelta a España.

—¡Qué bien!

—NO.

—No he dicho nada. No sabes lo que iba a decir.

—Oh, sí, ¡claro que lo sé! Te conozco muy bien, Alexandra McGahern, y la respuesta es: NO.

—¿Y qué iba a decir, señorita Sabelotodo?

—Que Bárbara podría ocuparse de mi padre. Y eso es del todo inaceptable. De mi padre nos ocupamos nosotras. Yo soy su hija y tú eres mi mujer. Ahora que mi padre te tiene más simpatía, no tienes excusa para no arrimar el hombro. No hay motivo para meter a esa mujer en esto. No te diré que no parezca una solución fácil y muy cómoda. Pero piensa en los riesgos, aunque sea una sola vez para variar. Si la meto en Grosvenor Crescent y mi padre descubre quién es... lo mismo en unos días tenemos que ir a visitarlo a la cárcel.

—¡Exagerada! Tu padre es incapaz de matar una mosca, y mi idea no es descabellada, solo extravagante y un pelín arriesgada.

—Déjalo estar, Alex, ¡eres una lianta!

Quince días después llamo a mi padre al móvil, preocupada. No quiero atosigarlo ni controlarlo, pero mi obligación es estar pendiente de él. Yo soy su único sostén ahora que mi madre no está. Debo mantenerme alerta ante la mínima señal de desmoronamiento.

—¿Estás bien? Hace dos semanas que no sabemos nada de ti.

Me odio al oír mi voz chillona, casi histérica. A él, en cambio, se le escucha la mar de tranquilo.

—He estado muy ocupado leyendo un guión para la televisión —se disculpa—. Me absorbió por completo y perdí el mundo de vista.

—¿Quieres que vayamos a verte? Sabes que no me gusta que vivas solo.

—No vivo solo —rectifica en un tono demasiado ligero para mi gusto. Estamos de duelo aún. ¿Y qué es eso de que no vive solo? ¿Con quién demonios está? Le escucho decir—: Ahora tengo a una asistenta a mi disposición, una mujer encantadora y eficiente. Cuida la casa, me cuida a mí; se preocupa de mis problemas, soporta mis manías y mis neuras; me escucha y me hace sentir útil y necesario —hace hincapié en esas últimas palabras como si fueran las más importantes para él—, algo que nunca sentí mientras vivía con tu madre. Perdona que te lo diga, cielo.

Sus palabras me suenan a insulto cuando apenas hace un mes que mi madre murió. Reprimo a duras penas una maldición. Una recuperación tan rápida no entraba en mis planes ni en mi filosofía de vida. Hay que dar tiempo al tiempo. Aunque no puedo negar que me alegra escucharlo tan animado; parece sobrio y en paz. Temí que si lo dejaba solo se hundiría aplastado por el dolor. Y tampoco es eso lo que quiero para él.

Pero otra mujer en su vida... Tan pronto... ¡Y una asistenta para colmo!

Demasiada coincidencia.

Veo la siniestra mano de Alex metida en esto, y no me gusta ni pizca.
No puedo evitar que mis preguntas salgan de unos labios temblorosos:
—¿Cómo se llama? ¿De dónde ha salido?
—Bárbara —contesta él, tan tranquilo—, su nombre es Bárbara.

Be careful what you wish for...

Barcelona, 2007 – 2009

Agradecimientos

A ti, que has abierto este libro, GRACIAS.

A mis padres por su fe y su paciencia. En todo lugar y siempre.

A Judit por cederme en exclusiva su poema *Tu vida en mis ojos* y permitirme el atrevimiento de ponerlo en boca de Gillian.

A Raquel y Olga, fans incondicionales contra viento y marea.

A Nieves H. y Lola G., mis dos hadas madrinas. ¡No puedo imaginar qué haría yo sin vosotras!

A todo el equipo de Selección RNR y B de Books por su magnífico trabajo, y especialmente a Ilu Vílchez y Esther Ortiz por confiar nuevamente en mí y en mi talento.

A Elena Montagud por prologar mi historia.

A toda mi gente de Facebook y Twitter; a los seguidores de la bilogía «Desde Londres Con Glamour», y a quienes me habéis mandado mails preguntándome por la evolución de la novela, haciendo críticas o sugerencias.

«Juntos hacemos posible lo imposible.»

Las canciones que inspiraron la historia

Cuídate. La oreja de Van Gogh
Sin miedo. Rosana
Sobreviviré. Mónica Naranjo
Siempre de frente. Rosana
Para siempre. Mónica Naranjo
Aprendí. Rosana
What it feels like for a girl. Madonna
Te dejo Madrid. Shakira
No voy a llorar. Mónica Naranjo
Don't bother. Shakira
Ni puedo ni quiero. Amaia Montero
This time. Jonathan Rhys Meyers
Caminando. Amaia Montero
How do you do. Shakira
Farewell to a Queen. Trevor Morris
Dando tumbos. Rosana
Michelle. The Beatles
Guerra fría. Malú
Frozen. Madonna
Best friend. Madonna
Sabes. Amaia Montero
Broken. Madonna
Masterpiece. Madonna
Born this way. Lady Gaga
Something inside. Jonathan Rhys Meyers
I wanna go. Britney Spears
Girl gone wild. Madonna.
It's so cool. Madonna
Te voy a decir una cosa. Amaia Montero
Noviembre. Amaia Montero

Enlaces de interés

BLOG DE LA BILOGÍA "DESDE LONDRES CON GLAMOUR"

<http://bilogiadesdelondresconglamour.blogspot.com>

La página de la biología en Facebook

<http://www.facebook.com/PonUnaPelirrojaEnTuVida>

El grupo de fans

<https://www.facebook.com/groups/1638946443021514/>

Twitter: @JuliaOrtega1996

También puedes encontrarme y valorarme en Wattpad

<http://wattpad.com/Julia1971>